

Sombra de Sangre

Clara Barceló Sellés

Primera edición, enero de 2019

© *Clara Barceló* por el texto

© *Salva Barroso y Ángel Luís Barroso* por la portada

A mi abuela. <<Per tu, padrina!>>.

La Caperucita Roja se acercó a la cama, y veía a su abuelita un poco rara, y le preguntó:

“¡Abuelita, abuelita, qué brazos grandes tiene!”

-Para abrazarte mejor, hija mía.

“¡Abuelita, abuelita, qué orejas tan grandes tiene!”

-Para escucharte mejor, hija mía.

“¡Abuelita, abuelita, qué grandes ojos tiene!”

-Para verte mejor, hija mía.

“Abuela, ¡qué dientes más grandes tiene!”

-¡Para comerte mejor...!

Charles Perrault

Índice

Prólogo

1.Una mala noticia

2.Vestidos y micrófonos

3.Difíciles propuestas

4.Nuevos trabajos

5.Un gran enlace

Interludio

6.Secretos compartidos

7.Un extraño caso

8.Los lobos

9.La investigación

10.El reencuentro

11.El dolor

Interludio

12.La verdad

13.Una dura decisión

Interludio

14.Garras y Sangre

15.Resoluciones

16.El rostro del lobo

17.“Tu verdadera identidad”

18.El fin de los lobos

Epílogo

SOBRE LA AUTORA

Prólogo

Todo estaba muy oscuro y el aire era cada vez más denso. Respirar cada vez se le hacía más difícil.

No sabía cuánto más tiempo perseveraría allí, pero esperaba morir pronto. No quería sufrir más. Le dolía todo el cuerpo. Cada cierto tiempo sentía cómo una puerta se abría y oleadas de dolor se le abalanzaban, arrancándole gritos de auxilio y sufrimiento.

Hacía tiempo que había renunciado a gritar. Además, se le había ido la voz por completo. Ahora tan sólo oía cada vez la puerta abriéndose y unas manos duras como el acero provocándole dolor y, incluso a veces, algún que otro metal fuerte torturándola. Después su agresor desaparecía y ella se quedaba sola de nuevo en la habitación, esperando a que su vida terminara pronto.

Una vez llegó a preocuparse por la comida, ya que, si permanecía sin comer mucho tiempo, el sufrimiento sería aún mayor, pero ese mismo ser inmundo que la torturaba sin cesar también le traía comida y agua, un sándwich acompañado de un vaso de agua que después desaparecía sin dejar rastro.

Hubo un tiempo en que fue muy feliz, que vivió junto a sus padres y pudo tener éxito. La gente la adoraba por cómo era y por cómo hacía las cosas. Pero llegó a cansarse, ya que el mundo le exigía cada vez más y se olvidaban de que tan sólo era una niña de trece años. Así que, cuando vio su oportunidad, trató de huir con un chico que había conocido para vivir su vida. Lamentaba haberse parado a pensar que debía parar en su casa para hacer algunas pequeñas maletas, coger dinero..., porque cuando despertó se encontraba en esa habitación oscura, sin poder ver nada, sin poder sentir nada. Tan sólo soledad, dolor y miedo. No sabía cuánto tiempo había pasado desde entonces.

Algunas veces escuchaba una dulce música, algo lejana pero lo suficientemente clara como para poder oírla entera. Era una melodía

procedente de una caja de música que primero denotaba felicidad, luego la música se oscurecía un tanto y cuando se suavizaba de nuevo, se paraba antes de que la melodía terminara dulcemente como un cuento de hadas que siempre acaba bien. Y entonces la infundía el terror. Porque sabía que su agresor quería que se fijara en la parte oscura, como para advertirla de que su suplicio no había terminado.

También le contaba una historia peculiar. Primero empezaba relatándole la historia de un muchacho que tenía un rebaño de ovejas que abandonaba en medio del bosque y del que luego se olvidaba por completo. Entonces llegaba el lobo. Éste no se comía a ninguna oveja, pero sí las controlaba para infundirles terror. Finalmente, el cuento siempre terminaba igual, junto con una melodía que tomaba un tono melancólico y dramático:

<< No te muevas, no te muevas.

*Vigilia diaria, vigilia nocturna,
obedece y serás duradera.>>*

Una mala noticia

El chico apoyó la barbilla en la palma de su mano y se quedó observando unas cuantas botellas de cerveza que había en un estante, estéticamente ordenadas por colores. Después bajó la vista hasta su café y su plato con un trozo de Pan de la Amistad que había pedido al dueño del bar. Jayson sopló su taza de café y le dio vueltas, mordiéndose el labio inferior.

Esa mañana había sido muy dura en la redacción de la revista *A Little Shine*, en la que él trabajaba como periodista. Se acordaba de que años atrás aquella revista había sido muy famosa y exitosa, y mucha gente la compraba cada semana, pero en esos momentos, la fama había bajado cada vez más debido a la similitud que había entre todos los reportajes y al vacío de ideas que sufrían los directores creativos, por lo que las ventas de esa revista, la que en su momento había sido la más vendida no sólo en el estado de Wyoming, sino también en Wisconsin, Michigan e Indiana, además de ser popularmente reconocida en Nueva York, habían disminuido temerariamente. Muchos de sus compañeros de trabajo aludían a excusas como la aparición de nuevas y jóvenes revistas virtuales y el fácil y gratuito acceso a los principales cotilleos en las redes sociales como el principal causante de la sequía económica que sufría la revista, pero Jayson sabía que aunque la revista también estuviera disponible en la red, sus contenidos ya no llamaban la atención, y otros medios de comunicación la habían despojado de su anterior éxito.

Jayson bostezó y se llevó la taza a los labios, soplando para poder beberse aquel líquido estimulante cuanto antes, ya que debía irse a su casa para seguir trabajando. Su director confiaba en él y le había pedido personalmente que

investigase sobre algún tema interesante concreto que añadir a la revista de la semana siguiente.

Dio un pequeño sorbo y frunció el ceño. Todavía quemaba. Miró de soslayo el Pan de la Amistad que todavía no había probado y frunció los labios. Dejó la taza de nuevo sobre la barra y cogió el pan, llevándose a la boca y sonriendo al sentir el sabor a canela que le mejoraba el estado de ánimo. Un hombre de unos cuarenta años se acercó al joven tras la barra. Era Jeff, el dueño del establecimiento. Era de estatura media, delgado y con semblante de amable. Su pelo empezaba a estar canoso, pero cada cierto periodo de tiempo, el hombre se lo teñía para que no pareciera que se estaba haciendo viejo.

—¿Qué tal, Jayson?

El chico hizo girar la cuchara, removiendo el café y sonrió vagamente. Aquel hombre, con quien compartía una grata amistad, siempre intentaba hacer sonreír a todos sus clientes.

—Como siempre, supongo. Aunque mentiría si te dijera que eso significa que todo va bien.

El hombre le devolvió la sonrisa y sirvió una cerveza que entregó a un hombre barbudo que la cogió y se fue a una mesa apartada.

—¿Es que algo no va bien?

Jayson sonrió tristemente y alejó un poco la taza de café, enderezándose en el taburete para estirar su espalda y sentir cómo crujían sus vértebras, pues mantenido una postura encorvada demasiado tiempo.

—Pues no, hay cosas que van mal, y una es el presupuesto de la revista. Ya no es tan alto como antes, y si sigue así, caerá en picado y ya no podremos hacer nada por recuperarlo. Y Jonathan está pensando en cerrarla antes de que eso ocurra. No sé si después querrá abrir otra, pero no lo sé, porque eso costaría mucho dinero.

Jeff frunció el ceño y golpeó la barra con los puños, atrayendo la atención de la clientela.

—¡No puede hacer eso, jolines! Yo leo esa revista y me gusta.

Jayson sonrió y apoyó la barbilla sobre una mano. Mirando enigmáticamente a Jeff.

—¿En serio? Creí que era tu mujer a quien le gustaba *A Little Shine*, no a ti.

El hombre miró hacia todas partes, como buscando alguna escapatoria. Pero finalmente, respiró hondo.

—Bueno, sí, así era antes. Pero ella iba dejándoselas todas tiradas por todas partes y un día que no tenía nada que hacer me senté a hojear una y... bueno, te mentiría si te dijera que no me enganché a un reportaje, y luego a otro, y luego a otro. Y se puede decir que ahora soy yo el que las compra. Así también aprovecho y hago la compra.

El chico carcajeó y volvió a coger su taza de café, ahora más animado. En realidad, no sabía si su amigo decía eso para hacerle sonreír o en realidad le gustaba de verdad la revista para la que trabajaba, pero de todas formas agradeció esa muestra de apoyo.

—¿En serio te gusta? Yo llegué a pensar que la gente nos la devolvería por ser demasiado aburrida.

El hombre lo miró como si le hubiera herido en lo más profundo de su alma.

—Pero ¿qué dices, chaval? Esa revista me encanta. Ha sido lo que me ha impulsado a leer de nuevo a pesar de lo ocupado que estoy con el bar, y ahora se puede decir que soy más culto. No la cierres, tío.

—Eso díselo a Jonathan. Tal vez a mi jefe le da por obedecer a quien le sirve la merienda todos los días.

Jeff sonrió.

—¡Es verdad! Tal vez, cuando venga mañana a desayunar pueda comentarle esto que dices.

Jayson sonrió y se bebió todo su café. Dejó cuatro monedas idénticas sobre la barra y, antes de salir del bar, aconsejó:

—No te hagas el creído, que mi jefe no es tonto y no se deja engatusar fácilmente.

El chico no llegó a oír la respuesta de Jeff, pero se imaginó lo que debió decirle. Siempre le decía lo mismo: que él era capaz de ser muy persuasivo y que lograría que la revista no se fuera a pique. ¿Pero él qué sabía? Jeff jamás había estado en la redacción y era incapaz de saber lo que ocurría allí.

Jayson había estado muchos años trabajando para aquella revista, y ése era su gran sueño, lo había sido desde que lo contrataron, porque le permitía conocer a gente nueva que debía entrevistar. Si ahora la cerraban, no sabía qué sería de él. Tal vez podría enviar una solicitud con su currículum a alguna otra revista o a los periódicos, pero sabía que nada sería como antes. Allí había conocido a sus mejores amigos y, era extraño, pero también se llevaba a la perfección con su jefe. Jamás pensó que aquello ocurriría, pero le cogió gran estima desde que le nombró periodista del mes, y además lo

publicó en el reverso de la revista. Si la cerraba, todo eso se esfumaría. Pero Jonathan era listo, y Jayson sabía que su jefe jamás haría tal cosa. De hecho, la revista era lo único que tenía y no la cerraría tan fácilmente. Y Jayson creía fuertemente en eso.

En cuanto llegó a la redacción, la secretaria le hizo una seña para que se acercara.

—Cielo, el señor Jonathan quiere que te reúnas con él en su despacho cuanto antes. Me ha encargado que te diga que, si vas ahora mismo, te subirá la paga extra.

Jayson rió para sí mismo.

—¿En serio? No sabía que el señor Jonathan fuera capaz de hacer tal cosa.

La secretaria sacudió una mano diciendo que lo olvidara y la obedeciera.

—No tardes, tesoro.

Jayson sonrió para sus adentros. Karla, la secretaria, era una mujer especialmente bella. Acababa de cumplir los cincuenta, y su cuerpo seguía pareciendo el de cuando era joven. Y su cara también, pero aquello le costaba varias sesiones de belleza a la semana. Nunca había podido tener hijos a pesar de adorarlos. Ahora era una mujer soltera, divorciada, y cuando la contrataron en la redacción como secretaria, solía llamar a todos los jóvenes periodistas con palabras tiernas, tal vez para compensar su ansia de creer que era madre al fin. Pero era una gran mujer, Jayson se lo pasaba genial cuando iba a hablar con ella o, al final del día, cuando a veces se tomaban unas cervezas juntos. Se sentía de nuevo como en casa, y sentía que su madre no sólo le cuidaba en casa, sino que tenía otra en el trabajo, para cuando tuviera problemas.

Se dirigió rápidamente al ascensor y subió hasta la planta donde se encontraba el despacho de Jonathan. Jamás supo por qué quiso construirse en la última planta; tal vez porque, al tener una mejor vista del cielo podía pronosticar con exactitud el tiempo que le deparaba a Cheyenne según el día.

Llegó a la puerta de su despacho y dio tres golpes secos con los nudillos. Se mordió el labio inferior, tratando de esperar pacientemente, algo que le iba fatal. Cuando ya daba media vuelta dispuesto a irse, escuchó la orden de Jonathan.

—Entra.

Era un tono demasiado gélido para su tierno y agradable carácter, pensó Jayson, pero decidió a esperar a ver cuál era el motivo por el que su voz se

mostrara así de fría. Abrió la puerta y esperó observando el sillón de delante de la mesa de Jonathan. Anteriormente, cuando no había ningún problema, él solía sentarse allí sin pedir permiso cuando el redactor jefe lo llamaba a su despacho, y él no le guardaba ningún rencor, pero ahora que era capaz de ponerse de mal humor, no sabía si sentarse o esperar por si sólo era un segundo y debía abandonar el despacho de inmediato.

Jonathan pareció leerle sus pensamientos, por lo que alargó una mano señalando el sillón.

—Vamos, siéntate. No estés ahí plantado como un pasmarote.

Jayson avanzó a grandes pasos hasta sentarse en el sillón, y cuando estuvo cómodo, juntó las manos sobre su regazo, observando a Jonathan, que no parecía demasiado contento.

—Nuestros informes económicos demuestran que la revista está en decadencia. Parece que nadie sabe arreglar esta situación y tenemos que tener claro que no es un simple bache, sino un camino hacia el fracaso.

Jayson bajó la mirada. Él ya había pensado en eso, pero sabía que ahí no había acabado la conversación. Sin embargo, permaneció con la cabeza gacha hasta que su jefe volvió a hablar.

—He hablado con los directivos de cada departamento para tratar este asunto. Iremos a cenar mañana al *Roxy's Treasure* y encontraremos una solución que espero poder llevar a cabo cuanto antes mejor.

Jayson levantó una ceja.

—¿Y? —apretó los dientes cuando supo lo mal que había quedado esa pregunta. Tal vez pensaría de él que era un ignorante y dejaría de tenerle la misma estima de antes. Pero Jonathan pareció no percatarse.

—Tan sólo te pido que vengas con nosotros. Desde que te contraté has destacado por tus buenas ideas y tu calidad de redacción, tal vez puedas aportar algo a la conversación. Y bien, ¿qué dices?

Jayson se mordió el labio inferior, pensativo. Realmente no sabía qué hacer. Él nunca había asistido a una reunión con todos los directivos, y ahora que se lo proponían, temía dar propuestas que no gustaran o resultaran nefastas para la revista.

—¿Vienes entonces? —dijo Jonathan sin esperar la respuesta del periodista—. ¡Genial, entonces te espero en el *Roxy's treasure* mañana a las siete! Aunque, si lo prefieres, puedo pasar a recogerte. Ya me lo han suplicado Chad y otros del Departamento de fotografía, así que, si te apuntas, formaremos un pelotón en el coche.

Jayson sonrió y se encogió de hombros.

—No, déjalo, tengo coche.

Sin embargo, Jonathan negó con la cabeza.

—¡Que no, hombre!, y de paso traeremos whisky para brindar por tu cumpleaños, que creo que es la semana que viene. ¿Cuántos años cumplirás, muchachote, treinta?

—Veintiséis —corrigió Jayson levantándose del asiento—. Bueno, pues procuraré estar listo a las seis y media, si tenéis que venir a recogerme.

Jonathan soltó una fuerte risotada que resonó por todo su despacho.

—Así me gusta chaval, y ahora vuelve al trabajo.

Jayson le sonrió y salió de su despacho. De vuelta a su oficina se topó con Adam, su compañero de oficina. Los dos compartían uno de los veinte despachos que formaban la intendencia del Departamento de Redacción. Los dos tenían una mesa y ordenador propios, pero de tanto trabajar juntos se habían vuelto uña y carne. De hecho, ya se conocieron en la universidad, pero se trataban sólo como a compañeros. Ahora que habían entablado esa fuerte amistad recordaban entre risas y copas cuando se saludaban con cortesía sintiendo al otro como a un completo extraño.

—¡Hey, Jay! ¿Qué tal te ha ido? Karla me ha dicho dónde estabas y ahora iba para allá. El jefe no te habrá tirado un rollo, ¿verdad?

Jayson negó con la cabeza entre risas y le estrechó la mano, realizando aquel saludo manual que se habían inventado hacía tiempo, como si de adolescentes todavía se trataran.

—¡Uuuuh! Todavía tienes que invitarme a cenar. ¿Te acuerdas de que me fastidiaste el partido de fútbol del mes pasado? Podemos buscarlo en internet y verlo juntos.

Jayson sonrió y asintió.

—¡Claro que sí! ¿Qué tal si te pasas por mi casa esta noche? Seguro que encontramos tu querido partido de fútbol en Internet.

Adam le chocó la mano y sonrió.

—Ahí estaré sobre las ocho. No hagas comida, seguro que sobreviviremos con varias pizzas y cervezas. Haré un pedido.

—OK, te estaré esperando.

Adam se volvió hacia las escaleras y se encogió de hombros.

—Oye, tengo que irme, me han llamado desde una escuela donde debo hacer un reportaje. Pero nos vemos esta noche, ¿eh?

—Hasta las siete.

—¡Ocho, hombre! —le recordó Adam bajando las escaleras.

Jayson rio para sí mismo y dio media vuelta, dirigiéndose a su oficina. Ya dentro, se sentó delante del ordenador y miró la noticia sobre modelos que había empezado el día anterior y no terminó por un asunto que tuvo que zanjar fuera de la redacción. La releyó tres veces y pulsó el botón de suprimir. Estaba claro que la escribió teniendo la cabeza en las nubes y le había salido una auténtica basura. Jonathan era un buen tipo, pero si leía esa pija se desharía él mismo de ella. Apoyó la sien sobre su mano y se quedó media hora pensando cómo reescribirla, pero no había ningún modo de hacerlo. No le venía nada a la cabeza para escribir algo interesante sobre esas modelos que parecían esqueletos. Estaba claro que se habían pasado con su régimen y ahora eran idénticos a los cadáveres de mentira que tuvo él en un tiempo en clase de biología.

Sonrió, rumiando que podría escribir eso, pero se negó. No podía poner su opinión en un reportaje. Tan sólo podía charlar sobre las modelos, quiénes eran los diseñadores, cómo era la ropa y cuánto costaba aproximadamente. Él opinaba que era muy mala suerte que le hubiera tocado a él hacer un reportaje sobre ropa, ya que no sabía mucho sobre diseño, pero no había ninguna periodista en la oficina que estuviera libre para realizarlo. Así que le tocó a él. Trató de buscar información sobre colores, estampados y costuras en Internet, pero no halló nada que pudiera serle útil. Adonde otros verían un tipo delicado de tela finamente cosido y con adornos para embellecer la pieza, él sólo veía un trozo de ropa de un color. Estaba claro que era un fraude con la ropa. Él era como su padre: no le interesaba lo más mínimo. Claro que hubo una temporada que se interesó un poco en ir bien vestido y arreglado al instituto, donde conoció a Heidi, la que había sido su novia hasta hacía poco.

No había sido capaz de ver hasta hacía poco que su relación era inestable a causa de que aquella mujer le era infiel con un colega suyo y él no era capaz de asumir las verdades que le contaban sus allegados. Le partió el corazón cuando la vio en su casa con aquél, pero llegó a superarlo. Sabía que él era un desastre con las relaciones y siempre sería así.

Finalmente, apagó el ordenador, negándose a pasar otras cuatro horas delante de la pantalla sin haber progresado nada. Ya le diría a Jonathan que le pasara otra cosa, ya que a él le resultaba imposible. Decidió que era hora de marcharse, y tal vez iría ver a sus padres con tal de pasear un poco y después volvería a su casa a prepararlo todo para cuando llegara Adam. Su mala semana había derivado en una incesante jaqueca por estrés que, creía,

eliminaría con una buena noche de fútbol americano y la compañía de un amigo.

Tras despedirse de Karla, salió de la redacción y respiró hondo. El sol todavía estaba en su sitio, pero los colores rojizos y anaranjados que se extendían por el cielo señalaban que no pasaría mucho tiempo para que la luna ocupara su lugar.

La casa de sus padres no estaba muy lejos, tan sólo a media hora de su trabajo, pero prefería andar un poco para hacer ejercicio a coger un taxi. Pasó por un puente y se paró unos segundos a observar el agua cristalina y azulada del río Cheyenne. De pequeño se paraba a mirarla y a veces sus amigos y él lanzaban barcos de papel que nunca regresaban. Ahora sólo se divertía imaginándose a él mismo viajando lejos, muy lejos de allí, por el agua, hasta dar la vuelta al mundo. Fue su sueño desde que leyó *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne y creía que siendo periodista tendría la posibilidad de ser corresponsal y viajar, pero se equivocó completamente, ya que ahora la revista no tenía tanto éxito ni tantos fondos como para salir del continente a buscar noticias nuevas.

Retomó la marcha, esta vez más rápido, ya que el sol empezaba a esconderse. Miró su reloj de muñeca y se tranquilizó viendo que incluso tendría tiempo de tomarse una cerveza con su padre. Pero no debía abusar, ya que después con Adam ya se preocuparía de si se emborrachaba o no. Levantó la mirada hacia el campanario de Cheyenne en cuanto éste tocó las siete.

Poco tiempo después, estaba en el portal de casa de sus padres, y tocó el timbre. Dentro se escuchaban ciertos susurros y una música pop a todo volumen. Jayson la reconoció al instante.

—¡Hola, cielito! —se alegró su madre al abrirle la puerta. Sus cabellos ya no estaban tan encanecidos como hacía poco, señal de que seguía yendo a la peluquería, pero Jayson notaba que se hacía pequeña o que él había vuelto a crecer.

—Hola, mami —interpretó con voz infantil, y se lanzó a los brazos de su madre, dejando que ésta le acariciara dulcemente los cortos y desgredados cabellos rubios.

—Cómo está mi hijito, ¿eh? ¿Cómo está mi niño? ¿Has trabajado bien hoy?

Jayson asintió con la cabeza y entró en la casa cuando su madre se lo permitió. Vio a su padre sentado en el sofá con una cerveza en la mano

mirando anonadado la televisión, donde una jovencita de entre diecisiete y veinte años cantaba entusiasmada, exhibiendo un exagerado, pero bonito, vestido de lentejuelas azules. Jayson avanzó a paso lento y se situó a tres pasos del sofá, observando detenidamente a su padre. Estaba seguro de que se percataría de que estaba allí.

—Hola, hijo —saludó el hombre volviendo la cabeza para mirarle, pero apenas fueron unos segundos, ya que después la giró de nuevo como si no quisiera perderse nada del espectáculo.

Jayson frunció el ceño. Él y su padre nunca se habían llevado del todo bien, por la simple razón de que era un vago cuando quería y permitía que su madre se encargara de todo. Mientras Jayson estuvo en casa, se encargó de ayudar a su madre en todo lo posible, tal vez para hacer comprender a su padre todos los que convivían debían compartir tanto comodidades como responsabilidades, pero ni se inmutó. Y cuando se marchó de casa, Jayson lamentó que su padre viviera con su madre, ya que la trataba como a una sirvienta. Pero su madre era feliz, según le había contado, ya que a veces el hombre le hacía reír, salían juntos a tomar algo y a pasear. Su madre se sentía satisfecha de su matrimonio y no le importaba ejercer de ama de casa toda su vida mientras viviera con el hombre que amaba, aunque Jayson estuviera en desacuerdo por completo.

—¿Qué miras? —preguntó Jayson sentándose junto a su padre, tal vez para iniciar una conversación que creía que acabaría en punto muerto.

—Uno de esos programas estúpidos de cantantes. No me gusta, pero es entretenido.

Jayson se fijó en la joven que ahora ocupaba el escenario. Llevaba sus largos y brillantes cabellos castaños claros recogidos en un moño alto y una pequeña corona ocupaba su cabeza. Sus pies calzaban unos tacones que sólo de verlos Jayson se mareaba. No obstante, se fijó en la fuerza con la que cogía el micrófono. Estaba claro que estaba nerviosa, pero trataba de disimularlo sin demasiado éxito.

—¡Pero si es Astrid! Es un concierto de Astrid. ¿En serio te gusta?

El hombre se encogió de hombros y dio un sorbo a su cerveza. Sin poder evitarlo, Jayson se la arrebató de las manos y se la terminó de un trago.

—Bueno, no es que me guste, pero canta bien para tener diecinueve años. Y... me entretiene.

—¿Mientras mamá se pasa el día haciendo sus tareas y las tuyas?

El hombre gruñó por lo bajo y se cruzó de brazos, negándose a discutir de

nuevo con su hijo.

—Yo la ayudo —murmuró, tal vez sin querer que Jayson lo oyera, pero no fue así.

Sin embargo, el joven se quedó mirando la pantalla y se teletransportó mentalmente al escenario en el que cantaba Astrid. Era una gran cantante que se había hecho famosa con apenas catorce años. Ahora debía estar de gira, recibiendo millones de dólares por cada actuación, y vendiendo miles de copias de sus canciones.

La madre de Jayson pasó junto a éste y le tendió una botella de cerveza helada que el periodista aceptó de buen grado. Tras dar unos sorbos, miró a su madre, que se había sentado en una silla, algo alejada de ellos dos, y juntaba las manos sobre el regazo, mirando tranquilamente la televisión.

—Mamá, qué guapa estás —le dijo Jayson, haciéndola sonreír.

—Gracias.

—¿Quieres que te ayude en algo antes de irme?

—¿Te vas? —le preguntó sorprendida—. Creí que te quedarías más tiempo.

—No, es que, verás... hoy he quedado con un amigo para ver el partido de fútbol de la NFC del mes pasado. Los Chicago Bears jugaban contra los Seattle Seahawks.

La mujer sonrió y se levantó.

—No, tranquilo cielo. Puedes irte tranquilo.

Jayson se la quedó mirando con los brazos cruzados y se levantó.

—¿En serio? ¿No quieres que vaya a comprarte algo o que te lo traiga de algún sitio?

La mujer negó con la cabeza y se acercó para besarle en la frente.

—Que te vayas, Jay, estamos perfectamente.

—Está bien. Pues hasta otra, mamá —se despidió abrazándola con fuerza y besándola en el pelo. Olía fenomenal. Luego se volvió hacia su padre y esperó pensando qué hacer—. Adiós —dijo finalmente.

El hombre gruñó algo ininteligible y sacudió la mano a modo de despedirse, sin dignarse a mirar a su hijo.

Jayson dio media vuelta y salió de la casa, mirando su reloj. Todavía tenía media hora para llegar a su casa y prepararlo todo antes de la llegada de Adam. Debía apartar las cosas frágiles y esconder el cava y vino blanco que almacenaba para las fiestas. Si no, cuando Adam se emborrachara, no le dejaría nada en su despensa.

Con una sonrisa emprendió la marcha hacia su casa. Pero a mitad del camino pasó un coche con una música a todo volumen. Y Jayson la reconoció al instante.

Astrid.

Adam no tardó en llegar. Y las pizzas tampoco. Adam encargó una tropical, la favorita de Jayson, y otra de pepperoni, su predilecta. Jayson tenía el ordenador sobre la mesa del salón, donde se había descargado el gran partido de fútbol americano que ambos ansiaban ver. Los dos amigos se sentaron y devoraron las pizzas con gran rapidez, y lo mismo hacían con una docena de cervezas frescas que Adam compró.

—¡Ánimo, chicos! —gritaba Adam eufórico, moviendo frenéticamente las piernas, señal que delataba su enorme nerviosismo.

—No te preocupes, van a ganar. Lo anunciaron por la radio durante toda la semana siguiente al partido.

Adam se terminó una cerveza de golpe y se retrepó en el sofá.

—¡Menos mal! Ahora iba a empezar a comerme las uñas si hicieran otro fallo estúpido.

Jayson sonrió y clavó la mirada en la pantalla. Sentados en las gradas, los espectadores gritaban como locos, blandiendo distintas banderas, y abucheando al equipo contrario. Algunos incluso se habían pintado la cara.

—Oye, ¿qué tal está tu chica? —preguntó Jayson, pero sabía que Adam no le respondería.

—¿Qué chica? —se mofó soltando una risotada.

Jayson no pudo más que corresponderle, viéndose en su misma situación.

En ese momento el partido se detuvo y varias imágenes publicitarias aparecieron, dejando a los dos jóvenes intrigados y furiosos.

—¿¡Se grabaron incluso los anuncios!?! —gritó Adam, mordiéndose una uña.

Jayson se encogió de hombros, visiblemente molesto. Él creyó que sólo se había grabado el partido, pero el que lo hizo, debió quedarse dormido o distraído, ya que también grabó todos y cada uno de los anuncios publicitarios. Sin embargo, llegó uno de un perfume en el que la modelo agitaba el frasco con elegancia, rociándose por el cuello y sonriendo a la

cámara. Jayson frunció el ceño al reconocerla.

Astrid.

Estaba harto de ella. De veras que sí.

Movió el ratón y pasó los anuncios hasta avanzar hasta donde se habían quedado del partido.

Vestidos y micrófonos

Finalmente había terminado. Al fin. El público le aplaudió con fuerza, silbando y vitoreando su nombre. Ella se sintió orgullosa. Admiraban su trabajo. Y ella también se alegraba de haber triunfado de nuevo. Giró levemente la cabeza hacia la persona que había escondida junto al escenario, vigilando que no ocurriera ningún error imprevisto. Su madre. Ésta movió la cabeza de arriba abajo, contenta.

Y finalmente, ella saludó a modo de despedida y dijo unas palabras acerca de sus canciones. Y cuando la gente volvió a aplaudirle, ella se fue. Cuando salió del escenario y fue directa a su camerino, una oleada de personas la rodearon, agitando papeles en las manos, preguntándole si cantarían más o, simplemente, pidiendo que su estrella favorita les dejara un recuerdo manuscrito en sus folletos. Su madre la cogió de la mano, sacándola de ese enjambre humano para dirigirla a su camerino. Y cuando llegaron, Astrid se sentó tranquila y contenta en su sillón, observándose en el espejo de su tocador.

—Lo has hecho muy bien. La gente te adora — Astrid esperó indecisa a que continuara —. He quedado con tu agente en que vamos a hacer otro concierto.

Astrid se quitó el maquillaje de los ojos, sin observarla. Hacía tiempo se habría quedado encantada ante aquella noticia, puesto que habría muchos fans, fotógrafos y tal vez algún dueño de una discográfica que le prometiera un futuro brillante. Pero ahora, tras recorrer casi todos los Estados Unidos dando conciertos y sin parar un segundo, se sentía como si ya no tuviera nada más que ofrecer al mundo, porque ya la habían exprimido suficiente. Lo

único que quería era disfrutar de unas merecidas vacaciones.

—¿Y qué tal si volvemos a Wyoming y nos damos un descanso? Yo estoy algo cansada y me encantaría volver a casa para tomarme un buen chocolate caliente mientras toco el piano.

La mujer sacudió la mano a modo de indiferencia y sonrió.

—¿Quieres un chocolate caliente? No te preocupes; ahora te encargo uno de éstos con nubecitas por encima —puntualizó saliendo del camerino.

Astrid aprovechó para mirarse. Estaba preciosa, eso sí, pero esa belleza le estaba costando muy cara. Se fijó en algo en lo que los demás no se habían fijado: sus ojeras. Había tenido que maquillarse muy a fondo para tapárselas parcialmente. Y lo consiguió, pero, aun así, ella seguía notándolas. Y le dolían.

Y, automáticamente, se inclinó sobre la mesita del tocador y posó la cabeza sobre sus brazos cruzados, cerrando los ojos. Estuvo así unos pocos segundos, pero finalmente la puerta se abrió.

—¡Cielo, aquí tienes tu chocolate caliente!

Astrid volvió a abrir los ojos y la miró suplicante. Y su madre la comprendió.

—Ya veo que estás muerta de sueño, cielo. No te preocupes, que esta noche volveremos a Wyoming.

Astrid se levantó llena de alegría y la estrechó con fuerza.

—¿En serio?

—¡Sí! De hecho, lo he pensado mejor y creo que podemos hacer otro concierto allí como diciendo que la superestrella vuelve a su ciudad natal para dedicarles una canción.

Astrid se dejó acariciar el pelo tranquilamente. Ése era el precio de la fama: trabajo, trabajo y más trabajo sin importar nada más. Si ya había fans que querían algo pequeño de ti, tú debías compensarles con algo grande.

—Está bien. Pero prométeme que cuando lleguemos y hagamos el concierto me concederás dos días de vacaciones.

La mujer la besó en la frente y le sonrió.

—Sí, te los doy. E incluso, si quieres, puedes descansar una semana entera. Tenemos que ir de compras algún día. Tal vez algún periodista nos haga una foto y salga otro reportaje tuyo en otra revista de éxito. Por cierto, no te olvides de que en cuanto termines estas vacaciones tienes pendiente una gira en Nueva York.

Astrid casi se quedó dormida mientras apoyaba la cabeza en el pecho de

su madre. Se le habían vuelto a cerrar los ojos y no aguantaba mucho más despierta, así que no atendió a lo que su madre decía. La verdad, a veces no comprendía por qué su madre insistía en que siguiera siendo promocionada si ya era tan famosa que ni ella se lo creía, pero su madre siempre le repetía <<las grandes estrellas siempre deben permanecer ante la vista de la gente común, sólo así pasan a la posteridad>>. Sin embargo, aunque ella creía que la fama dependía del interés que mostrara el público y no de la voluntad de los famosos, aun así, accedió a lo que decía su progenitora.

—Está bien. ¿Y a dónde vamos ahora?

—Luego vendrá una limusina que te llevará al aeropuerto. Pero ahora hay un montón de tíos con cámaras ahí afuera. Sal y háblales un poco de tu música —se fijó en la joven y entornó los ojos—. Y vuelve a maquillarte. O verán tus horribles ojeras.

Cuando la mujer salió de nuevo del camerino, Astrid se sentó de nuevo en su sillón, viendo aquella pálida y ojerosa muchacha que la observaba desvalida a través del espejo. Tenía ganas de llorar. Y de dormir. No aguantaba mucho más despierta. Estaba segura de que, si madrugaba tanto un día más, le daría algún ataque de narcolepsia. No obstante, cogió la taza de chocolate caliente que le dejó su madre en la mesita y dio un sorbo. El chocolate estaba bien. Luego se comió una nubecita. Tampoco estaba mal.

Cogió de nuevo lápices de ojos, colorete, rímel y pintalabios y trató de recrear la obra maestra que sus maquilladoras le hicieron antes. Cuando terminó, se miró. Estaba aceptable. Pero incluso ella seguía notando sus horribles ojeras palpitando bajo la gruesa capa de pintura.

Salió del camerino, ya lista. Su madre no le había avisado de aquello, pero dentro del recinto, junto a la puerta, le esperaban varios periodistas, muchos con cámaras de televisión y fotografía.

Antes, cuando era más pequeña, se sintió ingenuamente feliz en cuanto vio que querían entrevistarla, pero a partir de entonces había ocurrido tantas veces que ahora lo odiaba. Odiaba tener que hablarles sobre su vida, o simplemente, apartarlos con las manos, porque a veces no se apartaban y sólo la empujaban más y la estresaban. Así que ahora prefería desfilar. Avanzar elegantemente hasta la puerta de salida sin decirles ni una palabra.

En cuanto Astrid abrió la puerta que la llevaba fuera del edificio, vio un montón de fans tras un cordón rojo que se pusieron como locos al verla aparecer, y empezaron a llamarla a gritos. No obstante, la joven se mantuvo firmemente serena todo el tiempo, esperando a algún coche que la llevara al

aeropuerto. Justo antes de que una lujosa y enorme limusina apareciera, la gran cantidad de periodistas salió y fue hasta ella. Aunque empezaron a lanzarle muchas preguntas indiscretas, hubo uno que le hizo una pregunta que Astrid estuvo dispuesta a responder.

—Astrid, ¿qué vas a hacer ahora que has terminado tu gira?

Antes de entrar y sentarse en el coche, sonrió y respondió:

—Voy a volver a casa —dijo cerrando la negra ventanilla del coche y desapareciendo por un momento de aquel mundo que la incordiaba tanto.

Durante todo el trayecto, la joven apoyó su cabeza en el blando y cómodo respaldo del asiento, medio dormida. Pero otra vez, el conductor le interrumpió el sueño.

—Señorita, acabamos de llegar. ¿Quiere bajar sola o prefiere que la acompañe?

Astrid resopló y abrió la puerta.

—Sólo deme mi abrigo e iré sola. Sé llegar al hangar privado donde me espera el avión.

El chófer cogió algo del asiento del copiloto y salió del coche, dirigiéndose a la puerta de Astrid. Ésta dejó que se la abriera y salió, permitiendo que la ayudara a ponerse un fino y elegante abrigo de otoño, y le recolocara el pelo.

—Entonces, ¿me voy?

Astrid afirmó con la cabeza y miró a su chófer a los ojos. En sus ojos veía una clara comprensión que le obligaba a tratar a Astrid como los demás no la trataban, como realmente merecía.

—Adiós, Bradley —se despidió con la mano y bajando la mirada.

La limusina no tardó en ser tragada por la oscuridad de la noche. Astrid se tapó mejor con el abrigo y levantó la mirada hacia el cielo de Montana. A pesar de ser de noche, estaba despejado, limpio y sereno, y olía bien. Algo que le recordaba mucho a Wyoming. Esperaba que aquella madrugada ya pudiera dormir en su cama, en su casa.

Cuando empezó su triunfo, se compró una lujosa mansión en Cheyenne que no disfrutaba tanto como quería, porque sus padres vivían allí y la incordiaban todo el tiempo y no paraba de trabajar ni un segundo. Pero ahora tendría una semana de vacaciones y descansaría el máximo tiempo posible.

Empezó a andar hacia el aeropuerto para dirigirse al hangar desde donde cogería su avión privado. Cuando entró y miró por todas partes, ya pensando en llamar a su madre para preguntarle qué debía hacer para llegar hasta su

avión, vio a dos figuras femeninas, elegantemente erguidas junto a una máquina de refrescos. Astrid las reconoció en el acto. Sus mejores amigas. Ellas, en cuanto la vieron, sonrieron y abrieron los brazos para fundirse en un abrazo.

—¿Cómo estás? —le preguntaron al unísono, cuando la estuvieron estrechando con cariño.

—Genial, pero quiero irme a casa.

—¡Pues vamos! —le respondió una, señalando una dirección.

—¿Cómo que <<vamos>>? ¿Vosotras también venís?

—¡Claro! Hemos venido hasta aquí para traerte de vuelta.

—¿En serio? Pero, ¿y mi madre, no vendrá conmigo?

Sus amigas sonrieron.

—Ella se fue hace una hora. Tenía un billete comprado para irse con el primer vuelo posible.

Astrid frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Bueno, al menos no se llevó mi chocolate caliente consigo.

Una de sus amigas sonrió y la cogió de la mano.

—Está bien, pero ahora debemos irnos. Avisamos al piloto de que preparara tu jet mientras venías.

Astrid las siguió a toda prisa, mientras éstas avanzaban con rapidez hacia el hangar. Mientras una de sus amigas hablaba con un técnico del aeropuerto que las había estado esperando, Astrid miró de reojo a sus amigas.

Hacía tan sólo unos años que las había conocido, y ya las consideraba sus mejores amigas. Ellas también habían deseado convertirse en estrellas del pop, o al menos ser reconocidas por sus canciones y composiciones, pero eso jamás llegó a ocurrir, y cuando le tocó a Astrid el turno de hacer su primer concierto, ellas estaban allí, mirándola, y las conoció. Ahora la ayudaban a componer alguna de sus canciones, elegirle los mejores bailarines con los que ellas habían trabajado y buscarle patrocinadores. Pero luego se encargó de ello su madre, por lo que ellas pasaron a ser sus teloneras, y cantaban y tocaban antes de un concierto importante de Astrid, además de ayudarla en ocasiones con la composición de sus piezas nuevas.

La más alta de ellas era Martha, la voz cantante del grupo. Era la mayor de las tres, y destacaba por su impulsividad y capacidad de liderazgo. En cierto modo se sentía como una hermana mayor para sus amigas, así que las aconsejaba, las guiaba y ayudaba en cualquier problema que tuvieran.

La otra se llamaba Irene. Era morena, más baja y, aunque era también

muy atractiva, era la más pequeña, y sus facciones adolescentes no habían pasado a ser las de una adulta, todavía. Era más callada y a veces no decía nada para dejar hablar a Martha, ya que ella sí sabía de lo que debía decir en cada momento, y en cuanto ella le permitía hablar, sólo decía sandeces sin sentido. Pero sabía que algún día perdería ese miedo que le incapacitaba comunicarse con el exterior y ser más sociable. Aunque Astrid y Martha se preocupaban por ella, Irene se volvía loca como una cabra cuando estaban juntas, y eso las alegraba.

—Disculpe, señorita —dijo una voz bajita al lado de Astrid, que la sacó de sus pensamientos. Vio a una mujer algo mayor cogiendo de la mano a una niña, que se aferraba mucho a ella, como si tuviera miedo de que le ocurriese algo. Pero era imposible, porque la niña sonreía—. Mi nieta y yo nos preguntábamos si podría firmarnos un autógrafo. Sé que es muy tarde, pero es una suerte que no esté rodeada de gente pidiéndole fotos y todo lo demás —explicó sonriendo.

Astrid miró a la niña y le sonrió amablemente, por lo que la criatura le devolvió el gesto, tendiéndole una libreta muy pequeña.

—¡Faltaría más! Un momento, creo que tengo un bolígrafo por algún lado —se excusó rebuscando en sus bolsillos.

Irene, sin embargo, acudió a su rescate.

—Ten, yo tengo uno —le tendió un bolígrafo negro, largo y delgado, y Astrid se lo agradeció con un gesto de cejas.

Trazó unas líneas elegantes en una de las hojas de la libreta, y luego, su nombre. Su firma jamás había sido demasiado simple ni muy compleja. Era su nombre acompañado de algunas líneas onduladas que combinaban a la perfección con su letra cursiva pero elegante.

—Aquí tienes —le tendió de nuevo la libreta a la niña, y ésta sonrió como Astrid jamás lo había visto.

Después la miró y balbució lo que debía ser un agradecimiento.

—No hay de qué —respondió la joven acariciándole el cabello suavemente.

Luego se levantó y miró a su abuela, que le dio un beso a su nieta y se volvió hacia Astrid.

—¿Has visto, cariño? La próxima vez no tengas vergüenza y pregúntaselo tú. ¡Ah, gracias, querida! Muy amable de su parte.

La joven le sonrió y esperó a que dieran media vuelta y se marcharan. Luego le tendió el bolígrafo a Irene, que la miró alucinada.

—¿Cuántos fans crees que tienes ya?

Astrid se encogió de hombros.

—La verdad, prefiero no pensar en números. Mientras les guste mi música, todo me da igual.

Irene se rio y dio media vuelta, mirando cómo Martha terminaba de charlar con el técnico, quien estaba revisando unos papeles y se internó por el hangar, seguido de las tres jóvenes.

Diez minutos después se encontraban cómodamente sentadas cada una en una confortable butaca, frente a una mesa en la cual había platos y vasos de refrescos y comida que no había sido tocada por el momento. Astrid hojeaba una revista que alguien le había dejado en la mesa mientras que Irene jugaba con su teléfono y Martha escuchaba música.

—Espero que no nos mates.

—¿Mataros? ¿Por qué? —preguntó Astrid sin dejar de centrar su atención en la revista.

—Hemos hecho algo en tu casa —susurró Irene, mirando de reojo a Martha, que sonrió sin mirarla.

Esta vez, Astrid dejó la revista sobre su regazo y arqueó las cejas.

—¿Qué? ¿Por qué en mi casa? ¿Qué habéis hecho? ¡No es justo; os dejo solas tan sólo un mes porque me voy de gira y destrozáis mi casa!

Martha se echó a reír, por lo que fue Irene la que se lo explicó sin detalles.

—No hemos dicho nada de que estuviera destrozada.

Astrid se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—¿Qué-habéis-hecho-en-mi-casa? ¡Exijo una explicación alta y clara!

Irene sonrió, pero Martha se le adelantó:

—Una imagen vale más que mil palabras, ¿lo sabías?

—¿Y?

—Que ya lo verás en cuanto lleguemos.

La joven cantante abrió mucho los ojos, pero los fue entornando poco a poco, fulminándolas con la mirada.

—Como mi casa esté patas arriba os la vais a cargar.

Martha se rio.

—Ten un poco de lógica: si estuviera patas arriba no te diríamos que queremos que la veas, simplemente te daríamos una excusa para que te fueras a dar un paseo mientras que nosotras deberíamos arreglar el desastre. No, cariño: tu casa está perfectamente. Hay algo nuevo que te espera allí, eso es

todo.

Astrid frunció los labios y asintió.

—Está bien. Pero que sea rápido; me muero de sueño.

Las dos amigas se miraron, como si no hubieran contado con eso y su plan ya no pudiera salir como lo habían trazado.

Y no fue así, ya que cuando otra limusina las recogió en el aeropuerto de Wyoming y las condujo hacia la casa de Astrid, ésta se quedó con los ojos abiertos de par en par al ver a una numerosa cantidad de gente conocida y desconocida bebiendo ponche y comiendo pastas que había repartidas por las mesas de su casa, mientras que alguna otra iba hacia ella, saludándola y dándole la enhorabuena. Un gran cartel colgaba de la barandilla del piso de arriba, el cual decía en letras grandes y demasiado negras: <<BIENVENIDA A CASA, ASTRID>>. La joven puso los brazos en jarra y negó con la cabeza, abriendo cada vez más la boca.

—¿¡Qué habéis hecho!?

—¿Lo ves? —la tranquilizó Irene—. No te hemos puesto la casa patas arriba.

—¡Claro que lo habéis hecho! Ha sido muy considerado de vuestra parte, pero yo ahora sólo necesito dormir, así que marchaos todos, ¿vale?

Martha e Irene se miraron y agacharon la cabeza.

—Bueno, sólo queríamos hacerte un regalo de bienvenida para demostrarte lo mucho que te queremos y lo mucho que ha esperado esta gente a que vuelvas, no pensábamos que te ibas a cabrear.

Astrid resopló y se frotó los ojos.

—Vale, tan sólo estaré una hora, pero después no quiero saber nada más de esto, ¿vale? Y si me duermo en un sofá ¡ni se os ocurra despertarme y mucho menos pintarme la cara!

Las dos amigas levantaron la mirada esperanzadas, lanzándose sobre Astrid para abrazarla con fuerza.

—Claro, claro. Ahora toma un poco de ponche.

Un amigo suyo de la discográfica le trajo al instante un vaso con un líquido rosáceo y tres cerezas flotando. La joven cantante se sentó en un sillón y se limitó a observar la fiesta con aire cansado, mientras se le cerraban los ojos cada cierto período de tiempo. Pero finalmente, en cuanto vio llegar a una persona demasiado conocida, se despejó y se levantó rápidamente para tratar de salir de allí lo antes posible. No obstante, el chico la alcanzó y le cogió el brazo con suavidad para detenerla.

—Astrid —le dijo con dulzura—. Astrid, por favor, no te vayas.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas, pero se las secó con el dorso de la mano para que el chico no viera que todavía lloraba por él.

—No, déjame —gruñó en cuanto se serenó, pero aun así en su voz se distinguieron los sollozos apagados de la tristeza que el recuerdo de aquel hombre le provocaba.

No obstante, Astrid no se movió y tampoco hizo nada cuando el chico la abrazó por detrás, soplándole débilmente en el cuello. Siempre hacía eso cuando quería algo en especial. Nunca había sido romántico de verdad. Cada vez que se comportaba como un galán con ella, esperaba una recompensa material. Las primeras veces, Astrid se lo ofrecía sin pensárselo dos veces. Luego se cansó de tener que pagar por recibir la atención que merecía. Por eso lo dejó, hecho que aprovechó el hombre para aparecer en entrevistas y soltar injurias contra la joven que iniciaron unos rumores sobre una inexistente promiscuidad que su público criticó duramente. Llegó a la conclusión que debía aprender a desconfiar más de la gente, ser inaccesible para que nadie le volviera a hacer daño.

Apretó los dientes, rabiosa, y se volvió hacia él.

—¿Qué haces en mi casa? Te dejé muy claro que no quería volver a saber nada de ti, ¿no fue así?

Jesse le dedicó una sonrisa encantadora, tal vez esperando a que Astrid se derritiera ante aquel gesto combinado con aquellos rasgos tan viriles que la volvieron loca en una época. Pero ya no caería. No pensaba rendirse de nuevo a sus pies ni arrodillarse, aceptando sólo sus reglas en la relación. Ya no pensaba dejarse manipular por nadie.

—Astrid —le susurró al oído y soplándole de nuevo con suavidad en el cuello, pero la joven se apartó bruscamente—. Yo te quiero. Sé que fui un gilipollas, un cabrón, un hijo del demonio y todo lo que tú quieras, pero te he visto todo este mes que has estado fuera y sé que no puedo vivir sin ti. Te necesito para que mi vida tenga sentido.

Antes aquellas palabras la habrían desarmado, pero en ese momento le resultaron repulsivas y, tan sólo observando a quien las pronunciaba, le entraban ganas de vomitar. Se cruzó de brazos, frunciendo el ceño.

—Claro, ahora que he conseguido minimizar el efecto de ese rumor que difundiste sobre mí y he podido retomar mi vida normal, quieres volver a ser el centro de atención, ¿no? —con cada palabra que escupía Astrid en su cara, veía cómo se reflejaba la verdad de las nuevas intenciones de aquel hombre

en su rostro. Astrid se sonrojó de la rabia al ver cómo el hombre, al sentirse sin una nueva oportunidad, cambiaba su cara de romanticismo a una más severa y furiosa. La joven espetó, sin pensárselo dos veces —: Jesse, sal de mi casa ahora mismo.

—Pero, ¡Astrid, te quiero! ¿No lo entiendes? —dijo mostrándose desesperado, acercándose a ella para besarla, pero Astrid se apartó y al ver que Jesse le cogió las manos con fuerza para acercarla a él le dio una patada en la rodilla, haciéndole aullar de dolor. Y luego le dio un bofetón con el que marcó su mejilla para el resto de la noche.

—Sal de mi casa. He dicho que no quiero volver a verte.

Muchos de los presentes se volvieron para observar la escena, y Martha e Irene corrieron hacia Astrid para ver si se encontraba bien.

—Estoy perfectamente. Pero esta fiesta ha acabado. Ahora subiré a mi habitación y mañana por la mañana no quiero ver ni una sola servilleta que no pertenezca a mi casa, ni un sólo vaso de ponche en mi nevera, ¿está claro? —sus ojos se llenaron de lágrimas al decir aquello, pero cuando Martha quiso abrazarla, Astrid se negó y se las enjugó con la palma de la mano, alejándose —. Sólo quiero estar sola, por favor.

Acto seguido reinó el silencio. Mientras Astrid subía las escaleras hacia su habitación, sentía un montón de ojos clavados en su espalda. Pero no hizo nada. Y cuando llegó a su cuarto y cerró la puerta con llave por si acaso, se sintió totalmente a salvo.

Avanzó lentamente hasta su cama y se tumbó, ni se molestó en taparse con las sábanas ni en ponerse el pijama, porque cuando quiso darse cuenta al fin, se había quedado dormida.

Difíciles propuestas

Un rayo de luz se filtró por la ventana y le hizo saber la hora que era. Tardó un poco en cobrar el sentido, y cuando lo hizo, se sintió alegre al recordar los acontecimientos de la noche anterior. Aquella había sido una noche loca de veras. Él y Adam se habían quedado hasta las tantas disfrutando del triunfo de su equipo predilecto, celebrado con comida y alcohol.

Al final, Adam dio por terminada la velada, y Jayson se sentía demasiado cansado como para recoger toda la basura que había en su salón, así que hizo el pensamiento de ordenarlo esa mañana. Se levantó rezagado y nada más ponerse de pie se acarició las sienes con los dedos. Sentía que su cabeza le iba a estallar por momentos. No obstante, bajó a la cocina, dispuesto a prepararse una tila para apaciguar su jaqueca. De pronto, recordó que, desgraciadamente, tenía una cita muy importante a partir de las siete en punto y quién sabía si volvería a beber. Decidió tomarse un antiséptico y evitar el alcohol esa noche para no repetir aquella dolorosa experiencia.

Cuando pasó por su salón, por poco se vino abajo. Estaba hecho un auténtico desmadre: las botellas de cerveza se apilaban en grandes cantidades sobre la mesita y por el suelo, las cajas de pizza estaban tiradas sobre el sofá. Encontró además en el intersticio de los cojines del sofá un trozo de pizza que Adam debió de perder jugando a lanzarse trozos de pepperoni al aire para que aterrizaran en su boca. Por un momento, pensó en no volver a invitar a su amigo a su casa, pensando en la profunda limpieza que en ese momento le tocaba hacer a él.

Con auténtica lentitud, arrastrando una marea de dolor debido a la migraña, empezó a limpiarlo todo. Cuando terminó, vio que se había hecho la

hora de comer, y dio un salto cuando sonó el timbre.

El chico corrió hasta la puerta de entrada y miró por el agujero de la puerta.

—¡Hola, hola! —sonó una voz cantarina y femenina al otro lado de la puerta.

<<¡Laura!>>, exclamó Jayson para sus adentros, viendo a su mejor amiga por la mirilla.

—¿Qué... qué haces aquí? —preguntó abriendo la puerta. Abrió mucho los ojos al ver que llevaba una bandeja cubierta con una capa de papel de aluminio, bajo el que debía esconderse algo delicioso y comestible, debido al buen olor que desprendía.

—Acabo de llamar a Adam, y me ha contado la fiesta que hicisteis anoche. Y vengo a comer contigo para pasar un rato juntos —explicó señalando con el mentón la palangana—. Llevas mucho tiempo ocupado con tu trabajo y hace tiempo que no hablamos. Y... te echo de menos.

Jayson se la quedó mirando entornando los ojos como si no hubiera entendido bien, y Laura aprovechó para mirarle de arriba abajo.

—Por cierto, ¿qué haces todavía en pijama? —dijo levantando el tono, por lo que Jayson se llevó las manos a la cabeza, y Laura se apresuró a sonreír torpemente, tal vez disculpándose—. Lo siento, no recordaba que estás total y completamente resacoso.

—No estoy tan resacoso como tú crees —replicó Jayson, cruzándose de brazos.

—¿Ah, no? —preguntó la joven acercándose a él y subiendo el volumen de su tono.

—¡Vale, tú ganas, pero habla más bajo! —masculló el chico acariciándose de nuevo las sienes.

Jayson se hizo a un lado para permitirle el paso, y rápidamente corrió a vestirse. Cogió lo primero que encontró en el armario para verse decente delante de su amiga. Se miró al espejo para comprobar su imagen y vio que su pelo estaba completamente revuelto. Tras peinárselo un poco con los dedos, bajó hasta la cocina y vio que Laura ya había puesto la mesa ella sola. Y finalmente pudo ver lo que había traído su amiga en la palangana: una comida completa. Había dos patas de pollo mojadas en una espesa salsa marrón cubierta de verduras y especias que mejoraban considerablemente el perfume; también había dos montoncitos de arroz acompañados de dos trozos de pescado rebozado.

—Supuse que no tendrías nada hecho, así que me he tomado la libertad de hacer una comida a mi gusto. Hay una porción de cada cosa para cada uno, así que no te hagas la ilusión de repetir.

Jayson se acercó a ella y, abrazándola, la besó en la frente.

—Te quiero, preciosa —le dijo frotándole la espalda con cariño.

Siempre la había considerado una amiga, así que no veía ningún problema en abrazarla ni en besarla. No había pensado jamás en tratarla como si fueran algo más.

Dejó que Laura se sentara en la mesa y él aprovechó para sacar de la nevera una botella de cerveza que quedó de la noche anterior y otros refrescos distintos que debían consumirse cuanto antes. No obstante, cuando las dejó sobre la mesa y no dejaba de observar la cerveza, Laura la agarró y, con un sacacorchos, le quitó la chapa.

—Será mejor que no bebas si esta noche debes ir a esa fiesta —le aconsejó la joven.

Jayson se la quedó mirando con una ceja levantada.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—A Adam se le da muy bien contar secretos estando ebrio.

Empezaron a comer en silencio, pero Jayson no lo soportó más y comenzó a preguntarle de todo, desde su familia hasta su trabajo, incluso se desvió por temas personales. Habían sido amigos desde pequeños y se habían contado las cosas más absurdas posibles, y después de aquello, no tenían veían ningún problema en responder a cualquier cuestión.

—¿Qué tal vas con tu novio? —le preguntó Jayson, y la joven se encogió de hombros.

—Ya no estoy con él. No funcionaba.

Jayson se rascó la nuca.

—Vaya, lo siento mucho.

—No, de todos modos, estaba claro que no éramos compatibles. Mejor que rehagamos nuestras vidas separados.

—¿Y tu trabajo? ¿Qué tal?

Laura resopló y sonrió, lo que hizo reír a Jayson.

—Bueno, no es que sea lo más divertido del mundo ser cocinera en un bar al que sólo van borrachos, pero al menos es un empleo.

—Y tienes la ventaja de ser la mejor chef del mundo —sentenció Jayson intentando que no fuera tan modesta. Hacía años, cuando su carrera en enfermería no dio los frutos que ella pensaba, decidió dedicarse a su auténtica

pasión: la cocina gourmet.

—¡Oh, calla! —le sonrió agitándola en señal de restarle importancia.

En cuanto terminaron de comer siguieron hablando. Jayson esperaba un momento para levantarse a dejar la vajilla sucia en el fregadero para lavarlo después, pero ahora prefería pasar todo el tiempo posible con su amiga.

—¿Y qué tal tu novia?

Jayson bajó la mirada en cuanto los recuerdos le acecharon de nuevo.

—Creí que ya lo sabías.

—No... —susurró la joven, pensando que habría sido mejor no preguntar.

—Me puso los cuernos. Y lo dejamos.

Laura le estrechó con fuerza la mano.

—Siempre me tendrás ahí por si necesitas algo.

Jayson asintió y sonrió.

—Gracias.

No obstante, Laura se levantó y movió su silla hasta colocarla al lado de la de Jayson.

—Lo digo de veras —le aseguró poniéndole las manos en las mejillas y obligándole a mirarla a los ojos— Estaré a tu lado para todo lo que necesites.

Jayson asintió. Y entonces ocurrió algo que no esperaba. Lo besó. Fue un beso suave bastante disimulado en el que las dos comisuras se rozaron provocando un ligero cosquilleo en el interior de Jayson. Al principio pensó que sólo era un simple beso en la mejilla que se había desviado un poco, pero cuando Laura se emocionó y empezó a besarlo con intensidad, rozando la pasión, Jayson no dudó en ponerle fin.

Descartó el siguiente beso y cogió con suavidad las muñecas de Laura, sonriéndole. La joven pareció entenderlo y bajó la mirada, como disculpándose.

—Tengo que irme —dijo empezando a recoger su palangana y volviendo a taparla con el papel de aluminio.

No tardó ni dos minutos en abandonar la casa. En todo ese momento no dijo ni una palabra, pero en su interior sentía un amargo sollozo que deseaba sacar en el interior de su coche, donde nadie la oyera.

Y Jayson se quedó sentado en la mesa, con la vista fijada en el vacío.

Cuando una pequeña y transparente lágrima salió de su ojo y resbaló por su mejilla hasta aterrizar en la palma de su mano entendió por fin lo que había pasado realmente en su casa.

Sus dedos se movían con gran rapidez sobre el teclado, dejando fluir las notas de una triste y dramática melodía. Por alguna razón que no atinaba a recordar, asociaba esa música a un período triste que ella sentía haber vivido. ¿O era la historia de la melodía? En cualquier caso, aquella serenata le provocaba una tremenda ansiedad, así como una amargura interior que le provocaba un fuerte dolor de estómago. Sin embargo, cuando la tocaba, sentía que podía dejar fluir sus emociones e intentar recordar. ¿Por qué no recordaba el origen de aquella canción? La llevaba en su mente desde que tenía uso de razón, recordaba cada acorde perfectamente, como si la tuviera grabada a fuego en su memoria. La acompañaba en sus días tristes y en sus días buenos. Pero siempre conseguía darle escalofríos, como si algo malo fuera a suceder de un momento a otro.

Por otra parte, desde que aprendió a dominar el piano, había desarrollado la capacidad de tocar canciones de oído, de forma que podía sacar las notas y los acordes si escuchaba previamente una melodía determinada unas cuantas veces. Sin embargo, aquella melodía era simple, por lo que no le había costado ningún esfuerzo imitar esa melodía con el instrumento.

Astrid paró al fin y por fin respiró. Sintió el nudo que aquella música le había provocado en el estómago. Sentía que algunas imágenes asomaban en su memoria, pero eran tan difusas que Astrid apenas las reconocía. Estaba dispuesta a descubrir el origen de esa canción y averiguar por qué el mero hecho de escucharla le provocaba una tortura psicológica tan agotadora.

Se sentó de espaldas al teclado y se tapó la cara con las manos. Empezó a hacer el esfuerzo de recordar, porque, al parecer, era incapaz. ¿Cuándo había decidido ella convertirse en cantante? ¿Cuándo le habían pedido permiso para difundir su imagen de una forma tan pública? Pero, sobre todo, ¿cuándo había tomado la decisión de elegir a su madre como la controladora de su propia vida en vez de ella misma? Si lo pensaba bien, venían a su memoria episodios de su vida que respondían a sus preguntas, pero no recordaba haberlos vivido. ¿Por qué su memoria fallaba tanto?

Si pudiera volver al pasado y revivir estos momentos, habría tomado otro camino.

No supo qué era ser una estrella del pop hasta que cumplió los dieciséis. Entonces ya había sacado su segundo disco y había hecho dos giras: una durante los catorce y otra en los quince. Fue entonces cuando supo que quería un <<basta>> en su vida, un límite que no llegó. Parecía una marioneta controlada por las exigencias de sus fans, quienes eran, sinceramente, peores

que su madre. Siempre pedían más de ella, la criticaban y la adoraban a la vez, y ella debía seguir ofreciéndoles todo y más.

Astrid se acercó las rodillas al pecho y apoyó el mentón en ellas. Estaba contenta de que su madre hubiera decidido finalizar la gira y dejarla descansar. Ahora eso le parecía la gloria, pero tal vez no diría lo mismo cuando el cómputo terminara y tuviera que volver a trabajar. Pero el problema no era realmente su madre, sino la discográfica. Desde que firmó el contrato para proporcionarse éxito a sí misma no tuvo en cuenta la letra pequeña, la cual la encadenaba a un constante trabajo duro sin apenas tiempo libre.

Sí, sin duda habría escogido una vida diferente.

Astrid hundió la cabeza entre las rodillas y se echó a llorar. Se sentía sola y triste, atada a su trabajo. Y también a una sombra del pasado que la perseguía camuflada en aquella espantosa melodía cuyo significado no conseguía descifrar.

Y lo peor era que no podía contárselo a nadie.

Su hermana lo llamó esa tarde, mientras se preparaba. Le preguntó lo de siempre: cómo le iba el trabajo y la vida en general. Jayson se limitó a resumir lo que debía hacer a las siete de la tarde.

—¿En serio? ¡Genial! Seguro que te suben el sueldo por ir a emborracharte con ellos.

Jayson resopló, harto de su hermana.

—No voy a emborracharme con ellos, sólo vamos a cenar y a hablar de las posibilidades que tenemos de recuperar la revista.

—¡Ah, sí!... la revista. ¿Qué tal va la cosa? ¿Está muy mal?

—Al principio querían cerrarla, pero, como te he dicho, dentro de media hora me toca ir a esa cena para ver cómo vamos a hacerlo, porque... sí... la revista ya no es lo que era.

La mujer suspiró al otro lado de la línea telefónica.

—Bueno, pues... buena suerte.

—Gracias, eh... adiós.

—Sí, adiós —en ese momento se escucharon unos gritos infantiles y una vocecita cantarina que se acercaba a donde estaba el teléfono—. ¡Espera!

Nicole quiere decirte algo.

Jayson sonrió y puso su voz más tierna.

—¡Hola, cielo! ¿Cómo estás?

La niña se aclaró la garganta y empezó a relatar:

—¡Bien! ¿Sabes qué, tío Jay? Ayer fui a nadar con mi papá a la piscina.

—¡Hala! ¿En serio?

—¡Sí, y el agua estaba calentita!

—¡Cuánto me alegro! —dijo Jayson sonriendo para sí.

Le encantaba estar con sus sobrinos, sobre todo con Nicole, ya que esa niña siempre le hacía reír. Hacía unos diez años que su hermana contrajo matrimonio con un agente del FBI y unos siete que habían nacido los gemelos de Daisy: Nicole y su hermano Tom. Jayson no veía el día en que él se casara y tuviera hijos.

—Tío Jay... —lo llamó Nicole, que había estado unos segundos callada.

—¿Dime, preciosa?

—¿Vendrás a nuestro cumpleaños el mes que viene?

—El que viene, no, el otro —corrigió su madre, cuya voz sonaba algo lejana.

—¡Pues claro! No me lo perdería por nada del mundo. ¿Qué quieres de regalo?

—¡Un juego! ¡Un juego para la PlayStation!

—¡No pidas eso! —gritó escandalizada su madre.

—Déjala, Dais. Si es su cumple, voy a comprarle lo que quiere. Entonces, ¿un juego?

—¡Sí! —gritó alegre la niña, pero no pudo decir nada más, que ya su madre le quitó el teléfono a pesar de los gritos de protesta de la niña.

—¡Eh, ni lo sueñes, Jay! No voy a dejar que les compres un juego tonto que después dejarán tirado por ahí, se estropeará y habrá sido un despilfarro de dinero.

—No pasa nada. Al menos lo disfrutarán un tiempo.

La mujer volvió a suspirar y murmuró:

—Si vas a comprarles un juego, que sea didáctico, a ver si así se preparan para empezar el colegio.

Jayson carcajeó de buena gana.

—Tranquilízate, Dais. Hasta otra, y dale un saludo a Eric de mi parte.

—Eso haré. Pásatelo bien en tu cena de negocios.

Jayson sonrió y colgó. Se quedó unos segundos mirando el teléfono, pero

después observó la hora que era y subió disparado al piso de arriba, donde estaba su habitación. Hacía poco que se había preparado la ropa que iba a llevar, pero aun así la cambió. No le parecía lo suficientemente formal como para asistir a la cena. Esta vez agarró una camisa blanca con corbata y una chaqueta fina negra acompañada de unos pantalones del mismo color. En cuanto se lo puso se miró al espejo. A parte de estar atractivo, parecía un caballero del siglo XX.

Fue al baño y se peinó como pudo los pelos, pero por más que lo intentaba, parecía que el mero hecho de haberlos tenido despeinados todo el día no contribuyó nada, sino que provocaba que se descolocaran cuando terminaba de peinarlos. Finalmente, no pudo más, se echó un poco de gomina en el cabello y se echó el corto flequillo hacia atrás. Se miró una vez más en el espejo y por primera vez en todo el día se sintió satisfecho consigo mismo.

Definitivamente, era un caballero del siglo XX.

El timbre no tardó en sonar. Jayson pensó que llegarían algo más tarde, pensó mirando el reloj. Así pues, bajó al piso de abajo y abrió la puerta. Se encontró a su jefe, vestido de forma similar a él, pero sin corbata y la camisa sacada por fuera. Se apoyaba con una mano sobre el marco de la puerta.

—¿Qué, vienes?

Jayson asintió y cerró la puerta tras de sí. Un coche gris los esperaba fuera de su jardín, con dos hombres dentro que charlaban animadamente. Pero, en contra de lo que se había imaginado en un principio, no estaban bebiendo, tan sólo mantenían una charla formal. En cuanto el joven se sentó en el asiento trasero, el que se sentaba a su lado, probablemente del Departamento de Fotografía, le dio una palmada en el hombro.

—¡Caramba! Hay que ver lo guapo que te has puesto.

Jayson sonrió para sí y descansó las manos sobre el regazo, esperando a que el coche se pusiera en marcha.

Veinte minutos después, habían aparcado junto a un establecimiento bastante lujoso y enorme.

—¡Menudo tesoro que debe de tener esta tal Roxy! —opinó el del Departamento de Diseño usando el nombre del edificio al analizar la belleza y el lujo del lugar.

—Tiene un gran restaurante, y lo bueno es que está muy frecuentado —informó Jonathan saliendo del coche—... al menos por la gente que se lo puede permitir económicamente.

—¿Quién pagará? —preguntó Jayson ingenuamente.

—Cada uno lo suyo.

Mientras se encaminaban hacia la entrada, Jayson se acercó al fotógrafo.

—¿Crees que los demás ya habrán llegado?

—¡Claro! Llamaron incluso a Jonathan para preguntarle si había tenido algún accidente. Hace mucho que esperan.

Jayson se mordió el labio inferior. Entonces estarían... cabreados. ¿Iría bien la cena? Eso no podía saberlo hasta que lo viera con sus propios ojos.

En cuanto entraron y se dirigieron al recepcionista para preguntarle por la localización de los demás, éste les señaló una mesa grande y redonda alrededor de la cual había cuatro hombres sentados. Jonathan se dirigió hacia ellos y cuando un hombre alto, de pelo canoso y cara de malas pulgas se fijó en él, se levantó, cambiando por completo sus rasgos feroces a la sonrisa más sincera que Jayson había visto jamás y le tendió la mano.

—Querido amigo, ya creíamos que no ibais a llegar. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, George, gracias por preguntar. Estupendo..., ¿nos sentamos?

El hombre, que era un viejo amigo del redactor jefe, había presidido *Little Shine* en sus mejores años para después iniciar otro proyecto, por lo que Jonathan ocupó su lugar. Según le había contado su jefe durante el camino, ese hombre los acompañaría durante la cena para aportar ideas para ensalzar de nuevo la gloria pasada de la revista.

Mientras se sentaban, los otros tres que había sentados saludaron a los recién llegados.

Jayson se sentó al lado de un hombre al que conocía sólo de vista. Por lo que sabía, se encargaba de archivar las anécdotas e historias que algunos lectores enviaban a la Redacción para que las publicaran en una sección de la revista.

—Bien, señores, gracias por acudir a nuestra reunión —empezó George mirando los rostros de todos y cada uno de los presentes—. Como bien sabréis, me llamo George y fui el redactor jefe de la revista que dirige mi colega Jonathan. Hemos quedado aquí reunidos más que nada para charlar sobre el estado en el que se encuentra en estos momentos. Por lo que me han ido informando, el presupuesto de la revista es muy bajo ahora y estáis teniendo pérdidas. Mi colega Jonathan me comentó que una alternativa es cerrarla, pero la verdad, si os decantáis por abrir una nueva revista tenéis que saber que, con el bajo presupuesto que tenéis, no lograréis recuperar los fondos perdidos empezando de cero con otro proyecto.

>>Mi propuesta es que hagáis algo nuevo, no hace falta que cambiéis la

estructura de la revista al completo, pero crear algo nuevo que pueda enganchar a los seguidores otra vez significa darle una nueva oportunidad a vuestra revista. A partir de ahora, Jonathan, os recomiendo que empecéis a decir propuestas.

Los siete oyentes estuvieron un rato en silencio, pero después Jonathan empezó a hablar.

—Sí, es una buena idea. Creo que lo que no impresiona a los lectores es que pocas veces hemos cambiado de objetivos a los que entrevistar, es decir, en todas las revistas perduran los mismos famosos a los que entrevistamos porque tuvieron su fama y reconocimiento en su tiempo, pero tal vez deberíamos pensar en pasar página. Claro que nos aprovechamos de las nuevas tendencias, pero deberíamos olvidar las viejas. Simplemente, hacer un estudio de mercado y observar qué quieren ver los lectores. Nos hemos aprovechado de un éxito pasado y al mantenerlo le hemos quitado toda la originalidad a nuestro proyecto.

—Pero eso ya lo hicimos hace unas semanas, ¿no te acuerdas, Jonathan? —le preguntó Chad, uno de fotografía—. Hicimos un reportaje sobre la gala de los Oscar del año pasado. Había muchos actores recién estrenados en Hollywood.

—Sí, yo me acuerdo —recordó Jayson, siendo de pronto el centro de atención—. Nos tocó a Margaret y a mí escribir sobre los famosos.

—El problema fue que no profundizamos en ellos, por lo que no dejamos que los lectores los conocieran.

—¿Entonces hacemos reportajes sobre los nuevos famosos? Eso es lo que hace todo el mundo. No sería nada nuevo —apuntó el representante del departamento de Fotografía.

—¿Y si en vez de escribir reportajes..., escribimos historias sobre ellos...? —propuso Jayson, de pronto, enderezándose en su silla.

—¿A qué te refieres? —se interesó Chuck.

—Es sólo una idea, pero, podríamos hacer una sección donde relatamos historias de famosos. A todo el mundo le gusta leer historias entretenidas que consigan evadirlos un momento, sobre todo si son comedias. Creo que podemos hacer eso con todos los famosos a los que hemos entrevistado y a los que aún no hemos llegado. Sería una gran forma de presentárselos al mundo, de hacerlos ver más como iguales con anécdotas e historias similares. Eso es algo que los reportajes no consiguen porque los muestran como algo inalcanzable. Lo digo desde mi punto de vista personal, me gusta leer

historias y más si tienen como protagonistas personalidades que sólo puedo ver por televisión.

—Es una buena idea —aceptó Jonathan chasqueando los dedos y guiñándole el ojo a Jayson, que sonrió.

—Podríamos ponerle un título especial a esa sección —apuntó Chuck.

Jayson frunció el ceño, concentrado, y apoyó los codos sobre la mesa, mirando fijamente a su jefe.

—Creo que muchos famosos se sienten presionados por sus fans para alcanzar la perfección, así que no me extraña que muchas veces finjan ser algo que no sean. Dado el propósito de esta idea, quizá podríamos llamarlo *Así soy yo* o *Me llamo* (ponemos el nombre) y *soy así*.

—¡Sí, qué buena idea! —saltó de repente Jonathan y aplaudió—. ¡Ya os dije que este chico es un genio! Sí, chaval, esto es maravilloso. E incluso podríamos hacer una encuesta por las redes sociales para preguntar a qué famoso quieren que entrevistemos a cada publicación. Quizá guste a los lectores.

—¿Y cómo vais a conseguir que los famosos os cuenten historias personales? Tal vez, si le exigís algo demasiado personal no os lo cuenten —observó George.

—A algunos famosos les gusta contar anécdotas de su vida, a otros no. La clave está en que te cojan confianza, reír con ellos, contarles cosas de tu vida para que se abran. Hacer una entrevista camuflada en una conversación entre amigos que se conocen —dijo Jayson, convencido.

George se rascó la nariz, pensativo.

—Sí que es buena idea. Ya tenéis una sección nueva sobre historias personales de los famosos. Pero creo que con eso no basta.

—Podemos publicar historias de los lectores que ellos mismos escriban. Así al tener en la misma revista una historia sobre un famoso y una historia sobre un lector puede fortalecer ese sentimiento de igualdad y cercanía —opinó Chad.

Jonathan se rascó la nuca.

—Ya veremos. Primero empezaremos a añadir lo que hemos dicho el próximo día que vayamos al trabajo, que es... ¿mañana? No, claro que no, porque es domingo, entonces el lunes. Sí, yo mañana informaré a todos los trabajadores de los cambios que habrá, porque todo lo que no gusta lo vamos a eliminar, y así, el lunes, podemos ponernos manos a la obra. Y tú —señaló a Jayson—, como has sido quien ha tenido esta idea la vas a poner en práctica

para ver cómo sale.

—¡Genial! —saltó uno de los hombres de Diseño de Portada.

—Sí, pero... ¿a quién entrevistaremos primero para hacer esto? —preguntó Jayson, mirando fijamente a Jonathan.

—Sí, en eso estaba pensando. Podríamos empezar por alguien que esté de moda, por quien los fans estén locos y al verla en la portada de la revista no duden en comprarla.

Jayson frunció el ceño, creyendo saber la respuesta a esa insinuación.

—Y tal vez podrías empezar a entrevistar a famosos como... no sé... ¿Angelina Jolie? O Brad Pitt. Incluso si están juntos todavía puedes entrevistarlos a ambos —dijo Chad.

—No, yo estaba pensando en Chris Hermsworth, tiene muchas historias familiares y la gente le adora —respondió el redactor jefe.

Jonathan cerró los ojos, pensativo.

—No, lo mejor sería empezar por alguien que la gente adore ahora, que tenga más chispa. Como...

Por pura casualidad o porque algún camarero había estado escuchando la conversación, de fondo empezó a sonar *Light Fire*, de Astrid.

Jonathan sonrió, mirando enigmáticamente a Jayson.

—Ya sé con quién puedes empezar.

Nuevos trabajos

El despertador de Astrid sonó estridentemente, y ésta se levantó furiosa a apagarlo, sin saber por qué había sonado aquel lunes si ella no lo programó con tal de dormir más. Pero justo cuando pulsó el botón para apagarlo, la puerta de su habitación se abrió y su madre entró dando saltitos.

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien?

Astrid no respondió, sino que se frotó los ojos con fuerza, cerrándolos de vez en cuando para dramatizar un poco.

—¿Por qué me has despertado tan pronto? —preguntó sentándose en la cama.

Su madre se sentó con ella en la cama y le peinó el pelo con los dedos. Luego le hizo una especie de trenza a medio terminar que acabó deshaciéndose cuando soltó su pelo sobre sus hombros.

—Me acaba de llamar tu representante; quieren hacerte una entrevista.

—¿Otra? —resopló la joven, tumbándose.

—Sí, pero ésta es especial, según me ha adelantado, y necesitan más de un día para hacerla.

Los ojos de Astrid dieron un vuelco, demostrando su animadversión acerca de esa propuesta.

—¿Por qué tanto tiempo?

Su madre se tumbó a su lado y la estrechó con fuerza.

—Auguran un gran éxito para esa revista si la entrevista sale bien, así que sonrío mucho.

—¿¡Una revista!?! —saltó Astrid—. ¿Me quieren entrevistar para una revista? ¿Cuál?

La mujer sonrió.

—No sé si la conoces, cielo, *A Little Shine*. Yo la compraba antes cuando eras más pequeña.

Astrid asintió.

—Sé cuál es, pero hace tiempo que no veo esta revista por vuestra casa.

—Eso es porque las tengo guardadas. Ya no suelo comprarlas porque no tengo tiempo de leerlas. Tengo que cuidar de ti, cielo – Astrid reflexionó un momento—. ¿Lo harás, tesoro? Imagina que la entrevista sale bien y a tus fans les encanta. Quizá te mantengas en la cima de la fama mucho más de lo que te imaginas.

Astrid odiaba esa propuesta. Estar en esa cima a la que se refería su madre era muy duro. Pero pronto vio la oportunidad de oro. Diría en aquella entrevista lo que pensaba de verdad y que no tardaría en retirarse como cantante, porque ya empezaba a estar cansada.

Astrid asintió con la cabeza.

—Está bien, ¿cuándo tengo que ir?

La mujer se levantó de la cama a toda prisa.

—Ahora. Vístete con lo mejor que encuentres y maquíllate un poco. Tienes que salir presentable.

Se vistió a toda prisa con las prendas más informales que encontró, se remarcó la línea de los ojos y se puso un poco de pintalabios. Tras pensárselo un poco, cogió unas gafas de sol y una gorra, aunque sabía que no la ayudarían a pasar desapercibida del todo.

Cogió su móvil y marcó el número de su representante, exigiéndole respuestas. Su voz no tardó en sonar al otro lado de la línea telefónica.

—¿Astrid?

—Sí, soy yo. ¿Quién es ese tipo que quiere entrevistarme?

—Ah, pues... un periodista de la revista...

—¡Sé cómo se llama la revista! —gritó Astrid, pero se apresuró a bajar de tono, porque escuchó cómo su madre le preguntaba si todo iba bien—. ¿Por qué la entrevista dura tanto tiempo? ¡Dos días! ¿De verdad existen entrevistas que necesiten tanto tiempo?

—Pues... lo lamento, pero no he entendido la explicación que me acaba dar al respecto, creo que él te puede informar mejor que yo.

Astrid se mordió el labio inferior.

—Entonces quiero que me lo explique. ¿Dónde está?

El hombre se aclaró la garganta, y Astrid pensó que debería llamar al

periodista para decirle que ella quería hablar con él, pero la joven escuchó un ruido como si el representante se apartara el teléfono de la oreja y se lo pasara a otra persona.

—¡Hola! —escuchó de repente una voz alegre al otro lado de la línea telefónica.

—¿Quién diablos eres tú? —preguntó Astrid, algo confundida.

—Soy Jayson, el periodista —respondió un poco cortado, como si no supiera muy bien qué decir para presentarse.

Astrid torció la sonrisa.

—¿Ah, sí? —Astrid sintió su respiración agitada en la otra línea del teléfono según lo iba poniendo nervioso—. Tú eres el de la entrevista de dos días, ¿no?

La joven esperó impaciente la respuesta, pero sólo escuchó un carraspeo.

—Eh... Sí, creo que ése soy yo.

Astrid ahogó una risotada. Suponía que ése era un periodista novato por su indecisión a la hora de hablar. Olía que esa entrevista sería más divertida de lo que creía...

—¡Claro, claro! ¿Y dónde nos vemos?

—¿Dónde te gustaría? —carraspeó el hombre, quizá pensando a toda velocidad cómo tratar con una superestrella como ella. Astrid no soportaba a la gente que la tomaba por una diosa intocable y se ponía nerviosa a la hora de decirle algo, pero trataba de tener paciencia con ellos. Sin embargo, no pudo evitar reírse a costa del nerviosismo de aquel periodista. Por el tono de su voz, le echaba menos de diez años más que ella.

—Bueno, la entrevista es tuya, deberías tener eso pensado.

Volvió a escuchar cómo el teléfono pasaba de manos, por lo que el ruido de fondo se volvió más audible.

—¿Astrid? —dijo de nuevo la voz de su representante—. Astrid, ¿me oyes?

—Sí, te oigo.

—Estamos a dos manzanas de tu casa. ¿Dónde quieres que te entreviste, en tu casa o en algún local?

Astrid se mordió el labio inferior, pensativa. Todavía no tenía la suficiente confianza como para llevarle a su casa. Además, pensó, si estaba su madre en casa empezaría a dar órdenes y terminaría haciendo ella la entrevista para asegurarse que fuera de su gusto. No, mejor que no fuera en su casa.

—En alguna cafetería. De todos modos, envíalo hacia mi casa e iremos desde ahí juntos en mi coche.

El hombre pareció pensarlo un buen rato, pero finalmente accedió.

—Está bien. Vendremos en mi coche, es un Toyota gris. ¿Lo reconocerás?

—Como si no hubiera visto tu coche otras veces... — se mofó la cantante.

Dicho esto, colgó. Astrid se tumbó sobre su cama, imaginando cómo sería aquel periodista con el que tenía que verse en unos minutos. Su madre no tardó en subir a ver cómo estaba.

—Cielo, ¿con quién hablabas?

Astrid fijó una mirada perdida en el suelo.

—He hablado con el periodista. Estaba con mi representante; hemos quedado para hacer la entrevista.

La mujer puso los ojos en blanco.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo crees que es: joven, viejo, guapo, feo...?

Astrid frunció el ceño y miró divertida a su madre. A pesar de su comentario, sabía que intentaba recabar la mayor información posible por si tenía que tomar cartas en el asunto, con tal de que todo saliera como ella esperaba y que no se escapara ningún detalle. Conocía demasiado a la perfeccionista de su madre como para no darse cuenta de las segundas intenciones de sus comentarios.

—Pues es viejo... Se le notaba por la voz. También parecía que lleva muchos años en la profesión, por cómo domina el arte de hacer preguntas y tener paciencia. Así que no te preocupes, porque la entrevista saldrá bien. ¡Ya verás el resultado cuando se publique la revista!

La mujer se rio con el comentario.

—¡Claro, cielo, claro! Bueno, ¿y cómo habéis quedado?

Astrid se mordió el labio inferior. No podía decirle que se acercaba él mismo con su coche, porque querría conocerlo y vería que no era tan viejo como lo había descrito y así se sorprendería porque la hubiera engañado y empezaría a encontrar pegadas.

—Pues me está esperando en una cafetería, a cien manzanas de aquí — pensó que mentir y exagerar era la mejor manera para que dejara de interesarse en sus asuntos—. Dentro de poco iré en coche hasta ahí. Lo tengo todo controlado, vete a hacer tus cosas y deja de preocuparte.

Su madre le sonrió y la estrechó contra su pecho con tanta fuerza que

Astrid sintió cómo se le iba el aire por momentos.

—¿Y cuándo volverás? ¿Eso lo tienes ya planeado?

Astrid entrecerró los ojos.

—Mamá, estoy en mi casa y tengo las llaves. Puedo volver cuando quiera. ¿No eras tú la que ha insistido tanto en que haga esta entrevista? Deja que me ocupe yo de esto —resopló, exhausta de las tantas discusiones que mantenían a diario por tomar el control de la vida de Astrid—. Y no, aún no sé cuándo volveré, tal vez cuando a ese periodista le dé la gana. Y técnicamente tú tendrías que estar en casa, que hace tiempo que no vuelves. Tal vez desde que empezó la gira..., ¿hará un mes? —dijo con algo de ironía en su voz.

La mujer sacudió una mano indicando que le restara importancia.

—Qué va, fui ayer y anteayer.

Astrid se llevó una mano a la boca, visiblemente preocupada.

—Entonces, ¿no sería mejor que fueras a cuidarle? —indicó Astrid, refiriéndose a su padre.

—Él está bien, cariño. Y me ha dicho que no hace falta que vaya, que te cuide a ti, sobre todo.

—Bien, pues... no sé a qué hora volveré, pero aprovecharé para pasar por tu casa para recoger unas cosas.

La mujer asintió y la besó en la frente con dulzura.

—Está bien. Pues yo me quedaré por aquí, si me das tu oficial permiso, y voy a preparar tu horario de la semana que viene.

Astrid resopló, y su madre se echó a reír.

—¿Qué pasa, no quieres trabajar?

La joven negó con la cabeza, sonriendo.

—Bueno, pues trataré de que no concreten demasiados conciertos; no vaya a ser que termines agotadísima como cuando hiciste la gira.

Astrid abrazó su madre, visiblemente agradecida.

—Gracias, mamá. Te quiero.

La mujer sonrió, acariciándole el sedoso cabello castaño. Astrid se dejó abrazar cariñosamente por su madre, pero, sin decir ni una palabra, notó cómo su progenitora le clavaba ligeramente las uñas en su brazo.

Normalmente le hacía eso antes de un evento importante, como un concierto o una entrevista televisiva. Astrid asociaba esa costumbre de su madre a una manera de aliviar los nervios, cosa que resultaba infructuosa porque le traspasaba los nervios a ella.

Su madre la soltó y sonrió. Pero Astrid se negó a mirarla a los ojos. Las marcas que le dejaba en los brazos eran una muestra de la obsesión por el control de su madre sobre ella. Por eso, a veces tenía miedo de que ese control pudiera ir a más.

El coche gris, tal como lo había descrito su representante, no tardó en aparecer. Astrid, ataviada con una camisa blanca y una falda marrón, observaba a través de los cristales oscuros de sus gafas de sol cómo aparcaba el coche junto al muro que rodeaba su casa. Aunque siempre había querido ser discreta con cómo construía su propia casa, sus padres le habían recomendado proteger su casa de mirones y acosadores con un eficaz muro alto. En la puerta de entrada había dos alarmas de seguridad, como también las había en las puertas y ventanas de su casa. Sin embargo, sus padres habían protegido eficazmente su intimidad al no hablar a nadie de que su verdadera casa era la que se situaba a las afueras de Cheyenne y no alguna otra casa situada en otros estados que tenían cuando iba a actuar allí. Ésta, en cambio, se situaba en medio de un bosquecito, como si se tratara de un casón más. Astrid agradecía poder disfrutar de su vida en aquel lugar, donde nadie le molestaba.

Pero ahora que iban a la ciudad debía cuidar su apariencia para no ser reconocida o no habría ninguna entrevista formal en tranquilidad. La presencia de Astrid pasaría de boca en boca hasta ser el centro de atención y se la arrebatarían al periodista que había reclamado ese momento para ellos dos solos.

<<Quizás es guapo>>, se atrevió a pensar Astrid y se sonrojó al darse cuenta de lo osada que había sido al siquiera imaginar esa posibilidad. <<Formal, Astrid, es una entrevista formal>>. Aunque nadie quisiera admitirlo, tan sólo era una chica de diecinueve años con los típicos pensamientos de esa edad.

Astrid siguió el camino de baldosas hasta llegar a la puerta del muro que la conducía al exterior. Allí, vestida con esa vestimenta formal, sus gafas y su sombrero y el fino abrigo que sujetaba bajo un brazo, esperó a que el coche se detuviera. Intentó ver a través de los oscuros cristales del coche, pero le resultaba muy complicado. No se dio cuenta de que se sentía terriblemente

curiosa de saber quién y cómo era el periodista Jayson.

La puerta del copiloto se abrió y apareció su representante, tan alegre como siempre.

—¿Cómo te encuentras hoy? —le preguntó la joven tendiéndole la mano.

—Bien, muy bien, gracias por preguntar —dijo cerrando la puerta.

La puerta del piloto se abrió y la cantante esperó hasta que una figura alta y delgada salió del coche. Al principio sólo le vio de espaldas. Pelo rubio cobrizo y ondulado, camisa blanca, vaqueros. <<Menudo trasero>>, se sonrojó Astrid, pero enseguida se riñó a sí misma por semejante comentario. Poco después la figura se dio la vuelta y un muchacho no mucho mayor que ella se acercó a la acera con una sonrisa forzada a tenderle la mano.

—Mucho gusto, señorita —al chico le temblaba la voz.

Astrid aceptó su mano y la agitó muy fuerte, dejando perplejo al muchacho, probablemente por su reacción o por la fuerza de sus manos.

—Igualmente, señor. Iremos en mi coche. Luego si quiere que lo deje en algún sitio o en su casa, lo haré.

El chico tragó saliva y asintió con la cabeza. El representante ahogó una risotada. Luego, él volvió a entrar en su coche y desapareció.

Astrid abrió la puerta del piloto y se sentó en el asiento. Esperó a que el periodista Jayson se hubiera sentado para arrancar el coche. Por el rabillo del ojo vio a su madre aparecer en el balcón, vigilándola. ¿Habría visto al chico? Tenía que salir de ahí cuanto antes y disfrutar del día un poco. Seguro que con ese chico podría. Se veía que no tenía demasiada experiencia. Con un poco de suerte, podría llevar ella misma la entrevista y hacer que le invitara a un helado porque, con las prisas, no había cogido su cartera. Después de su gira lo único que quería era divertirse y, ¿qué mejor compañero que alguien de su edad?

Mientras conducía, el chico se removía inquieto. No se dio cuenta de que llevaba a un desconocido en el coche, con el seguro en la puerta del copiloto para que no pudiera huir, hasta que no reconoció el famoso silencio incómodo que surgió entre ellos.

—Y bueno, ¿a qué te dedicas? —dijo Astrid para romper el hielo. <<Idiota, es periodista, idiota-idiota-idiota>>. El chico la miró con cara de no entender. Astrid lo solucionó rápidamente—: Era broma, ¿ves? Para romper el hielo.

El chico soltó una risa fresca que destensó a Astrid.

—¿Has pensado ya dónde quieres ir? —inquirió el chico.

Astrid lo fulminó con la mirada, pero una rápida mirada del chico le hizo saber que debía cuidarse de conducir y no mirarle a él.

—La entrevista es tuya, elige tú.

El chico pareció pensarlo. Miró el reloj. Otro silencio incómodo. Luego sonrió y la miró.

—¿Quieres ir a comer? Te invito yo. Es un restaurante *delicatessen* que hay en una esquina; está muy bueno... aunque quizá ya habrás ido —dijo el chico, recordando que la cantante vivía en esa misma ciudad y seguro que habría ido.

—¿Cómo se llama?

—*Flowrine*.

Astrid lo pensó. No le sonaba ese nombre.

—Podemos ir.

Veinte minutos después se encontraban en la mesa del fondo del salón VIP del restaurante que les concedía un poco de intimidad, y se dedicaban a ojear la carta, pero Jayson sólo se concentraba en la cifra que se suponía era el suplemento por usar ese salón especial, temeroso de lo que iba suponer esa cantidad para su salario. Astrid se sentía segura y había dejado las gafas de sol y el sombrero al suelo, junto a su silla, y observaba de reojo a Jayson. Era desgarbado y alargado, pero se le notaba corpulento. Su pelo cobrizo era un poco largo para su gusto, pero debía decir que le daba unas facciones aniñadas encantadoras. El flequillo le caía a veces sobre los ojos y con un movimiento de cabeza se lo apartaba, pero éste volvía a molestarle de nuevo. Sin embargo, lo que más le había atraído de él, y ahora que estaba cara a cara podía observar sin problemas, eran sus ojos. Unos ojos de un azul verdoso que nunca había visto.

—¿Y sobre qué quieres que te hable? —cortó de pronto el silencio la cantante.

El chico la miró y sonrió, una sonrisa sincera y nada forzada que a Astrid le encantó.

—Sé estarás acostumbrada a que te hagan preguntas y tú respondas, pero quiero que sepas que no pretendo que ésta sea una entrevista fría. Quiero que te sientas cómoda... y simplemente, hablemos como si fuéramos amigos.

—¿<<Como si fuéramos>>? —repitió Astrid, sin entender.

Jayson se mordió el labio inferior, un tanto incómodo. ¿Cómo entablar una <<amistad>> para que le contara confidencias sin que ella se sintiera violenta?

—Tú simplemente háblame de lo que quieras; charla amistosa, ¿quieres?
—dijo Jayson, nervioso.

Astrid ladeó la cabeza, sin entender. ¿Qué clase de entrevista era ésa?

—¿No tienes que apuntar nada?

—Si necesito apuntar, lo haré, pero de momento sólo quiero comer y escuchar lo que me tengas que contar. Me parece increíble que nunca hayas venido aquí, con la comida tan buena que tienen, ¿qué tal si volvemos otro día? —Astrid vio que Jayson se esforzaba, pero sin saber muy bien a dónde quería llegar, pero le atrajo mucho su ingenuidad infantil. Así que se dedicó a disfrutar del día.

Durante hora y media degustaron los platos que les iban sirviendo los camareros, se dejaban probar mutuamente lo que cada uno había pedido mientras hablaban de temas banales y reían por sus ocurrencias. Astrid llegó a sentirse cómoda y vio cómo Jayson, el periodista de la entrevista peculiar, se destensaba poco a poco y disfrutaba con ella.

Cuanto terminaron, Jayson pagó mientras Astrid prometía invitarle la próxima vez. Salieron del establecimiento, y echaron a andar hacia un parque poco concurrido a esas horas del mediodía. Llegó un momento en que hablaban tan atropelladamente por tener tantas cosas de las que hablar que dispusieron que uno preguntaba una cosa, el otro respondía y viceversa.

—¿Y cuántos años tienes? —preguntó Astrid.

—Tengo veinticinco. Tú diecinueve, ¿verdad?

—Sí —afirmó la cantante—. Te toca preguntar.

El chico pareció pensar demasiado la pregunta.

—¿Cuál ha sido tu peor experiencia sobre el escenario? O la experiencia que recuerdas como la más divertida.

Astrid rio por la pregunta.

—Pues... me acuerdo de una vez que el micrófono no funcionaba y me puse a cantar a voz en grito intentando que se me escuchara, pero forzando demasiado la voz me salieron algunos gallos. Todos se rieron, ¡hasta yo me reí!, y luego me aplaudieron —la sonrisa de Astrid daba a entender la felicidad que irradiaba—. Me toca. ¿Qué es lo que menos te gusta de ser periodista?

Esta vez, Jayson parecía tener muy clara la respuesta.

—Tener que escribir sobre algo que no me gusta. Me cuesta mucho, mucho.

Astrid sonrió. Fijó la vista al cielo para darse cuenta de que el sol

empezaba despuntar. Miró su reloj.

—Se ha hecho tarde, creo que podemos continuar mañana —se disculpó Astrid—. Me ha gustado pasear contigo —estaba siendo sincera al admitir que le había gustado la compañía de ese joven periodista.

—A mí también.

—¿Sabes? Tienes una forma muy rara de entrevistar —se paró de pronto Astrid, mirándole a los ojos azules y olvidando por un momento lo que quería decirle—. Me gusta.

El chico le devolvió la sonrisa y la cantante se sintió por un momento muy feliz de haber accedido a tal entrevista.

—Un gusto saberlo.

Astrid se quedó unos segundos sin habla, pero después sonrió.

—Jamás me lo había pasado tan bien en una entrevista —opinó.

—Ni yo —admitió el chico, centrando sus ojos en los de Astrid, que se estremeció por dentro.

Astrid se obligó a serenarse y tener la mente despejada. No era bueno para ella dejarse llevar por las emociones, porque se le nublaba la razón y eso hacía que no fuera capaz de ver con claridad lo que ocurría realmente. Aquello la hizo pensar de verdad.

—Jayson, ¿qué vas a escribir sobre mí? —preguntó de pronto.

—Cómo?

—Me has hecho un montón de preguntas que no tienen nada que ver con mi carrera profesional; cosas que son estúpidas si lo que quieres es hablar de Astrid. Así que, ¿qué vas a escribir realmente? ¿Que soy una sosa? ¿Una estúpida con este problema y este otro? Al final, todas las revistas de cotilleos hacen lo mismo, escriben tonterías acompañadas de piropos para que no las demande por acoso.

Jayson se quedó frío al ver su cambio de actitud. Antes había conocido a una chica abierta, cariñosa, divertida y ahora sólo veía a un frío monigote que se llamaba a sí mismo en tercera persona y que lo miraba con total desconfianza. Eso lo dejó parado y sin saber qué decir.

—Ésa no es mi intención. Quiero presentar aspectos de ti a los demás que las otras revistas no hayan notado. Indagar en lo que te gusta, lo que no te gusta, tus historias personales... Quiero presentar al mundo a una Astrid que no sea solamente cantante, sino también una chica corriente.

—Quiero que te quede claro —siseó la joven, sin saber muy bien si era una buena opción decirlo o no— que yo no elegí esta vida. Por Dios, tengo

diecinueve años, debería estar estudiando, saliendo con amigos y ligando con chicos, pero en vez de eso estoy encerrada en casa o en conciertos casi las veinticuatro horas del día trabajando ¡para dejar satisfecha a mi madre! — paró para respirar, mirando al suelo. Decir algo de sopetón, sin pensar, era lo mejor que había aprendido a hacer el ser humano para quitarse un peso de encima. Sin embargo, no sabía si había hecho bien. Su madre siempre le decía que no mostrara debilidad ante la prensa, ya que tergiversaban la información como quería. Ella debía mostrarse segura y distante si quería mantener su carrera y reputación intactas—. Ni se te ocurra escribir eso — murmuró, casi como en una súplica.

Jayson asintió y le cogió la mano a Astrid y la movió arriba y abajo a modo de saludo.

—Bueno, ¿nos vemos mañana?

Astrid asintió con una sonrisa forzada en el rostro. Estaba a punto de dar media vuelta cuando Jayson la llamó de nuevo.

—Astrid —la joven aludida se volvió hacia él—. ¿Cuándo quedamos mañana?

—Ya te llamaré.

Se volvió y se dirigió hacia su coche. Arrancó y condujo en completo silencio. Ni se le ocurrió poner música o la radio. Se sentía hundida. <<Sólo quería un amigo>>, se dijo. Su súbita actitud fría seguro había asustado y distanciado al periodista.

Al llegar a la casa de sus padres, la joven bajó con cuidado del coche, sin decir ni una palabra.

Tras tocar el timbre, suspiró con fuerza y pesadez. De pronto sentía como si le hubieran arrancado algo de su interior. No podía continuar tan anclada a las órdenes de su madre. Lo sabía, lo había sabido siempre, pero no había actuado. Quizás la aparición de este periodista joven podía ser la oportunidad de oro para rebelarse. Debía pensar por una vez en lo que quería hacer con su vida y ese chico iba a ayudarla.

Un gran enlace

La Redacción estaba vacía cuando él llegó. Karla ya se lo dijo antes de abandonar la recepción e irse a casa como todos los demás. Pero él no podía marcharse. Le prometió a Jonathan que adelantaría un poco el reportaje antes de irse a casa. Pudo comprobar que los de Diseño le habían confeccionado una portada provisional con varias imágenes de Astrid en diferentes poses. Claro que luego se encargarían ellos de tomarle las fotografías necesarias para crear una nueva portada del reportaje, pero por ahora él sólo debía concentrarse en redactar el texto.

<<El texto>>, se repitió a sí mismo sentándose ante el ordenador y pensando en la entrevista de aquel día. Le había dejado claro a Astrid que había llevado a cabo las preguntas necesarias para hacer un buen texto aquel día, pero, como la joven no le había dicho lo que sería demasiado personal y lo que no, no sabía si lo que iba a escribir resultaría humillante o vergonzoso para ella. Y él no quería ponerla en ridículo.

Así pues se puso a pensar en todo lo que se habían contado durante el día. Pensó en su sonrisa, en sus ojos marrones pero siempre sinceros y alegres, en la forma que tenía de explicar cosas. Primero contaba una pequeña parte y dejaba que el que la escuchaba dijera algo. Si no era así, ella proseguía, pero sin parecer ambiciosa y deseosa de acaparar toda la atención. A medida que hablaba lo miraba a los ojos, atenta en si él quería hablar. Pero él estuvo callado casi todo el tiempo. No porque debía dejarla hablar de sus cosas para después apuntarlo en el papel si hacía falta, sino porque le encantó escucharla. Sentía la necesidad de centrar su atención en ella y Astrid se lo agradecía con la mirada, porque estaba claro que esa chica necesitaba hablar con alguien que no la tratara como lo que todos veían en ella: una estrella. Necesitaba a alguien que se sentara a charlar con ella sobre algo que no

estuviera relacionado con su carrera profesional, porque estaba claro que eso la estresaba mucho. Y, aunque la joven empezó a hablar sobre cosas que odiaba y la preocupaban, en varias ocasiones se calló, y Jayson supo que hasta allí podía llegar y no quería decir más. Y lo respetó.

El sonido de su teléfono lo sacó de sus pensamientos. Lo agarró y pulsó el botón verde.

—¿Sí?

—¿¡Qué hay, tío!?! —un vozarrón conocido resonó con estridencia al otro lado de la línea telefónica, y Jayson no pudo menos que sonreír.

—Adam, ¿qué quieres? Estoy trabajando.

—¡Joder, tío! Acabas de conocer a la mayor estrella mundial de ahora y no me has llamado para decirme cómo es. Venga, suéltalo todo. Quiero saber cómo es mi gran amor platónico.

Jayson se echó a reír. Estuvo tentado de describirle a Astrid tal y como era físicamente, pero se calló, ya que esa imagen se mostraba ya por todas partes. Cuando quiso decir cómo era de carácter, Adam se le adelantó.

—Dime, ¿es muy, muy guapa? ¿Se te ha tirado encima? ¿Te ha cantado? ¿O te ha insultado? ¿Era creída, ambiciosa...? ¿Cómo iba vestida? ¿Te ha mostrado <<algo>>?

Jayson respiró hondo al escuchar el tono endulzado de su amigo al decir lo último. Se respondió a sí mismo todas las preguntas mientras el chico las formulaba, sabiendo que la mayoría eran unos disparates.

—¡No, no ha hecho... marranadas! Iba... normal. Vestía como cualquier chica que encuentras en la calle; normal. No me ha cantado, es más, no ha hecho nada que pudiera delatar su profesión, de hecho, llevaba gafas y sombrero para taparse la cara lo máximo posible. Y de carácter no me ha parecido que fuera codiciosa, creída... Ni siquiera ambiciosa. No tiene pensado ser una gran estrella ni llegar a la gran cima, ella sólo... piensa en pasarlo bien durante este tiempo en que su figura esté de moda. Y... bueno, guapa... no. Era preciosa. Una chica encantadora y guapísima —no se dio cuenta de que suspiró cuando terminó de decir aquello, y Adam lo notó.

—¡Ajá! En pocas palabras; otro pillado por Astrid.

Jayson volvió a la realidad y se dispuso a gritarle, pero Adam se le adelantó de nuevo:

—No te preocupes, macho. Bienvenido al club. Creo que ya somos unos cincuenta en la oficina que babeamos por Astrid. Y bueno, no digamos los que no son de la Redacción, que deben de ser... ¿mil? ¿un millón, dos

billones? En cualquier caso, será mejor que lo conviertas en tu amor platónico, porque... ya sabes, tío, trátala como si fuera la Reina misma... ¡es inalcanzable!

Jayson no supo por qué dijo aquello a continuación, pero que delató gran parte de sus sentimientos:

—Me da igual; estaré con ella mientras dure la entrevista —en cuanto se dio cuenta de lo que había dicho empezó a balbucear—. Bueno, quiero decir que voy a terminar la entrevista con ella esta semana y que voy a ver... no sé, voy a terminar mi trabajo y punto —se apresuró a corregirlo.

—¡Anda, pero si es verdad! Estarás con ella más tiempo. Menuda suerte... —aunque le pareció que añadió un tono irónico a sus últimas palabras, denotó una melancolía en su voz.

—¡Adam! Cállate. Recuerda que estoy trabajando con ella para una entrevista. Estaré con ella mañana todo el día, al menos eso es lo que me consta en el boletín de tareas. Y tú no hables así, que no sabes cómo es. Es una persona bastante reservada y deberías respetarlo —no supo que había levantado demasiado el tono hasta que calló y entendió que había dejado a Adam sin palabras. Al no oír nada al otro lado de la línea telefónica en unos minutos, carraspeó y preguntó—: ¿Estás bien?

—Claro, claro —murmuró—. Bueno, ya te llamaré otro día, que te vaya bien.

Cuando colgó, Jayson pensó que el chico había quedado algo afectado por su reacción, pero no se preocupó, porque de sobra sabía que se le pasaría. Adam era un pesado, y pronto volvería a las andadas a por más. Pero era su amigo y le respetaba. Al menos por el momento.

Luego se concentró de nuevo en el texto.

—Es una gran persona —se repitió para sí mismo—. ¡Claro!

Y empezó a escribir.

En el momento en que entró en la casa se dio cuenta del enorme silencio que reinaba en ella. Cuando su madre estaba casi no existía el silencio, pero ahora... Hasta podía escuchar su propia respiración. Avanzó con cautela por el pasillo de la entrada hasta llegar al salón. Mientras paseaba por su antigua casa se dio cuenta de la cantidad de recuerdos que emanaba, y muchos de

ellos no le resultaban agradables.

Encontró a su padre tumbado en el sofá, tapado con una manta. Astrid le vio nada más llegar la nariz rojiza. Junto a él había una caja de pañuelos que no paraba de vaciarse por momentos.

Su padre se giró para mirarla y le sonrió.

—¡Qué guapa estás! —exclamó, poniendo los ojos en blanco.

Astrid no pudo por menos que devolverle la sonrisa y se sentó en la otra punta del sofá.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

El hombre tosió y se enderezó un poco sin destaparse demasiado.

—Bien, bastante mejor. Ahora ya me estoy recuperando. Pero es algo que me ocurre todos los otoños y ya estoy acostumbrado. No te preocupes, cariño. Dentro de unos días ya podré volver a ir a verte cantar.

Astrid abrió los brazos, señalando que quería un abrazo, pero el hombre negó con la cabeza.

—Mejor no te me acerques. No vaya a ser que te contagie el resfriado — se quedó mirando la sonrisa de su hija y entornó los ojos—. Claro que sí. En fin, ha sido un placer que hayas venido a visitarme, pero seguro que debes volver a tu casa. ¿Sabes cuándo volverá mamá?

—Creo que un poco tarde, pero... ¿por qué me estás echando?

El hombre se paró el seco y se mordió el labio inferior, mirando a su hija. Y luego le sonrió.

—Es que hacen un programa un poco divertido en la tele y me gustaría verlo mientras reposo.

—¿Programa, qué programa? Quizá me quede a hacerte compañía.

—No, es que a ti no te gustará. Ya sabes, va de hombres con mallas de diferentes colores, que corren... y, bueno, corren para salvarse tras darle un golpe a una...

—¡Béisbol, no! —estalló Astrid—. ¡No me digas que me echas de casa para ver béisbol!

—Bueno, hija mía. Es el béisbol, ya lo entiendes. Ya sabes: al béisbol ni yo puedo resistirme. Así que, ¿te vas a casa?

—¡Y tanto! —accedió la joven frunciendo el ceño haciendo ver que estaba enfadada, pero se rio y no le funcionó—. Descansa papá, ¡y ojalá pierda tu equipo!... sea el que sea. Mira que echarme de tu lado para ver la tele...

No llegó a escuchar la respuesta del hombre, ya que para entonces, Astrid

había subido las escaleras hacia su antiguo cuarto. Les había pedido a sus padres que no tocaran nada de su habitación por si alguna vez le apetecía ir a dormir allí y estar con ellos, por ello agradecía que no la hubieran redecorado o dado un uso totalmente diferente. Cerró la puerta despacio y avanzó hasta sentarse en su cama. Todo estaba exactamente igual que cuando abandonó su casa. Todo menos algo que había cerrado sobre su escritorio. Astrid se levantó alarmada y lo agarró. Era una libreta. Su libreta de composiciones. Creyó haberla perdido y su madre, al encontrarla, debía haberla dejado en su mesita de noche para cuando volviera.

Su madre se la regaló, según intentaba recordar, cuando empezó a interesarse por la música, sobre los diez u once años. Allí había empezado a escribir sus primeras canciones y melodías. Todos sus sentimientos los había plasmado en ese diario personal, que luego transformaba en éxitos musicales.

Pasó las páginas muy deprisa, ojeando todos los apuntes que tenía. Le sorprendió ver que la letra cambiaba radicalmente a partir de un puñado de páginas. Su madre le contó que, para aquel entonces, aún estaba buscando su estilo de escritura propio, por lo que su forma de escribir había sufrido cambios.

Pero lo que más le resultó extraño fue que, a pesar de verse en los miles de vídeos de internet cantando esas canciones escritas con letra distinta y a pesar de tener un leve recuerdo de cantarlas, no recordaba para nada haberlas escrito ella misma.

Pero ahí estaban. En su diario.

Hacía rato que los rayos del sol la forzaban a despertarse, pero cuando por fin abrió los ojos, se levantó para intentar bajar la persiana del todo para evitar que el sol se colara en su habitación y poder dormir un poco más. No obstante, el sol siempre encontraba un intersticio por el que colarse y molestarla, así que decidió echarse agua en la cara para desperezarse del todo y empezar con su día.

Apartándose los largos mechones del rostro, bajó las escaleras hacia el salón, mientras se masajeaba la espalda por un leve dolor que le había afligido durante la noche, pero tan pronto se tomó un calmante.

El salón era una gran estancia con el suelo construido de fina madera y

paredes blancas. Todo el interior de la casa era blanco, pero ella había preferido comprar muebles negros y de otros colores para contrastar con la decoración de la casa, aunque siempre manteniendo un aire serio y profesional. Se dispuso a correr las cortinas, y cuando lo hizo, vio el paisaje del enorme jardín de su casa. Había hecho plantar césped por todo el terreno, así que todo estaba verde. Aunque hubiera un muro que separaba su casa del exterior, más allá había un bosque que parecía una extensión de su jardín, donde paseaba de vez en cuando si en algún momento necesitaba no sentirse encerrada entre sus propias paredes.

Hacía poco que se había comprado una casa en el centro de Cheyenne, pero tuvo que abandonarla porque los fans la molestaban todos los días, tocándole al timbre y de vez en cuando, se reunían formando un pelotón alrededor de la casa alzando pancartas y vitoreando su nombre sin parar. Los primeros días lo adoraba, pero después se hartó. Y se fue a vivir a las afueras, asegurándose de que sólo su familia y amigos más íntimos conocieran su ubicación. Contrató, además, a un abogado que dejó claro a los de la discográfica, así como a la prensa que no debían publicar nada sobre su paradero para que no la molestaran. Por otra parte, dejó su casa del centro, así como otra en Manhattan como señuelo para cuando querían entrevistarla en “su casa”. Y desde ese momento el plan de su abogado pareció funcionar, porque nunca la habían molestado. Las pocas casas que había en la zona donde ella vivía eran tan grandes como la suya, así que se limitó a no construir nada que destacara para atraer la atención de nadie.

Se quedó de brazos cruzados, admirando el paisaje hasta que su estómago rugió. Canturreando se dirigió a la cocina. La noche anterior no había cenado, ya que se quedó llena con la comida con Jayson, pero esperaba que su madre no se lo hubiera comido todo. Sin embargo, encontró un poco de leche de soja y huevos para hacerse unas tortitas con mermelada.

Comía en silencio, disfrutando de aquella calma que envolvía la casa, hasta que su móvil empezó a resonar con fuerza. Por un momento creyó que era Jayson y se puso nerviosa al recordar cómo le había hablado el día anterior, pero se equivocó. En cuanto pulsó el botón verde fue Irene la que la saludó.

—¿Qué quieres? —dijo lo más normal posible, era la primera vez que quería tranquilidad absoluta.

—Bueno, Martha y yo nos sentimos algo preocupadas por cómo nos dejaste el otro día que te hicimos una fiesta. Así que... en fin, esta noche

queríamos invitarte a la discoteca.

—¿¡A la discoteca!?! —compuso una mueca de asco, pero la borró en seguida.

Ella no soportaba las discotecas: siempre había mucho ruido y la gente estaba loca, si alguien se despistaba podía ser drogado contra su voluntad. A pesar de eso, en la discoteca a la que había ido alguna tenían en cuenta todo esto y, aunque en la zona común había algún que otro guardia que vigilaba para evitar actos vandálicos y agresiones, en la zona alta todos los ocupantes se respetaban entre sí y jamás ocurría nada fuera de lugar.

—Pero si no te hace ilusión...

—¡No, no! Sí, voy a ir. Pero al rincón alto, ¿entendido? —las tres amigas llamaban así al piso reservado para los VIP, que siempre estaba más elevado que el de la zona común.

—¡Claro, al rincón alto! Pero tú invitas.

Astrid sonrió. Siempre le decían lo mismo.

—Está bien. ¿A qué hora quedamos?

Irene soltó un chillido de triunfo.

—A las seis. Ésa es la hora en que abren la discoteca. Y mejor, ¿no? Tal vez hoy vienen muchos famosillos y no nos dejan mucho sitio, así que si llegamos los primeros podremos coger todo el espacio que deseemos, ¿no?

—Entendido. A las seis iré, entonces.

Irene fue la primera en colgar. Pero justo antes de poder dejar el móvil sobre la mesa, éste volvió a sonar con fuerza. Astrid lo cogió y se lo llevó al oído. Unas cosquillas le recorrieron la espalda al escuchar la voz de Jayson.

—¿Astrid?

—¡Jayson! Hola, ¿cómo estás? —se sintió un poco incómoda, pensando en si el chico le guardaba rencor o no.

El chico carraspeó antes de responder.

—Bien, mira: pensaba si podemos vernos en el *Flowrine*. De hecho, yo ya estoy aquí y me vendría de perlas si pudieras venir tú.

Astrid respiró hondo, cerrando los ojos.

—Bueno, es que hoy creo que no es día de salir, y creo que sería mejor si nos escondemos un poco del resto del mundo. ¿Qué tal si vienes a mi casa?

La joven pensó que Jayson se negaría y que le haría pereza volver a salir del restaurante para dirigirse a su casa, pero, sorprendentemente, le pareció una buena idea.

—Bueno, vale. Ahora vengo. ¿Hasta qué hora quieres que me quede?

Astrid sonrió para sí misma.

—Hasta las ocho. ¿Te va bien?

Jayson accedió convencido, de nuevo. Y luego colgó el teléfono. Astrid se sentó de nuevo en el sillón y miró la última tortita que le quedaba, todavía entera, en el plato, que la llamaba de forma tentadora. Pero la dejó. Se levantó y subió rápidamente hacia su cuarto para vestirse. El camino del restaurante hasta su casa era relativamente corto, así que Jayson podía llegar de un momento a otro y no deseaba ser vista en pijama.

Mientras se vestía y complementaba su vestimenta con un cinturón y unos pendientes, su vista se posó en una caja de ropa que tenía escondida bajo su cama, pero que ahora sobresalía un poco. Se agachó y la arrastró hacia ella con la mano. La abrió y apartó toda la ropa hasta tocar con los dedos la carpeta que había escondido en el fondo, para que su madre no la encontrara. Frunció los labios al verla de nuevo.

Cuando decidió mudarse a las afueras, Astrid compró una vieja propiedad que reformó para amoldarla a su gusto y necesidades. Pero desde que descubrió que tenía un viejo desván, la cantante subía a explorar si había algún objeto viejo que le ayudara a conectar con los anteriores propietarios. Y un día encontró esa carpeta dentro de una caja de cartón polvoriento. Su madre, cuando la visitaba, cosa que ocurría frecuentemente, se apresuraba a ordenarle la casa y guardar cosas varias en el desván para cuando las necesitara, así que Astrid, que antes se sentaba en el desván para ojear el interior de esa carpeta, decidió trasladarla a su habitación y esconderla para que su madre no se la llevara creyendo que eran documentos obsoletos.

Y en verdad lo eran, pero Astrid había sentido tal conexión con ellos desde el primer momento que se había apoderado de ellos como si fueran una biblia.

En el interior de la carpeta había diversas hojas de papel, algunas parecían muy viejas por el color amarillento que presentaban, otras eran más recientes, pero sólo pocas ofrecían una fecha a partir de la cual Astrid se podía dejar guiar.

El contenido de esas hojas era muy diverso: desde composiciones musicales, letras de canciones, organizaciones de conciertos, diseños de vestuarios, hasta cartas y mensajes personales. La mayoría de las correspondencias habían sido destripadas y reconstruidas con papel adhesivo, pero su contenido era difícil de descifrar debido a los estragos que habían sufrido por ello. Además, el formato de dichos documentos también era muy

variado; algunos estaban mecanografiados en máquinas antiguas de escribir, otros se veía claramente que se había usado computadora e impresora, mientras que otros estaban escritos a mano.

Sin embargo, gracias a esos documentos, Astrid oyó hablar por primera vez de “los lobos”. Aún sin saber el significado de dicha palabra, la joven se sintió atraída por la cantidad de veces que los documentos usaban este término, por lo que trataba de estudiar fijamente todas las hojas para sacar alguna conclusión clara.

Quiso ojear de nuevo esa carpeta, atraída por la diversidad de emociones que le provocaba leer ese conjunto de documentos, pero justo en ese momento sonó el timbre. Astrid dio un salto, escondiendo de prisa la carpeta en la caja y ésta, bajo la cama, y se dirigió escaleras abajo corriendo con tanta rapidez que casi se cayó en los últimos escalones. Se sacudió motas invisibles de los pantalones vaqueros y se miró de reojo en el espejo de cuerpo completo que había junto a la puerta antes de abrirla. Con esos vaqueros y la camisa roja escarlata de cuello abierto estaba preciosa. Y el pelo liso cayendo a ambos lados del cuello con esos pendientes de perla blanca le daba un aire sofisticado.

Abrió la cancela y se dirigió a paso rápido hacia la puerta externa. Cuando la abrió, vio a Jayson apoyado contra la puerta de su coche, que la observaba con gesto tranquilo. Sin duda, los nervios del principio se le habían calmado al ver que ella era una persona normal como cualquier otra y que no tenía nada que los demás no tuvieran también.

—Espero que no te haya molestado tener que venir aquí.

El chico negó con la cabeza.

—No, qué va. Si me hace mucha ilusión poder entrar por fin en tu casa de verdad.

Se dirigieron juntos hasta la puerta principal. Jayson esperó a que Astrid le abriera la puerta y el chico entró. Al principio, Jayson no pareció sorprendido por el tamaño y decoración exterior de su casa, pero cuando entró, sólo de ver el vestíbulo puso los ojos en blanco.

—Tienes una casa muy bonita.

Astrid le sonrió.

—¿Te apetece un café o un té? Al fin y al cabo, creo que no has tomado nada para merendar. ¿O sí?

Jayson se metió las manos en los bolsillos y le sonrió con los ojos frunciendo los labios.

—Bueno, si a ti te apetece hacerme un café te estaré agradecido.

La joven agitó una mano como diciéndole que le restara importancia.

—¿Cómo? ¿Qué si me apetece? ¡Claro que sí, hombre! Ven, pasa a la cocina. ¿Quieres una tortita que ha sobrado?

Jayson la siguió hasta la cocina y se mantuvo erguido observándola a fondo. Luego su mirada se posó en la flamante y bonita tortita que había en el plato y se le hizo la boca agua.

—¿De veras puedo comérmela?

—Sí, cógela. Y siéntate; no estés levantado.

El chico se encogió de hombros y se sentó en la silla blanca que había ante la mesa. Mientras devoraba con auténtica hambre la tortita, se fijó en la esbelta figura de Astrid moviéndose por la cocina, agarrando el tarro de café, la taza, la leche y el azúcar. Estaba realmente preciosa.

Mientras se escuchaba cómo se iba preparando el café en la cafetera, Astrid avanzó hasta la mesa y se sentó ante Jayson, quien desvió la mirada hacia el plato para no parecer demasiado curioso. Pero por el rabillo del ojo vio cómo la chica apoyaba los codos sobre la mesa y el mentón sobre las manos, observando expectante cómo Jayson masticaba.

—¿Quieres más? —a pesar de la negativa del chico, la joven insistió—. No me costaría nada hacértelas.

—No gracias. Creo que con el café me bastará.

En ese momento, un rugido del estómago de Jayson lo delató, y Astrid se echó a reír, dejando al pobre chico ruborizándose.

—Al menos déjame prepararte un bocadillo, no quiero que te mueras de hambre hasta la hora de comer.

Jayson levantó la mirada y por un momento se quedó flotando en el color avellana de los ojos de Astrid. Pero sacudió la cabeza y se obligó a serenarse.

—Ah, sí. ¿Dónde comeremos? ¿En algún restaurante?

Astrid negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—No, hoy voy a ser tu anfitriona y como tal voy a prepararte mi plato estrella. ¡Se me da de lujo!

Sin pensarlo antes, Jayson le acarició dulcemente la mejilla con el dedo índice, y, aunque Astrid se quedó inmóvil unos segundos, finalmente le sonrió.

—Entonces, si quieres, déjame invitarte a mi casa mañana para agradecerte el esfuerzo que haces con esto de la entrevista. Sé que es algo pesado, pero es muy importante para mí... No sabes lo mucho que te lo

agradezco.

Astrid se lamió el labio inferior y miró al suelo. Estaba indecisa, pero toda la noche había estado pensando en disculparse por sus formas de ayer. Aún no lo conocía profundamente, pero su intuición le decía que ese periodista no iba a ridiculizarla en la prensa.

—Siento mucho la forma en que te hablé ayer. No era mi intención saltar de esa forma... Estoy tan acostumbrada a que digan lo que quieran de mí por los medios que me he vuelto muy desconfiada con cualquier persona y siempre veo lo peor de los demás —se cogió las manos, nerviosa, sin saber cómo continuar. No quería ver a Jayson a los ojos porque temía su reacción, no por si saltaba ni le contestaba bruscamente, sino por ver la sorpresa y decepción en ellos que vio el día anterior, cuando lo acusó de ser un acosador como los demás periodistas que la habían incordiado—. Espero que puedas perdonarme, de verdad.

Astrid alzó la vista y sus miradas se cruzaron. Jayson le guiñó el ojo.

—Tranquila, te entiendo. Pero aun así, te agradecería que me dijeras si en algún momento te sientes incómoda. Si te digo la verdad, esta estrategia periodística es nueva para mí y no me gustaría que no te sintieras a gusto.

—De acuerdo —sonrió Astrid. Se sentía mejor consigo misma por haberse quitado aquella espinita moral interior—. Y sobre lo de mañana, la verdad, me gustaría mucho. Dame tu dirección y la hora.

La cafetera silbó, señalando que el café ya estaba listo. Astrid se levantó de un salto y retiró la taza de debajo de la máquina. Mientras esperaba a que se resfriara un poco, ya que estaba muy caliente, empezó a cortarle el pan y a trocear rebanadas de tomate.

—¿Quieres algo a parte del tomate?

—Un poco de queso, si es posible.

Astrid chasqueó los dedos y fue hasta la nevera, de donde cogió el queso. Tras terminar el bocadillo, lo puso en un plato y, junto con el café, lo llevó a la mesa. Jayson esperó unos segundos antes de coger el delicioso bocadillo y pegarle un mordisco.

—¿Quieres que te muestre la casa? —preguntó Astrid, esperando a que el chico tragara.

—¡Claro! Aunque respeto tu intimidad. Por lo que me han contado, esta casa es tu fortaleza infranqueable.

Astrid asintió, orgullosa.

—Vale, pues cuando termines voy a mostrártelo todo. Pero ahora

háblame un poco más de ti. ¿Desde cuándo trabajas como periodista?

Jayson sonrió, contento de que se interesara por su vida.

—Creo que hoy cumple tres años que me aceptaron.

—¿Cómo que hoy cumple? ¿Es que te contrataron este mismo día de hace tres años?

El chico asintió sonriente.

—Sí, y lo más curioso es que lo hicieron justo el día de mi cumpleaños.

Astrid abrió los ojos como platos.

—¿En serio? ¡Qué coincidencia! Espera: eso significa que hoy... es tu cumpleaños. A ver... cumples... ¿veintiséis, no?

El chico afirmó.

—Entonces ya sé qué regalo hacerte, aunque tenía pensado hacértelo de todos modos.

Jayson se la quedó mirando.

—No tienes que hacerme ningún regalo. Me basta con pasar un largo día contigo.

Astrid se fijó en que le temblaban las manos, aunque trataba de disimularlo agarrando con fuerza el bocado. Aun así, la joven no dijo nada y se encogió de hombros.

—Y... ¿siempre has entrevistado a famosos o escribes de todo?

—No, hago de todo. Un día me tocó escribir sobre moda, y eso ya sí que no lo pude hacer. Supongo me faltaba la chispa necesaria a la hora de nombrar a los diseñadores y alardear de lo bien que le queda a cada modelo su conjunto... El caso es que se lo dejé a otro.

—¿Y cuál es tu sueño?

Jayson se quedó inmóvil tras la pregunta. Todos creían que su sueño siempre había sido conseguir aquel trabajo y aquella oportunidad de hacer un cambio importante en la revista con aquella entrevista a la mismísima Astrid, pero se equivocaban. Él jamás había respondido a aquella pregunta con franqueza, porque las pocas personas que habían escuchado la respuesta sincera se habían reído de él por parecer simple y vulgar.

—Pues... —tuvo que humedecerse los labios para responder, como si fuera a hablar mucho rato, por lo que Astrid se enderezó en la silla y se cruzó de brazos, dispuesta a escuchar—. Siempre he querido viajar por todo el mundo. Y luego volver, escribir un libro y... también quiero ser padre. ¿Y el tuyo? —al principio Jayson creyó que su pregunta era estúpida, ya que él creía que el sueño de Astrid ya estaba hecho realidad: ser famosa. Pero

cuando la joven miró al suelo y se evadió de la realidad para pensar la respuesta, supo que se equivocaba.

—Mi gran sueño jamás ha sido ser estrella. Yo quiero ser normal. Quiero viajar por el mundo y pasar desapercibida entre la gente. Quiero poder hacer todo lo que me gusta durante el tiempo que quiera sin que tenga que parar porque la gente se me eche encima. Quiero salir con quien quiera sin que me incordien sacando conclusiones erróneas. Y quiero trabajar en algo que me permita conocer a la gente de verdad... No quiero ser una moda pasajera.

Dijo aquello mirándole a los ojos, y Jayson pudo avistar la sinceridad con la que formuló la respuesta. Iba a preguntarle algo más, pero no se dio cuenta de que, inconscientemente, se había terminado el bocadillo. Astrid volvió a la realidad y se incorporó, tendiendo la mano para que le diera el plato.

—Bueno, ¿has terminado? ¿Quieres que empecemos?

—¿Estás bien?

La joven dejó el plato en el fregadero y esperó unos segundos. Luego se volvió hacia el chico y le sonrió.

—Sí, tranquilo. ¿Por dónde quieres empezar? ¿Te muestro la casa o el jardín y el bosque?

Jayson compuso una sonrisa sarcástica.

—Primero la casa. Dejaremos el bosque para el final.

La joven asintió conforme y salió de la cocina. Primero le enseñó el piso de abajo, todas las habitaciones que había, incluso el pequeño gimnasio del que disponía. Luego le mostró las pocas habitaciones de invitados que tenía para cuando venían sus amigas a dormir.

—Algún día me quedaré a dormir contigo, a ver si se duerme bien aquí — bromeó Jayson, pero Astrid le sonrió.

—Claro, y verás que aquí es el mejor lugar para dormir. No se oye nada por la noche.

A continuación, subieron al piso de arriba. Pasó por alto la visita de su habitación, ya que estaba algo desordenada. Pero acompañó al chico hasta la enorme terraza que tenía y que de día estaba siempre soleada. Allí, en la terraza, Astrid le señaló con el dedo el vasto bosque que se extendía por la urbanización.

—Es muy grande, pero sus límites son colindantes con la extensión de la ciudad. Es una pena que lo arrasaran para construirla. Ahora este bosque es sólo una sombra de lo que fue antes de erigir la ciudad.

Diez minutos después salieron de la casa para pasear por el bosque. El

ambiente del mediodía era bastante cálido y Jayson se quitó la chaqueta para no pasar tanto calor, quedando sólo con una camisa blanca que contrastaba con su bronceada piel.

—Jayson, ¿tienes novia? —preguntó de repente Astrid.

El aludido tosió. El día anterior evitó aquellas preguntas, tal vez porque no tenía demasiada confianza en Astrid, pero de alguna manera, ahora la trataba como si fueran más que unos simples conocidos.

—No. Tenía. ¿Y tú? Bueno, he leído en muchas revistas que has tenido muchos rollos, líos y romances, pero ya he dejado de confiar en esa información por falta de validez.

Astrid desvió la mirada hacia los árboles, pero respondió de todos modos.

—Mienten. Hace tiempo venían hacia mí para hacerme preguntas de éstas; personales, íntimas... Era un agobio, así que empecé a evitarles y a responderles con evasivas. Y ahora han empezado a publicar fotos sobre mí, encontrándome con amigos y conocidos, y se inventan que, probablemente, son romances o líos, y la verdad, la primera vez los denuncié, pero ahora ya me da igual. No hablan del todo mal de mí, así que me da igual.

El chico bajó la mirada hasta ver la mano caída de la joven. Por un momento sintió el impulso de cogérsela y frotársela diciendo que no pasaba nada, que todo se arreglaría algún día. Pero lo dejó estar y siguió caminando.

—Sí, era agotador. Siempre que cogía una revista veía lo mismo sobre ti: <<Ahora cortan, ahora se reconcilian>>.

—Sí, yo en mi vida sólo he tenido un novio. Era el primer chico del que me enamoré, así que puse toda mi confianza en él. Pero me decepcionó, lo dejé y empezó a hablar mal de mí por la prensa. Y dejé de confiar en él.

—¡Qué capullo! —saltó de pronto Jayson.

Astrid asintió, dándole la razón, pero se quedó parada. Bajó la mirada hasta posarla en su mano. Jayson también lo hizo y se quedó helado al ver que, inconscientemente había cogido la mano de Astrid, apretándola con fuerza y cariño. Quiso apartarla de golpe, pero la joven le cogió la otra y le obligó a mirarle a los ojos. Jayson tuvo miedo por un momento, pensando en que haría algo mal, pero se calmó. Porque sus sentimientos hablaron por él, y le impulsaron a inclinarse levemente hacia Astrid. La joven parecía serena, pero sus manos le temblaban con fuerza.

Los rostros de ambos estaban cada vez más cerca, y Jayson tuvo que pararse un momento para pensar si eso era lo correcto o un impulso estúpido que le surgía de repente. Pero Astrid le puso una mano en la mejilla y

entonces supo lo que quería hacer. Pegó los labios a los de Astrid con suma delicadeza, tratando de que fuera un beso suave y dulce. Y así fue. Quedaron unos segundos inmóviles, pero Jayson le puso fin para recuperar el aliento. Le temblaba todo el cuerpo y empezaron a sudarle las manos, pero la joven no hizo caso.

—Lo siento —susurró el chico mirando al suelo. Ni siquiera se atrevió a mirarle a la cara.

—No importa —se humedeció los labios y levantó la mirada al cielo—. Bueno, ¿vamos a comer?

El chico la miró y asintió.

Jayson soltó una risotada al ver que Astrid preparaba unos espaguetis precocinados con salsa de tomate y atún.

—¿Pero no dijiste que ibas a cocinar tu mejor plato?

Astrid lo miró divertida.

—¡Claro! Éste es mi plato preferido. Es tan fácil y rápido de preparar que se me da de lujo.

Durante la comida no hablaron de lo ocurrido, sino que Astrid contó varias anécdotas con la cocina, como que se le quemaba muchas veces o que, cuando compró un robot de cocina que traía instrucciones en otro idioma no supo programarlo y tuvo que pedir comida a domicilio urgentemente porque había puesto los ingredientes que le quedaban en esa máquina, y ésta los había calcinado. Jayson reía sin parar con las historias de Astrid. Sin duda, esas anécdotas podrían gustar a los lectores de su revista, pero a él no le pareció suficiente, y quería quedarse a ver qué más le podía ofrecer aquella estrella del momento.

Aunque los dos estaban algo incómodos por lo que había sucedido fuera, no se atrevieron a exponerlo en voz alta.

Después de comer, Astrid lo acompañó al salón donde tenía su piano de cola blanco. Se sentó ante él y, antes de situar sus manos sobre el brillante teclado, dijo:

—Quiero que me hagas un favor —miró a Jayson expectante, y el asintió con la cabeza—. Hay una melodía que me ronda por la cabeza desde hace muchos años pero no consigo saber de dónde viene ni cómo se llama. Tal vez puedas ayudarme.

Dicho esto, empezó a tocarla. Las notas surgieron de su memoria sin dificultad mientras sus dedos se desplazaban por el teclado a gran velocidad. A Astrid se le erizó el vello cuando llegó al final de la canción, que ella

denominaba “final sin cerrar”, porque destacaban los acordes compuestos para infundir incomodidad, tensión y suspense en los oyentes. Sin duda, era una melodía creada a propósito para crear malestar.

Cuando terminó, la cantante se quedó inmóvil con las manos aún situadas sobre las últimas teclas que había tocado. Respiró hondo, aún con el corazón bombeándole con fuerza, mientras notaba el nudo en el estómago, como cada vez que tocaba aquella canción. Finalmente, volvió a tapar el piano y se volvió hacia Jayson, esperando una reacción que la sacara de dudas. Pero éste se había quedado perplejo, igual o quizá más horrorizado que ella. Podía avistar que se le había erizado el vello de sus brazos.

—No la había escuchado nunca —admitió. Tenía un nudo en la garganta. Tragó para liberarse de esa tensión—. No sabría decir a qué género musical pertenece, ni siquiera a qué época. No parecen acordes clásicos, sin duda. Es una melodía un tanto peculiar —volvió a tragar, esta vez recobrando todas sus fuerzas—. Voy a investigarlo por mi cuenta y te avisaré si descubro algo. ¿De dónde has sacado tú esa melodía?

Astrid se encogió de hombros.

—La llevo en mi mente desde que tengo memoria. No puedo olvidarla nunca. Se la toqué una vez a mis padres y a mis amigas por si ellos sabían algo, pero no. Me martiriza no saber de dónde viene, tiene un significado para mí que no puedo descubrir.

De pronto, el teléfono de Astrid sonó estridentemente. Ésta lo sacó del bolsillo de su pantalón y detuvo la alarma. Faltaba un cuarto de hora para las seis y debía prepararse para su cita aquella noche.

—En fin, sé que todavía falta tiempo para que termines la entrevista, pero es hora de que abras tu regalo. Bueno, mejor dicho, de que vayamos a tu regalo.

Jayson la miró con el ceño fruncido, sin comprender.

—Una pregunta antes de que nos vayamos... ¿te molesta la música alta? Y de algún modo, en cuanto dijo aquello, Jayson lo adivinó.

Dejó el teléfono sobre su cama para ir consultando la hora mientras abría su armario en busca de algo apropiado para ponerse. Estaba acostumbrada a

tener fichados ciertos vestidos para ocasiones especiales que sólo usaba en conciertos, otros en galas de premios... Luego tenía vestuario de trabajo, de salir a la calle y de ir por casa. Odiaba admitirlo, pero con su habitación no era tan ordenada como lo era con su ropa.

Escogió un vestido violeta que le llegaba por las rodillas y empezó a desvestirse, mientras le enviaba en silencio a Jayson disculpas por haberlo dejado abajo sin nada que hacer más que cruzarse de brazos, esperándola.

Cuando se quedó en ropa interior, se observó en su espejo de cuerpo completo que había en la puerta corredera de su armario. Sabía lo que quería hacer, pero lo daba miedo que sus suposiciones fueran ciertas. No obstante, se armó de valor y se dio la vuelta. Ladeó la cabeza para poder observar su espalda con claridad. No era la primera vez que estaban ahí, otras veces los había tenido más o menos remarcados, pero le sorprendía que aparecieran en su espalda, el lugar donde sabía a ciencia cierta que nunca se golpeaba ni nada para que salieran.

Pero ahí volvían a estar. Los moratones.

Nunca les había dado mucha importancia y no iba a empezar a hacerlo, así que cogió el vestido elegido y se lo puso. Cinco minutos después, ya había olvidado los cardenales inexplicables que se dibujaban en su espalda.

Un taxi los dejó ante la discoteca de Cheyenne. Claro que había muchas más, pero era la predilecta de Martha, Irene y Astrid.

Mientras la joven entraba con el permiso de un hombre grandullón y calvo que estaba en la entrada de la discoteca, cuidando de que nadie extraño entrara, Jayson se quedó en la puerta esperando a que Astrid regresara para que el hombre le permitiera entrar.

La joven cantante divisó de pronto a su amiga en el piso de arriba. No había mucha gente todavía, pero sí se habían congregado unos cuantos. Vio a Martha charlando con el que debía ser Paul Gregory, un cantante famosísimo de los años noventa, y Astrid supo que no sólo los jóvenes iban allí a disfrutar de la música.

—¡Aquí estás! —gritó de alegría Martha nada más verla.

Se abrazaron con fuerza.

—¿Has visto a Irene?

—Me llamó diciendo que no venía. Tenía que coreografiar un baile para no sé qué banda y le ha fastidiado la tarde. Pero bueno, estaremos las dos. Bien, ¿quieres bailar con alguien? Me ha parecido ver a Jeremy Sumpter. Y está como un queso.

Astrid sonrió y miró a su amiga.

—Son imaginaciones tuyas. Espera, he traído a... un amigo. Hoy es su cumpleaños y pasará una tarde en <<el rincón alto>>. Pero no quiero que... intentes tirártelo, ¿vale? Ya lo intentaste con Shawn Mendes una vez y nos dejaste en ridículo a Irene y a mí en aquella gala de los Grammy.

Martha frunció los labios y se encogió de hombros.

—¡Vale, no lo haré! ¿Quién es?

—Está fuera. Ahora lo traigo.

Corrió hacia la entrada y vio que Jayson miraba de vez en cuando al hombre, sonriendo de puro nerviosismo mientras éste no hacía más que fulminarle con la mirada. Firmemente, lo agarró de la muñeca y suplicó al hombre con la mirada, quien asintió con la cabeza.

—¿Has pasado mucho miedo? —le preguntó mientras subían de nuevo las escaleras.

—¡No, qué va! Pero, una cosa, no creo que la discoteca sea un buen regalo de cumpleaños. Tengo malos recuerdos de cuando era más joven. Bebí demasiado y terminé durmiendo en el parquin de una comisaría de policía, aunque no sé cómo llegué allí.

Jayson tragó saliva al ver que le había confiado su mayor secreto a la joven, pero supo que ya no podía volver atrás.

—Tranquilo, hoy estarás entre gente responsable y ellos no te harán nada.

Jayson enarcó las cejas, sabiendo que ésa sería una nueva experiencia. Tragó saliva al ver el piso donde se reunían decenas de personas que tenían un pase especial para estar ahí arriba. Algunos bailaban, otros sólo bebían, y el resto charlaba y reía con conocidos. Martha, en cuanto los vio, se quedó un tanto parada al ver a Jayson, pero luego sonrió.

—¿Con que éste es tu amigo? Encantada, tesoro —al escuchar la última palabra, Astrid se mordió el labio inferior, sabiendo que algún día mataría a su amiga, pero se contuvo. Por el rabillo del ojo notó como el joven se ruborizó y le tendió la mano a la muchacha, pero ésta la obvió y se puso de puntillas para darle dos besos en las mejillas—. ¿Por qué no vamos a bailar?

Antes de que Astrid pudiera decir nada, la joven cogió con fuerza de la mano a Jayson y lo arrastró lejos de la joven cantante, y se pusieron a bailar una música lenta. Martha abrazó a Jayson y apoyó su cabeza en su hombro, como solía hacer con todos sus ligues, mientras el periodista se había visto arrastrado a ese baile con esa mujer sin saber cómo apartarse.

Astrid cerró los puños, sabiendo que temblaba de pura ira, pero se paró viendo que todo aquello se llamaba celos. Se quedó algo confusa, sin saber por qué estaba celosa de su amiga, si ella no tenía nada que ver con Jayson. Sólo le había besado una vez y había sido un impulso mutuo el que los había llevado a hacerlo. Sin embargo, se había llegado a sentir muy cómoda con ese chico y quería disfrutar de su compañía mientras pudiera. Además, siendo su cumpleaños, quería ser ella la que lo sacara a bailar, pero sentía que Martha se lo había robado. Así que fue a buscar dos vasos de tequila y se los tomó de un trago. Esperaba emborracharse rápido para sentirse mejor. Pero como se sentía igual que antes, pidió otros tres y se los bebió uno detrás de otro. Luego fue a una silla, se sentó y se cruzó de brazos mientras esperaba, por una parte, a que la canción terminase, y por otra, a que la mente se le nublara y olvidara aquella sensación tan extraña que se había colado en su pecho.

No iban por media canción en cuanto vio que Martha acarició la mejilla de Jayson, Astrid avanzó hasta ellos hasta amenazar con la mirada a su amiga.

—¿Puedo bailar yo ahora?

Martha no se opuso, sino que le sonrió y antes de alejarse un poco de ellos, le susurró a Astrid en el oído:

—Disfruta de ese bombón.

La joven se quedó inmóvil en cuanto oyó aquello y se ruborizó completamente. Agradeció que hubieran puesto una iluminación tenue para que nadie pudiera ver que se había sonrojado hasta las orejas. Sin embargo, Martha tenía razón. ¿Por qué no disfrutar de la vida un poco y de las migas que ésta le ofrecía? ¿Por qué si no el destino le había puesto en su camino a un periodista joven que se interesaba por ella en vez de a uno serio y responsable que sólo hacía su trabajo? Quería olvidarse del mundo, de su estresante y agobiante mundo, y ¿qué mejor manera de hacerlo que rompiendo la regla de oro de su madre y controladora personal <<sé fría y distante y no te juntes con nadie, o los demás se provecharán de ti>>? No sabía muy bien si era su propia ansia de liberación o la cantidad de alcohol ingerida la que le proponía esos pensamientos tan peligrosos, pero decidió

echar cualquier rastro de preocupación y advertencia que su madre pudiera haberle insertado en su mente para controlar su vida y su carrera. Esa noche merecía ser aprovechada.

Apoyó la cabeza en el hombro de Jayson y bailó lentamente al son de lo que quedaba de canción, pero Jayson no supo bailar muy bien, así que sólo se balancearon de un lado a otro sin moverse demasiado.

—Dime si no te gusta mi regalo. Creo que no ha sido una buena idea traerte aquí —repuso Astrid sin mirarle.

—¿Por qué dices eso?

—¿No estás incómodo?

Jayson negó con la cabeza y se apretó aún más a Astrid, pero ésta ni se inmutó.

—No, por nada del mundo. Tal vez esto pueda también formar parte de la entrevista y así descubro cómo y dónde te diviertes de vez en cuando. ¿Vienes siempre aquí?

Astrid abrió los ojos como platos y levantó la cabeza para mirarle. Se sentía ligeramente en las nubes.

—¡La entrevista! Se me había olvidado que es nuestro último día. Aunque la verdad, publica lo que creas que es mejor para cambiar mi imagen. Aunque no creo que eso sea posible. He sido demasiadas veces i-do-la-tra-da —le costó pronunciar la última palabra debido a que le parecía demasiado complicado decirla correctamente de sopetón. ¿Habría bebido demasiado? Probablemente sí; jamás había bebido tanto ni tan rápido y tal vez lo que estaba sintiendo era alguna especie de efecto secundario. Su madre, si la viera en ese estado, se enfadaría. Pero eso, en aquel momento, le hizo gracia.

Jayson frunció el ceño y le cogió la barbilla con delicadeza, obligándole a mirarle a los ojos.

—Astrid, eres una persona maravillosa tal y como eres, y el que no sabe verlo es que no tiene ojos suficientes en la cara. Y espero, de verdad, que si te sientes incómoda en este mundo, te retires y te des un respiro.

Astrid se quedó inmóvil, pensativa. Jayson creyó que aquellas palabras le habían dado que pensar y las estaba procesando, pero, realmente, la cantante sentía que flotaba y no había escuchado nada. De pronto, dijo sin pensar y con la voz pastosa:

—Me gustas.

Jayson enarcó una ceja al escucharlo, y Astrid sonrió como una niña pequeña al ver que aquel brebaje tan especial le ayudaba a decir lo que

pensaba sin rodeos y sin pensar en si al día siguiente se arrepentiría.

—A mí también me gustas —admitió el periodista.

La muchacha lo miró vacilante, sin saber cómo reaccionar. Pero Jayson lo hizo por ella. Tal y como antes en el bosque estaba titubeante y nervioso, ahora era poseedor de una auténtica firmeza y serenidad. Se abrazó a Jayson con fuerza y levantó aún más la barbilla cuando el chico se inclinó hacia ella. La besó con la misma suavidad de antes, presionando los labios sobre los de la chica, pero luego le puso una mano en la nuca para profundizar el siguiente beso, y así fue. Astrid fue abriendo la boca despacio, sin saber muy bien cómo proseguir, pero cuando la lengua de Jayson rozó la suya sintió que miles de mariposas la inundaban por dentro. También sentía la mirada expectante de Martha puesta en ellos, pero llegó a olvidarse de ella y de todos los que le rodeaban.

Sólo quedaron ellos dos, unidos por aquel beso lleno de descargas eléctricas que jamás olvidarían.

Cogieron un taxi para abandonar la discoteca. Ya eran las doce para entonces, y Astrid se quedó pensando en qué hacer. Todo estaba planeado para que los dos volvieran a sus respectivas casas pero después de lo ocurrido ninguno de los dos quería separarse.

—¿Quieres venir a dormir a mi casa? Así mañana podemos pasar el día entero allí. Será divertido —dijo aquello sin soltar ni un momento a Astrid, quien estaba dulcemente abrazada a Jayson.

—Me parece bien.

—Así será, pues —concluyó el chico besándola en la frente.

El coche se detuvo delante de la casa del chico. Astrid vio que era una casa más o menos como la suya, con jardín, pero pertenecía a una gran urbanización. Salieron del coche cogidos de la mano y así mismo entraron en la casa. Jayson empezó a moverse por el salón y la cocina, guardando trastos, mientras que Astrid estaba de pie en el vestíbulo, sin saber qué hacer. El interior de su casa no era tan moderno como el de la suya. El color de las

paredes era amarillo muy claro y el suelo estaba hecho de baldosas blancas. Los muebles eran de tipo diverso: rústicos, modernos, antiguos. No como los suyos, que pertenecían a una misma colección.

—Ten —Jayson se acercó a ella con un vaso de agua.

Astrid lo miró sin comprender.

—No quiero que te vayas a dormir ebria o mañana te dolerá la cabeza.

Tenía razón y lo sabía. No quería que esa felicidad tan extraña abandonara su cuerpo, pero tampoco quería sufrir una migraña al día siguiente, así que claudicó. Mientras bebía un sorbo, Jayson la cogió de la mano y la arrastró con delicadeza hasta el salón, donde la dejó sentarse en el sofá, junto a él. No se abrazaron, pero sí se miraron largo rato.

Jayson también bebió su vaso de agua y, ya vacío, lo dejó sobre la mesa. Se volvió hacia Astrid y aprovechó para ponerle un mechón de pelo detrás de la oreja. Técnicamente, el período pedido para la entrevista había terminado, así que ya no tenía que trabajar.

—Voy a prepararte una cama. Tengo una habitación de invitados en el piso de arriba.

Dicho esto, se levantó y se fue. Astrid aprovechó ese momento para ir hasta la nevera y coger más agua. Por alguna razón, cuanto más agua bebía, más lúcida se sentía. Escuchó las pisadas de Jayson en el techo, cómo se movían, cuánto tiempo se detenían y cuándo volvían a moverse de nuevo. Sin duda, estaba recuperando la lucidez. Miró a su alrededor, pero no le pareció extraño ni alarmante. Había llegado a casa de Jayson totalmente consciente y agradeció no estar verdaderamente ebria.

Escuchó cómo los pasos de Jayson se volvían más audibles. Estaba bajando la escalera. Cuando volvió al salón se acercó a ella, pero le dejó un espacio. De pronto, ya no la miraba como en la discoteca. Ahora la miraba como en el primer día, distante, nervioso, preocupado.

—¿Quieres ir a dormir? Te he dejado una camisa sobre la cama para que te sirva a modo de pijama.

Astrid negó con fuerza con la cabeza. Dejó el vaso en la encimera y acortó la distancia entre ellos de forma lenta y pausada. Cogía confianza al ver que él no se movía. Cuando sus cuerpos estuvieron casi pegados, la joven puso sus manos sobre los brazos del periodista y lo miró fijamente.

—Quiero hacer una locura.

Jayson frunció el ceño.

—Astrid, no quiero arrepentirme mañana porque ahora no estés... en tus

plenas capacidades.

Aquello mosqueó a la joven.

—¡Sí que lo estoy! —el chico siguió mirándola indeciso—. Venga, está claro que no volveremos a vernos después de esto, ¿qué problema hay?

El chico acarició la cabeza de Astrid, entristecido.

—Que te voy a echar de menos.

La cantante abrió mucho los ojos y se quedó muda.

Sus rostros quedaron muy cerca el uno del otro. Permanecieron en esa posición unos instantes y luego, sin poder evitarlo, Astrid puso las manos a ambas mejillas del chico y lo besó dulcemente, quien le respondió con la misma delicadeza. Pero la ternura y el cuidado se esfumaron para dar paso a la pasión, que fue la que habló por ellos. Astrid dio la vuelta a Jayson y lo apoyó contra la nevera, aprisionándole. El chico no dijo nada, sino que la estrechó contra él con ternura, pero cuando la joven le desabrochó la camisa, el joven le puso fin apartándola de él. Jadeó, visiblemente excitado, pero se calmó.

—Espera, espera. Vamos a mi habitación.

Astrid se mordió el labio y sonrió. Era completamente consciente de lo que estaba haciendo y le gustaba. Quería estar ahí. Quería estar con él. Y el hecho de que hubieran terminado la entrevista significaba que él no era un periodista para ella, y ella no era una entrevistada para él. Estaban ahí los dos juntos fuera del ámbito profesional y a ambos les gustaba.

Jayson la cogió de la mano y la subió al piso superior, donde la condujo hasta su habitación. Jayson cerró la puerta y cuando se dio la vuelta, vio que Astrid se había quitado el vestido y lo había tirado al suelo. Su sonrisa juguetona en la cara le decía que estaba feliz. Y él también. Se acercó a ella, le rodeó la cintura con los brazos y la besó. Astrid terminó de abrirle la camisa y se la quitó. Luego tumbó al chico en la cama y ella se sentó a su lado. Jayson la miraba con adoración, con pasión, no sabía descifrar muy bien su mirada. Le cogió la mano y, mirándole a los ojos, pidió:

—Sólo di si no quieres.

Jayson la besó en los labios y la miró con atención.

—Lo único que no quiero es hacerte daño.

Astrid le devolvió el beso, segura de sí misma.

—No me lo harás.

Acto seguido, Astrid se tumbó sobre él y lo besó con ternura. Sentía la firmeza de las manos de Jayson en sus caderas, y eso le gustaba.

De pronto, Jayson se giró y se puso sobre Astrid y besó apasionadamente a la joven, que sintió un calor extraño en su interior que se avivaba poco a poco. Y lo sintió más intenso cuando el chico empezó a besarle el cuello, la garganta, los hombros... Astrid respiró entrecortadamente, que fue lo que impulsó a Jayson a besarla de nuevo apasionadamente. La ropa restante de ambos voló por la habitación. Astrid apagó la luz y escuchó cómo Jayson cogía un preservativo de la mesita de noche.

La fusión de ambos cuerpos en unos solo fue total, lo que le arrancó a Astrid unos gritos de placer. La joven empezó a jadear mientras su cuerpo subía y bajaba, y notó que Jayson también estaba algo fatigado, pero eso no les paró. Aumentaron la velocidad para disfrutar de un placentero orgasmo, que fue el que enlazó a ambos jóvenes, que, abrazados como estaban, se besaron suavemente hasta quedarse plácidamente dormidos el uno sobre el otro.

Todo aquello le hizo ver que eso no era un sueño, que era real y que se estaba rebelando contra las estrictas normas de su madre, y eso, de algún modo, la hizo continuar. Con Jesse, técnicamente, también había roto las normas de su madre, pero ella desde un primer momento había sabido de su relación y le había advertido del peligro que desprendía la mirada de ese hombre.

La relación que mantenía Astrid con Jayson tenía fecha de caducidad y lo que acababan de hacer en aquel momento, en aquella habitación, en aquella casa, permanecería en su memoria como el primer día en que la joven se sintió plenamente feliz de estar en su piel.

Interludio

Y de pronto, cayó al vacío.

Dejó atrás la mullida cama, en la habitación de Jayson, para caer en un profundo agujero negro.

Aterrizó de pronto, sin sentir ningún dolor, sobre un suelo frío y áspero, que desprendía un fétido olor que le resultaba amargamente familiar. ¿Familiar, por qué?

Todo estaba oscuro, pero, por alguna razón, ella sabía exactamente dónde debía pisar, dónde debía tocar para dibujarse un mapa en su mente. Se encontraba en una habitación, a un lado había una cama, a otro un retrete, en medio una televisión apagada y, en el fondo, una puerta de madera muy resistente que sólo se abría desde fuera.

Por un momento se sintió pegada al suelo, pero se levantó. Tenía la sensación de que aquello era una pesadilla, porque se deslizaba por la habitación, pero las sensaciones que estar ahí le provocaba, hacía que pareciera muy real. ¿Qué ocurría?

La televisión se encendió de pronto, mostrando una pantalla borrosa. Luego empezaron a crearse imágenes abstractas. Hasta que se formaron unas figuras, unos dibujos infantiles que cantaban las letras del abecedario en una melodía rítmica.

—*Con la A, B, C, D, E, F, G... ¿qué palabras puedo construir? ¿Necesito más? ¡Sí, necesito el abecedario! Repetid conmigo: A, B, C, D...* —cantaba incesantemente la voz.

Por un momento sintió ganas de apagar el televisor, pero se abstuvo. De pronto, el programa del abecedario cambió completamente, como si ya hubiera terminado toda la emisión, para volver a mostrar la pantalla borrosa. Luego, ésta se iluminó mostrando otro programa infantil, pero esta vez canturreando las notas musicales:

—*Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si. ¡Otra vez! Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si... ¡OTRA VEZ! Do, Re, Mi...*

Le pegó una patada al televisor. Pantalla borrosa. Dibujos infantiles cantando el abecedario. Otra patada. Otra vez las notas musicales.

—*¡Ahora tú, repite conmigo! ¡Canta, canta!*

Volvió a darle una patada al televisor. Pantalla borrosa. Varias formas azules se juntaron para crear lo que parecía ser un escenario. Esta vez los dibujos infantiles habían mutado en un programa en el que una profesora enseñaba a los espectadores a cantar como en un coro.

Sin hacer nada, la pantalla volvió a cambiar. Pasaron varios programas uno detrás de otro, mostrando diferentes escenarios, uno detrás de otro, con diferentes cantantes sobre él. No pudo reconocer a ninguno debido a la mala calidad de la imagen, pero de pronto vio una niña de pelo castaño claro ondulado que daba saltitos sobre un escenario mientras cantaba con todo su corazón una canción que ella reconoció al instante. <<¿Soy yo?>>. Y de pronto volvieron los dibujos infantiles escupiendo las letras del abecedario una tras otra.

Luego, como para dar paso a otro acontecimiento, la pantalla se volvió negra y la dejó a ella tirada en medio de esa oscuridad con su corazón palpitando a toda velocidad.

Escuchó un gemido en el fondo de la habitación que le desgarró el alma. Se dio la vuelta rápidamente. Aquello estaba muy oscuro, pero, como si fuera de día, podía ver claramente una pequeña figura agazapada al lado de la cama, sollozando. Se acercó para ayudarla, pero no le salía la voz. De alguna forma, pero, sabía exactamente lo que le ocurría a aquella niña.

Era ella.

Aquello era un recuerdo.

Sintió como si la oscuridad que nublaba su mente se desmoronaba poco a poco y algunas vivencias se agolpaban rápidamente en su memoria, dándole sentido a todo aquello.

Astrid se sentó al lado de la niña, intentó tocarla, abrazarla, pero ella no reaccionaba. Era como si para aquella criatura, ella no existiera.

De repente, empezó a sonar la música que resonaba continuamente en la mente de Astrid, con aquella entonación triste y melancólica, que finalizaba de forma muy tétrica. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo y sintió que a la niña le ocurría lo mismo. Pero en vez de mantenerse en silencio, la niña se levantó y gritó:

—*¡Marchaos, lobos, marchaos!*

Astrid abrió los ojos como platos. Había dicho aquella palabra que había

visto escrita decenas de veces en aquellos papeles del desván. Miles de imágenes aparecieron en su mente: lobos, ovejas, lobos persiguiendo ovejas, ovejas atrapadas, un pastor inadvertido que había desaparecido, y una frase rítmica que resonaba en su mente al son de la música:

<< *No te muevas, no te muevas.
Vigilia diaria, vigilia nocturna,
obedece y serás duradera.*>>

De pronto, como si hubiera pulsado el botón incorrecto, su mente se volvió a nublar, y sus recuerdos se alborotaron. Parecía haber una llave para acceder a ellos, pero en aquel momento, ella no la tenía.

La puerta de madera se abrió en ese momento y la figura de un lobo de gran tamaño se recortó en la luz que provenía del exterior. Astrid intentó levantarse para huir de ahí, para ver qué había más allá, para poder recuperar más información, pero le resultaba imposible. El exterior estaba borroso y oscuro, tan sólo atinaba a ver un baño de luz que entraba en la habitación, una luz que no la reconfortaba en absoluto.

Miró a la niña, pero ella no parecía ver a aquel monstruo que acababa de cruzar la puerta. Astrid volvió a mirar a la bestia, la cual sí la había divisado y se acercaba lentamente a ella. La joven se arrastró por el suelo hasta topar con la espalda contra la pared, sintiéndose sin escapatoria.

Cuando notó el aliento del lobo muy cerca de ella, alzó la cabeza para mirarlo. De pronto, la cara del lobo cambió de forma hasta tomar rasgos humanos. Una sensación de calidez a la vez que de terror la invadió en cuanto vio aquella cara, que le sonreía sarcásticamente.

De nuevo, aquella criatura volvió a tomar forma de lobo y, sin piedad, se echó encima de Astrid.

No podía moverse, no podía gritar. Lo único que podía hacer era escuchar aquella música infernal que parecía acompañarla en su último aliento.

Secretos compartidos

Jayson abrió los ojos, medio aturdido. Tardó unos minutos en reaccionar por la falta de sueño, pero en cuanto se hizo notorio el peso que había a su lado, acabó de despertarse. De pronto, lo recordó todo: Astrid, la entrevista, la discoteca y lo que había pasado aquella noche.

Una sensación de incomodidad y temor lo invadió de repente. Aquella noche Astrid había bebido. ¿Y si se despertaba sobria y creía que él la había forzado? Al final el que saldría en titulares sería él.

Trató de calmarse. Nada de aquello iba a pasar, no si le ponía punto final de la mejor manera.

Salió de la cama sin hacer apenas ruido y salió de la habitación para vestirse. En cuanto volvió, la joven seguía durmiendo.

El periodista se sentó en el borde de la cama y la observó. Verla allí, fuera de su típico entorno, le pareció surrealista. ¿Y si alguien se enteraba de que Astrid estaba en su casa? ¿Y si, peor aún, alguien se enteraba de que habían dormido juntos? No podía contárselo a nadie; debía ser profesional y limitarse a ser el periodista que finalizaba ese día la entrevista cara a cara con ese icono de la música. Debía limitarse a hacer su trabajo. Sin embargo, verla allí tumbada en su cama, removiéndose en sueños, le provocó una sensación de calidez en su estómago. ¿Quería protegerla, ser su amigo, entenderla...? No comprendía muy bien los sentimientos que le despertaba estar cerca de esa chica.

Miró el reloj de su mesita de noche y suspiró. Aún faltaba una hora para prepararse e ir a trabajar, pero desde hacía tiempo, su cuerpo se había

acostumbrado a despertarlo antes de su hora habitual de despertarse. Sin embargo, pensó que era buena hora para levantar a Astrid y acompañarla a su casa, así ambos podrían retomar sus vidas.

Se acercó a ella y empezó a acariciarle la espalda lentamente, sin saber muy bien qué hacer, sin poder decir nada, con tal de que ella se diera cuenta y se despertara. Le recorrió la columna vertebral con los dedos hasta llevar a sus hombros. Allí se quedó parado al ver una anomalía cutánea en su nuca que atrajo su atención.

Era una cicatriz.

Una cicatriz pequeña curvilínea, con pequeños moratones sobre ella, que denotaba un corte o laceración que ya había sido curado. Por el color de los moratones y su intensidad, sabía que debían ser recientes. Jayson rozó aquellos moratones con las yemas de sus dedos y Astrid se removió inquieta en sueños. Sin duda, la nuca era una zona muy frágil y si uno se daba un golpe, podía sufrir un traumatismo, pero era muy extraño que uno se hubiera provocado por accidente una cicatriz allí mismo, a no ser que fuera de una operación antigua. Le apartó un poco la sábana para observar algunos moratones inadvertidos que tenía debajo de los omóplatos. Se mordió el labio inferior, pensando en cómo había tocado a Astrid en esa zona la noche anterior y cómo ella, entre cada espasmo, habría intentado esconder cada respingo de dolor.

En ese momento, el teléfono de su mesita resonó con fuerza. Lo agarró y respondió, casi en un susurro:

—¿Diga?

—¿Qué hay? —era la voz de Jonathan, su jefe. Pero no parecía amistosa, sino cansada o... ¿molesta?—. Ayer por la noche leí lo que tienes hecho de la entrevista.

—¿Ah, sí? —a Jayson no le sorprendió que hubiera estado hurgando en su trabajo: le gustaba revisar el trabajo de todos los de la Redacción durante su realización.

—No me gusta. Es muy... sofisticada y... bastante similar a lo que hacen las otras revistas. Yo no quiero algo común. Quiero algo nuevo. Pero bueno, tienes toda la semana para redactarlo.

—Sí, me pondré a ello en cuanto llegue a la oficina.

—¿Qué tal ha ido con Astrid?

Por un momento, Jayson dio un respingo, pensando que habría corrido la voz y todos se habrían enterado de lo que había ocurrido aquella noche. Una

gran avalancha de críticas y preguntas le perseguiría durante mucho tiempo y él no estaba por la labor. Sin embargo, recordó que, para conseguir información del contrario, había que actuar como un ignorante y seguir el hilo de su propia conversación.

—Bien, ¿por qué lo preguntas?

—Para saber si terminas su entrevista de una vez y te pones manos a la obra de verdad. Quiero que tu reportaje sea el mejor que haya tenido la revista en mucho tiempo y que salga en portada. Espero recuperar los fondos perdidos.

Jayson respiró hondo, sabiendo que su jefe se refería a la entrevista que llevaba con Astrid, y no a otra cosa. En ese momento, la cantante abrió los ojos y se desperezó. Aunque estaba aún adormilada, siguió la conversación telefónica de Jayson mientras se acababa de despertar.

—Claro, trataré de terminarla cuanto antes.

Jonathan carraspeó.

—Bueno, yo quería proponerte una cosa. ¿Sigues en contacto con Astrid?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Quiero que la traigas a la Redacción. Técnicamente el tiempo de entrevistarla se agota en unas horas, pero estaba pensando que aquí podrías seguir haciéndole preguntas o lo que quieras mientras corriges tu texto —y como si no le hubiera quedado bastante claro la primera vez, repitió con toda la alegría del mundo—: ¡Quiero que sea lo mejor que haya visto nuestra revista en mucho tiempo!

Jayson frunció el ceño y miró a Astrid, quien no sabía de qué hablaba.

—Claro, un momento —se apartó el teléfono lo suficiente de él como para que Jonathan no pudiera oírle. Miró a Astrid y dio varias vueltas con el dedo índice, indicando que, en finalizar la conversación telefónica, debía hablar con ella. Volvió a acercar el auricular a su oído—: En cuanto pueda, la llamo y se lo pregunto.

Acto seguido, colgó.

Astrid se tapó como pudo con las sábanas, con las mejillas encendidas y buscando su ropa con la mirada. Jayson, se alejó de ella y se dio la vuelta para darle intimidad.

—¿Cómo has dormido? —le preguntó Jayson, aún sabiendo la respuesta.

—Bien, bastante bien. ¿Y tú?

Jayson se encogió de hombros.

—Bien, igual, supongo —mintió, sus ojeras lo delataban, pero no

importaba.

Escuchó cómo Astrid se levantaba y cogía su ropa del día anterior.

—¿Con quién hablabas?

—Con Jonathan, mi jefe.

—¿Hablabais de mí? —escuchó que preguntaba mientras luchaba contra la cremallera del vestido.

—No..., bueno, sí. Le gustaría que te llevara a la oficina para hacerte unas cuantas preguntas.

—¿Más entrevistas? —su voz parecía aborrecida.

—La última —dijo sincero. No quería molestarla ni incomodarla—. Luego te acompañaré a casa, si quieres, o puedes llamar a alguien para que te venga a recoger... Yo tengo que redactar tu entrevista.

Astrid acabó de vestirse. Pasó por delante de Jayson como una señal muda de que ya no hacía falta que se mantuviera a espaldas de ella, y aprovechó para mirarse en el espejo que había ante él. Astrid se cepilló el cabello con los dedos, se lo colocó rápidamente, borrando todas las huellas inexistentes de que había dormido fuera de su cama, se alisó el vestido... Al fondo, detrás de ella, la figura de Jayson la observaba hipnotizada. Astrid se dio cuenta de cómo brillaban los ojos del periodista, pero no dijo ni una palabra. En cierto modo, lo que había ocurrido aquella noche le había gustado, le había gustado mucho, pero una parte de ella sabía que no podía volver a suceder. Sin embargo, se había sentido libre, sin atadura alguna, y sólo quería continuar y huir de aquel mundo opresivo, junto a aquel chico que, seguro, estaría dispuesto a acompañarla. Pensó en la posibilidad de acceder a su plan. Ir a una oficina a que le hicieran una entrevista. Pero ir a una oficina era mejor que recibir en su casa a quien quisiera entrevistarla. Parecía un gran plan para salir de su rutina. Aunque nunca pensó en querer pasar sus cortas vacaciones ofreciendo entrevistas, aquél le parecía un plan genial para ver cómo era una oficina real por dentro y ver cómo trabajaban.

Jayson vio que no tenía la cremallera subida del todo y la ayudó. Sin querer, apretó aquella herida que había en su nuca y Astrid dio un respingo.

—¿Qué te has hecho en la nuca?

Astrid miró el reflejo de Jayson y apartó la mirada, pensativa.

—Tienes una cicatriz. Y muchos moratones en la espalda. ¿Alguien te ha hecho daño? —se sorprendió al ver lo sobreprotectora que sonaba su voz en ese momento.

Para su sorpresa, Astrid se encogió de hombros.

—No lo sé. No estoy segura.

Jayson se apartó de ella para darle espacio, pero se cruzó de brazos, intrigado.

—¿Cómo que no estás segura? ¿Desde cuándo los tienes?

Pero Astrid volvió a encogerse de hombros.

—Me aparecen solos; no lo sé. No sé cómo, pero es así. Cuando se me curan, me despierto un día y veo que tengo más. No sé de dónde salen, pero la verdad es que no me importa, hace ya mucho tiempo que me pasa y prefiero no saberlo, no quiero que me pase nada malo...

Jayson entornó los ojos.

—¿Por qué dices que no te importa? Si te aparecen solos, alguien debería revisártelos... Al menos para asegurarte de qué es lo que te los provoca, ¿no crees?

Astrid volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé.

Jayson respiró hondo. Le puso las manos sobre los hombros y observó su reflejo con confianza.

—Si quieres, después de la entrevista puedo llamar a un médico. Tengo un amigo de un amigo que puede venir a echarte un vistazo, si no quieres ir a una consulta en persona...

Pero Astrid negó con la cabeza.

—No, no creo que sea una buena idea.

Jayson se abalanzó sobre ella, sin darse cuenta de que la estaba abrazando.

—¿Por qué no? ¡Claro que sí!

—No, Jayson, en serio, no hace falta... ¡Ay, me haces daño! —Jayson no se dio cuenta de la fuerza con la que la abrazaba y se apartó de ella, mirándola, pero ella bajó la mirada hasta sus costillas. Y Jayson vio que allí, justo bajo la axila y encima de la primera costilla se avistaba perfectamente otro moratón. Pero éste era azul.

El joven, visiblemente preocupado, le dio la vuelta y la miró a los ojos, recriminándose por no haber visto todas aquellas heridas días antes, e incluso durante sus apariciones en público. Se recriminaba no haberla podido ayudar antes, y le daba rabia que nadie se hubiera dado cuenta antes para llevarla al médico.

—¿Cómo te has hecho todo esto, Astrid? ¿Quién te ha hecho daño?

Astrid comenzó a llorar. Jayson sentía impotencia, lástima, empatía, y no

sabía gestionarlas con certeza. Temía hacer una locura. Él no podía ver sufrir a la gente, sentía su dolor como el suyo propio y necesitaba ayudar a menguarlo o hacerlo desaparecer. Por eso había protegido a su madre siempre, por eso era un buen amigo de sus amigos: necesitaba ver que estaban bien para creerlo.

—El lobo —susurró.

Jayson frunció el ceño, atónito.

—¿Cómo?

—El lobo. Se ocupa de mantener a raya a las ovejas, y a cambio de que éstas le hagan caso, el lobo no se las come, pero si una desobedece, entonces ya puede considerarse muerta. Esa música que te enseñé, ¡es una advertencia! Tengo que ir con cuidado con el lobo.

Jayson negó con la cabeza, pensando en la posibilidad de que la cantante estuviera delirando.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué has cambiado de tema? Estábamos hablando de tus moratones, no de lobos ni ovejas.

Astrid se humedeció los labios. De pronto sacudió la cabeza como si todo aquello lo hubiera dicho estando en trance.

—Nada. No es nada.

Astrid se dejó caer en la cama. Observó cómo Jayson ordenaba un poco la habitación y se quedaba mirando la cama, como pretendiendo hacerla pero sin el valor suficiente como para pedirle a la cantante que se incorporara para no estorbarle. Aquello molestó a la joven.

—Crees que estoy loca, ¿verdad?

Jayson la observó mudo. Ella prosiguió.

—La verdad, no me lo explico, pero esta noche ha ocurrido algo. He empezado a recordar cosas, aún lo tengo todo borroso, pero si ayer tenía muchas preguntas sin respuesta, hoy puedo decir que recuerdo algo.

—¿A qué te refieres? —inquirió el periodista.

—No sé quién soy. Tengo la sensación de estar viviendo una vida que no es la mía. De hecho, me veo cantando en muchos vídeos de hace años, pero no recuerdo haber vivido nada de eso. Todos los recuerdos que tengo de pequeña y más adelante, más o menos, son muy impersonales, como si me los hubieran narrado y yo los hubiera incorporado a mis recuerdos. Pero no recuerdo nada de esos momentos, no son mis recuerdos los que tengo aquí — se señaló la sien.

Jayson se dejó caer a la cama, aturdido. No sabía cómo procesar todo

aquello. Todos decían que la fama enloquecía a la gente, pero aquello ya era demasiado.

—Dices que no sabes quién eres, pero, ¿no eres Astrid? Al menos, eso creo yo.

—Bueno, sí, todos me conocen como Astrid, pero si te digo la verdad... es como si hubiera empezado a ser Astrid hace cinco años. Antes de eso... no era nadie. No recuerdo nada como Astrid antes de ese tiempo.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo que no eras nadie? Que yo sepa, Astrid es el nombre con el que te bautizaron y naciste con ese nombre. No te entiendo...

Astrid tragó con dificultad. Le costaba mucho verbalizar sobre aquel tema. Desde que tenía tantas preguntas sin respuesta, las había mantenido en secreto, sin saber cómo externalizarlas. Pero ahora que había empezado a hablar, sintiendo que alguien la escuchaba y que tal vez podía orientarla, parecía que una verborrea salía de su boca sin saber cómo administrarla correctamente.

—No, me refiero a que hace cinco años empecé a vivir de verdad. Antes de eso no recuerdo nada. Sólo oscuridad. Recuerdo una habitación oscura, una puerta, una luz, una música y una historia de lobos y ovejas. Recuerdo que me dolía... Luego, así de pronto, me veo viviendo como Astrid aquí. Es como el final de una vida para empezar una completamente diferente. Tengo la mente muy nublada y no consigo recordar...

Jayson volvió la cabeza, pensativo. Realmente no entendía nada de lo que le hablaba, pero le preocupaba su salud mental. Aun así, sabía que había casos que podían explicar y justificar su historia. Por ejemplo, sabía de antemano que cuando alguien sufría un coma y pasaba mucho tiempo en ese estado, al despertarse no sabían que había pasado y su memoria sufría bastante. Pero que él supiera, Astrid no había estado en coma... ¿Habría tenido un accidente, quizás? Algo que justificara sus delirios o su trastocada memoria. Sin embargo, prefirió cambiar de tema, pensando en que lo dejaría estar y que a Astrid aquello ya se le pasaría.

El periodista le dio unos fríos golpecitos en la mano, en señal de comprensión, pero en seguida vio la hora que era.

—¡Ostras, pero si falta sólo una hora para las diez! ¿Quieres que bajemos ya a desayunar?

Astrid sacudió la cabeza, en un intento de olvidar todo lo anterior, y asintió.

—Después de la entrevista, ¿me llevarás a casa o comeremos en algún

sitio? Supongo que pasaremos bastante tiempo allí, tanto tú como yo — Astrid no miraba a los ojos a Jayson. Si así lo hacía, él podría ver su dolor reflejado en ellos. Así que actuó como la profesional que sabía que era. Debía esconder todas sus preocupaciones dentro de una piedra, ésta guardarla bajo llave y salir a actuar. O eso era lo que siempre le decía su madre para ayudarla antes de una actuación. Esto se parecía un tanto.

—No, pasaremos dos horas, tal vez y media, por allí, revisaré el reportaje y después podemos comer o te llevo directamente a casa.

La joven asintió, de espaldas a él.

—Me parece bien.

Bajaron a la cocina en silencio y dándose unos metros de espacio. Jayson encendió la cafetera y cuando estuvo lista, colocó una taza debajo del dispensador para que se preparara el café. Vio que Astrid trasteaba en la cocina en busca de leche y cacao.

Astrid se negaba a mirar a Jayson a la cara y él sentía que no había sabido llevar aquella conversación lo mejor que podía. Sin embargo, él no podía hacer nada: no manejaba los recuerdos ni aquella técnica de extracción de la memoria retenida en lo más profundo de la mente mediante la hipnosis, como había visto hacer en la televisión en algunos programas. Sin embargo, el silencio de Astrid le hacía ver que se sentía avergonzada, que él era una de las pocas personas a las que podía haberle contado o no aquello y que, como confidente, le había defraudado. Sin duda Astrid, por el favor que le había hecho aguantando dos días seguidos de entrevista sabiendo el trabajo que tenía en su día a día, se merecía un mayor esfuerzo por su parte.

Así que se puso a reflexionar sobre lo que le había contado, dispuesto a encontrar algún sentido que le ayudara a llegar a alguna conclusión, con tal de que Astrid obtuviera la orientación adecuada para pedir ayuda a alguien.

Ella le había contado que había estado en un lugar oscuro sin ser nadie, probablemente con un “agresor” que la atacaba. Ésa era una suposición suya, pero tras ver los moratones que tenía por el cuerpo y la zona donde estaban, sabía que era difícil que se los hubiera hecho ella por accidente. Más aún el cardenal, aunque prefería mantenerlo como una suposición pendiente de refutar.

Después decía que, aproximadamente, se había convertido en Astrid a los catorce años, que había empezado a vivir la vida propia de esa celebridad hacía cinco años, y antes tenía “otra” vida. Pero Astrid ya existía desde hacía tiempo. Hizo su primera aparición en televisión cuando tenía cinco años. A

partir de entonces se fue haciendo famosa y ahora su figura estaba de moda. ¿Por qué le decía que empezó a existir mucho más tarde? Había algo que le extrañaba. ¿Entonces, la Astrid de hacía seis o siete años no era la Astrid que tenía ahora delante o sí lo era? ¿Era probable que tuviera una doble personalidad y que la primera hubiera muerto hacía cinco años, que ahora sólo viviera la segunda y que las dos se llamaran Astrid? De esa forma podría explicar el salto de tiempo que ella recordaba entre una “vida” y la otra, así como que la segunda personalidad vivía en oscuridad antes de relevar a la primera. Pero, ¿cómo podía explicar que a ella “le dolía” en aquel rincón oscuro? ¿Y cómo podía explicar la relevancia de los lobos y las ovejas en aquella historia? Pensaba que todo aquello debía observarlo un profesional, pero le parecía un rompecabezas demasiado interesante como para dejarlo a un lado tan fácilmente.

El pitido de la cafetera sonó, por lo que retiró la taza. Fue hasta la mesa, donde Astrid se había acomodado en silencio mientras tomaba su desayuno, y se dispuso a remover su café mientras pensaba en cómo iniciar una conversación.

—Tú existías antes de los catorce años —Jayson quiso romper el silencio. Astrid no se movió—. Desde hace años hubo una Astrid que ganó muchos concursos de talentos y participó en muchos vídeos musicales. Y eso fue antes de los catorce años, donde creo que Astrid comenzó su primera gira. Entonces, ¿puede ser que te hayas dado un golpe o algo y no recuerdes tu vida pasada antes de los catorce?

Astrid pestañeó y bajó la mirada hasta la pared.

—No lo sé. Estoy muy confusa. Nunca le he contado esto a nadie y me resulta extraño relatarlo, porque me doy cuenta de lo raro que suena. Pero estoy segurísima de que en el único lugar en el que estuve antes de los catorce era en un sitio muy, muy oscuro. A veces se abría una puerta y entraba un pequeño rayo de luz, y había una persona que a la vez era un lobo, y ésa era la persona que me hizo todo esto.

—Hablas en pasado —aclaró Jayson—, creo que te refieres a cuando estabas ahí, en ese sitio oscuro. Pero los moratones no duran cinco años... Ese lobo/persona que dices tiene que habértelos hecho de nuevo hace poco.

Ambos se miraron.

—¿No quieres ir a la policía? Tal vez podamos denunciar a quién te ha hecho todo esto.

Una gruesa lágrima resbaló por la mejilla de Astrid, y Jayson sintió unas

enormes ganas de abrazarla y consolarla. Pero no lo hizo.

—¿Y qué digo? —sollozó—. ¿Que un lobo me ataca en sueños? Me echarán a patadas.

Jayson dejó la taza sobre la mesa y se cruzó de brazos mirando a Astrid con el ceño fruncido.

—Tranquila, Astrid. Te prometo que haré todo lo que pueda para ayudarte —supo que lo sentía de verdad mientras lo decía.

Astrid se terminó su leche con cacao humeante y observó de reojo al periodista.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —removía la taza vacía con la cucharita, como si no supiera cómo proseguir o sin saber qué decir—. Cuando termines todo lo de la entrevista, ¿qué harás: seguirás con tu vida y yo con la mía...?

Jayson miró su taza medio llena. No esperaba aquella pregunta, por lo que se quedó bastante sorprendido.

Respiró hondo y volvió a fijar sus ojos en ella. Sonreía.

—Podemos ser amigos.

Ella asintió.

—Sí, podemos ser amigos.

Un extraño caso

La puerta de entrada de la Redacción se abrió de pronto, y Karla tuvo que colocarse bien las gafas para asegurarse de que no estaba loca. Y de algún modo se tranquilizó, porque prefería seguir cuerda cuantos más años posibles. No obstante, estuvo con las cejas enarcadas todo el tiempo mientras veía a una jovencita alegre, de cabellos largos y ondulados de color castaño claro avanzar por toda la recepción observando todos los rincones, mientras Jayson iba tras ella, lanzándole miradas de reproche como advirtiéndole que no se moviera tanto. Finalmente, la joven se acercó a la recepción y se quedó de pie a dos metros, dándole el espacio suficiente a Jayson para que pidiera a la recepcionista lo que tuviera que pedir.

—¿Qué hay, Karla? ¿Jonathan me está esperando desde hace mucho o no le importará que nos hayamos retrasado unos segundos?

Sin embargo, la mujer sonreía nerviosa, mirando sin cesar a la joven que se hallaba junto a Jayson, quien fingió interesarse por todos los ventanales de la recepción con tal de no observar a aquella mujer que la desquiciaba con sus miraditas anonadadas.

—Tú sales en la tele, te he visto. Eres muy famosa —admitió casi entre dientes a causa del asombro.

Astrid forzó una sonrisa.

—Sí, supongo que sí... ¿Por dónde se sube a la oficina?

—Ahora vamos, no te preocupes —la paró Jayson sonriéndole.

Karla se echó a reír y le tendió un papel.

—¿Qué tal si me escribes tu nombre...? Creo que ahora se me ha olvidado, y mejor si lo dibujas bonito, así con rayitas...

Jayson fulminó con la mirada a la recepcionista.

—¡Karla! La vas a poner nerviosa.

Sin embargo, ver la cara inocente de aquella mujer y entender el sentido de su propuesta le dio fuerzas para firmarle un autógrafo, bonito y con rayitas, tal y como le pedía.

El joven periodista se despidió y junto con Astrid se dirigieron al ascensor. Tras subir dos plantas, llegaron a las oficinas. Debía haber mucha gente trabajando, porque vieron a unas cuantas personas paseando por el pasillo, tal vez dirigiéndose a fotocopiar documentos o a tomarse un café de la máquina expendedora. Pero cuando vieron a Jayson acompañado de Astrid, quedaron paralizados por unos segundos. El chico hacía lo indecible por sonreír y disimular con tranquilidad caminando despacio y sin prisas, pero sin saber por qué, sentía que una avalancha se les echaría encima. Y Astrid parecía notar lo mismo, porque le apretó el brazo de puro nerviosismo.

Y no se equivocaban.

La gente empezó a acercarse a ellos a pares, y después desmesuradamente. Les rodearon y empezaron a hablarles, algunos más jóvenes les tendían papeles para que Astrid les firmara un autógrafo, mientras que los más mayores se mantenían firmes, observando a la joven estrella sin decir nada. Jayson estuvo a punto de soltar un grito, pero en vez de eso, puso los brazos en cruz, suplicando espacio y se limitó a decir:

—Resultaría agradable que todos volvieran al trabajo, por favor. Aquí solo hay una persona que ha venido para que le hagan una entrevista. Ahora, si nos disculpan, nosotros vamos a seguir con nuestro trabajo —y acto seguido cogió a Astrid de la mano para alejarla del tumulto de gente.

Ya allí, Jayson se sentó en su silla giratoria y relajó los hombros.

—Esto ocurre cada vez que viene un famoso. Sí, ocurre y es estresante. Entiendo perfectamente cómo debes sentirte a veces, cuando te rodean miles de personas. ¿Es estresante, no?

Astrid se mantuvo firme sin decir nada al lado de la salida y se encogió de hombros.

—Ven, no estés levantada —dijo tendiéndole la mano.

La joven sonrió y se acercó a él, cogiéndole la mano. Le señaló otra silla con ruedas junto a un escritorio vacío y ella se sentó, admirando el ordenado espacio de trabajo de aquel hombre y comparándolo en silencio con su caótica habitación.

—¿Qué quieres hacer mientras reviso el reportaje? Puedes pasear por la oficina, comer algo de las máquinas de fuera y no hagas caso a los demás si

te molestan. Si te necesito, te llamaré, ¿te parece bien?

Astrid asintió, mirándole a los ojos. Luego giró hacia el escritorio que había ocupado y observó cada objeto de papelería que había sobre él como si se trataran de artefactos que no había visto en su vida.

—¡Pero bueno! ¿Qué ven mis ojos? ¡Has venido a trabajar! —aulló una voz cantarina en la otra punta de la oficina—. ¿Terminaste ya la entrevista?

Como el escritorio en el que se sentaba Astrid estaba en la pared opuesta a la puerta de la oficina, Adam sólo podía ver la espalda de Astrid, por lo que no la reconoció. Jayson se levantó de su silla para saludar a su amigo.

—Bien, ya te contaré —Jayson pudo notar el nerviosismo de Astrid al encontrarse en un espacio tan grande, lejos de su zona de confort y cerca de gente desconocida, así que le rozó el hombro—. He traído a una amiga...

Astrid se volvió inocentemente respondiendo a la presentación de su amigo, algo que le dio un aire majestuoso a su gesto. Adam descompuso su gesto alegre.

—Ha venido a ayudarme con su reportaje —bajó la mirada observando el rostro sonriente de la joven aludida—. Astrid, éste es mi mejor amigo Adam. Trabajamos juntos en estas oficinas, aunque él está en otro despacho —informó señalando otra mesa con un ordenador sobre ella.

Jayson se fijó en que la sonrisa de Adam se esfumó mientras miraba a Astrid. Se quedó mudo unos instantes, mirando al suelo, pero luego levantó la mirada y sonrió.

—Encantado... Cuánto tiempo, ¿verdad?

Astrid se encogió de hombros y soltó una risa nerviosa.

—¿Cómo dices, perdona?

Adam sacudió la cabeza, como ido. Jayson juró que jamás había visto aquella expresión triste en el rostro de su amigo.

—Lo siento, te había confundido con otra persona —Jayson frunció el ceño en dirección a su amigo, pidiéndole una explicación por su comentario, pero él hizo caso omiso—: En fin, me vuelvo a la fotocopidora. Que paséis una feliz entrevista.

Y desapareció rápidamente.

Astrid se rascó el cuello y miró el suelo.

—¿He dicho algo malo?

—Que yo sepa, no. No sé qué le ha pasado a Adam. Luego se lo preguntaré, ¿vale? Tú tranquila. Ahora ve y pasea un poco.

—Pero, ¿y si vuelven a rodearme como antes? Preferiría estar en un

concierto, donde puedo librarme de ellos, pero aquí no.

—Bueno, yo he dicho lo del paseo, porque si te quedas aquí... no hay mucho que hacer. Y yo voy a tener que estar pendiente del reportaje. Pasa de ellos, o sé tú misma. Eres muy agradable, creo que si te conocen profundamente no te tratarán como antes.

Astrid respiró hondo, y aunque un poco resignada, reconoció que sentía curiosidad por pasear por ese edificio.

—Está bien. Miraré cómo son las demás oficinas.

Cuando Astrid salió del despacho de Jayson, el chico se sentó de nuevo en su silla y extrajo su móvil del bolsillo de sus pantalones. Tecleó un número y se acercó el auricular al oído, esperando a que respondiera.

—¿Diga? —sonó la voz de Daisy, su hermana.

—¡Dais, qué bien que contestas!

—¿Qué quieres? Estoy en el trabajo. ¿Y por qué susurras?

—Es que... hay algo que quiero decirte. Es un tema que me preocupa un poco y quería ver si podías ayudarme.

—¿Qué? Ya me has pedido muchos favores de éstos y luego me la cargo yo porque no adelanto mi trabajo, sino lo tuyo. Pero bueno, dime cuál es, a ver si puedo hacer algo por ti.

Jayson sonrió. Respiró hondo y empezó.

—Tengo una amiga que tiene un problema: ha sido agredida y muestra cicatrices y moratones preocupantes en la nuca y en las costillas y ella no sabe quién se los ha hecho, y lo peor es que le continúan saliendo, sin ella saber cómo y por qué le salen. Yo estoy bastante preocupado y no sé cómo ayudarla, porque estoy como ella: no sé nada.

Daisy suspiró.

—Así es muy difícil ayudarte. Si ella no sabe quién es... espera, ¿sabe cómo es? Tal vez reconozcamos a algún agresor peligroso que se ha escapado y podemos ayudarla.

—Pues no... creo que no sabe cómo es. Lo único que me ha dicho ha sido que ha estado encerrada muchos años y que en ese lugar le hacían daño... Y también parece que la amenazaban con una historia de lobos y ovejas, y eso es algo de lo que ella siente pavor.

Daisy suspiró más fuerte.

—Está bien. Preséntamela algún día y miraré de interrogarla. A ver si dice algo interesante.

—Espera, ¿por qué no te pasas por mi casa esta tarde y te la presento?

—¿Vive contigo?

Jayson tragó saliva.

—¡No, claro que no! Pero puedo decirle que venga a casa. Entonces, ¿vendrás?

—Lo intentaré. Tengo que colgar. Hasta luego.

Jayson esperó a que colgara su hermana para colgar él. Justo después, recibió una notificación de que Jonathan lo requería en su despacho para la revisión del reportaje.

Veinte minutos después, se sentó en su escritorio de nuevo, encendió la computadora y abrió el documento en el que guardaba el reportaje. Leyó de arriba abajo lo que tenía escrito, y frunció el ceño. Jonathan tenía razón. Era un auténtico desastre. Así pues, lo borró y se dispuso a empezar de nuevo. Mientras pensaba cómo escribir algo interesante y que nunca se hubiera visto de Astrid, le vino a la mente una idea. Pero, aunque era perversa y egoísta, sabía que Jonathan se pondría orgulloso de él al ver aquel trabajo. Pensó que lo intentaría. Que empezaría a escribirlo y luego lo hablaría con ella. Y si Astrid le decía que no quería que se publicara aquello, entonces lo borraría. Pero por el momento, lo intentaría.

Así pues, tecleó el título del reportaje: “EL GRAN MISTERIO DE ASTRID”.

Astrid estuvo largo tiempo paseando por los pasillos de la Redacción. Admiró las distintas salas vacías o llenas que le permitieron las puertas abiertas, así como respetó aquellas cuya entrada estaba cerrada al paso de los de fuera.

En seguida descubrió una sala que debía ser de espera, por los sillones y sillas que había, con unas mesitas sobre las que había depositados los últimos números de la revista *A Little Shine*. Supuso que se reservaba aquella sala para las personas que habían sido llamadas para alguna entrevista y debían aguardar allí hasta que los llamaran.

También se paró en una sala común a observar a la gente que hacía fotocopias de diferentes artículos de periódicos, fotografías... hasta que éstos se volvieron y la miraron sonrientes. Conoció a Catherine, una periodista veterana que llevaba más de diez años trabajando para la revista; a Joseph, un

fotógrafo que pasó por la oficina para recoger unas fotografías que le había dejado a su compañera y a Martin, un diseñador de portadas, con el cual estuvo charlando bastante tiempo y le mostró cientos de diseños que había hecho para la portada de las antiguas revistas y que Jonathan quiso tirar a la papelera porque no le gustaban.

Además, había podido tomarse un café con unas cuantas galletitas, obsequio de un trío de periodistas, todas ellas amigas, que celebraron el cumpleaños de una y Astrid no tardó en unírseles. No la habían vuelto a rodear, como antes, sino, solamente, la habían mirado al principio, susurrando al que tenían a su lado, pero ahora todos a los que conocía la saludaban como si fuera una más de la oficina. No una estrella. Y eso la emocionó completamente. Por el pasillo, de regreso al despacho de Jayson, se topó con Adam, quien le dirigió una sonrisa forzada y siguió su camino hasta la sala de fotocopiadoras. Astrid no dudó en seguirle con el ceño fruncido. Se detuvo frente a la puerta, pensando en si le gustaría hablar con ella. Durante su primera entrevista, Jayson le reveló un poco de información acerca de su mejor amigo: era amable con todo el mundo y le encantaba hablar, así que Astrid debía tener por seguro que algo le diría si se presentaba ante él. Además, quería preguntarle por su comportamiento anterior, para saber si había hecho algo mal, con tal de rectificarlo para la próxima vez que se vieran. Se apretó la muñeca con fuerza y apretó los dientes, lista para entrar.

Lo encontró inclinado y apoyado sobre una fotocopiadora, concentrado en la pantallita que le indicaba que su documento se estaba fotocopiando, pero, aunque su mirada estaba fija en ese mensaje, su mente parecía volar por alguna parte que ella, curiosamente, quería descubrir.

—Hola —saludó casi en un susurro mientras se acercaba a él.

El chico se volvió hacia ella y le sonrió. Luego volvió a lo suyo.

—¿Estás bien? Pareces distraído.

Adam se permitió unos segundos para suspirar antes de responder.

—Sí, tranquila. Sólo estoy trabajando.

—¿Qué es? —preguntó la joven acercándose a él.

Con el permiso del joven, agarró uno de los papeles pendientes de fotocopiar y lo hojeó. Vio que se trataba de una pequeña noticia acerca de un carnaval ruso que se había hecho en Cheyenne para recaudar dinero con tal de ayudar a familias pobres. También decía que los participantes pertenecían a un antiguo circo ruso que había pasado de moda en Rusia y había viajado hasta Estados Unidos, encontrando una verdadera audiencia en Cheyenne.

—Es genial que gente de otro país quiera ayudar a gente de aquí de esta manera.

Se fijó en que Adam la miraba de reojo, sonriendo.

—Sí, es asombroso. Y gracias a ellos, muchas de esas familias se han salvado de la desnutrición.

Astrid sonrió de nuevo y dejó el papel junto con los demás.

—¿Por qué haces tantas copias? ¿Tienes que repartirlos o algo?

Adam se encogió de hombros.

—Lo cierto es que no lo sé. Jonathan me ha pedido que haga una pequeña tanda en blanco y negro y otra con el mismo número, en color. No sé por qué los quiere, la verdad. A veces el jefe es muy... misterioso.

La joven le sonrió y puso la mano sobre la fotocopidora, para ver cuántas copias se estaban haciendo. En cuanto lo vio, frunció los labios y movió la cabeza hacia un lado.

—Bueno, de todos modos no son tantas como parece.

—No, no lo son —repitió Adam, distraído de nuevo, mirando la pantalla de la fotocopidora.

—¿Qué te ha pasado allí dentro? ¿Por qué te has puesto así? ¿Acaso te he molestado en algo? —soltó de pronto Astrid, yendo al grano bruscamente.

Adam la miró y frunció el ceño.

—¡No, ni hablar! ¿Por qué crees que ha sido así?

Astrid bajó la mirada.

—Pues no sé... me he fijado en que estabas incómodo, como si algo relacionado conmigo te... molestara.

Adam la miró y le levantó la barbilla con delicadeza, y Astrid se sintió realmente incómoda, con ganas de apartarlo de ella. Pero se mantuvo firme e inmóvil, porque sentía que iba a decirle algo. Adam se humedeció los labios y respiró hondo, como si pensara en una forma adecuada de proceder:

—¿De verdad no me reconoces?

Astrid trató de buscar en su memoria algún recuerdo que le diera una pista sobre si ya había conocido a aquel chico antes o no. Puede que su memoria fallara, porque muchas veces había comprobado la dificultad que tenía que recuperar recuerdos pasados así como conservarlos, pero lo cierto era que las vivencias de los últimos cinco años las recordaba perfectamente, y en ellas no conocía a ningún Adam.

Aunque no respondió, Adam la soltó y bajó la mirada.

—Hasta luego. Que te lo pases bien con Jayson.

Y abandonó la sala con el mismo sigilo con el que entró, dejando a Astrid pensativa, con la cabeza mirando el suelo y, sin saber por qué, con lágrimas en los ojos.

Jayson paró de escribir. En su interior había un sentimiento que lo obligaba a detenerse y a leer lo que estaba escribiendo, porque tenía la sensación de que era una auténtica basura. Tan sólo había pocas cosas interesantes, y era donde se nombraban las frases que le había contado Astrid sobre el lobo y las ovejas, y también cuando decía que no recordaba su vida antes de los catorce años.

Además, no podía seguir escribiendo, porque ni siquiera él sabía cuál era el misterio, así que no podía proseguir sin saberlo. Para ello precisaba una investigación. Y estando con ella sería la mejor forma de conseguirla. Luego ya continuaría con el documento. Estaba seguro de que Jonathan estaría de acuerdo. Mientras el documento estuviera terminado aquella semana para la publicación, tanto le daba. Así que se puso manos a la obra.

Se incorporó y cuando quiso salir de su oficina en busca de Astrid, se topó con ella de morros. Primero se sonrieron. Y luego miraron a otro lado, nerviosos.

—¿Qué has hecho al final? ¿Has paseado mucho?

Astrid le sonrió.

—Ya... Ha sido una mañana muy peculiar: he conocido a mucha gente, algunos me han enseñado sus trabajos y unas chicas me han invitado a comer unos dulces.

—¿Y ahora qué quieres hacer?

Astrid frunció el ceño y desvió la mirada.

—A mí me da igual. Pero hoy debería ir pronto a mi casa, sino mi madre se preocupará por mí.

Jayson enarcó las cejas.

—¿Ella no tiene casa propia?

—Sí, pero desde que empecé la gira me tiene bastante controlada, porque no quiere que me pase nada ni que desaparezca mucho tiempo, porque tengo que cumplir los contratos.

—Vale, pues luego te llevo a tu casa o llamas a alguien para que venga a

buscarte, lo que prefieras. De todos modos, yo quería invitarte a comer a mi casa, si te apetece.

Justo en ese momento, el teléfono de Jayson sonó con estridencia. El chico hizo una seña de disculpa a Astrid, que sonrió. Esperó a que colgara y cuando lo hizo, vio que Jayson componía una mueca como si fuera a pedirle disculpas.

—Mi hermana me ha pedido si podemos ir a buscar a mis sobrinos a la salida del colegio. Bueno, si lo prefieres, puedo llevarte a casa y ya comemos otro día.

Astrid sacudió la cabeza.

—¿Tienes sobrinos?

—Sí, en apenas un mes celebrarán su octavo cumpleaños y les emociona repetirme qué regalo quieren.

—Me encantaría conocerlos, la verdad.

Veinte minutos después estaban delante de la puerta por la cual salían los niños. Astrid había parado a comprarse un sombrero para que no se le viera demasiado la cara, y ahora se mantenía a una distancia prudencial de Jayson, para que cuando los niños llegaran no se sintieran incómodos por la presencia de una desconocida.

El timbre de salida no tardó en sonar, y mientras un hombre se apresuraba a abrir la puerta, un enjambre de niños de diferentes edades salían a bandadas, lanzándose sobre sus respectivos padres con adoración. Dos pequeños niños rubios, ambos de la misma edad, salieron rápidamente y corrieron a abrazar a Jayson. Astrid se apartó un poco más de él, observando la escena familiar.

—¡Hola, tío Jay! —lo saludaron al unísono, estrechándole la cadera con toda la fuerza que pudieron.

El aludido rio y respiró hondo, tal vez porque le apretaban demasiado, pero acarició con ternura las cabecitas de los niños.

—¿Cómo estáis? Nicole, ¿qué tal el cole? ¿Y tú, Tom?

El niño, abrazado como estaba a su tío, giró la cabeza hacia la muchacha que se encontraba a dos metros de ellos, sonriente. Tom no hizo ni dijo nada, sólo la miró.

—¿Quién es ésa que nos está mirando? —preguntó en un susurro alzando la cabeza hacia Jayson.

Nicole se dio cuenta de lo que decía su hermano y la miró. Ella, como no era nada cautelosa ni tímida, se acercó a ella y le preguntó tranquilamente:

—¿Por qué nos miras? ¿Quién eres?

Astrid sonrió, y acercó la mano para acariciarle la mejilla, pero la niña se apartó.

—Me llamo Astrid, y he venido con vuestro tío. Me ha hablado un poco sobre vosotros.

La niña se mantuvo firme y volvió la cabeza para mirar a Jayson. Cuando éste asintió, para el asombro de Astrid, Nicole se lanzó a sus brazos y la escaló como si fuera un mono trepando una palmera, para terminar abrazando su cuello con fuerza.

—¡Bien! ¿Quieres ser mi amiga? ¿Vas a venir a mi cumple? ¿Me comprarás muchos regalos?

—¡Nicole! —aulló de pronto una voz a sus espaldas.

Jayson se volvió para ver llegar corriendo a su hermana. Se dieron un abrazo y un beso en la mejilla, y tras acariciar en la cabeza a Tom, se apresuró a auxiliar a Astrid, que puso las manos en las piernas de Nicole para que no se cayera.

—Disculpa, es bastante traviesa y le da igual con quien hable. Tengo miedo que un día se la lleve algún desconocido.

Astrid rio y permitió que la mujer cogiera a su hija en brazos. Acto seguido, le tendió una mano.

—No pasa nada, es muy simpática.

Nicole se removió, inquieta y bajó de los brazos de su madre para correr a coger la mano de Astrid.

—Es mi nueva amiga..., ¿cómo has dicho que te llamas?

—Astrid.

La mujer la miró sorprendida y enarcó las cejas.

—¡No me digas! ¿Astrid? ¿Como esa cantante que sale en la tele?

La aludida se quitó las gafas de sol y sonrió.

—Sí, soy esa cantante.

Nicole gritó emocionada.

—¿Entonces, si eres tan famosa, me comprarás un coche de carreras para mi cumple?

—¡Nicole! —la reprendió su madre.

Jayson no tardó en correr al lado de Astrid. Nicole se abrazó mucho más fuerte a su mano, sin querer soltarse.

Jayson se aclaró la garganta y señaló con la mano a su hermana.

—Astrid, creo que ya te he hablado un poco de mi hermana, Daisy;

Daisy, ésta es...

—Astrid, lo sé.

—Le hago una entrevista. Creo que ya te he hablado de ella —dijo lo último más bajo frunciendo el ceño, y Daisy lo entendió.

La cara de Daisy cambió hacia una mucho más amable y se inclinó hacia Astrid para darle dos besos en las mejillas como si se tratara de una amiga de toda la vida.

—¡Qué alegría verte por aquí! Bueno, ¿qué tal si vamos a comer a casa y charlamos un poco con nuestra nueva amiga? —propuso Daisy mirando a sus hijos. Nicole empezó a dar saltitos como loca, sonriendo, y Tom no dijo nada, sólo sonrió.

En el coche, Jayson se puso delante, junto a su hermana, mientras que a Astrid le tocó ir detrás, entre los dos gemelos. Pasaron todo el trayecto en coche charlando los tres; primero le preguntaron sobre su carrera: cómo era cantar delante de un público, cómo se aprendía las coreografías junto con los demás bailarines, quién escribía las canciones que ella cantaba... pero luego se desviaron hacia temas diversos, y Astrid vio que eran dignos sobrinos de Jayson, tiernos y educados, sin tratar demasiado tiempo a Astrid como lo que los demás la trataban. De pronto, le hicieron una pregunta que le hizo vacilar.

—¿Tienes hermanos?

Astrid estuvo callada un buen rato, pensando la respuesta. No lo sabía, pues ella no recordaba haberlos tenido, así que no.

—No, no tengo. Pero seguro que sería genial.

Mientras, en los asientos delanteros, Daisy y Jayson cruzaban miradas discretas.

—¿Y dices que es ella la amiga de la que me hablabas esta mañana?

—Sí, me gustaría que me ayudaras a ver qué le ocurre.

—Bien, en casa hablaremos. He encontrado un par de noticias que quizá te interesen.

No tardaron en llegar. Daisy se apresuró a entrar en casa corriendo a calentar los espaguetis que su marido había preparado antes de ir a trabajar. Los niños fueron a su habitación a jugar. Astrid y Jayson se quedaron en la sala de estar, sentados en el sofá, sin saber qué hacer.

—¿Te encuentras bien? Siento que hayamos cambiado los planes sin haberte consultado algo. Mi hermana siempre es así.

Astrid se encogió de hombros.

—No pasa nada.

En seguida oyeron el ruido de platos cayendo sobre algo, y Jayson se disculpó.

—Será mejor que vaya a ver cómo le va a mi hermana. Espera aquí.

La joven se quedó sentada. Vio que ante ella, sobre una mesita, había una carpeta abierta llena de recortes de periódicos y artículos extraídos de internet e impresos. Pensó que, probablemente, sería algo en lo que había estado trabajando la hermana de Jayson o su marido y que, con las prisas, se le habría olvidado guardarlo. Sin embargo, Astrid conocía sus límites a la perfección y la curiosidad no era uno de ellos.

Astrid agarró el primer papel y lo hojeó. Se fijó en que alguien había rodeado con un rotulador rojo el título de un artículo: <<Paula Harrison, la estrella más joven del momento, huye de los escenarios>>. Después se dedicó a mirar la entradilla, la cual decía algo de que, tras su último concierto, se despidió como nunca antes lo había hecho, como si quisiera retirarse, pero que a partir del día siguiente ya no se la volvió a ver.

Astrid dejó ese artículo y cogió otro papel similar. Decía más o menos lo mismo: <<Joséphine se retira y desaparece>>, pero aludiendo a que la joven se despidió en su último concierto y cuando volvió a su casa ya no se la volvió a ver jamás.

Todas aquellas revistas habían tratado el tema como un “misterio”, tal vez como una estrategia de marketing, pero siempre dejando en claro que aquellas estrellas retiradas habían buscado la paz donde no la habían encontrado en los escenarios.

La joven frunció el ceño, preocupada, dejando aquel recorte. Se dedicó a mirar los demás papeles reunidos en aquella carpeta. Todos narraban los mismo sucesos, pero con diferentes estrellas, y lo más extraño era que cuando desaparecieron todavía eran famosas con mucho éxito y luego querían dejarlo o retirarse, por ello cuando se esfumaban resultaba en un gran impacto mediático. Astrid se fijó en una cosa: todas desaparecían teniendo más o menos la misma edad. La más mayor, Sarah Whiver, desapareció con quince años. Mientras que la más joven lo había hecho con diez. Astrid se quedó helada al ver un comentario que dijo para despedirse la niña de diez años, Sandra Frenny, y que la revista interpretó como una metáfora: <<Jamás temeremos al lobo>>.

Acto seguido, Astrid lanzó asustada la revista sobre la mesa. Empezó a respirar agitadamente, sintiendo su corazón desbocado. Era muy curioso que todas hubieran sido famosas, que todas hubieran sido cantantes y que una de

ellas hubiera mencionado el tema de los lobos. ¿Y por qué “desaparecían”? Todos los artículos sugerían la posibilidad de que se hubieran apartado de la fama para retomar sus vidas, pero... ¿Y si hubieran desaparecido de verdad y la prensa no lo supiera? Tenía que investigar si se tenía algún registro reciente de ellas, porque estaba teniendo una corazonada. ¿Y si la más pequeña, Sandra Frenny, la que había mencionado los lobos, tenía algo que ver con ella? Porque aquella niña también desapareció.

Jayson entró de nuevo en el salón cargando platos y vasos para poner la mesa, y vio a Astrid respirando agitadamente. Lo dejó todo sobre la mesa y corrió a su lado.

—¿Qué te ocurre?

Astrid se humedeció los labios.

—Nada, tan sólo... Nada, en serio.

Jayson vio de reojo la carpeta cerrada sobre la mesita del comedor, pero no hizo preguntas. Vio la tez pálida de Astrid y supo que luego, cuando estuvieran solos, debía preguntarle qué había pasado.

En ese momento entraron los pequeños y pusieron la mesa rápidamente. Justo cuando terminaron, Daisy anunció que se sentaran para comer. La mujer entró en el salón transportando un recipiente humeante lleno de espaguetis repletos de salsa de tomate y atún. Tras dejarlo sobre la mesa, le sirvió un plato a cada uno. Nicole y Tom los devoraron sin esperar, mientras que los tres mayores esperaron de brazos cruzados a la llegada del marido de Daisy, el cual no tardó en llegar. Para entonces, Nicole se lo terminó todo, y se apresuró a correr en busca de su padre. Astrid escuchó los gritos de emoción de la niña saludando a su progenitor y por la tierna voz, adivinó que sería un hombre amable.

Entró jadeando en el salón. Tras besar a su mujer, se sentó en su sitio y se sirvió un plato. Mientras comía le sonrió a Jayson.

—Disculpa por no haberte dicho nada, es que vengo...

—Ya se ve que hoy vienes exhausto. ¿Ha habido muchos delitos que resolver?

El hombre negó con la cabeza tras llevarse a la boca un montón de tallarines enrollados en el tenedor.

—No, ahora ya no hay tanto criminal suelto como antes, pero seguramente dentro de una temporada volveremos a ponernos en marcha de verdad —degustó aquel bocado en silencio y sentenció:— Los he hecho a toda prisa esta mañana, pero han quedado deliciosos.

—Entonces, ¿por qué has llegado tan tarde? —preguntó Daisy, ignorando el comentario de su marido sobre su propio arte culinario.

—Teníamos una reunión —se fijó de pronto en Astrid—. ¿A quién tenemos como invitada hoy?

—Se llama Astrid y es mi amiga —respondió emocionada Nicole mientras comía su segundo plato.

—¿Astrid? ¿La que canta y sale en la tele? —recordó el hombre con una sonrisa—. Enhorabuena, cantas muy bien.

Astrid sonrió y cogió su vaso de agua para mirar hacia otro lado.

—Papá —preguntó Nicole en un susurro, y el hombre la miró con toda su atención—, ¿te imaginas que tío Jay y Astrid se casen y sea mi tía?

Daisy y su marido miraron a su hija, sin saber qué responder. Astrid se atragantó y levantó la vista de repente, y miró a Jayson, quien reía nerviosamente. Daisy y su marido los miraron divertidos. La joven cantante se colocó un mechón de pelo tras la oreja, sonriendo tranquilamente a pesar de que se había ruborizado completamente. Sin embargo, sintió por debajo de la mesa la mano de Jayson cogiendo la suya, y eso la reconfortó.

—Bueno... —empezó Jayson mirando a su sobrina—. No tiene por qué, ¿verdad? Sólo somos... amigos —miró a Astrid sonriéndole, pero la joven respiró hondo.

Nicole estalló en un grito de alegría.

—¡Mis compañeros de clase no se van a creer que Astrid pueda ser mi tía!

—Nicole, basta —la calmó su madre mirando a su hermano disculpándose con la mirada—. No digas eso.

Daisy esperó unos segundos en silencio mientras todos terminaban de comer. Luego se levantó y cogió su plato vacío.

—Bien, ¿quién me ayuda a recoger la mesa?

—Yo te ayudo —se ofreció Astrid levantándose también.

—Bien, entonces Jay y yo lavaremos los platos —sonrió el marido de Daisy mientras le acariciaba la mejilla a su mujer.

La policía le sonrió agradecida. Además, así podría aprovechar ese momento para hablar seriamente con la invitada.

—Tío Jay, ven a jugar con nosotros a carreras de coches —suplicó Nicole cogiéndole la mano a su tío y estirándolo hacia ella.

El joven le sonrió y miró a Astrid y luego a su hermana.

—Bien, una partida y voy a lavar los platos.

Ya en la cocina, Astrid dejó los platos en la pila y empezó a remojarlos.

—Déjalo, puedo hacerlo yo.

—No, no me importa, de veras.

Daisy no se opuso. Cogió los platos aún con trozos de comida y los tiró a la basura, dejándolos más o menos limpios en la pila. Tras respirar hondo, se lanzó.

—¿Cómo te has hecho esas heridas?

Astrid se quedó helada y petrificada por un momento. Su cuerpo empezó a temblar, su mente pensaba a toda velocidad, pero se había quedado en blanco.

—¿Cómo lo sabes? —llegó a balbucir—. ¿Te lo ha dicho Jayson?

—¡No, no! —Daisy llegó a morderse la lengua por tener que mentir, pero siguió—. Te las he visto... cuando te has movido el pelo un momento. Al menos, creo que no es demasiado difícil verlas en seguida. ¿Cuándo te las has hecho?

Astrid cogió un plato y empezó a inspeccionar algún trozo de comida invisible, buscando una escapatoria al interrogatorio o que, al menos, se hiciera más ameno.

—No lo sé. Me salen solas.

—Es imposible que una herida salga sola. Puede que salga sin que te des cuenta, pero nunca sola. Así que dime: no sabes cómo te las has hecho, pero... ¿no recuerdas algún momento que hayas sentido algo de dolor?

Astrid terminó de ojear un plato y cogió otro, repitiendo el método de inspección: por delante y por detrás.

—No, pero la mayoría de ellas aparecen mientras duermo, porque por la noche no tengo nada y cuando me levanto, veo que me ha aparecido otra herida.

—¿Eres sonámbula? Porque puede que te lo hagas así, si es que caminas dormida por la noche.

Astrid frunció el ceño.

—No, que yo sepa. Al menos, nadie me ha informado de lo contrario.

Daisy asintió con la cabeza.

—Bien, pues entonces sólo hay una opción para este caso: alguien te hace las heridas. Y por lo que me has contado, lo hace mientras duermes. ¿Dónde vives ahora? ¿Lo haces todavía con tus padres o ya tienes casa propia?

—No, vivo sola —balbució Astrid confundida—. Y siempre cierro con llave. ¿Quién podría entrar a...?

Daisy rumió la respuesta.

—Eso sí, pero, ¿has pensado que ese que te lo hace puede estar en tu casa, esperando a que te duermas para salir y...?

Astrid estalló, nerviosa.

—¡No, por Dios, qué tontería! Es imposible eso. En mi casa no hay nadie a parte de mí. A veces vienen mis amigas a dormir o incluso mis padres cuando al día siguiente tengo un concierto y deben ayudarme a prepararlo todo, pero generalmente, siempre duermo sola. No hay... ningún... monstruo esperándome.

Daisy se cruzó de brazos, apoyándose sobre el marco de la alacena.

—Bueno, no he querido decir eso. Está bien, sólo es que... me atraen un poco la atención esos moratones tan feos que tienes escondidos bajo tu mata de pelo. ¿Estás segura de que nadie te los ha hecho?

Astrid dejó los platos en paz y en remojo, y se puso en la misma posición que Daisy, ya un poco mosqueada por la duración de aquel interrogatorio.

—Yo no he dicho que nadie me los haya hecho, simplemente que no lo sé. Pero de lo que estoy segura es que, por la noche, es muy difícil que entre nadie, porque se oiría y me despertaría, y por la mañana se vería el lugar por el que entró, incluso si forzase la cerradura lo notaría.

La mujer asintió con la cabeza.

—Ya, sí, tienes razón. Pero aun así es muy raro, así que deberías investigar un poco, ¿no crees?

Astrid bajó la mirada.

—No puedo, y de todos modos, no pasa nada, tal vez es sólo una tontería y es cosa mía...

—¿Cómo que no pasa nada?! Jayson tiene razón, es preocupante.

Astrid la miró retándola con la mirada.

—Entonces ha sido Jayson quien te lo ha contado, ¿verdad?

Daisy se mordió el labio inferior.

—Bueno... sí. Me dijo que estaba muy preocupado por ti.

Astrid se humedeció los labios, todavía con la mirada clavada en el suelo, tratando de disimular las lágrimas.

—¿Y qué me dices de eso de haber estado encerrada tanto tiempo? ¿No sabes cómo ni por qué estuviste allí? ¿Y quién te hacía daño, le viste la cara? ¿Y qué puedes contarme de eso de las ovejas y el lobo? ¿Acaso es una amenaza o un cuento de niños para asustar?

Astrid levantó la mirada, mostrando unos ojos húmedos y llenos de

lágrimas.

—Preferiría no hablar de eso —descruzó los brazos y se apresuró a salir de la cocina—. Lo siento.

Fue hasta el salón y se encontró con los gemelos y Jayson jugando a la PlayStation, embarcados en una carrera de coches que Tom parecía estar ganando. Astrid se acercó lentamente y se sentó sigilosamente en el sofá, mirando la pantalla.

—Tienes que ir a fregar los platos —anunció en voz neutra, secándose las lágrimas.

—¿Qué tal ha ido la charla con mi hermana? —preguntó Jayson despegando por un momento los ojos de la pantalla y fijándolos en Astrid—. ¿Por qué lloras?

Se fijó en que sus sobrinos se volvieron para observar a su tío, y éste entendió por qué. Su coche se acababa de estrellar contra un museo. El chico les lanzó el mando de la consola y frunció el ceño.

—Ya no juego más, ¿vale? —centró toda su atención en Astrid—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

Astrid levantó la vista, y Jayson vio que además de tener los ojos enrojecidos, mostraban furia y rabia.

—¿Por qué, Jayson? ¿Por qué se lo has contado a tu hermana? Te dije que no quería que nadie lo supiera, y menos una policía. Ahora seguro que todo irá mal.

Jayson la rodeó con sus brazos.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora todo irá mal?

—Porque el lobo se comerá a las ovejas.

Jayson levantó la vista al techo, resoplando con fuerza. Ya le había dado esa respuesta una vez y sabía que era una tontería.

—¿Y dónde está el lobo? Si lo matamos no se comerá a las ovejas. ¿Y por qué si alguien sabe lo tuyo el lobo se tiene que comer a las ovejas? ¿Dónde están ellas, eh?

Astrid se encogió de hombros.

—Por todas partes, igual que los lobos. Ellos siempre las estarán vigilando y atacarán cuando las ovejas se rebelen.

—¿Los lobos? —repitió—. ¿No era un lobo?

Otro encogimiento de hombros. Jayson se estaba poniendo nervioso, pero trató de calmarse. Apoyó las manos en ambos hombros de Astrid para traspasarle fuerzas.

—Tranquila. Te prometo que te ayudaré. Encontraremos al lobo, o a los lobos, y les diremos que dejen en paz a las ovejas. Y no permitiré que te salgan más moratones de éstos, ¿de acuerdo? ¿Estás de acuerdo?

Astrid asintió.

—Sí, está bien.

—¿En serio? ¿Lo dices de verdad?

La joven apoyó la cabeza en el hombro de Jayson, asintiendo de nuevo.

—Pues entonces, para la próxima, el lobo ya sabe que si se acerca a las ovejas, vamos a hacer matanza.

El teléfono de Astrid sonó. La joven se levantó y se fue a la otra punta del salón a hablar.

—¿Sí?

—¡Hola, cielo! ¿Cómo estás? Me da igual; ven y haz las maletas. Tienes que prepararte para tu gira por Nueva York de un mes. Así que, estés donde estés, vuelve a casa ahora mismo, que ya he hablado con el chófer del avión privado y estará en el aeropuerto dentro de dos horas, así que tenemos poco tiempo.

—¿Gira? ¿Qué gira?

—La que llevo preparando con tus patrocinadores y la discográfica desde hace tres meses. Ya se han vendido todas las entradas.

—¡Mamá! ¿Por qué haces planes sin consultarme? Además, estoy con unos amigos.

Escuchó resoplar a su madre varias veces.

—Te lo dije hace tiempo. Que lo hayas olvidado es cosa tuya —su madre parecía más histérica que ella.

Astrid reflexionó. Había tenido tantas giras y conciertos últimamente que no recordaba nada más. De pronto se acordó. <<Ah, esa gira...>>.

—Pero..., ¿no puedo terminar mis vacaciones? Se supone que era una semana entera.

—He tenido que adelantar tu vuelo. Tienes que ensayar antes con todo el equipo, aunque ya te sepas todo el repertorio —su madre volvió a su tono dulce y maternal—. Cariño; esto es muy importante para tu carrera, y además cantarás en sitios como Times Square. ¿No te hace ilusión?

Astrid volvió levemente la cabeza para ver a Jayson. Éste permanecía inmóvil, observándola. Esperaba a que colgara para que le explicara lo que ocurría.

—Sí, mucha. Pero no puedo marcharme así y ahora sin más. Te he dicho

que estoy con...

—¿Amigos? Ya hablarás con ellos por teléfono. Ahora ven a prepararte, amor —y colgó sin más.

Astrid se quedó quieta, sin saber qué hacer. Quería ir a Nueva York, pero no dejando sus vacaciones y a Jayson. Se había sentido algo liberada y relajada junto a él y no echaba de menos el trabajo. No obstante, no podía defraudar a su madre. Así que regresó junto a Jayson y le cogió la mano.

—Tengo que irme.

El joven bajó la mirada, escuchando lo que temía.

—¿Por cuánto tiempo?

Astrid se humedeció los labios.

—Un mes. Me voy a Nueva York. Tengo una gira. Mi madre quiere que haga todo lo posible que vaya bien para mi carrera y no puedo defraudarla ahora. Ni a ella ni... a los fans. Dice que son las reglas de una estrella.

Jayson le puso las manos en los hombros y la atrajo hacia sí, abrazándola.

—Dijiste que no te gustaba ser una estrella.

Astrid lo apartó de ella y bajó la mirada.

—Pero me gusta cantar.

—Entonces, ¿te vas?

Astrid se levantó, asintiendo.

—Pues bien, que te diviertas.

La joven lo miró tristemente.

—¿Estás enfadado?

Jayson se levantó también y agitó las manos como diciendo que no pasaba nada, pero en su mirada se podía avistar lo contrario.

—No, para nada. Me... me alegro mucho por ti. Quiero que hagas todo lo posible por triunfar, aunque eso signifique desaparecer mientras te estoy entrevistando.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Astrid, quien parpadeó para contenerlas sin éxito.

—¡Pues vale! No te alegres por mí, pero que me vaya a Nueva York es un hecho, y de todos modos, ya debería estar en casa haciendo las maletas para irme.

—Entonces vete. Y que te diviertas. A ver si allí encuentras a otro periodista con el que hacer una entrevista.

Astrid se cruzó de brazos.

—¿Sabes? Dijiste que eras mi amigo y que me apoyabas...

Jayson frunció el ceño. Una parte de él intentaba frenar su chorro de palabras absurdas alegando que se comportaba como un niño enfadado que no consigue aquello que quiere, pero una parte irracional mucho más poderosa se apoderó de él.

—¿Te acuerdas de cuando dijiste que cada uno debía seguir sus vidas? Creo que tenías razón. Un simple periodista no tiene nada que hacer con una gran superestrella.

Aquella fue la gota que colmó el vaso. Astrid se enjugó las lágrimas. Se sentía vacía en ese momento. Se dio la vuelta para marcharse de allí, pero se volvió de nuevo, acercándose hacia Jayson.

—Creí que eras mi amigo —susurró entre sollozos.

Y se fue.

Los lobos

Algo más tarde, Jayson regresó a su casa. Cogió una cerveza fría de la nevera y se tumbó en el sofá. Encendió la tele por si el entretenimiento que ofrecía lo sacaba de sus pensamientos, pero fue imposible. Su mente permaneció vagando en un universo distinto donde aquella cantante lo había descolocado completamente con sus historias.

No entendía aquello que le decía Astrid sobre los lobos y las ovejas. No sabía qué tenían que ver con ella, ni la razón por la que temía tanto esta historia. Lo que ella le había contado se parecía mucho a una fábula de niños que había oído muchas veces de niños, cuando un pastor descuida a sus ovejas y el lobo le da una lección para que aprenda a ser más responsable, así que no entendía por qué la mente de Astrid había tergiversado tanto este cuento hasta transformarlo en un trauma que no dejaba de perseguirla.

Quizás debía cambiar un poco su perspectiva y ser más objetivo; ese cuento tenía un significado para él que para Astrid debía ser distinto, ¿tal vez si encontraba ese significado podría ayudar a la joven a superar aquello? ¿Pero cómo podía meterse en la mente de esa cantante para entender qué significaban esos símbolos para ella, si ni siquiera ella le daba información? Y aún había más, ¿qué relación había entre los símbolos de los lobos y las ovejas y el que ella se hubiera sentido encerrada durante toda su vida? ¿Debía tomarlo como una metáfora, algo literal o una anomalía psiquiátrica?

Sin embargo, la curiosidad que le infería su profesión le impedía dejar todo aquello sin investigar.

Tras apagar la tele, subió rápidamente a su habitación, extrajo su portátil del armario y volvió a bajar al salón. Lo encendió a toda prisa y se puso a

navegar por internet.

Rápidamente tecleó <<lobos y ovejas>>, y acto seguido pinchó el botón de buscar. Le salieron muchos enlaces a páginas que explicaban qué eran los lobos y las ovejas, también las culturas donde se encontraban y qué simbolizaban. Vio que alguien había colgado un enlace a un blog donde habían colgado un cuento sobre lobos y ovejas. Jayson se lo leyó de arriba abajo. Era el típico cuento para niños pequeños que él ya conocía: un granjero sacaba a pasear sus ovejas y se despistaba un momento, dejándoselas solas pastando en un prado, y pronto llegaban unos lobos que querían comérselas, pero cuando trataban de clavarles una dentellada, aparecían los perros guardianes, que expulsaron a los lobos de allí y ladraron para avisar a su amo de lo que había hecho. En cuanto éste devolvió las ovejas a su casa, su madre lo riñó por ser tan despistado.

Jayson cerró aquella página. Aunque ese cuento fuera una tontería infantil, vio que tenía relación con el que le contaba Astrid. Primero, que el granjero se olvidaba a las ovejas, luego que llegaban los lobos. Pero la joven lo finalizaba siempre explicándole que el lobo o lobos rodeaban a las ovejas, amenazándolas para evitar que hicieran algo que a los lobos no les gustara.

Jayson frunció el ceño. Después debería llegar el momento en que quisieran darles una dentellada a las ovejas y aparecieran los perros guardianes. Entonces cayó. ¡Los perros! Ellos eran los que echaban a los lobos. Para seguir el cuento deberían encontrar a los perros para que todo saliera como era debido. Sin embargo, Astrid jamás mencionó a los perros guardianes. ¿Sería que, no existían en su relato?

Entonces, se le ocurrió buscar más sobre ellos. Cambió su búsqueda de lobos y ovejas por <<lobos que comen ovejas>>. Halló imágenes de lobos comiendo ovejas, información sobre la alimentación de los lobos. También encontró otros cuentos de lobos y ovejas, donde el primero quería comerse al cordero y éste fue tan astuto que se salvó gracias a un cascabel que llevaba colgado del cuello, o de un lobo que se disfrazaba de perro guardián para acercarse a una oveja y comérsela, pero entonces aparecía el perro verdadero y lo despedazaba.

Jayson no dudó en dejar aquella búsqueda. Si usaba mucho su imaginación, podía relacionar todo aquello con Astrid, buscar comparaciones y metáforas mediante las cuales su relato de lobos y ovejas tenía algún sentido, pero había muchas otras variables que debía tener en cuenta, además de que no podía dar nada por supuesto sin tener el punto de vista de Astrid y,

tal vez, una revisión psicológica que le sirviera de orientación.

Volvió a la página de enlaces y fue bajando con el ratón, leyendo el título de todos ellos para ver si encontraba alguno que fuera significativamente diferente a todos los anteriores que había visitado. Estaba a punto de perder la paciencia y dejar esa infructuosa búsqueda cuando, hacia el final de la página, el título de un enlace le llamó verdaderamente la atención: <<LOS LOBOS DE TALENTS CAMP>>.

Hablaba de un antiguo campamento de huérfanos originalmente abierto en 1940, que fue el primero de la época para ambos sexos. Su razón de existir se basaba en exprimir los talentos ocultos de muchos niños para enseñarles a transformarlos en un gran talento, y también, si veían que los niños “prodigio” tenían futuro en la fama, les ayudaban a conseguir representantes y allanarles el camino, a cambio de pedir subvenciones para mantener abierto dicho campamento. Tal y como leyó, el emblema principal de dicho campamento era <<Los huérfanos sirven para mucho más que para ser abandonados>>.

Pero ese campamento fue víctima de un brutal incendio que acabó con la vida de muchos integrantes. Después de este suceso, el campamento no volvió a abrir.

Jayson se entretuvo gran parte de la tarde buscando más información sobre aquellos sucesos, pero, de pronto el timbre lo sorprendió. Enfadado por aquella distracción, se levantó y abrió la puerta. Sin embargo, más sorprendido se quedó en cuanto vio el conocido y amigable rostro de Adam.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

Jayson se encogió de hombros.

—Bien, supongo. ¿Y tú? ¿Qué haces por aquí?

Adam entornó los ojos y puso los brazos en jarra.

—No, no estás bien. ¿Qué ocurre esta vez? ¿Debo salvarte de algo?

Jayson miró al suelo sonriendo.

—No, todo está... bajo control. Pero gracias por venir.

El chico apartó bruscamente a su amigo de la puerta y entró en casa sin esperar la invitación de Jayson. Se sentó en el sofá y palpó a su lado para que Jayson se sentara. Cuando lo hizo, le palmeó la espalda.

—Dime qué te ocurre, por favor. Se supone que soy tu mejor amigo y estoy aquí para ayudarte. Y ofrecerte un hombro sobre el que llorar si no tienes ninguno.

Jayson puso los codos sobre su regazo y apoyó la barbilla entre sus

manos.

—Soy un idiota. ¿Lo sabías?

Adam se encogió de hombros.

—Sí, pero yo también. Menos mal que nos parecemos mucho, si no, creo que no seríamos tan amigos.

Jayson se tapó la cara. Su amigo era genial en los peores momentos. Pero en ese momento no estaba para reír.

—Soy imbécil. Me he peleado con Astrid y no sé por qué. No sé qué me ha pegado en ese momento, pero... no quería que se fuera y perdí completamente los estribos.

Adam lo miró frunciendo los labios.

—¿Que has hecho qué? ¿Te has peleado con ella? ¿Por qué?

—Se ha ido a Nueva York a cantar. Estoy orgulloso de que le guste lo que hace, que se sienta feliz, pero... Por un momento sentí que esos días que habíamos pasado juntos habían sido geniales... Ya sabes, ella se abrió a mí y la conocí como nunca creí que conocería a una superestrella como ella. Y... no quería que se fuera, no quería perder esa amistad. Porque sentí que si volvía a su mundo, ya no volvería a poder contactar con ella. He sido un egoísta y lo he pagado con ella.

Adam resopló.

—Bueno, tienes su teléfono, seguro que podéis mantener el contacto.

—Ya, pero... no hemos terminado la entrevista.

Adam lo miró seriamente.

—¿La entrevista? ¿Eso es lo único que te interesa de ella?

Jayson levantó la mirada, alarmado.

—¡No! Sólo es que creo... que eso era lo único que nos unía. Ahora se ha marchado a Nueva York y yo sigo aquí, en Wyoming. Separados. Tal vez no pueda volver a entrevistarla. Y aunque Jonathan me diera permiso, creo que no estaríamos en la misma sintonía que antes. Porque... ¡joder! Adam, te juro que estos tres días han sido geniales. Ella es muy especial si la conoces a fondo y, sin pretenderlo, la he dejado sola en su mundo.

Adam le puso una mano en el hombro.

—¿Por qué no la llamas y le dices lo que sentías? Quizá te comprenda y te perdone...

Jayson negó con la cabeza, lo que incomodó a Adam.

—No, ahora debe de estar en el avión. Y además, no creo que quisiera hablar conmigo en este momento. Tal vez en otra ocasión.

Adam lo abrazó y sintió la cabeza de Jayson en su hombro. Y pronto empezó a llorar.

—¿Puedo contarte algo? —el tono que adquirió Adam se volvió demasiado serio para la personalidad de su amigo.

Jayson se secó las lágrimas, esperó unos segundos y lo miró fijamente.

—¿Ocurre algo?

Adam miró a otro lado. No se dio cuenta de que empezó a jugar con sus dedos, abría la boca sin emitir sonido, tal vez como si no supiera cómo proseguir su conversación.

—Nunca he hablado de esto con nadie...

Jayson le puso una mano sobre su hombro, quizá para alentarle a continuar, quizá para darle fuerzas o tal vez para empatizar con él. Sin duda sus posiciones se habían revertido y el que necesitaba apoyo ahora de los dos era su amigo.

—Yo también entrevisté a Astrid —soltó de sopetón.

Jayson abrió mucho los ojos, procesando aquella revelación.

—¿De verdad? ¿Cuándo? ¿Por qué no se lo has dicho a Jonathan? Estoy seguro de que hubiera querido aprovechar la entrevista —por un momento sintió una punzada de celos, quizá porque no se lo hubiera contado antes o tal vez porque Astrid le había mentido todo aquel tiempo y sí conocía a su amigo.

—Es que fue hace muchos años, ¿sabes? Yo estaba en la universidad y ella era más pequeña, no debía tener los catorce aún —Adam miraba al suelo, sin poder mirar a su amigo a los ojos. ¿Vergüenza, quizá? No podía saberlo con claridad.

—Íbamos juntos a la universidad, ¿por qué nunca me lo contaste?

Adam levantó la mirada. Sin duda Jayson jamás olvidaría aquella mirada melancólica que nunca había visto en su amigo.

—Quería impresionar a nuestro profesor cuando nos pidió un reportaje sorprendente. En el caso de los universitarios es muy difícil acceder a estrellas nacionales debido a su apretada agenda, pero la carrera de Astrid estaba en auge y conseguí concertar una cita con su representante.

Jayson lo miró atónito.

—Pero tú no presentaste esa entrevista... De hecho, no recuerdo haber leído ningún trabajo tuyo sobre ella.

Adam asintió.

—No pude presentar su trabajo... Ella me dijo muchas cosas... raras...

hablaba de presión, estrés, exceso de trabajo, lo cual era típico en una cantante que estaba adquiriendo mucha fama, pero también empezó a decir que no podía hablar de esto con nadie, que iban a ir a por ella. Fue... como un grito de socorro.

Jayson tragó saliva.

—¿Y qué pasó?

—Le di mi número. Le dije que si necesitaba hablar para desahogarse siempre podía hablar conmigo —volvió a bajar la mirada al suelo, pero esta vez su rostro se iluminó en una pequeña sonrisa—. Empezamos a hablarnos por mensajes, luego por llamadas... Ella hablaba de que algún día podíamos hacer un viaje juntos para huir de todo esto, de vivir la vida un poco.

Adam se tapó la boca con una mano, respirando hondo. Jayson le pasó un brazo por los hombros para reconfortarle, pero en el fondo esperaba que acabara con su narración. Su amigo lo miró a los ojos, esta vez con una chispa diferente, con rencor, tal vez.

—No volvió a coger el teléfono después de ese día. Creo que bloqueó mi número —apretó los dientes—. Y ahora no me recuerda y creo que le gustas.

Jayson no supo qué decir. Se había quedado bloqueado.

—¿Sabes? No me importa. Hay más mujeres en el mundo —por un momento, la chispa del viejo Adam volvió a aparecer en sus ojos, pero con un tono sarcástico que no gustó a Jayson—. Sólo esperaba que no me hubiera olvidado tan pronto.

Dicho esto, sin mirar a su amigo a los ojos, se levantó y se fue. El portazo que dio al salir hizo que Jayson llorara de nuevo.

Astrid se sentó lentamente sobre su cama, observando cómo su madre colocaba dos grandes maletas sobre ella y vaciaba completamente su armario, poniendo lo primero que cogía dentro del equipaje. La joven cantante se abrazó las piernas, mirando el suelo. No se daba cuenta de que su madre cada vez estaba más frenética, pensando en que llegarían tarde.

—¿Qué tal éste? —le preguntó mostrándole un vestido azul de seda—. ¡Claro que sí! Perfecto para una velada por Manhattan. O en el Bronx. ¡Qué

más da! Nos lo llevamos. ¿Y éste otro verde? Sí, éste te lo pondrás en Staten Island, pega mucho. Y éste otro lo reservaremos para Brooklyn. Y también nos llevaremos todos los demás por si se da la ocasión —se detuvo un momento para observar a su hija y le acarició la mejilla—. ¿Qué te ocurre, cariño? Creí que te hacía ilusión venir a Nueva York. Y además, vas a asegurar tu puesto como la reina del pop actual. ¿No quieres?

Astrid asintió.

—Sí, claro que me hace ilusión, sólo que... estoy triste.

La mujer le frotó el brazo con cariño.

—¿Qué ocurre? ¿Es el periodista?

La joven levantó la mirada.

—¿Lo sabes?

—Soy tu madre, cielo, te conozco perfectamente. Y por tu cara puedo adivinar que echas de menos esa entrevista... ¿O al que te la hace?

Astrid pegó la mejilla a su rodilla, y su madre lo entendió.

—¿Sabes? El chófer vendrá en media hora. ¿Por qué no lo llamas para despedirte? Has venido tan rápido que he pensado que no te has despedido como debías... Y termina tú el equipaje.

Y acto seguido salió del cuarto. Astrid se quedó inmóvil unos segundos, pensando en lo ocurrido los últimos tres días. Sin duda, los mejores de su vida. Había conocido al chico perfecto. Había reído, llorado, bailado con él. Lo había pasado genial. Pero al final la había decepcionado. Como todos los demás novios que había tenido.

Tan sólo quería ser querida, sentirse segura y a salvo, en paz mentalmente. Con él había hallado una tranquilidad que en su día a día no halló. Encontró un compañero y no un guardaespaldas o un acosador. Se había sentido normal, incluso parte de su vida. Él la había tratado diferente. Hasta que tuvo que regresar para seguir con su vida de estrella. Parecía que él no quisiera que se marchara. Tal vez, ¿porque quería estar junto a ella? ¿Habría sentido él durante todo ese tiempo por ella lo que ella había sentido por él?

Astrid se mordió el labio inferior. Debía llamar a Jayson y arreglar las cosas con él. Las últimas palabras que se habían dedicado habían sido agrias y totalmente inadecuadas para una despedida. Quizá incluso podía comprarle un billete a Nueva York para que fuera a verla cantar. Porque lo que tenía claro era que, si tenía la oportunidad, no quería finalizar aquella amistad. Quería un compañero que la tratara como la había tratado él todos aquellos

días. Y sonaba irónico, sabiendo que se trataba de un periodista...

Por un momento cogió su teléfono, sabiendo que su idea era tentadora. Miles de pros y contras cruzaron su mente: podría escuchar su voz de nuevo, pero él podría volver a reprocharle que se iba y a cuestionar su amistad...

Quizá debía esperar ella a que él diera el primer paso, ¿no? Quizá él la llamaría en unos minutos, sabiendo que estaba a punto de marcharse. O quizá necesitara algunos detalles más para terminar su entrevista.

Una triste idea apareció en su mente: todo lo que los había unido desde el principio había sido aquella maldita entrevista, <<¿y si se olvida de mí en cuanto la termine? ¿Y si sólo ha fingido ser mi amigo para escribir un reportaje demasiado personal? ¿Y si escribe que estoy loca?>>.

No, definitivamente no iba a llamarle.

Se hospedaron en el Hotel Plaza.

Según algunos contactos, ése era el mejor hotel de Nueva York. Y, tal vez, de toda América. Cuando entraron, Astrid se emocionó. Jamás había visto tanto lujo concentrado en un solo lugar. Grandes lámparas de araña colgaban del techo, dándole mucha más luz e iluminación a ese hermoso lugar. Las paredes eran claras y altas como montañas, y el vestíbulo era tan grande como un pueblo.

No tuvieron que pasar por recepción; le permitieron a Astrid subir directamente a su habitación para descansar. Un botones la acompañaba, cargado con las maletas de la joven y las de su madre. Astrid pensó en llamar a sus amigas para que fueran a hacerle compañía, pero éstas estaban explorando Nueva York. Dentro de unas horas debían empezar a trabajar con las coreografías y querían aprovechar el tiempo libre para conocer a fondo aquella enorme ciudad.

Le habían ofrecido ir con ellas, pero había declinado la invitación. Debía prepararse para reunirse con su madre a revisar su horario para los próximos días y, luego, con su representante y dos de los patrocinadores que financiaron su viaje para repasar las fechas de los conciertos y el repertorio de canciones que Astrid iba a interpretar.

El botones le señaló la puerta de su habitación. Cuando entró, recordó las palabras de su madre. Le había dicho que era una suite, pero en cuanto la vio, tan sólo le vino a la cabeza su propia casa convertida en una sola habitación. La habitación principal era el salón, con un gran sofá, una tele de plasma, un armario con comida y un ventanal tan grande y alto como una puerta. La sala contigua era su habitación. Había una cama de matrimonio con cortinas, otra tele por si quería verla desde la cama y una nevera. A su lado estaba el baño. Había una bañera en un extremo y, en el otro, un jacuzzi.

Volvió al salón para subir unas escaleras que subían al piso de arriba. Y se emocionó al ver que era como una de sus habitaciones de su casa. Había un piano, una mesa con un cuaderno de composiciones con una tarjeta que indicaba que era un regalo de sus patrocinadores y una guitarra.

—Esta estancia ha sido idea de su representante. Ha pensado que le podría servir para practicar antes de alguno de sus conciertos.

Astrid lo miró, agradecida.

—Es genial. Le daré las gracias en persona.

Tras dejar el equipaje en el salón, el botones abandonó la estancia. No se le ocurrió pedirle propina a la joven, ya que sabía que su madre, encontrándosela por el camino, sería la que le tendería algunos billetes.

Al quedarse sola, Astrid subió al piso de arriba. Tocó unas cuantas teclas del piano para ver cómo sonaba. Parecía nuevo. Luego bajó de nuevo para coger su equipaje. Dejó la ropa perfectamente amontonada sobre su cama y sacó su vieja carpeta de documentos misteriosos. Ahora que le había expuesto sus miedos a Jayson, estaba dispuesta a seguir con su investigación sola, y no desfallecería hasta llegar a alguna conclusión aclaratoria.

Su madre no tardó en entrar a la habitación.

—Ponte guapa, que esta noche salimos a cenar.

Sonaron unos leves golpes en la puerta. Jayson se levantó del sofá. Había estado parte de la tarde charlando con Adam, y después, cuando éste se había marchado a su casa, se había quedado dormido en el sofá. Se frotó los ojos

antes de ir a abrir y se fijó en que debía estar impresentable: pelo y ropa revuelta y seguro que el aliento le olía a bicho muerto por la cerveza que se había tomado hacía unas horas. No obstante, se sacudió un poco la ropa y abrió la puerta. Se quedó un tanto sorprendido al ver a Laura sonriente.

—Hola, ¿cómo estás?

Jayson se encogió de hombros.

—¿Quieres pasar?

La joven asintió y esperó a que su amigo le cediera el paso para entrar. Ojeó un poco el estado de su casa hasta sentarse en el sofá.

—Te veo algo hundido. ¿Cómo te va todo? —preguntó la joven quitándose el abrigo y poniéndoselo sobre el regazo.

Jayson no tardó en sentarse junto a ella y se rascó la nuca.

—Estoy bien, no te preocupes.

No obstante, la chica lo abrazó y le besó en la mejilla.

—De eso nada; me ha llamado Adam y me ha dicho que estabas algo deprimido. Así que he pasado por tu casa para charlar contigo y a ver si necesitas desahogarte con alguien.

Jayson le sonrió.

—A ver si lo adivino..., ¿te ha dejado una chica?

El joven periodista abrió los ojos instintivamente.

—¡No! Ella no me ha dejado. De hecho, ni siquiera estábamos saliendo. Era una buena amiga, es sólo que creo que he herido sus sentimientos. Y ahora se ha ido.

Laura apoyó su cabeza en el hombro del chico.

—¿Quién era? ¿La conozco?

Jayson la miró con una sonrisa enigmática.

—Adivina...

Laura abrió mucho los ojos, fingiendo estar enfadada.

—¡No me hagas eso, que sabes que no lo sé! —miró el techo, pensando—. A ver, seguro que no has vuelto con tu novia, ¿no? No, por tu cara sé que no es ella. ¿Alguna de tus vecinas? ¿Tampoco? Entonces, ¿alguien del trabajo? —a pesar de sus intentos, Jayson negaba cada vez, divertido—. ¡Dime quién es, que me rindo!

El chico se acercó a ella y le susurró:

—¿Quién es tu ídolo?

Laura se extrañó por la pregunta.

—Pues... tengo varios, como mi profe de biología de tercero curso, mi

gran jefa ególatra, James Cameron y Astrid —miró sin comprender a Jayson y cuando dijo el último nombre, el chico afirmó con la cabeza, lo que hizo que la joven pusiera los ojos en blanco—. ¿¡Qué!? ¿Astrid? ¡No, me estás mintiendo! Es una broma muy cruel, no puedes haber estado saliendo con... ¿Lo dices en serio?

Jayson asintió de nuevo.

—Me dijeron que debía entrevistarla y... nos hicimos amigos.

Laura se quedó callada un momento, pero luego le dio un puñetazo en el hombro.

—Pero ¿amigos, cómo? ¡Serás capullo! ¿Por qué dejaste que se marchara? ¡Quería conocerla en persona!

Jayson fingió estar herido, pero no pudo reprimir una risotada.

—¡Se supone que has venido a consolarme, no a pegarme por lo que te he contado!

Laura abrió la boca.

—¡Pues claro! Está mal lo que has hecho, jovencito. La próxima vez no dirás más estupideces y la mantendrás a tu lado, y entonces me llamas y le pido un autógrafo, ¿vale?

Jayson se cruzó de brazos. Lo cierto es que se encontraba mucho mejor gracias a la compañía de sus buenos amigos.

—¿Y cuándo habrá una próxima vez? Estoy seguro de que ahora no quiere verme.

Laura arqueó una ceja.

—Dímelo tú cuando haya una próxima vez. ¿Y por qué no la llamas y le dices que has sido idiota?

Jayson frunció el ceño.

—Tal vez mañana. Además, la diferencia horaria entre Wyoming y Nueva York es de diez horas; puede que esté durmiendo o trabajando.

—¡No, hazlo ahora! Cuando defraudas a una chica, ella desea que la llamen para pedirle perdón. Bueno, la chica y todo el mundo. Así que o la llamas tú o la llamo yo.

Jayson resopló y se levantó para ir a buscar su teléfono. Tenía el número de Astrid guardado en sus contactos, así que no le fue difícil llamarla. Sin embargo, tras una serie de tonos, pensando en que no contestaría, una voz respondió al otro lado de la línea telefónica.

Pero no era Astrid.

Llegaron tarde, pero las disculparon. Astrid se quedó sorprendida al ver que concertaron la cena en uno de los más lujosos y famosos restaurantes de Nueva York, el *Silver Star*. Habían reservado una mesa de seis plazas: dos para Astrid y su madre, otra para el representante de la cantante, uno para el gerente de la discográfica para la que trabajaba Astrid y dos para los dos hombres que financiaron el viaje de la cantante y, por lo tanto, decidían los planes de la chica con ayuda de la madre de ésta.

La joven miraba su plato lleno de hojas de lechuga y sólo dos trozos de tomate con auténtica desgana. Sabía que cuando le tocaba viajar con su madre, ésta elegía su estricta dieta. Sólo tenía libertad de elegir cuando estaba sola en su casa, y se mordió el labio pensando que esa noche su estómago iba a rugir mucho, ya que seguramente su madre habría vetado el servicio de habitaciones para ella por si le apetecía un tentempié nocturno.

—Mañana tendrás tu primer concierto. La banda contratada ha ensayado las canciones que cantaste en tus anteriores giras; no tendrás ningún problema en adaptarte a ellos —le dijo uno de los hombres.

—Sí, Astrid ensayará en el estudio que le han organizado en su habitación. Le dejaré un papel con las canciones que va a cantar y el orden que la banda va a seguir. Sin embargo, sería conveniente que en el transcurso de esta semana organicemos un ensayo para los próximos conciertos, que serán cada tres días —propuso el representante de la joven mirándola, pero ésta no levantó la vista del plato.

Sin embargo, la madre de la joven lo fulminó con la mirada.

—Si no recuerdo mal, creí que habíamos quedado en que mi hija daría un concierto cada día. Debemos recaudar la mayor cantidad de dinero para que nuestros patrocinadores reciban su parte.

El representante discográfico miró detenidamente a la madre de Astrid con el ceño fruncido.

—Una cosa es ganar dinero, pero otra mucho más importante es la salud de su hija, ¿no cree? Un concierto cada día durante un mes más los ensayos la dejará agotada. Además, creo que con tantos conciertos, acabarán todos cansados, tanto Astrid como el público.

Los dos financieros cruzaron una mirada afirmativa.

—Sí, creo que es justo que la niña también descanse un poco.

La mujer resopló y acarició el brazo de su hija, y por un momento, Astrid sintió un escalofrío.

—Está bien, pues. Un concierto cada tres días.

Los hombres asintieron conformes.

—¿Y las canciones? ¿Tienen planeado algún repertorio nuevo para los conciertos? Espero que sí, es lo que dijo usted por teléfono.

La mujer asintió.

—Sí, hemos traído nuevas canciones, aunque todavía no están del todo listas. Sin embargo, aprovecharemos el tiempo de descanso para ensayarlas en el hotel. Pero creo que eso os lo podrá concretar mejor mi hija —se volvió hacia Astrid, apretándole el brazo—. Vamos, Astrid, háblales sobre las nuevas canciones.

La joven se enderezó en la silla.

—Pues son cinco, aunque como creí que no serían suficientes para el próximo disco, yo misma compuse unas cuantas para solo de piano y otras para guitarra. De nuevo, he querido seguir el estilo pop, pero para el piano, una balada triste, mientras que para la guitarra... —se detuvo un momento al escuchar su teléfono—. ¿Me disculpan un momento?

Se metió la mano en el bolsillo del abrigo para extraer su móvil, pero su madre se lo quitó de las manos con una ancha sonrisa.

—Yo contesto, tú continúa.

La joven no llegó ni a ver el nombre del que la llamaba en la pantalla, así que no pudo hacer ni decir nada al respecto. Mientras continuaba hablando, la mujer se levantó de la mesa y avanzó hasta salir del recinto a hablar.

—¿Sí?

—Hola, ¿Astrid? —preguntó una voz masculina.

—¿Quién eres?

—Soy... soy Jayson. ¿Está Astrid?

La mujer entornó los ojos. ¿Jayson? ¿Qué Jayson?

—Sí, pero está en una reunión, no puedes interrumpirla. ¿Para qué quieres hablar con ella?

—Pues... verá, es que se trata de un asunto algo privado. Si puede dejarle un recado, ¿le dirá que me llame en cuanto esté libre, por favor?

—Claro.

—Gracias, adiós.

Y colgó. Luego, entró en el registro de llamadas y borró cualquier rastro de aquella. No podía permitir que su hija se distrajera en tan importante evento como lo era una gira.

La mujer regresó al restaurante y se sentó en la mesa con una sonrisa. En seguida su hija se volvió esperanzada hacia ella.

—¿Quién era?

La mujer vio algo distinto en los ojos de su hija. Algo que no le había visto nunca. Con algo de tristeza, supo que a ella también le pasaría, así que debía estar alerta, porque si no... Bueno, otro fracaso, entonces...

—Nadie. Publicidad —se mordió la lengua al mentir, pues vio que la cara sonriente de la joven se tornaba triste y apagada, hasta bajar de nuevo la mirada.

—Bien, pues entonces nos vemos el sábado para el primer concierto de Astrid.

La mujer levantó la mirada. ¿El sábado?

—¿Pero no era mañana, viernes, el primero?

Los hombres negaron con la cabeza.

—No, Astrid ya nos ha dejado claro que empezará el sábado y que mañana actuarán las teloneras de su hija. Espero que esté todo bajo control.

La mujer asintió.

—Sí, todo está bajo control.

La investigación

El primer concierto fue genial. Hacía mucho tiempo que Astrid no cantaba en Nueva York, y cuando lo hizo, sintió como se llenaba de felicidad de nuevo. El escenario resultó ser una maravilla. Sus patrocinadores mandaron preparar fuegos artificiales para los estribillos de algunas canciones, y algunos sorprendieron tanto a Astrid que casi se le fue la voz. Pero logró equilibrarse de nuevo y no desafinar, de modo que el público no notó nada. Además de eso, los bailarines empezaron a bailar al unísono un baile que ni ella sabía, así que tan sólo pudo pasear sobre el escenario sin saber que, en un momento, los bailarines se moverían hacia ella y uno casi le dio con el codo. Eso resultó un chiste para el público, que se rio, y aunque ella creía que sería humillada, eso aumentó su publicidad, clasificándola como “artista cómica”. Por un momento se irritó ante aquella desorganización, no le habían enseñado ninguna coreografía y ni siquiera sabía que el número de bailarines superaba los ocho, pero intentó relajarse y seguir ensayando para lo que la habían llamado.

Ahora estaba en su habitación, tumbada sobre la cama, haciendo yoga. Por encima de todo, practicaba la respiración, con tal de serenarse y prepararse para el nuevo concierto que le esperaba. Le hacía mucha ilusión, puesto que el primero había sido un éxito, pero le daba pereza tener que vestirse de nuevo, maquillarse, ponerse unos zapatos de tacón tan alto como dos montañas y llegar a tiempo a pesar del tráfico en esa enorme ciudad. Sin embargo, estaba determinada a ensayar algunos pasos con los bailarines para no repetir un movimiento tan humillante como el del otro día.

Abrió los ojos para volverse hacia su mesita de noche. El móvil llevaba

sin sonar un par de horas. Astrid se mordió el labio inferior. Todavía esperaba que Jayson la llamara, esperaba estar equivocada en todo, en que podrían volver a verse a pesar de su gira y de su entrevista..., pero temía que no lo hiciera, y ella no encontraba el momento para hacerlo. Pero, tal vez... ése fuera el momento idóneo para hacerlo. Cogió el teléfono y, cuando iba a marcar el número de Jayson, empezó a sonar y vibrar con fuerza. Su rostro se iluminó, pensando en que la persona a la que iba a llamar justo en ese momento hubiera tenido el mismo pensamiento que ella y la estuviera llamando, pero tras ver el número en pantalla se decepcionó.

—¡Dime! —estalló Astrid, furiosa por la intromisión.

—Tranquila, chica. Quería decirte que Irene y yo estamos en el puente de Brooklyn, por si te apetece venir. ¡Hay unas vistas estupendas!

Astrid se palpó la cabeza. Le empezaba a doler de nuevo.

—No, estoy agotada. Mejor me quedo aquí.

Martha resopló.

—¡¿Otra vez?! Cariño, si estás así todo el tiempo no vas a disfrutar de Nueva York. Sé que los ensayos y conciertos te dejan hecha polvo, pero si sólo piensas en eso vas a pasar treinta días hechos un infierno. Pero si disfrutas del viaje y exploras un poco Nueva York te lo pasarás mejor.

Astrid se tumbó en la cama. Sólo tenía ganas de dormir.

—Bueno, tal vez salga un poco. Pero no debería ahora. No me encuentro bien y además tengo que seguir practicando.

—Tu madre quería que salieras también, no que te dejaras consumir por los ensayos. Deberías tomar el aire.

—Ya, bueno está bien, ahora saldré un rato. Pero no puedo ir al puente de Brooklyn, no quiero molestar a mi chófer con tan poca antelación. ¿No podríais venir a un sitio más cercano?

—Está bien, Irene y yo vamos hacia el Times Square. Te esperamos allí.

Colgó y se incorporó a duras penas para vestirse. Se puso una camisa con estampados de flores, unos vaqueros negros y una casaca azul. Cuando pasó por su mesita de noche para coger las llaves de su habitación, golpeó el pie del mueble y su carpeta llena de escritos cayó al suelo, abriéndose y esparciendo todos los viejos documentos por su habitación.

—Mierda —susurró Astrid para sí misma.

Se agazapó para recogerlos uno a uno y se fijó en un papel con una fotografía adjunta en blanco y negro de una casa adosada cuya fecha se remontaba a más de medio siglo atrás. Leyó el papel de arriba abajo y se dio

cuenta de que era un anuncio de venta de una casa, ¡y estaba en Nueva York! Astrid se mordió el labio inferior. Quizá si alguien vivía en esa casa, ¿podría hablarle sobre los lobos? Al fin y al cabo, uno de los documentos que encontró en esa carpeta hablaba de ellos, así que, ¿por qué un simple anuncio iba a estar integrado entre esos documentos si no mantenía alguna especie de relación con ellos? Sabía que probablemente no iba a conseguir nada, pero ya que estaba en Nueva York debía aprovechar, ¿no?

Así pues, cogió una bolsa donde meter su carpeta llena de nuevo, cogió la llave de la habitación, unas gafas de sol y se fue.

Aquel día le tocaba ir al trabajo. Le quedaban tres días para que el reportaje estuviera terminado y listo para su publicación. Se mordió el labio pensando que Jonathan quería publicar la primera entrega de la revista remodelada aquel domingo, y que, en cuanto su reportaje no estuviera terminado, su cabeza rodaría.

En cuanto entró en la Redacción, Karla fue la primera en preguntarle sobre Astrid, pero él respondió con evasivas. No quería hablar de ella. Había tratado de ponerse en contacto con ella en vano, porque desde que aquella mujer dijo que le pasaría el recado a la joven, su móvil aún no había sonado. Se negaba a creer que ella no quería saber nada de él, pero se deprimía pensando que era una posibilidad.

Se internó en su oficina en silencio para sentarse en su silla y encender su ordenador. Aquel día había muchos periodistas enlistando sus trabajos, tal vez remitiéndolos a segundos para que los revisaran o corrigieran, pues la nueva publicación sería en poco tiempo y estaban ansiosos por ver si la revista volvía a tener éxito o no. Pero Adam no estaba. Y era bastante extraño, pues él no solía fallar al trabajo.

Cuando abrió su documento, lo miró de arriba abajo. Empezaba explicando un poco sobre quién era Astrid y cómo la conocían mundialmente. Pero luego se desviaba hacia el tema de sus heridas secretas, hacia su miedo a los lobos, hacia destripar por completo su vida secreta.

Jayson apretó los dientes. Aquello no le gustaría a Astrid. Se estaba

comportando como un paparazzi de los que ella odiaba. Y él no quería eso. Por tanto, pulsó todo el texto y, sin remordimientos ni dudas, lo eliminó incluso de la base de datos. No quería arriesgarse a que Jonathan lo viera, y le obligara a seguir dicha línea de narración.

Se tapó la cara con las manos, pensando qué haría con su reportaje. Debía escribir algo con chispa, tal y como deseaba Jonathan, pero no irse demasiado de la lengua para explicar detalles que no debían salir a la luz.

Así pues, empezó a escribir. Relató que Astrid no era como todos pensaban, que ella era una joven especial que, a pesar de cantar y tocar perfectamente, tenía otras aficiones que prefería antes de ser una estrella, como tocar el piano. Dijo que le gustaba el campo, y que prefería vivir allí antes que en plena ciudad. También escribió que no le gustaba estar a dieta. Que prefería hacer deporte y permitirse caprichos comestibles antes de estar siempre a dieta y no tener ni fuerzas para ejercitar el cuerpo.

Y así, empezó a escribir una historia personal sobre Astrid desde su propio punto de vista, el que había mantenido esos días junto a ella y que esperaba que los lectores se sintieran más atraídos por ese lado humano, común y desconocido de la inalcanzable joven estrella del pop.

Y lo terminó.

Se lo envió a los de diseño, sabiendo que ellos decorarían las tres páginas escritas con fotos y dibujos, así que no se preocupó mucho más.

De pronto, recordó esa página en la que halló información sobre los Lobos de Talents Camp, y que cuando quiso investigar más, llegó Adam. Así pues, cerró todo lo innecesario y abrió una pestaña de internet, dispuesto a seguir con su pequeña investigación.

Al leer de nuevo todo lo que decía aquella página, se dio cuenta que era muy escueta en detalles interesantes, pero un link que había pasado desapercibido lo derivó a un blog sobre un libro escrito por un, como se hacía llamar, “superviviente de ese infierno”.

Al principio había una pequeña biografía del autor, relatando que se había quedado huérfano a los dos años y había sido llevado a un hospicio, pero que, sin habérselo consultado antes, los gerentes del hospicio transportaron a todos los niños a Talents Camp, un gran edificio ubicado en un bosque. <<De ahí lo de “camp”>>, pensó Jayson, donde los niños huérfanos se criaban, se educaban y estudiaban un poco de todo, pero su educación se desviaba hacia la materia que más les gustaba, tanto si fuera deporte, ciencia o música.

Explicó que era una buena organización con una base filantrópica muy

sólida, que enseñaban disciplina a los niños para que tuvieran acceso a una buena educación que les permitiera valerse por sí mismos. Pero después el relato dio un giro radical, contando que disciplinaban a los niños con mano de hierro... literalmente. Los castigos a estar sin jugar o a quedarse encerrado en su habitación parecían una nimiedad en comparación con los castigos de esa organización. Eran bastante comunes las agresiones físicas tales como latigazos. Y aunque el autor expresaba que la educación de esa época estuvo marcada por el uso de castigos físicos similares, los que se llevaban a cabo en ese lugar eran, como poco, surrealistas.

Jayson frunció los labios. Sí, era algo normal pegar a los niños como castigo en esos tiempos, a pesar de ser cruel e injusto.

Pero sus ojos se abrieron como platos al ver un pasaje que el autor del blog había remarcado en negro, para que quedara claro. Quizá fuera una metáfora. O quizá, la realidad.

<<Eran muchos los lobos que atacaban a las ovejas del campamento>>.

No tardó en llegar al portal.

Había pensado detenidamente en cómo presentarse al propietario: <<Buenos días, vengo por un anuncio de hace cincuenta años, pero no me interesa comprar la casa, sólo hablar sobre lobos y ovejas...>>. Sí, sin duda le cerrarían la puerta en las narices.

Sin embargo, no tenía nada que perder. Quería respuestas... si las había.

Pulsó lo que debía ser un timbre viejo, pero no escuchó nada. Tras esperar cinco minutos, tocó la puerta con los nudillos. Otra vez... otra vez... otra vez...

Diez minutos después, pensó que probablemente, el que viviera allí, estaría fuera. Pero no podía sentarse a esperar a que volviera. Debía volver al hotel cuanto antes para seguir ensayando. Ya había enviado un mensaje a sus amigas diciendo que se había perdido y había vuelto. El arte de las excusas no era lo suyo, evidentemente, pues Times Square se encontraba a diez minutos a pie del hotel, además de estar indicado en miles de señales de tráfico.

Se tropezó con la alfombra del portal cuando quería ir a observar desde una ventana, por si se le ocurría una magnífica idea para entrar, pero no.

<<¡No puede ser!>>, gritó para sus adentros, en cuanto vio que, al haber tropezado, la alfombra se había desplazado unos centímetros y el extremo de lo que parecía ser una llave asomaba debajo de las fibras sintéticas de aquel trozo de tela que, irónicamente, rezaba <<Bienvenidos>>.

La cogió discretamente, miró a ambos lados. No podía ser descubierta por nadie, si no se convertiría en una delincuente y la prensa se encargaría de hundir su carrera y regodearse durante meses.

<<No puedo... No puedo... No puedo...>>. Respiró hondo y, haciendo como si volviera a tocar la puerta con los nudillos, metió la llave en la cerradura. Encajaba perfectamente.

Al final sí había mucho que perder... Pero quería arriesgarse. Lo necesitaba. Quizá no encontrara nada... O quizá lo encontrara todo...

Giró la llave, abrió la puerta y entró.

Se le ocurrió la idea de consultar su carpeta en busca de más documentos de aquella casa, pero sólo estaba aquel anuncio mecanografiado con la fotografía de la casa, junto a un mensaje escrito a mano con estilográfica: "Perfecto para obtener paz y tranquilidad".

La joven se vio sola en una casa desconocida, en el vestíbulo, en medio de un silencio sepulcral y tenebroso. Además, toda la casa estaba sucia, con telarañas, y polvo sobre los muebles, sombría.

La chica apretó los extremos de su casaca con las manos, irradiando nerviosismo, pero apretó el paso y decidió pasear por el piso de abajo. Aquella casa había sido habitada, ya que vio fotografías de una familia desconocida colgadas de las paredes. Estaban en blanco y negro, por lo que pensó que quien vivió allí debía de haber entrado ya en la vejez.

Decidió entrar en la primera habitación que encontró. Estaba completamente vacía, al igual que las demás. Sin embargo, en una vio una marca de polvo en la pared que delataba la ausencia de muebles y una cama retirados hacía poco, al igual que diversos marcos de fotos o cuadros, pero todavía restaban un par.

Astrid se acercó a una fotografía vieja para verla mejor. Era una mujer de unos quince años, con un vestido muy elegante, guantes blancos y un sombrero de plumas. La reconoció sin problemas. Era Sarah Whiver, una joven promesa de ópera muy famosa y adorada en la década de los sesenta. Pero tomó la dura decisión de retirarse y luego no volvió a aparecer en

público ni en la prensa... Desapareció del mundo de la fama por completo.

Entonces, Astrid abrió los ojos. Vio un reportaje suyo en la revista de casa de Daisy, igual que otros de otras famosas. Astrid frunció el ceño. Había algo que no encajaba...

De pronto llegó a la última puerta del pasadizo. Creía saber qué era. Y lo adivinó.

Había llegado al sótano de la casa.

Bajó las escaleras palpando la pared con las manos, ya que allí no había nada de luz y temía tropezarse y romperse la nuca. Sacó su teléfono y encendió la linterna para guiarse.

Al ver lo que la rodeaba, Astrid entornó los ojos. Todos los muebles que habían desaparecido de la casa estaban amontonados en el sótano: las camas, un casillero, una bañera, varios armarios... Y cajas llenas de cuadros y fotografías.

Astrid se arrodilló para observarlas. Casi todas las fotografías eran de la cantante de ópera: sola, con hombres y mujeres bien vestidos que debían ser otros cantantes de ópera o directores de orquesta.

Tras terminar de ojear aquellas fotografías, su atención se posó sobre una caja de madera antigua, pues había saltado la pintura y cualquier adorno de metal estaba oxidado. La abrió sin problemas, pues no tenía cerradura.

Dentro sólo había unas cuantas fotos reveladas en blanco y negro.

Pero éstas eran mucho más... fuertes.

La que más atrajo la atención de Astrid era una que mostraba el cuerpo semidesnudo de Sarah, tapada por su ropa interior, mostrando cardenales y moratones por la espalda y el cuello. La imagen era tan dura que Astrid se puso nerviosa y la fotografía cayó al suelo, dándose la vuelta. La joven se sintió desfallecer en cuanto leyó el mensaje escrito en la parte trasera de la fotografía.

Decía <<El Lobo>>.

Y estaba escrito con sangre.

Se le ocurrió contactar con ese hombre. En su blog había facilitado una dirección de correo electrónico. Tras enviarle unos cuantos e-mails, éste respondió, y le facilitó un número de teléfono para ponerse en contacto con

él.

Tras llamarle, le aseguró que lo que contaba en su blog era cierto, por lo que suplicó una entrevista con él. Y tuvo tan buena fortuna que le ofreció encontrarse en el bar de Jeff, su lugar de comida favorito. Después de proponer la hora, Jayson recogió todas sus cosas y se preparó para marcharse. Sin embargo, antes de poder salir de la oficina, se topó con Jonathan, quien parecía realmente contento ese día.

—¿Dónde vas, chico?

—Pues... acabo de quedar con un... amigo en el bar de al lado.

El hombre frunció los labios, pensativo.

—Estuve... hojeando lo que tenías escrito. Vi que borraste lo que empezaste. Bien hecho, aunque, siéndote sincero, eso sólo empeoraría las cosas.

Jayson se encogió de hombros, pensando que a veces su jefe era demasiado sincero.

—Y, bueno, vi que empezaste un texto sobre algo de un misterio de Astrid contando algo sobre unas heridas que tiene. ¿Lo has terminado?

Jayson lo miró ojiplático. Pensó que Jonathan no lo había mirado, pero se equivocaba. Ahora todo corría el riesgo de empeorar.

—¡Ah, eso! No sabía cómo añadirle chispa al reportaje, así que creía que con un poco de misterio y ficción... Pero al ver el resultado final decidí eliminarlo y empezar de cero. Tengo unas expectativas muy altas para la nueva entrega de la revista.

Jonathan enarcó una ceja.

—¿Eliminado? ¿Por qué? Era muy bueno, seguro que eso nos daría publicidad. ¿Por qué no lo escribes de nuevo para la próxima publicación?

Jayson se mordió el labio inferior. Eso era lo que le habría gustado oír una semana antes. Ahora sólo deseaba poder marcharse y rezar para que Jonathan no contara nada de lo que había leído.

—No, preferiría que no. Según lo que hablamos en nuestra cena la semana pasada y lo que tengo de la entrevista con Astrid, creo que el misterio no es el mejor camino, así que puse lo que propuse: una historia de humanidad. De todos modos, ya he escrito el reportaje.

—Ya, lo he leído. Y te lo digo de nuevo: le falta chispa. Mucha chispa. Será mejor que tus compañeros hagan algo de provecho, porque tu reportaje estrella, así como está, va a llevar mi revista al fracaso.

Jayson cerró los puños. Aquello le había dolido. Pero se serenó y procuró

ser claro, remarcando todas y cada una de sus palabras.

—Jonathan, no voy a escribir nada de Astrid que ella me haya prohibido publicar, ¿está claro?

El hombre tragó saliva y se cruzó de brazos.

—Oye, chico. Soy tu superior. No me hables en ese tono.

Jayson se tranquilizó y respiró hondo, serenándose.

—Lo siento. Es que estoy algo estresado. Ella se ha ido y se enfadó conmigo y... me doy cuenta... de que la echo de menos.

Jonathan sonrió, comprensivo. Le puso una mano en el hombro y le palmeó la espalda.

—En fin, siempre pasa eso. Los hombres la pifiamos y las mujeres nos dejan. Pero si todavía no has perdido tu dignidad podrías ir a buscarla, si no te contesta.

Jayson, sin poder evitarlo, abrazó a su jefe, que se quedó paralizado y sin palabras.

—Gracias, Jonathan. Eres un gran jefe.

El hombre le acarició el pelo sin saber muy bien qué hacer, y rápidamente lo apartó de él, carraspeando.

—Bueno, sí, gracias. Pero tú sabes que para mí eres como un hijo, aunque a veces eso signifique pararte los pies según lo que hagas. En fin, es el primer reportaje que haces sobre Astrid, y lo has hecho a tiempo, así que no me puedo quejar. Pero tal vez, para la próxima semana, podrías escribir algo totalmente nuevo sobre ella, algo relacionado con lo que habías escrito, ¿no?

Jayson negó con la cabeza.

—Es que le prometí que ni siquiera se lo contaría a nadie, pero se me fue de la lengua con mi hermana, y ahora ella también me está ayudando un poco a investigar.

—¿Investigar? ¿Lo de sus heridas? ¡¿Entonces no es ficción?!

Jayson se encogió de hombros.

—Eso estoy tratando de averiguar, porque ella está sufriendo.

Jonathan afirmó con la cabeza.

—Bien, pues si necesitas algo no dudes en contactar conmigo. Tengo muchos contactos y tal vez puedo serte de utilidad.

Jayson le sonrió.

—Bien, muchas gracias. Ahora tengo que irme.

—Claro, vete.

Antes de entrar en el ascensor, se volvió una vez más.

—Ah, y Jonathan.

—¿Sí?

Jayson se humedeció los labios.

—No hables de esto con nadie, por favor. Es que... se enfadará.

Jonathan le guiñó un ojo.

Y entonces salió corriendo de la Redacción.

Copper era un hombre escuálido, con poco pelo blanco y la tez oscura. Se sentaba sobre su taburete como si le doliera todo el cuerpo, y en cierto modo así era, ya que cuando Jayson le ofreció ir a una mesa para charlar con más tranquilidad, vio que con cada paso que daba, su rostro se descomponía en muecas de dolor.

A primera vista le pareció un hombre simpático, agradable y educado. Pero todavía estaba inmerso en el racismo del siglo XX, por lo que cuando vio que Jayson era un hombre de piel blanca, temió que fuera a insultarle o burlarse de él. Así que el periodista lo trató lo más amablemente que pudo, tratando de inspirarle confianza, para que el hombre le abriera las puertas a su recóndito y oscuro pasado.

—Hola, ¿cómo está? —empezó Jayson.

—Bien, gracias.

—¿Quiere que le pida algo? Ya que se ha molestado en venir hacia aquí, déjeme que le invite yo —propuso Jayson pensando que eso no fallaría, pero Copper frunció el ceño.

—Puede que sea un viejo. Sí, tengo ya setenta y ocho años y parezco frágil e indefenso. Y sí, me duele todo de las palizas que me dieron de pequeño, pero soy muy fuerte y ahora sería capaz de arrancarles la cabeza a esos sinvergüenzas que nos educaron. Pero por nada del mundo rechazaría una copa. ¿Qué pedirá usted: cerveza?

Jayson sonrió y se humedeció los labios.

—¡Ya sabía yo! Uno de los míos. Bien, pues cerveza para los dos. Y si quiere, luego le invito yo a otra ronda.

El joven periodista abrió los ojos al ver que, o el hombre se había

encariñado con él rápidamente o era así de espíritu.

—Bueno, tal vez. Bien, ¿podría contarme algo del campamento?

Copper negó con la cabeza, sonriente.

—No, usted ya sabe bastante de mí, pero yo, nada de usted, así que creo que lo idóneo sería que me explicara algo de usted, para saber que no se va a aprovechar de este viejo.

Jayson rio.

—Pues mi nombre ya lo sabe: Jayson, vivo aquí desde que nací y trabajo como periodista. Me dedico a escribir artículos y reportajes en la revista *A Little Shine*, no sé si la conocerá. Y, en fin, estoy haciendo una investigación por cuenta propia sobre el campamento al que fue usted.

Sin embargo, Copper no parecía del todo convencido.

—¿Por qué quiere investigarlo?

—Pues porque... —pensó que no hacía falta decirlo todo, pero después pensó que, si Astrid y ese hombre tenían las mismas experiencias en común, tal vez sería lo ideal hablarle un poco de ella para explicarle su caso—. Tenía una amiga que hablaba todo el tiempo de ovejas y lobos, y aunque a mí me pareciera absurdo que tuviera miedo de que <<los lobos fueran a comerse a los corderos>>, ella parecía realmente asustada por tal cosa y de verdad me gustaría llegar al trasfondo de todo esto para poder ayudarla.

El hombre carraspeó.

—Con que una chica. ¿Es guapa?

Jayson abrió los ojos ante tal pregunta.

—Pues... sí, es realmente preciosa. Y sufre por todo lo que le he contado, así que estoy desesperado por un poco de orientación en este tema. Sé que usted escribió un libro de esto. Lamentablemente, no he tenido mucho tiempo desde que descubrí su blog, así que no he podido comprarlo. De todos modos, aunque me parece mejor hablar directamente con el autor, cuando pueda, voy a comprárselo.

No tardaron en traer las dos cervezas. Copper dio un trago largo con tal de aclararse la garganta y, mirando la mesa, Jayson avistó en sus ojos que empezaba a recordar aquellos momentos tan amargos que revivirían aquella tarde de domingo.

—Por si no se ha dado cuenta... el libro está catalogado como autobiografía ficticia —dio otro largo trago y suspiró. Allí, en ese momento, Jayson se dio cuenta de la tristeza reprimida en todas esas arrugas de su frente—. Así es, nadie me creyó. Pero eso sí, la historia les gustó. No es un

best-seller, pero mi pasado me da para vivir.

>>Las ovejas... Y los lobos. Sí, al principio, en el campamento, decían que ellos nos querían, que aun siendo huérfanos, teníamos mucho que ofrecer al mundo. Todos nosotros, y que por tanto, debíamos ser educados como correspondía. Nos trataban bien, ¿usted sabe? Realmente parecía que querían que estuviéramos bien instruidos. Nos motivaban a jugar, a correr por el campo, a leer, a tocar instrumentos y nos dejaban solos hasta que conectábamos con nuestras pasiones. Entonces la verdadera naturaleza de nuestros tutores salía a la luz.

>>Querían verse como la mejor institución del mundo de la que salían jóvenes prodigios.

>>En cuanto veían que algo nos gustaba, aunque fuera una pasión pasajera, nos forzaban a explotar ese “talento oculto”, tal y como ellos lo llamaban, para que ellos pudieran hacer historia.

>>Nos llamaban ovejas y nos trataban como tal. Para ellos éramos materia prima de la que extraer beneficios. Había profesores especializados en materias concretas, que eran los que tenían asignados alumnos que respondían a un talento concreto; y había “castigadores”, eran los que se hacían llamar lobos. Eran usados para imponer terror, todos éramos pequeños y nos asustábamos fácilmente, así que se ponían máscaras y perseguían a los niños que no respondían a los estímulos educativos tal y como deberían.

Jayson tragó saliva. Se imaginó a él en un campamento como aquél, oyendo decir que era una oveja y que el lobo iría a por él si no se comportaba. Le pareció una crueldad para un niño de tres años, tal y como relató Copper la edad en la que ingresó en aquel lugar.

—¿Y cómo le trataron a usted siendo de...?

—¿Color? Le prometo, aunque no me crea, que en ese campamento no existía la discriminación, así que me trataban como a los demás. Pero si ese tratamiento le parece a usted un gran honor, considerando que me trataban como a los blancos, se equivoca completamente. Me pegaban mucho, delante de todos, igual que a los demás. Y eso sólo en el trasero o en la nuca. Querían hacernos reaccionar a la educación extrema que nos daban, querían que fuéramos constantes, muy trabajadores, que explotáramos nuestro talento al máximo, que lo supiéramos todo sobre él y que intentáramos ser mejores que los demás. Así que, si durante un día se nos olvidaba ensayar o estudiar o lo que fuera, nos castigaban. Para castigos mucho mayores, como discutir con los profesores, rebelarnos ante esa clase de educación o intentar huir, nos

bajaban a un subsuelo, donde tenían listas las armas de tortura.

Jayson se atragantó con la cerveza.

—¿Cómo? ¿Armas de tortura? ¿Eso no es ilegal?

—Allí no. Como le he dicho, nadie nos creyó a los que sobrevivimos. Y le juro que allí abajo es donde estaban los verdaderos lobos.

—¡Joder!...perdón.

—Sí, el guante de hierro para “masajes” o toques de atención. Con eso nos apretaban la piel, la retorcían o nos pegaban a los músculos. Como pensará, nos dejaba moratones muy pronunciados. Eso era para lo castigos menos graves, pero cuando hacíamos algo que a los profesores no les gustaba ni una pizca se desviaban directamente a las garras.

Jayson lo miró con atención.

—¿Las garras?

—Sí, allí era cuando el lobo se enfadaba de verdad. Era una especie de guante con garras de metal. Nos rasgaban la piel. A veces mientras lo hacían, cantaban una canción que hablaba de ovejas y lobos, y de cómo debíamos obedecer.

El periodista desencajó la mandíbula. Eso ya sí que no podía ser cierto. Por eso deberían haber ido a la cárcel, y contando que la policía lo encontraba legal, sería que Copper se lo inventaba. Jayson se humedeció los labios y entrelazó sus dedos.

—Pero eso ya es una locura. No puede ser cierto.

El hombre frunció el ceño y se estiró la manga de su camisa blanca hasta mostrar su brazo moteado de pecas y manchas solares. También muchas cicatrices, tanto de rasguños como moratones. Y la marca de cuatro arañazos. Copper lo señaló.

—¿Esto te parece mentira? Tenía planeado escaparme de allí, pero me pillaron abriendo la puerta. Me iban a rasgar en la espalda, pero imploré piedad y sólo lo hicieron en mi brazo. Ahora esta marca me acompaña, igual que todas las demás.

Jayson bajó la mirada y empezó a beber despacio su cerveza. De pronto no tenía tanta sed como antes.

—Aunque a veces, a los favoritos les ponían anestesia, mientras que a los demás nos lo hacían tal cual y nos dejaban sangrar horas.

Jayson lo miró alarmado.

—¿A los favoritos? ¡Madre mía, esa gente estaba loca! Creía que iba a decir que a los favoritos les iban a dar sólo el guante de hierro, o simplemente

ningún castigo.

—Pero luego se les iba el efecto y tenían el mismo dolor que nosotros, pero más leve, porque había una enfermera que les curaba las heridas. Sólo a ellos. Nosotros no; teníamos que ir a nuestra habitación y detener la hemorragia con las sábanas, toallas... lo que encontráramos. Y luego lavábamos las heridas con agua.

—Esas personas estaban mal de la cabeza, y deberían haber ido a la cárcel por ello. Pero, ¿por qué se les ocurría herirles de esa manera?

El hombre se encogió de hombros.

—Para ellos eso se llamaba disciplina. Muchos de los tutores habían participado en guerras y, según decían, los trataban peor. Decían que si nos daban un motivo por el que vivir, como un talento, no nos convertiríamos en delincuentes. Pero, si le digo la verdad, hubiera preferido mil veces ser un delincuente e ir a la cárcel por una tontería antes que ir a ese campamento del infierno.

Jayson se cruzó de brazos, retrepándose en su silla. No sabía en qué podía ayudar a Astrid con aquello, ya que, viendo la época en la que se situaba el campamento, los tutores no podían haber vuelto de la muerte para torturar a Astrid. Y, aunque así fuera, ¿qué demonios había hecho ella para recibir eso?

—Y otra cosa más: según su blog, el campamento ardió en llamas y mucha gente murió. ¿Cómo lo explicaría?

El hombre cerró los ojos y respiró profundamente.

—Una noche se respiró en el aire el olor a humo. Yo me desperté y fui a ver de dónde provenía. Por la noche, los lobos solían estar fuera del edificio y en el sótano, vigilando a los castigados; los profesores estaban durmiendo. Vi que la puerta del sótano estaba abierta, y salía mucho humo, ¡estaba ardiendo! No tiene ni idea de lo impotente que me sentí en ese momento, cuando escuché gritar a mis compañeros. Los habían dejado castigados y maniatados en el sótano a su suerte.

>>Me apresuré a despertar a mis compañeros, pero algunos, los que habían sido anestesiados, seguían dormidos y no pude despertarlos. Pero los que sí lo hicimos corrimos como pudimos para salir. Pero la puerta principal estaba cerrada. Esperamos a que los tutores bajaran corriendo a abrir la puerta para huir, pero no llegaron.

>>Fui con unos compañeros hacia la puerta trasera. Casi siempre estaba cerrada, pero en ese momento estaba abierta. Tuvimos que escondernos mientras varios profesores huían. Había profesores buenos, ¿sabe? Ellos se

resistían a los demás, querían llevarnos con ellos, salvarnos. Pero siempre recordaré la frase que dijo uno de los castigadores: “si no mueren, lo contarán todo”. El ser humano es un animal instintivo, busca la supervivencia. Eso lo aprendí esa noche. Cuando todos, y digo todos, los profesores decidieron obedecer y huir. Nos dejaron morir.

>>Al final, nos escabullimos tras ellos y corrimos hacia unos matorrales. Ellos cerraron la puerta para que nadie saliera vivo de allí. Nos quedamos horas y horas en los matorrales. Pero algunos se quedaron vigilando para que nadie huyera. Al final, creo que dieron por supuesto que si no nos consumía el fuego, lo haría el humo, y se fueron. Entonces, desde el balcón del primer piso, saltaron dos chicos mayores, un chico y una chica. Creo que llevaban tiempo escondidos esperando a que los lobos se hubieran ido. Intentaron abrir la puerta en vano, pero fue imposible. Al final se fueron también. Nosotros tres éramos niños de apenas diez años, pero buscamos ayuda. En la carretera, un coche se paró y nos acogió. Luego nos llevaron a un hospicio. No tuve familia, que yo recuerde, pero me independicé y trabajé como cualquier otro. Hace poco, cuando creí haber superado todo esto, escribí el libro.

>>Sólo fuimos cinco supervivientes. No sé nada de los otros dos, pero nosotros tres siempre nos hemos mantenido en contacto. Y por supuesto, se quemaron las pruebas y nunca nadie nos creyó.

Jayson se quedó mudo, mirando al hombre. Jamás creyó que un niño como él pudiera pasar por un infierno como aquél.

—Y ahora que es totalmente libre, ¿no se ha planteado denunciar al campamento?

—¡Diablos, chico! Ese campamento ya no existe. Y creo que no vale la pena denunciar a los profesores, seguro que todos están muertos —el hombre se levantó y le dedicó una sonrisa—. En fin, Jayson. Ha sido un placer conocerle, pero me temo que debo irme. Es bastante tarde, y en cuanto no me apresure a volver a casa ahora, todavía a medianoche estaré caminando.

El periodista recordó algo de pronto.

—Disculpe, pero si no es mucha molestia, ¿aún se acuerda de la canción que les cantaban de los lobos y las ovejas?

El hombre pareció pensárselo un rato, pero se sentó de nuevo y asintió.

—Sí, me acuerdo bastante bien.

—¿Podría cantármela?

—Sí, aunque no esperes un vozarrón operístico —se aclaró la garganta y empezó a cantar muy flojo, de modo que la letra sólo llegara a oídos de

Jayson—:

*Ovejita, ovejita, soy un lobo de gran honor,
¿Dónde está tu pastor?
Tú eres toda mía
¿Sigues echando de menos el calor?
Mantén tu mente fría.
No te muevas, no te muevas.
Los lobos no te molestan.
¿Sigues echando de menos el amor?
No te muevas, no te muevas.
Las ovejas no contestan.
No intentes escapar,
abandonada por el padre has sido,
¿Sigues echando de menos el temor?
No te muevas, no te muevas.
Vigilia diaria, vigilia nocturna,
obedece y serás duradera.*

En cuanto terminó, se levantó y, antes de marcharse, dijo:

—Cuida a tu amiga.

Y salió del local.

Jayson se quedó sentado unos segundos más, pensativo, hasta que se dio cuenta de algo importante.

La canción que le había cantado aquel hombre...

...coincidía con la melodía que le había tocado Astrid en el piano días atrás...

Estuvo largo tiempo observando las fotografías. Las repasaba una y otra vez, buscando los detalles importantes, pero todas aquellas eran iguales: mostraban a Sarah Whiver semidesnuda, mostrando sus cardenales. Por la expresión neutra de su cara, le dolían o estaba preocupada. Probablemente, ambas cosas.

Astrid encontró una foto que le puso los pelos de punta. Mostraba a Sarah Whiver de espaldas a la cámara, mostrando una herida bastante horrible en forma de cuatro arañazos, como si se la hubiera hecho un oso o un tigre.

Dejó las fotografías en el suelo y al fondo de la caja halló algo más.

Un sobre.

Lo cogió, viendo que de remitente había una dirección en Montana. En la otra cara del sobre, había una dirección de Nueva York y un nombre. Cedric Milton.

Lo destripó. Dentro había una carta y una fotografía. No se molestó en leer la carta, ya que era bastante larga, pero sí observó la fotografía. Era como las demás; Sarah Whiver fotografiándole los cardenales de la espalda y en el fondo de la sala, la puerta abierta y una figura borrosa tras ella.

Astrid se guardó el sobre con su contenido en el bolso, pensando que podría ser interesante.

De pronto, oyó pasos encima de ella. Todo en el sótano se detuvo. Pegó ambas manos a ambos lados de su cuerpo y se mantuvo firme e inmóvil, deseando que aquel que hubiera arriba no detectara su presencia. ¿Se había dejado la puerta del sótano abierta? No se atrevía a darse la vuelta para comprobarlo. ¿Y si el entrometido estaba en la entrada, observándola? Su nuca empezó a picarle y miles de escalofríos recorrieron su espalda. ¿Y si tenía a esa persona justo detrás de ella? ¿Eso que acababa de notar en su nuca, había sido un suspiro ajeno?

De pronto su móvil sonó. Y todo ocurrió a cámara lenta.

Astrid ahogando un grito. Astrid agarrando el móvil como si quemara y apagándolo de inmediato. Astrid dándose la vuelta, yendo hacia la salida del sótano y tapándose la boca para evitar emitir cualquier ruido.

En ese momento, su mejor arma era su oído.

Los pasos seguían, pero ahora sonaban alejados. Estaban transitando en unas escaleras. ¿Las de arriba? Sí, sonaban lejanos.

<<Ahora o nunca>>.

Subió las escaleras del sótano en pleno silencio y vigilando en todo momento. Tan sólo quería salir de ahí. De pronto, se paró en seco.

Ella había cogido la llave de bajo del felpudo. Había cerrado la puerta tras de sí al entrar. Nadie sin llave habría podido entrar.

Entonces...

Entonces...

...¿ese alguien había estado en la casa todo ese tiempo?

Cogió la llave de su bolsillo y caminó todo el pasillo recto hasta llegar a la puerta de entrada, pero el sonido de los pasos bajando las escaleras la aterrorizaron tanto que tuvo que esconderse debajo de una mesa tapada con una sábana. Esperaba que la oscuridad estuviera de su parte y ese alguien no la viera.

Unos pies pequeños se pasearon por el pasillo despacio, dejando que el eco resonara en todas las paredes. Dio unas cuantas vueltas por el salón, inspeccionando todo por encima. Unos zapatos negros se pararon en frente de la mesa unos minutos. Tal vez sabían perfectamente que Astrid se escondía debajo del mueble y esperaban que algún sonido suyo hiciera que se delatara a sí misma. Pero la joven aguantó. Aguantó. Aguantó.

Al final, los pies volvieron a moverse. Se alejaron lentamente hasta meterse en una de las habitaciones.

Astrid salió de debajo de la mesa rápida y ágilmente tratando de no hacer ruido. Se puso las gafas de sol, la capucha y avanzó hasta la puerta.

Metió la llave en la cerradura. La giró. Clic. Giró el pomo. La puerta se abrió. Casi libre. Casi libre...

—¡Eh! —un grito atronador a su espalda hizo que su estómago diera un vuelco.

Instintivamente se giró y vio el rostro de aquella mujer.

Un segundo.

Se giró de nuevo.

Dos segundos.

Cruzó el portal y bajó las escaleras.

Tres segundos.

Arrancó a correr como alma que lleva el diablo hasta llegar a un sitio seguro lejos de aquella maldita casa.

Tres segundos. El tiempo que había tardado su cerebro en relacionar una idea con una imagen. Creía haber reconocido a aquella mujer, pero de pronto la imagen en su cerebro se tornó borrosa y cambiante. Sin embargo, creyó haberla reconocido.

Pero no podía ser.

¿Cómo podía sino explicar que había visto a su madre?

Se quedó paseando por las calles, apretando el paso para llegar pronto al hotel, si no, su madre se enfadaría. Porque seguro que su madre estaba en el hotel, en su habitación o en la de su hija, pensando en su horario de conciertos o en las nuevas actuaciones. Así era su madre. Eficientemente trabajadora. ¿Lo era?

Un dolor extraño se apoderó de su garganta.

Tenía miedo.

Por primera vez en su vida, tenía miedo de verdad. Miedo de estar sola. Miedo de no estar equivocada.

Era extraño ver que Sarah Whiver había sufrido en su vida, pidiendo socorro con una fotografía, mostrando signos de agresión. Pero, ¿quién le había hecho todo eso? ¿Y los arañazos? ¿Tal vez un pretendiente? ¿Un marido? No podía ser posible, ya que era demasiado joven todavía para estar casada.

No podía volver al hotel. Tenía demasiadas preguntas y dudas como para que quedaran sin respuesta.

De pronto, vio la solución.

Halló un cibercafé en el que podía estar un rato antes de volver al hotel y, mientras, investigar un poco a Sarah Whiver y ver qué le ocurrió.

Se alegró al ver que estaba casi vacío y corrió hacia un ordenador, encendiéndolo. En seguida entró en internet. Pero justo cuando escribía el nombre de Sarah Whiver, una camarera la interrumpió con una sonrisa cansada:

—Hola, ¿qué desea?

Astrid se mordió el labio inferior, pensando que quedaría mal no tomar nada a pesar de usar los ordenadores del local.

—¿Podría traerme un té caliente, por favor?

—¡Claro! Ahora mismo se lo traemos.

Cuando se fue, Astrid siguió con su investigación.

Halló un montón de páginas que hablaban sobre ella, así que clicó en la primera de todas, la cual ofrecía una biografía bastante completa.

Leyó que era una cantante de ópera norteamericana que nació el 1944. En

el 1948 empezó a trabajar, cantando en corales infantiles, y en el 1950 hizo su primer solo en una iglesia. A partir de entonces, se la reconoció como una niña prodigio, de gran talento, y su fama aumentó a la par que sus conciertos. Después de hacer otros tantos solos en catedrales, se ofreció a cantar voluntariamente en actos religiosos, como bodas, bautizos... Y a continuación se le ofreció un contrato para participar en óperas. Astrid leyó que lo aceptó, pero que al 1960 anunció su retirada, desapareciendo poco después.

Bajó al pie de página hasta ver un mensaje que decía “Casos similares”, y mostraba unos cuantos nombres de artistas que a Astrid le resultaban familiares. Y entonces se acordó de personas como Joséphine, Sandra Frenny, Paula Harrisson... Eran las artistas que había visto en los recortes que Daisy, la hermana de Jayson, guardaba en aquella carpeta y sobre las cuales, suponía, había estado trabajando.

Fue buscando información sobre ellas, viendo que Paula Harrisson, nacida en el 1958, se la conoció en el 1963, cuando cantaba en su escuela. Primero se le ofreció cantar ópera, ya que su voz parecía capacitada para ello, pero se negó, puesto que ella prefería cantar su propia música. Y se dedicó al jazz. Dejó su carrera en el 1971, se apartó de la fama, como Sarah, y no se supo de ella nunca más.

Después se desvió hacia Joséphine, quien nació en el 1970. Decía que al primer año de vida ya aprendió a tocar el piano y, a los cinco, el violín, así que se hizo bastante conocida desde muy pequeña como una joven promesa de la música. Se dedicó a los instrumentos, pero sabía tocar tan bien que le ofrecieron contratos para hacer conciertos de piano, violín y arpa a los ocho años. Pero a los doce decidió concentrarse en estudios profesionales, así que dejó su gran carrera. Y luego, según decía aquella página, no se la vio en la escuela a la que quería entrar. Y varios meses más tarde, según informó su agente, canceló la suscripción.

Encontró una página dedicada a su artista favorita: Sandra Frenny. Era muy pequeña cuando se retiró, apenas tenía diez años. Ella se dedicó al pop clásico. Leyó que nació el 1981, y que en el 1986 participó en un concurso de talentos, proclamándose ganadora por usar un estilo de canto totalmente nuevo. Los años siguientes solamente hizo giras por toda América, sacó discos de pop y en el 1990 lo dejó todo. Pero, tal y como leyó en el impreso de casa de Daisy, Astrid vio que Sandra, en su concierto final, nombró a las ovejas y el lobo que ella tanto conocía.

La lista, al parecer, la cerraba Lilian. Astrid no la conocía, pero estaba fichada, junto con las demás, como retirada y desaparecida. La joven encontró su fotografía en una página que incorporaba las caras de muchas artistas jóvenes, entre las que figuraban todas las anteriores y otras que, por lo que sabía Astrid, no se habían retirado. La cantante hizo una captura de la pantalla para que se vieran todas las artistas que ella estaba investigando y, discretamente, dio la orden de imprimir aquella fotografía. Mientras la máquina se preparaba para escupir la hoja, Astrid indagó más sobre Lilian. Había entrado en contacto con el mundo de la fama a los siete años, pero lo dejó todo a los trece sin haber alcanzado la cúspide. Quizá por eso Astrid no la conocía, porque no había llegado a triunfar de una manera tan destacada como sus compatriotas.

Sin embargo, en todas ellas había gato encerrado. ¿Cómo podía ser que no se las hubiera vuelto a ver?

Con su codo se dio cuenta de que el té que había pedido se encontraba junto a ella desde hacía bastante tiempo. Se lo bebió de un trago a pesar de que aún ardía y apartó la taza para no tener ningún incidente. Abrió su bolsa y sacó su carpeta. Tras depositarla sobre la mesa, la abrió.

De la boca de la impresora conectada al ordenador que ella usaba, cogió la fotografía que había impreso más una hoja en blanco. Sacó un bolígrafo de su bolsa para rodear la cara de todas las cantantes objeto de su estudio para excluir a las demás, y en el otro papel empezó a apuntar datos:

1. *Todas han desaparecido después de triunfar en el mundo de la música.*

Frunció el ceño, pasando las páginas de su carpeta hacia delante para encontrar aquel documento que había encontrado hacía tiempo y que le había atraído la atención porque mencionaba a los lobos. Estaba manuscrito y databa de 1970. Parecía una página de un diario escaneada e impresa en una hoja en blanco. Pero tras leer el contenido, sólo sacó en claro que el autor de esa hoja hablaba de que temía la figura del lobo, que intentaba evadirlo, pero que se encontraba por todas partes y le perseguía.

Entonces, tuvo una idea.

Miró por encima todas las hojas y empezó a separarlas según la fecha por décadas, sin hacer distinción entre manuscritos y escritos a máquina. Curiosamente, no había ningún documento que no estuviera datado, lo que le dio esperanzas para sacar algo en claro.

En cuanto terminó la tarea, suspiró.

En el montón de 1940 a 1950, tenía el anuncio de la casa que había visitado, que databa de principios de la década de los cuarenta; un papel administrativo que decía que se le daban poderes a un tal Grant Keppler para recibir todos los beneficios de S.W. a cambio de usar su nombre e imagen en representación de S.W. <<¿S.W?>>, se preguntó Astrid.

En el intervalo de 1950 a 1960, había muchos documentos mecanografiados, cuyo contenido expresaba muchas cifras. En un último documento se decía que una gran suma de dinero iba destinada a un nombre. <<¿Grant Keppler?>>. También había una partitura de la canción eclesiástica *Ave Maria* junto al nombre de una catedral y una fecha. Astrid leyó detenidamente la letra de la canción situada debajo de las notas correspondientes. Aunque la letra estaba en latín, podía entender algunas palabras por su parecido al español, lengua que había empezado a estudiar desde hacía años en casa, según su madre, para llegar al corazón de los latinos presentes en Estados Unidos. Se fijó en que una frase había sido tachada y, en su lugar, alguien había escrito a mano una nueva, en latín: “*lupus damnet me*”. Creía saber lo que significaba, aunque quiso asegurarse buscándolo en internet. “*El lobo me hace daño*”.

En los documentos cuya fecha iba de 1960 hasta 1970 había un documento mecanografiado en que, como en el montón anterior, se le cedía la absoluta representación a John Starnes, así como los beneficios económicos de las composiciones.

No había encontrado ningún documento que iba de 1970 hasta 1980, pero sí de la década siguiente. Tenía hojas y hojas. Había muchas hojas escritas a mano, hablaban de sentimientos, de un amor imposible, de sentirse encerrada, de querer huir de todo, de ser demasiado. También había muchas canciones escritas a mano. Todas eran canciones de amor o tristes que hablaban de incomprensión y soledad. También había una carta muy corta dirigida a un tal <<mi amado Daniel>>. Todo lo que decía era: <<*Espérame en mi casa a las 22:00 p.m. esta noche. Voy a retirarme por ti. Te quiero*>>. También encontró una canción manuscrita en la que hablaba de los lobos y el miedo.

Por último, un recorte de un diario cuyo titular rezaba que un merodeador estuvo apostillado en la puerta de la casa de Sandra Frenny sobre las 22:00 p.m. y que fue denunciado por un vecino. <<Demasiada casualidad>>, pensó Astrid.

Abrió una nueva pestaña de internet y buscó: <<representante de Sarah Whiver>>. La sorpresa que la invadió fue total. <<Grant Keppler>>. <<S.W es Sarah Whiver>>.

Volvió a buscar: <<representante de Paula Harrison: John Starnes>>.

<<No puede ser>>, pensó con frialdad Astrid. Realmente parecía imposible pero cada vez que lo pensaba, más probable se hacía esa suposición.

Aquellos documentos que había paseado por toda su casa y casi por toda Nueva York dentro de esa carpeta pertenecían a aquellas artistas sobre las que había estado investigando. Entonces, de ahí podía extraer que se otorgaba a Grant Keppler la total representación de Sarah, y de Harrison a Starnes. No lo entendía, así que buscó en internet información sobre los padres de ambas artistas, si habían recibido algún tipo de representación sobre sus hijas o parte de los beneficios económicos. Pero ninguna página ni ningún artículo de periódico mencionaba nada de los padres de aquellas. <<Como si no existieran...>>.

De pronto, abrió los ojos al darse cuenta de tres cosas importantes y las apuntó:

1. *Todas desaparecieron después de triunfar (¿por qué justo después de triunfar?)*
2. *Casi todas mencionan a los lobos: Sarah Whiver tiene fotografías con cardenales y heridas, Paula Harrison escribió manualmente en una partitura, Sandra Frenny tiene una canción en su honor.*

Respiró hondo. No sabía si escribir el tercer punto, pero sabía que era lo mejor.

3. *Esta carpeta estaba en mi casa. ¿Por qué?*

El reencuentro

En una mañana templada cualquiera, reinaba un ambiente tranquilo en la comisaría de policías de la ciudad de Cheyenne.

Daisy había elegido aquella destinación porque era la ciudad en la que había nacido, crecido y en la que siempre había deseado crear su propia familia. Y en cierto sentido lo había conseguido: tenía dos hijos perfectos y un marido maravilloso que casualmente también era policía. La policía recordaba con orgullo aquellos tiempos de noviazgo en los que ambos competían por obtener el rango más alto. Sin embargo, la mujer acabó como subinspectora en aquella modesta comisaría, mientras que su marido aspiraba a ocupar altos cargos en el seno del FBI. Sin embargo, temía que lo consiguiera, ya que tal vez deberían trasladarlo a las oficinas centrales de Washington y deberían replantearse seguir viviendo en aquella ciudad.

La policía se retrepó en su silla, obligándose a abrir los ojos. Antes, cuando nacieron sus hijos, tanto ella como su marido, por mucho que les costara, pidieron las pocas semanas de baja por maternidad que el Estado les concedía, ya que dos a la vez eran una carga a la que debían acostumbrarse. Sin embargo, cuando la excedencia expiró, tuvieron que modificar sus horarios de trabajo para, ambos, poder seguir trabajando de forma flexible sin desatender a sus hijos. Así pues, Daisy decidió trabajar durante el mayor número de horas posibles en la mañana, mientras su marido permanecía en casa cuidando a sus hijos, y la hora de comer sería el momento del intercambio, ya que él iría al trabajo y ella se quedaría en casa.

Aunque le costara admitirlo, no veía el momento en que sus hijos empezaran el instituto y su jornada académica se alargara, por lo que tendría

más tiempo para trabajar. Porque, en el fondo, Daisy adoraba su trabajo.

Desde pequeña había deseado ser policía para defender a los débiles. Sin embargo, hasta que no empezó a estudiar criminología no se dio cuenta del trasfondo que ocultaba dicho cargo público. No se trataba sólo de ayudar a los que no podían defenderse, sino que, además, debía ser capaz de comprender las razones por las que surgía la criminalidad, ya que sólo de esta forma, un policía era capaz de saber cómo actuar, y si hacía falta combatirla o ayudar a los criminales porque, tal vez, los débiles e incomprensidos eran ellos.

Así pues, su trabajo le gustó mucho, y más poder empatizar con la gente, analizarla, estudiarla, comprender su situación y saber de qué forma intervenir.

De hecho, pensó, llevaba más de dos semanas analizando a Astrid, la amiga de su hermano pequeño, porque no sabía cómo incidir en su problema. El caso que le había presentado Jayson era, por si fuera poco, lo más surreal que había oído en toda su carrera, y se le habían presentado no pocos casos que dejarían a más de uno con la boca abierta. Sin embargo, el posado de aquella chica, la forma en que se expresaba cuando hablaba de su problema a cuando hablaba de otros temas... Era perfectamente visible el cambio de humor.

Hasta ahora lo había llamado problema, ya que jamás había escuchado a nadie quejarse de que unos lobos omnipresentes podían atacar en ciertas circunstancias a una persona. De hecho, la primera vez que su hermano le habló de ese caso, se rio por dentro pensando que era una broma. Y sin embargo, encontró un recorte de periódico en el que otra chica, y nada menos que una cantante, también mencionaba la figura de los lobos. Y pondría la mano al fuego si alguien le retaba a encontrar otro caso similar, porque sabía por su trabajo que, ciertamente, no hay dos sin tres.

Así pues, los últimos días, en sus ratos libres o de poco ajetreo, había buscado en los archivos policiales virtuales cualquier información sobre aquellas cantantes que le pudiera ser útil. Logró recopilar mucha información que fue guardando en un documento que luego pensaba enseñar a su hermano.

Abrió su documento privado, en el cual había guardado todos los datos recogidos, y luego volvió a los archivos, observando las fichas de aquellas chicas, cuyas facciones ya había estudiado detenidamente. De hecho, creía haberlo estudiado todo sobre ellas y no encontraba la relación entre ellas y

Astrid, salvo que alguna, en los recortes de aquellas noticias, alguna mencionaba a los lobos. Nada más. Todas eran cantantes, habían residido en distintos puntos del país, se habían retirado. Parecían simples jóvenes talentosas. Nada más. Sin embargo, un impulso la condujo a pedir al programa de rastreo virtual para que analizara sus facciones en busca de coincidencias que se encontraran en el archivo. No sabía qué podía encontrar.

Hasta que lo hizo.

Sólo faltaban dos semanas para que Astrid regresara a Wyoming, pero Jayson temía que la joven no quisiera volver a verle. En todo ese tiempo que estuvieron separados la llamó tres veces y sólo la última de ellas respondió. Al parecer, en Nueva York era la hora de irse a la cama a pesar de que en Wyoming era media mañana. Había prometido que, en cuanto volviera, intentaría ponerse en contacto con él para verse de nuevo, aunque, la verdad, no sabía cómo reaccionarían. Antes, su único vínculo había sido la entrevista. Ahora... ¿qué?

Aunque su reportaje no salió todo lo novedoso que Jonathan había querido al principio, junto con las demás reformas, la revista consiguió vender más números que de costumbre. A pesar de que las ganancias no daban para recuperar al completo los fondos perdidos, su jefe estaba seguro de que la revista podía seguir mejorando.

Apoyó el mentón sobre las rodillas, abrazándose las, y comenzó a reír. No sabía por qué lo hacía, pero se sentía indefinidamente feliz. Su mirada se desvió hacia la pantalla del ordenador. Hacía días que investigaba sobre el Talents Camp, pero no hallaba la conexión que podía mantener con Astrid. Por el momento sólo sabía que mantenían en común lo de los lobos y ovejas, la melodía de la canción y, tal vez, las heridas.

Apagó su ordenador y se decidió a desayunar. Sin embargo, el timbre sonó. Jayson se revolvió el pelo con una mano, se puso los botones de su chaqueta para tapar la parte de arriba de su pijama y fue a abrir. Se sorprendió bastante al ver a su hermana, con las mejillas encendidas por la emoción, agitando una carpeta en su mano derecha con energía.

—¡Jay! ¡Jay! ¡Tienes que ver esto!

No hacía ni dos minutos que había cerrado la puerta, cuando el timbre volvió a sonar. El periodista abrió y vio a Adam y Jonathan sonriéndole sarcásticamente.

—¿Qué, has hecho las maletas?

Jayson entornó los ojos.

—¿Perdona? ¿Las maletas? ¿Para qué?

—¡Te envié un mensaje, tonto! —le recordó Adam levantando las manos.

El chico recordó el mensaje de su mejor amigo que le había llegado esa mañana diciendo que hiciera las maletas. Pero le había parecido que se trataba de una broma, así que hizo caso omiso.

—Te vas a Nueva York. Ahora mismo. Será mejor que te vistas en seguida y hagas maletas, porque tu avión sale dentro de media hora.

Jayson seguía tan perplejo como antes.

—¿Y para qué tengo que ir a Nueva York? —preguntó lentamente, creyendo entenderlo todo.

—¡Para que vuelvas con Astrid! Está claro que quieres ir con ella, no sé qué pasó mientras estabais juntos, pero se ve que quieres estar con ella, así que ve. Te hemos comprado el billete, pero faltas tú. ¡Date prisa, jolines!

La cara de perplejidad se descompuso para oscurecerse y mostrar un enfado horrible.

—¿¡Que habéis hecho qué!?! ¡No puedo ir a Nueva York ahora y así, y menos si me habéis comprado el billete! Es inaceptable, debería pagároslo.

—Claro que puedes, y lo vas a hacer. Sube a vestirte y baja o subo contigo y te visto yo —le amenazó Adam cruzándose de brazos. No había ni rastro de la seriedad que había mostrado aquella tarde en que le había confesado lo de su entrevista con Astrid.

De pronto, los tres hombres se dieron cuenta de que la hermana de Jayson permanecía descolocada en un rincón de la entrada, apenas perceptible. Su euforia inicial había dado paso a un posado de tranquilidad y serenidad propio de su cargo profesional.

—Señores —les saludó. Conocía a Adam de sobra, a Jonathan por todas las veces que Jayson le había alabado estando ella delante. Miró a Jayson y le sonrió. Le tendió la carpeta—. Yo ya me voy, tengo que dejar a mis hijos en el colegio. Quédate tú esto y llámame en cuanto aterrices. Tenemos que hablar de esto; es importante.

Acto seguido, la mujer salió corriendo de casa.

Jayson volvió a mirar a sus amigos, miró la hora en su muñeca y desapareció escaleras arriba.

—¡Ja! Parece un niño feliz —lo comparó Jonathan.

—Es un niño feliz. Y será mejor que se dé prisa, porque con el atasco que hay hoy no creo que lleguemos al aeropuerto en media hora, precisamente.

Jayson bajó en seguida, vestido con unos vaqueros, una camisa blanca, una chaqueta negra y una bolsa opaca en la que había guardado la carpeta que le había dado su hermana.

—¿Y tus maletas? —le recordó Adam, pero Jonathan le cogió del brazo, empujándole al exterior de la casa.

—¡Déjate de maletas! Se va así mismo, y allí ya se comprará algo.

Adam empujó a su amigo al exterior y corrieron al coche de Jonathan, que los esperaba fuera. Durante todo el trayecto, Jayson estaba desconcertado. Hacía tan sólo cuatro minutos estaba en su sofá, pensando en que volvería a ver a Astrid en dos semanas, mientras que en ese momento estaba en un coche camino al aeropuerto, consciente de que iba a ver a Astrid esa misma noche. Pero sólo la iba a ver actuar, así que tal vez debería buscarse algún alojamiento hasta el día siguiente, cuando hablaría con ella sobre lo que le había pasado.

—¿Y qué pasa con el trabajo? Se supone que hoy es lunes, y debería ir a trabajar, y mañana también.

Jonathan le sonrió por el retrovisor.

—Tú ya has terminado tu trabajo.

Por un momento, Jayson descompuso su gesto en una mueca de terror.

—¿Estoy despedido? —soltó, temblando como una hoja y casi se tragó la lengua del susto.

—¡No, bobo! Ya has hecho los reportajes que te tocan, así que te doy una semana de descanso. Pero vuelve, ¿eh? No te quedes en Nueva York.

Jayson sonrió para sí mismo. Y antes de que se diera cuenta, llegaron al aeropuerto.

—Gracias. ¿Cómo voy a poder agradecerérselo? —preguntó asombrado por el comportamiento de su amigo y su jefe.

—Una tarde de chicos con cervezas, pizzas y un partido de béisbol, y estamos en paz —propuso Jonathan, con la corroboración de Adam.

—Sí, vale. En fin, intentaré devolveros el dinero en cuanto sepa el coste del billete y...

—¡Sal de mi coche o perderás el avión! —vociferó Jonathan.

Jayson tragó saliva y obedeció.

Corrió hacia el aeropuerto, buscando la puerta de embarque que mencionada el billete que le había tendido Adam en el coche. En seguida llegó. Y entró en el avión.

Cuatro horas más tarde, sus pies pisaron Nueva York.

Tenía libre hasta las tres, que sería otro ensayo para el concierto. Pero hasta el momento podía estar en su habitación descansando. Ella comía. Le habían traído una bandeja a petición de su madre con un pequeño plato de ensalada, acompañado de un poco de zanahorias.

Astrid miraba la comida con desgana. No tenía hambre. Estaba de acuerdo en que debía hacer dieta, pero dos semanas aguantando platillos como esos, donde los ingredientes de todos los colores posibles provenían del mundo vegetal, la estaba volviendo loca.

Decidió apartar la bandeja media vacía y acomodarse en su cama para ver la televisión. Lo bueno de residir en un hotel de lujo en un estado diferente, es que siempre encontraba programas y canales nuevos, así que se decidió por un *show* cómico donde intentaban hacer reír a un hombre con aspecto tedioso y serio. Ni si quiera se dio cuenta de que se había quedado absorta observando aquel programa, así que cuando sonó su teléfono, dio un brinco en la cama.

—¿Diga? —preguntó riéndose de sí misma.

—Hola, ¿dónde estás?

Astrid se frotó los ojos.

—Martha, ya te he dicho que no puedo ir de compras, tengo un ensayo dentro de una hora.

—¡Joder! Es que con todo el tiempo que llevamos aquí sólo has salido con nosotras dos veces.

Sabía que las había dejado de lado por los ensayos y conciertos, y que no debía ser así.

—Lo siento. ¿Qué tal si quedamos mañana, todo el día?

Martha se emocionó. Se escuchó un gritito de alegría al otro lado de la línea telefónica.

—¡Mañana, martes! ¡Genial! He oído que los martes abre un museo increíble sobre la evolución de la música en la historia. Entonces, ¿mañana quedarás con nosotras todo el día?

Astrid suspiró.

—Sí, ya me las apañaré para decirle a mi madre que mañana no ensayaré nada, y que lo dejaré para el próximo día.

—¡Estupendo, chica! Ya creía que te ibas a quedar sola en el hotel. Entonces hasta mañana. ¿Pero qué digo? Hasta esta noche, vamos a ir a tu concierto, a ver si puedo tomar algunas fotos junto a ti y las subimos a las redes sociales.

La joven cantante rio. Le encantaba estar con sus amigas, y sentía no poder estar con ellas todo el tiempo que quisiera. Pero algún día le haría frente a su dichoso deber que la atormentaba y se escabulliría por unas horas con ellas. Para compensar el tiempo perdido.

Pensó por un momento en el concierto. Había unas cuantas canciones que debía tocar que ni desearía haberlas oído nunca, ya que no eran de su estilo ni le gustaban, pero sus compositores habían hecho un gran trabajo por ella y era lo normal complacerles después del duro trabajo, pensó con ironía. Ni siquiera el vestuario que le eligió su madre le inspiraba, era como un vestido que asemejaba ser medio robot, medio humano. Sin nombrar el maquillaje facial...

Fue hasta su armario a toda prisa y eligió los tres vestidos que más le gustaban. Cogió el vestido con dorso de tafetán y falda de seda azules que servía para llevar pantalones cortos debajo. También agarró el vestido verde sin mangas de cuello abierto y ajustado de cintura con el que bailó una coreografía de danza clásica para sí misma en su habitación, acompañada de una música suya de piano que ella misma grabó para sí misma. Y por último, no se olvidó de su favorito. Un vestido blanco inmaculado con la falda corta fruncida y con pliegues, acompañados del dorso ajustado, sin mangas, con tirantes que se ataban detrás del cuello.

En cuanto tuvo los vestidos preparados, imaginó qué canción de las que había compuesto serviría para cada uno de ellos. Se imaginó una hermosa melodía marchosa para el azul, otra más calmada especialmente para el verde, y una última tranquila y algo triste, aunque con estribillo marchoso para el blanco.

Y acto seguido, subió al piso de arriba, junto al piano, y empezó a cantarlas para sí misma.

Al menos en ese concierto Astrid quedaría satisfecha de su propio trabajo.

Estuvo gran parte del día parando taxis y preguntando si podían llevarlo donde se efectuaría el concierto de Astrid. Salvo algunos que habían arrancado tras decir que aún no empezaba, los demás le informaban que faltan horas para que el concierto empezara y que, si lo llevaban en ese momento, estaría horas de brazos cruzados. Al final, un taxista, sin hacer otro comentario que el tiempo que hacía ese día, lo llevó al destino indicado. Entonces, Jayson comprendió lo que le habían dicho todos. El escenario se estaba montando, los técnicos desfilaban de un lugar a otro dando órdenes, moviendo altavoces y telas de un sitio a otro y algunos estaban colocando un cordón parecido al que usaba su cuñado para precintar un escenario del crimen para señalar el límite de donde podía situarse la audiencia durante el evento.

Se quedó con los brazos en jarra, observando todo aquello y por un momento pensó que no soportaría estar mucho tiempo allí sin hacer nada.

—¿¡Jayson!?! —gritó una voz tras él.

El chico se volvió, pensando únicamente en Astrid, pero se equivocó. Vio a dos jóvenes, una de unos veinte años y otra algo menor, tal vez de dos o tres años menos, caminando rápidamente hacia él.

—¿Qué... qué haces aquí; no estabas en Wyoming?

Jayson sonrió al reconocer a Martha, aunque la otra le resultara desconocida.

—Sí, lo estaba. Pero me han obligado a venir aquí para... hablar con Astrid.

Las dos jóvenes se miraron, riéndose. Por un momento, el chico se sintió incómodo, pero se calmó.

—En pocas palabras, un viaje para reencontrarte con Astrid. Sí, tal vez podamos ahorrarte la espera y llevarte a su hotel. Tal vez se alegraría de verte.

Irene le tiró de la manga.

—No podemos, no tiene ninguna habitación asignada, y además Astrid está trabajando. Quizás podemos llamarla y decirle que está aquí.

Martha frunció el ceño.

—No, y además se supone que ha venido aquí de sorpresa, así que sería un asco fastidiársela. Lo mejor sería entretener a Jayson hasta el concierto, así el pobre no estará tanto tiempo aburrido y solo.

El chico las miró con las cejas enarcadas, sin saber a qué se referían. Martha levantó las manos diciendo que se calmara, y sonrió.

—Tranquilo, que no tenemos pensado hacer ningún trío. ¿Quieres ir a comer algo? ¿O a pasear por algún lado? No te preocupes, seremos puntuales para ir al concierto.

El chico se encogió de hombros.

—Sí, ¿por qué no?

Primero fueron a pasear al famoso puente de Brooklyn. Al principio charlaron sobre Astrid, para tener un tema en común, pero luego decidieron hablar de cosas diferentes, y fueron conociéndose poco a poco. Jayson descubrió que la otra amiga de Martha era Irene, y que las dos habían sido cantantes, pero que su música no era la que los demás deseaban, así que en sus conciertos cada vez hubo menos gente hasta que decidieron hacerse teloneras de Astrid, además de colaborar con los músicos a la hora de componer canciones o con los bailarines a la hora de decidir una coreografía para el concierto de su amiga.

—¿Cómo es ser periodista? —preguntó Irene.

Jayson se rascó la nuca.

—Estresante. Tienes que ir de un lado a otro en busca de la persona a la que quieres entrevistar y preparar un buen tema de conversación para no quedarte en blanco. También tienes que evitar que la persona se sienta intimidada o violenta, porque entonces podrías echarlo todo a perder.

Irene frunció los labios y miró al cielo.

—¿Y cómo es, para vosotras, ser una estrella?

Las dos amigas se miraron.

—Bueno, hablando por nosotras, sólo somos teloneras. No tenemos tanta repercusión mediática como Astrid, pero nos encanta cantar sobre un escenario. Hablando por Astrid... lleva más de diez años dedicándose a esto, y cada vez se la ve más y más cansada, y hay veces incluso en que nos dice que no quiere esta vida, pero otras en que se lo pasa bien y no podemos sino alegrarnos por ella.

Jayson miró al suelo. Se acordó de aquella vez en que le dijo a él también que querría dedicarse a otra cosa antes que a ser estrella. Y luego pensó en el tema de sus heridas. Y no pudo contenerse.

—¿Sabéis si alguien quiere hacerle daño a Astrid?

Las dos amigas se quedaron quietas, asombradas por la pregunta. Jayson supo la respuesta, así que quiso corregir su pregunta, pero las jóvenes abordaron el tema.

—No, ¿por qué? ¿Le ha pasado algo? ¿Alguien le hace daño?

Jayson sonrió, queriendo desaparecer de allí. Desde que había empezado a preocuparse por la cantante, se había convertido en alguien muy indiscreto, y a veces se odiaba por ello en cuanto veía las reacciones de sus receptores.

—No, no le ocurre nada. Era sólo para saberlo. Hay veces en que alguien crea atentados contra los famosos, y lo decía por... seguridad.

—No, que nosotras sepamos, no. Pero se lo podemos preguntar.

Jayson miró al suelo, y eso fue lo que preocupó a las dos amigas, que se acercaron a él.

—Jayson, ¿hay algo que sepas de Astrid que ella no nos haya contado? ¿Algo grave, relacionado con alguien que le haga daño?

El chico se encogió de hombros.

—Hay algo, pero le prometí a Astrid que no lo hablaría con nadie — <<idiota>>, se dijo a sí mismo mentalmente, <<bocazas>>.

Irene se adelantó a Martha:

—Jayson, suéltalo, por favor. Nosotras nos preocupamos también por Astrid. Queremos ayudarla.

El chico respiró hondo. Sabía que tenían razón.

—Tiene muchos moratones en la nuca y en las costillas. No sé de qué son, y ella tampoco sabe cómo se los ha hecho.

Las dos amigas se quedaron inmóviles. Finalmente, fue Martha la que reaccionó.

—¡Anda, esos moratones! Me acuerdo del verano pasado, cuando fui a su casa y nos bañamos en la piscina. Me pareció verle algo en la nuca. Pero ya los tenía desde entonces, ¿no se le han curado?

Jayson entornó los ojos.

—Los que tiene no pueden ser de hace tanto tiempo. Además, hay algunos que son... recientes.

Irene desenchajó la mandíbula.

—¿Qué? ¿Quién se los hace, ella misma o alguien? Y si fuera alguien, ¿cómo y por qué se los hace?

Martha miró su reloj, frunciendo el ceño.

—La pregunta de ahora es: ¿llegaremos a tiempo al concierto,

considerando lo lejos que estamos?

—¿Tan lejos estamos? —se extrañó Jayson.

—¡Sí! Estamos en Brooklyn, mientras que el concierto es en Manhattan. Y comienza dentro de una hora, así que ya podemos ponernos las pilas.

Jayson se mordió el labio inferior, mirando el tráfico.

—Supongo que vosotras no tendréis enchufe para llegar a los sitios rápido, ¿verdad?

Martha lo miró como si no supiera nada de ese mundo.

—Eso siempre depende el tráfico que haya... a no ser que tengas un helicóptero en tu bolsillo —rio de su propio ingenio y se encogió de hombros.

—Bien, pues cogeremos un taxi —propuso Jayson, alejándose un tanto para poder ver si pasaba algún taxi libre.

Se detuvo en una acera, atento por si avistaba algún taxi que estuviera libre mientras las dos amigas de Astrid estaban algo alejadas de él, hablando. Sin embargo, no pudo sino sonreír respecto al comentario que dijo Irene en voz baja, aunque él pudo oírlo perfectamente:

—¡Menudo “amigo” tiene Astrid! ¡Está buenísimo!

—Cállate, ¿quieres? —le pidió Martha.

No mucho después, Jayson vio llegar a un taxi, y le hizo señas para que los recogiera. Cincuenta minutos después estaban en el concierto.

Cogió sus pendientes favoritos y se los puso. Eran pequeños micrófonos cubiertos de purpurina azul. Luego se pintó los labios de un color rojo escarlata. A su madre no le gustaba mucho ese color, porque decía que se notaba mucho incluso de lejos. Pero estaba segura de que con los tres vestidos que había elegido, el color contrastaría bastante.

En el ensayo de las cuatro les había dicho que sólo cantarían una canción que le habían compuesto para ella, ya que Astrid había compuesto tres que pensaba cantar esa noche. Le asignaron un pianista y un guitarrista para las canciones que ella había indicado.

La joven se miró una vez más en el espejo. Había pedido expresamente

no llevar el disfraz de robot, pero le habían dado uno quizá más estafalario que el otro, absolutamente negro, con las extremidades horondas y con bordados dorados y plateados. Su ropa se trataba de pantalones campana plateados con purpurina, igual que una chaqueta del mismo color que llevaba puesta encima de una camisa blanca. Sus botas negras eran lo que más molaba, eran típicas de los años ochenta, con tacón muy grueso y alto. Esperaba poder terminar cuanto antes aquella canción, puesto que ya le dolían los pies y acababa de calzárselas. La canción que le habían compuesto para cantar con aquella monstruosidad puesta trataba de una fiesta de disfraces donde nadie era quien creía ser. Después debería ir corriendo al vestuario a cambiarse de ropa para la siguiente canción. Su canción.

Se remarcó la raya de los ojos, avivándolos. Y luego, se puso el antifaz negro con los extremos decorados con pequeños diamantes falsos. Tenía el pelo recogido en un moño bastante adorable, con el flequillo suelto y el cabello de las sienes, recogido tras las orejas.

Cuando terminó, salió de su autobús-camerino y se dirigió hacia detrás del telón. Desde allí podía escuchar los gritos de emoción de todo el público. Se humedeció los labios, calentó un poco la voz y cogió un micrófono para prepararse.

Los bailarines fueron los primeros en salir. Ellos incluso iban mucho más ridículos que ella, algunos hasta parecían pavos con tacones y pelucas. El público calló un instante, viendo la coreografía inicial. Todos bailaban al unísono, preparándose para el momento en el que le tocaba salir a Astrid. Cuando todos los bailarines se pararon para dar emoción al momento, unas máquinas echaron humo de color por el escenario, y entonces salió Astrid. Avanzó hasta situarse delante de todos ellos, quedándose inmóvil unos instantes. Y luego, cuando la música prosiguió de nuevo, se puso a cantar. El público enloqueció. Al final de la canción, como para verificar que en esa fiesta de disfraces nadie era quien decía ser, todos los bailarines se quitaron las máscaras. Incluso a Astrid, aunque sabía que a ella no le tocaba eso.

Cuando terminó la música, las luces del escenario se apagaron, dando el tiempo posible a los bailarines para irse corriendo a su autobús para cambiarse, algunos para no volver a salir, ya que no les tocaba hacer nada más. Pero Astrid entró como un relámpago en el suyo y se quitó la ropa a toda prisa. Tenía preparado el vestido encima del tocador. Además, creía que tampoco debía maquillarse más, o quitarse nada, así que sólo se puso el vestido y en dos minutos estuvo lista, más los tres en que estuvo concentrada

en arrancarse los zapatos de los pies.

Volvió a aparecer en el escenario antes de que las luces se abrieran, y de algún modo, eso sorprendió al público.

Detrás de ella se preparó uno de los bailarines con una guitarra eléctrica, dispuesto a tocar la canción marchosa. Antes de cantar, Astrid dio una vuelta para hacer volar la falda de su vestido azul. Luego empezó. Y terminó antes de que se diera cuenta. La letra salía de su boca como si nada, afinando a la perfección y dándole un toque roquero en algunas partes, algo que no estaba ensayado en absoluto pero que le hizo triunfar. En un momento se volvió para observar al guitarrista, quien le sonrió, dando a entender que aquélla era una buena canción.

Luego vino la siguiente con el vestido verde. Esta vez, el mismo guitarrista tocó la melodía con una guitarra normal.

Por último, llegó la última canción y, por tanto, su vestido favorito. Se lo puso rápidamente y esta vez se soltó el pelo, ya que todavía lo llevaba recogido.

Colocaron el piano a toda prisa y el pianista empezó a tocar. Primero unas simples notas tristes y agudas. Luego, esas mismas pero incorporando la melodía completa. Paró unos segundos para dar paso a Astrid, pero ésta decidió que esa vez empezaría a cantar tras el telón. Y así lo hizo.

Cantó dos versos y luego salió caminando lentamente, expresando en su rostro la melancolía y emoción que sentía interpretando aquella balada. Sin embargo, al primer estribillo giró la cabeza, dejando ondear su pelo.

En la segunda parte, estuvo apoyada en el piano, volviéndose hacia el pianista varias veces y sonriéndole. Pero a la llegada del segundo estribillo, se situó en el centro del escenario.

El final se acercaba, y eso significaba realizar las notas más agudas. Para llegar a esas notas afinando correctamente, levantó un brazo dando emoción, y moviéndolo levemente. Luego, se llevó la mano al corazón.

Las notas agudas pasaron, y luego regresó el piano. Astrid estuvo en el escenario, apartándose el micrófono de los labios para que no se oyera su jadeo por los altavoces, pero sonrió al público. Escuchó la melodía concluyente del piano y luego las primeras simples notas del principio de la canción, acompañadas de otras marcando el final. Luego, la oscuridad y el silencio se apoderaron del escenario.

El público estalló en aplausos un buen rato, y Astrid se quedó a saludar. Y de algún modo eso la benefició, porque pudo fijarse en la gente que había

ido a verla.

Y entonces lo vio a él.

Estaba junto a sus dos amigas, quienes gritaban alzando las manos. Pero él estaba tranquilo, sonriéndole sin cesar y aplaudiendo como alguien más entre el público. El corazón de Astrid latió con más fuerza. Y entonces desapareció del escenario.

Su madre trató de detenerla para hablarle de algo que, en ese preciso instante, carecía por completo de importancia para ella. A pesar de que la mujer la cogía de la mano para avisarla de que el gerente de la discográfica quería hablar con ella sobre su nuevo disco, ella se zafó de su madre. Quería correr hacia Jayson. Había muchas preguntas que quería hacerle, sobretodo saber qué hacía en Nueva York.

En cuanto salió de detrás del telón, supo que no había sido una buena idea. Una manada de gente, tanto fotógrafos y periodistas de la televisión, como fans armados con libretas y bolígrafos, se le echaron encima, y en vez de oír las súplicas, preguntas y felicitaciones, sólo oía un coro de gallinas alarmadas. Se quedó inmóvil, sonriéndoles y mirando por dónde podía salir, pero vio que era completamente imposible, ya que la habían rodeado.

Por un momento, Astrid llegó a experimentar una verdadera claustrofobia.

—¡Astrid! —escuchó tras ella, viendo hacerse paso entre empujones a Martha, luego a Irene y, finalmente, a Jayson.

La aludida sonrió emocionada, olvidándose por completo de los paparazzi y dejó que sus amigas la abrazaran, felicitándola. Jayson se mantuvo al margen, esperando su turno. Irene se hubiera quedado más tiempo abrazada a su amiga, pero miró de reojo al chico, y después Martha la apartó de un empujón.

Astrid se quedó mirando a Jayson, quien estaba a seis pasos de ella y le sonreía a su vez.

—Hola —la saludó sin saber qué decir.

—Hola.

—Has estado muy bien.

Entonces, un impulso de Astrid hizo que corriera a los brazos de Jayson, quien la abrazó sin dudarle siquiera. Y entonces sintió aquella paz que tanto había echado de menos.

—No sabía que habías venido. Si hubiera sido así, hubiera ido a por ti mucho antes.

—Ya, ni yo sabía que iba a venir, ha sido completamente improvisado. Pero ahora estoy aquí contigo y... tengo una semana de vacaciones.

Astrid levantó la mirada y no pudo sino sonreírle, reconociendo esa frase. Le rodeó el cuello con los brazos, visiblemente emocionada, y en un impulso le besó.

En un momento, Jayson se separó unos milímetros de ella para recuperar el aliento y aprovechó para preguntar:

—¿Qué pasa con las cámaras?

Astrid recordó aquella sensación que había tenido en la habitación del hotel, cuando la televisión estaba encendida y ella se había evadido del mundo por completo. Realmente aquello era lo que le había sucedido en cuanto había visto a Jayson allí. Con ella. A su alrededor, el ruido volvió a materializarse, los paparazzis los fotografiaban sin cesar, preguntando a gritos si mantenían una relación, y los fans coreaban enloquecidos, satisfechos por haber presenciado aquel romántico momento. Astrid sonrió. Nada de aquello tenía más importancia que la persona que tenía enfrente de ella en ese momento. Rodeó el cuello de Jayson con sus manos y lo miró a los ojos.

—Ya se cansarán —admitió.

Y se besaron de nuevo.

El dolor

Allí se estaba asfixiando. Le faltaba el aire. Le costaba respirar. Tenía mucho frío. El olor a moho se internaba por sus fosas nasales.

Le dolía absolutamente todo y le faltaban fuerzas para seguir viviendo. Estaba tumbada boca abajo en un suelo frío. Había perdido la noción del tiempo. La comida iba y venía, igual que las voces. Había muchas voces en ese sitio. Algunas ruidosas, otras silenciosas. Y la música. Esa horrible música la acompañaba en sus desvelos.

El hedor de su falta de limpieza inundaba esa habitación. Aquella puerta sólo se abría para darle comida. Nada de caridad. Nada de piedad. La habían abandonado en ese sitio para que muriera y se pudriera. Las voces no paraban de decir que había fracasado, que todo era su culpa, que aceptara su destino y su soledad. Estaba sola. Bueno, lo estaba mientras no venía él.

El lobo...

Hubo un tiempo en que había temido al lobo. Lloraba y gritaba cuando venía. Sentía dolor, angustia, pena, terror y pánico. Miles de sentimientos negativos se apoderaban de ella en cuanto ese monstruo la tocaba. La hacía sentir como una muñeca de trapo desgastada, inútil, que estaba a su merced y a la que esa bestia podía usar y malgastar como quisiera. Huir era imposible. Enfrentarle aún más. No podía hacer nada. Sólo aceptar que había perdido.

Volvió a escuchar la música. Aquella música de sus pesadillas que acompañaba aquella horrible canción. Aquella música casi siempre significaba que las voces le cantarían aquel horrible cuento. Aunque también, algunas veces, significaba algo mucho peor.

Y, al no oír ninguna voz, supo que había llegado el lobo.

En cuanto la tortura de éste terminó, la televisión se encendió de nuevo, alumbrando la habitación, y las voces del coro inundaron la estancia, recordándole que debía seguir practicando su canto al son del profesor que, con una candorosa sonrisa, gesticulaba al otro lado de la pantalla.

Astrid dejó a sus amigas en la recepción para que se encargaran de anunciar que Jayson iba a quedarse una semana en la habitación de la cantante, añadiendo así una cantidad extra en el presupuesto para acabar de convencer al recepcionista. Mientras, los dos jóvenes iban cogidos de la mano, camino a la habitación de Astrid.

Cuando abrió la puerta, la expresión del rostro de Jayson fue mucho mayor que la que mostró Astrid cuando llegó allí. Notó que él jamás había visto una suite con sus propios ojos, y se rio de su gesto de asombro.

—¿Tú vives aquí? —preguntó entrando y dando una vuelta sobre sí mismo para admirar el salón.

—Por un mes —admitió sin más, encogiéndose de hombros.

Dejó que Jayson inspeccionara todas las áreas de la suite. Mientras, ella corrió hacia su habitación.

Encima de la mesita de noche seguía teniendo el sobre de Sarah Whiver, con la carta y la fotografía dentro. Sacó la segunda y la inspeccionó de nuevo. Aunque no se viera del todo bien, se podía observar la figura de la persona que estaba detrás de la cantante desaparecida. Era una forma esbelta, de largos cabellos negros y cara alargada.

Luego extrajo la carta.

Tan sólo pudo leer las dos primeras frases, ya que Jayson irrumpió en la habitación. Astrid dejó el sobre con su contenido en el cajón de su mesita de noche, determinada a leerlo en cuanto pudiera. Esa noche quería centrarse en él. Ambos quedaron a dos metros de distancia, observándose.

—¿Estás bien?

Astrid asintió.

—¿Y tú?

—También.

La joven se acercó a él y lo tiró del brazo hasta sentarse en el extremo de la cama. Cogió su mano con fuerza.

—He... estado investigando un poco mientras tú estabas aquí. He encontrado algunos datos curiosos que tal vez te interesen —empezó Jayson.

—¿En serio? No puedo creer que hayas hecho eso por mí a pesar de tener trabajo.

Jayson movió la mano señalando que le restara importancia.

—No ha costado nada, el trabajo ya estaba hecho de todos modos.

Astrid sonrió. Jayson la besó. Y el resto surgió solo.

Al final, los leves gritos de placer apaciguaron los aullidos de los lobos, que estaban decididos a atacar de nuevo.

Interludio

Un grito escalofriante desgarró el silencio sepulcral que la rodeaba. Empezó a temblar, tal vez de frío, tal vez de miedo. Su corazón latió a toda velocidad. Sentía que, de un momento a otro, podía salirse del pecho. Había alguien más no muy lejos de ella, pidiendo ayuda a gritos. Era la primera vez que escuchaba algo así. Ella ya había pedido ayuda en diversas ocasiones, pero jamás nadie había respondido. Y por primera vez, sabía que no estaba sola en ese sitio. Que alguien más, como ella, estaba encerrada allí. Intentó gritar para llamar la atención de aquellos gritos, pero su voz, destrozada por el cambio brusco de temperaturas, la sed y la mala alimentación, se negaba a salir de sus cuerdas vocales.

Escuchó cómo alguien se acercaba a toda velocidad. Mantuvo la respiración por largos instantes, deseando que no fuera el lobo.

No obstante, no fue así. Escuchó una débil voz que la llamaba desesperada. Una leve sensación de calidez se apoderó de ella. ¿Esperanza de vivir? ¿Alegría de tener compañía? ¿Poder escapar? Ya no sabía qué significaban esos sentimientos, la positividad y el optimismo la habían abandonado. Sólo el instinto de supervivencia hizo que se incorporara y empezara a golpear la puerta con fuerza y sollozar para que la voz supiera que había alguien allí. Que alguien con vida estaba allí. La puerta se abrió con un chirrido y un chorro de luz la cegó. Tuvo que taparse los ojos, había vivido tanto tiempo en la oscuridad que aquella iluminación le dolía.

Poniendo las palmas de las manos sobre sus ojos a modo de visera, observó a una figura retorcida y tambaleante, frágil y esbelta que luchaba por decir algo con claridad. Sus gemidos desesperados le impedían formar una sola frase con sentido. Olía bien, a exterior, parecido al que entraba por su ventana cuando llovía. Sin embargo, su aspecto era lamentable. Estaba llena de moratones y heridas abiertas, como si el lobo la hubiera visitado diez veces en un día. No pudo evitar sentir escalofríos al pensar en cómo se sentiría si ella sufriera tanto en tan poco tiempo. La niña siguió intentando

hablar. Al final se rindió. Bajó la cabeza y escupió al suelo algo que tiñó de rojo un trozo del suelo de piedra. Le tendió una mano cerrada en un puño y lo abrió, dejando al descubierto un tesoro que, para ella, siempre había sido inalcanzable.

Una llave.

—Abre... todas... las puertas —le informó la chica entre grandes esfuerzos.

Dicho esto, ambas escucharon un grito lejano y la chica se levantó a toda prisa y salió de la habitación, dejándola a ella sola de nuevo, pero con la puerta abierta...

Entonces tomó la decisión. Huir a toda costa.

Se agarró del pomo y con toda la fuerza que pudo, se incorporó. Ignoró los dolores que la perseguían a causa de las visitas del lobo y la decadencia de la habitación, y salió...

Vio lo que parecía ser un corredor bastante largo con varias puertas y dos desviaciones a ambos lados al final del pasillo. No vio a la chica que le había entregado la llave por ningún lado, por lo que pensó que habría ido hasta el final del pasillo.

Justo en ese mismo instante escuchó un ruido extraño, como los que oía cuando alguien le propinaba dolor. Luego, una serie de gritos desgarradores. ¿El lobo? Aunque le tentaba mucho la idea de ir hasta allí y vengarse, matar al lobo y huir, sabía que era una idea estúpida. Sólo quería salir de allí, huir y pedir ayuda. Se metió la llave en la boca y la colocó debajo de la lengua, así no la perdería.

Dio media vuelta, buscando otra salida que no la llevara hasta el origen de aquellos gritos, pues lo que menos deseaba en ese momento era encontrarse con el lobo cara a cara, pero ya la estaban esperando.

Un hombre corpulento la agarró con fuerza por las muñecas, obligándola a detenerse. La niña no tenía fuerzas para defenderse, pero luchó como pudo, intentando zafarse de aquellas manazas y de aquella fuerza que la superaba por mucho. Desistió, viéndose derrotada, y se sentó al suelo, tapándose la cara con las manos y sollozó.

El hombre y la mujer que lo acompañaba la cogieron y la metieron de nuevo en aquella habitación oscura y húmeda. La mujer le agarró el cuello con fuerza mientras le gritaba algo que para ella resultaba ininteligible. Ni siquiera podía notar las salpicaduras de saliva que rozaban su rostro a cada alarido que soltaba aquella persona. Entornó los ojos e hizo un esfuerzo para

entender. Le preguntaba cómo había salido de allí. La mujer se apartó y el hombre ocupó su lugar. La agarró del cuello fuerte y estampó su nuca contra la pared. El golpe hizo que perdiera el sentido de todo por un momento. Cuando lo recuperó, la mujer se erguía ante ella con asco. Se dirigió junto al hombre hacia la salida, no sin antes canturrear:

—Que tengas dulces sueños, mi querida ovejita.

La puerta se cerró con un estruendo. Volvía a estar sola.

Movió la lengua y sonrió. Allí seguía estando la llave. Su llave. Su libertad. Por primera vez, volvía a sentir aquello que había perdido hacía mucho.

La esperanza.

La verdad

Astrid gritó en sueños y estuvo a punto de saltar de la cama del susto si no fuera porque una mano la sujetó del brazo manteniéndola en la cama, mientras con la otra le palpaba la cara con suavidad para despertarla.

—Astrid... ¡Astrid!

La joven abrió los ojos, jadeante. Miró el lugar en el que se encontraba. Su habitación del hotel. En la cama. Con Jayson. Se frotó la frente sudorosa y resopló.

—He tenido una pesadilla.

Jayson rio.

—Ya lo he visto. Me has asustado; creí que te ocurría algo.

Astrid se sintió un poco molesta, pero apoyó la sien en la almohada. Jayson la miró divertido y la animó a que le contara de qué iba el sueño.

—Me ha pasado algo, de hecho. Mi pesadilla era como un recuerdo. Sé que eso que he soñado me pasó en ese lugar oscuro. Pero no era tan oscuro en realidad. Era una casa, y me tenían encerrada en una habitación.

Jayson la besó suavemente en la frente, dejando que siguiera.

—¿Y qué pasó?

—Que escuché un grito. Alguien me sacó, pero me devolvieron a dentro. El chico se incorporó en la cama.

—O sea que... ¿le viste la cara a esa persona?

La joven negó con la cabeza.

—Puede, pero no lo recuerdo. Siempre que sueño, veo las caras borrosas. Me es imposible reconocerlas. Pero sí sé que eran un hombre y una mujer.

—¿Quieres que hablemos con mi hermana? —propuso Jayson, pasándole

un brazo por la espalda.

Astrid volvió a negar con la cabeza.

—No, todavía no. No recuerdo perfectamente sus caras, y si me pidiera una descripción detallada y perfecta no podría dársela. Seguro que me inventaría cosas.

Jayson la acercó de nuevo a él y la estrechó contra su cuerpo, besándola.

—Bien, pues seguiremos investigando.

Astrid se frotó los ojos y apoyó la cabeza en el pecho de Jayson.

—¿Qué hora es?

—Creo que... las dos. No, las dos y media pasadas. ¿Quieres volver a dormirte?

La joven se encogió de hombros.

—No sé si lo conseguiré. ¿Tú quieres volver a dormir?

Jayson rio en voz baja.

—Bueno, me costará bastante poder volver a conciliar el sueño, pero puedo intentarlo.

—¿Me cantas una nana?

El chico la miró divertido ante aquella propuesta.

—¿No eres un poco mayorcita para eso?

—Es que a mí nunca me han cantado una. Mi madre me enseñaba nanas para que me las cantara a mí misma. Decía que así era más fácil enfrentar al sueño que con alguien más en la habitación conmigo.

Jayson le acarició la cabeza.

—¿No? Bueno, yo no sé cantar muy bien.

—No importa.

El chico se humedeció los labios, pensando alguna canción que le hubieran cantado de pequeño, y empezó por tararearla, sin saber cómo sonaría. Luego se la cantó. No lo hizo muy alto, su voz casi parecía un susurro en la noche, pero notaba a Astrid pegada a él y su respiración se ralentizaba a cada frase de la canción.

En cuanto terminó, la chica le cogió una mano y le miró a los ojos.

—Si me hago más mayor y seguimos siendo amigos, ¿querrás casarte conmigo?

Jayson la observó, sorprendido por esa pregunta a las tres menos cuarto de la madrugada. No obstante, la besó tiernamente y sonrió.

—Claro, nos casaremos.

Acto seguido, Astrid se durmió. Media hora después, Jayson cerró los

ojos, sintiendo que en esa habitación, justo en esa cama, tenía todo lo que quería y necesitaba para vivir plenamente.

Astrid decidió tomarse aquella semana de vacaciones.

Por suerte, el último concierto de la gira ya había acaecido y su madre había escogido el tiempo restante para todas las entrevistas que le quisieran hacer a su hija.

Sin embargo, Jayson había viajado hasta Nueva York por ella, y no concertó ninguna aparición en los medios.

Decidieron, a pesar de las pocas quejas de Jayson, ir de compras. Astrid se lo había prometido a sus amigas aún sin saber nada de la llegada de su chico, por lo que no tuvo más remedio que ir.

Antes de comer, Martha e Irene entraron en la última tienda, mientras Astrid y Jayson se quedaban fuera paseando cogidos de la mano.

—¿Y qué es eso que has estado investigando? —preguntó Astrid, perdiéndose de nuevo en el azul de los ojos de Jayson.

—Es sobre un campamento bastante viejo. Allí había monitores que usaban el método de las ovejas y el lobo.

—¿Es un método?

—Bueno, para ellos, sí. Los alumnos eran huérfanos. Los monitores los llamaban ovejas para simular que, si se portaban mal, el lobo los castigaría.

Astrid se mordió el labio inferior, imaginándose.

—¿Qué castigo?

—Dolor —hizo una pausa para respirar hondo, ya que recordar las imágenes descriptivas de las escenas que le relató Copper le hicieron tragar saliva—. Les hacían moratones y arañazos profundos con unos guantes especiales.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Quiero decir... ¿por qué ellos y yo tenemos todo eso en común, si ni siquiera sé nada de ese campamento?

Jayson se encogió de hombros, pero al ver su preocupación le pasó un brazo por la cintura.

—Lo cierto es que no lo sé. Estoy intentado descubrir la relación entre

toda tu historia y la de ese campamento. Aunque tal vez, puede que en realidad no tenga nada que ver contigo.

Astrid inclinó un poco el cuello.

—Sí, puede que sea cierto. En fin, yo también he investigado un poco.

—¿Ah, sí? —Jayson se volvió para mirarla—. ¿El qué?

La joven le tiró de una mano hasta acercarlo a un banco.

—Ven, vamos a sentarnos allí.

En cuanto se hubieron acomodado, empezó a relatarle todo lo que había encontrado sobre las jóvenes famosas retiradas. Le explicó su preocupación acerca de sus desapariciones y también que había visitado la casa de Sarah Whiver, donde halló fotografías de ella repleta de moratones y hasta arañazos. Jayson se interesó por el tema.

—¿Ves? Eso es justo lo que hacían en el campamento: moratones y arañazos. Pero, si lo que le sucedió a Sarah Whiver tuvo algo que ver con el campamento, ¿qué hizo ella para recibirlo? ¿Y tú? ¿Por qué te salen moratones solos?

Astrid se encogió de hombros.

—No lo sé. Lo único que tengo claro ahora mismo es que me extraña bastante que no se las volviera a ver más. Normalmente, cuando una estrella se retira sigue saliendo en los periódicos y revistas para explicar cómo le va la vida fuera del estrellato, y aunque dijera que no quiere salir en la prensa, mientras su figura se mantenga en la mente de la gente, los periodistas la seguirían incluso una temporada después de la retirada.

—¿Y de verdad no hay ningún registro en cualquier medio de comunicación de alguna noticia que hable de ellas después de su retiro?

Astrid sacudió la cabeza.

—No... desaparecieron sin dejar rastro.

Astrid apoyó las manos en su regazo, visiblemente compungida.

—No lo sé. Lo cierto es que es bastante raro. Y, además, la gente ya lo ha olvidado. Ya no interesan las estrellas de antaño, así que vamos a tener algo difícil lo de averiguar la respuesta. Pero, ¿estás segura de querer investigarlas? ¿Por qué crees que pueden ser importantes?

—Porque todas ellas saben algo de los lobos y las ovejas. Y quiero saber por qué.

—Y lo investigaremos en regresar a Wyoming, ¿no? ¿O quieres empezar ya?

Astrid miró al suelo, humedeciéndose los labios.

—Un momento —se disculpó antes de levantarse y entrar en la tienda en la que estaban sus amigas. Varios minutos después, salió de nuevo. Le tendió la mano con una sonrisa ensanchada—. ¿Vienes conmigo? Creo que podemos ir a comer a un lugar que te gustará.

No tuvieron que caminar mucho para llegar al cibercafé que Astrid conocía. Al principio Jayson se quedó algo extrañado, pero fue entendiéndolo.

—¿Por... por qué vamos a un cibercafé? Aquí no preparan comidas...

—No, pero sí hacen bocadillos. Aunque, si no te va bien siempre podemos...

—¡No, qué va! Está bien, y además aquí podemos seguir investigando, ¿no?

Astrid asintió conforme. Se sentaron frente a un ordenador. Tras encenderlo, entraron en una página de internet.

—¿Qué quieres buscar exactamente? —Jayson todavía no lo veía muy claro.

—Quiero ver si esas chicas todavía existen en alguna parte o han desaparecido de verdad.

Tecléo <<desapariciones misteriosas>>. Tras pulsar el botón de buscar, ante ella aparecieron muchos enlaces a webs de la policía de diferentes Estados, blogs y organizaciones que colgaban fotos virtuales de personas desaparecidas de todas las edades. Astrid clicó un enlace que la derivó a una página repleta de fotografías de niños y niñas de años atrás que habían sido archivadas y, seguramente, olvidadas. Por el mensaje que ofrecía la página, a todos se les daba por muertos. Sin embargo, creía que no encontraría nada de utilidad.

Jayson miraba la pantalla de la cantante mientras le daba vueltas a todo lo relacionado con Astrid. Sus heridas, el lobo, las ovejas... Creyó haber dado un paso muy grande al hablar con Cooper, el superviviente del Talents Camp, pero no lograba establecer una conexión real entre él y la joven. Se volvió para centrarse en su pantalla, aún apagada, cuando recordó que llevaba una bolsa en la que había una carpeta que su hermana, nerviosa, le había dado antes de irse y que él, por alguna cuestión en particular, había olvidado por completo. De pronto empezó a temblar, pensando en si la respuesta que buscaba se encontraba en esa carpeta. Sin embargo, algo lo detuvo. Le había jurado a Astrid que su hermana no se metería en su investigación. Sin embargo, aquello lo había encontrado por propia voluntad, así que, ¿qué más

daba?

Abrió la bolsa y sacó la carpeta anaranjada. Dentro había unos cuantos informes con fotografías adjuntas. Reconoció las caras de las artistas que habían ocupado sus mentes en los últimos días... Pero luego había otras fotografías de niñas...

Fue pasando las hojas hasta que se paró al ver la fotografía en blanco y negro de una niña de unos cuatro años vestida de blanco y con unos rizos y lazos típicos del siglo anterior, con un ramo de flores entre las manos. Prestó atención a su cara, a la forma de las mejillas, en sus ojos, su nariz... Le resultaba bastante familiar. Miró el pequeño texto escrito en negrita que había más abajo: <<Miriam Summer, desaparecida en 1948. Su casa fue hallada quemada, junto con los restos carbonizados de sus padres y hermanos. No hubo rastro del cuerpo de la niña. Caso archivado>>.

Se sobresaltó cuando Astrid lo besó en la mejilla.

—Creo que voy a pedir algún bocadillo para comer. ¿Tú de qué lo quieres?

—Me da igual. Elige tú por mí, me gusta todo.

La chica se levantó de su asiento y se dirigió a la barra donde empezó a pedir, esperando con los brazos apoyados en la superficie de madera mientras hacían la comida. Jayson aprovechó para seguir mirando las fotografías.

Encontró un informe de una tal Brenda Kallum, desaparecida en el 1963, cuya casa fue quemada, con su madre viuda en su interior. También vio una fotografía de otra chica desaparecida antes o después de que su casa fuese quemada, pero en este caso hallaron el cadáver de su padre, medio carbonizado y con heridas violentas recientes. La chica desapareció en 1970. Halló una última niña, la cual desapareció el 1986.

También su casa había sido quemada.

Y todos los casos habían sido archivados alegando el mismo motivo: presunta muerte de las desaparecidas.

Jayson se quedó de brazos cruzados, ojeando aquellas fotografías y leyendo una y otra vez las descripciones que presentaban los informes que las acompañaban. El último papel se encontraba en el fondo de la carpeta, doblado por la mitad y escondido en el pliegue de la carpeta, tal vez como una medida de seguridad para que no desapareciera. El periodista lo agarró y desdobló. Su contenido eran todas las fotografías anteriores. Relacionadas.

Astrid no tardó en regresar con dos bocadillos de queso en un plato. Dejó el plato entre los dos para que ambos pudieran llegar a la comida. La chica

devoró hambrienta su bocadillo mientras observaba cómo Jayson observaba ojiplático un montón de hojas de papel.

—¿Qué te ocurre? ¿No tienes hambre?

Jayson volvió a la realidad. Observó agradecido el bocadillo que le había traído y le dio un mordisco gustoso. Luego le tendió todos los informes, para que los revisara. Astrid los observó, sin hacer preguntas.

—¿Ves a esta niña? —inquirió Jayson señalando la fotografía de Miriam Summer.

—Sí.

—¿La reconoces?

Astrid entornó los ojos visiblemente extrañada por la pregunta, y miró atentamente la fotografía. Negó con la cabeza.

—¿Te acuerdas de que Sarah Whiver se hizo famosa en el 1948, a los cinco años?

Astrid asintió con la cabeza. El periodista prosiguió con su hilo discursivo.

—Miriam Summer desapareció en 1948... a los cinco años —sentenció mostrándole la hoja doblada. Ésta relacionaba todas las fotografías de las niñas desaparecidas con las artistas retiradas. Una frase escrita en tinta negra rezaba: “Son la misma persona. Todos los casos están archivados”.

La joven se quedó unos segundos inmóvil. Luego reaccionó.

—¡Joder! No puede ser...

—Pues sí —suspiró el periodista—. La desconocida Miriam es en realidad Sarah Whiver.

La chica estuvo a punto de caerse de la silla de la sorpresa.

—¿Qué? Pero... no es posible. Allí decía que los padres de Miriam murieron quemados en su casa, junto a sus hermanos.

Jayson se humedeció los labios.

—Posiblemente raptaran a Miriam y quemaran la casa poco después.

—Pero..., ¿por qué se convirtió en Sarah y desapareció otra vez? Y lo más importante, ¿por qué nadie se dio cuenta de que eran la misma persona, si el caso estaba abierto en ese tiempo?

El joven se encogió de hombros.

De pronto, Astrid lo miró entornando los ojos.

—Por cierto..., ¿de dónde has sacado todo esto?

Empezó a jugar con los dedos, nervioso, sin saber cómo reaccionaría Astrid en cuanto supiera que su hermana estaba más metida en el tema de lo

que ella quisiera.

Como si hubiera escuchado su llamamiento, el teléfono de Jayson sonó. Era su hermana.

—¿Dais?

Astrid supo, en ese momento, la colaboración de la aludida en su caso. Se sintió cohibida, como si Jayson le hubiera mentado. Sin embargo, miró el papel. Aquello podía suponer un avance. Luego miró al periodista y el teléfono. Su curiosidad la mataba. Se acercó a él y pegó su oído a su teléfono, para escuchar todo lo que pudiera.

—Sí, ya sé que no te llamé, lo siento... —se disculpó el chico.

—Es igual. ¿Has todos visto los informes? —Astrid puso los ojos en blanco al oír como aquella mujer remarcaba la palabra <<todos>>.

—Sí, los he visto.

—No lo he adjuntado porque no tuve tiempo..., pero hay un archivo en el que se abrió una investigación para descubrir la relación que había entre una de esas cantantes y la niña desaparecida. El caso se resolvió extrajudicialmente y un hombre, creo que era el representante de la cantante, pagó una cantidad para que archivaran el caso. No he encontrado nada sobre las demás niñas —hizo una pausa muy larga para expedir un suspiro—. ¿También te has quedado de piedra?

Jayson tragó saliva.

—S-sí, la verdad. ¿Eso no es soborno?

—Sí. De hecho, los casos de las otras niñas, se mantuvieron como “información privilegiada” y no salieron en los medios. Se ve que sus representantes hicieron algo por esconder esa información.

—¿Entonces..., adoptaron ilegalmente a unas niñas cuyas familias murieron para cambiarles de nombre y convertirlas en famosa y ocultaron su pasado de la opinión pública? —resumió Jayson.

—Sí, básicamente eso es —después de cruzar otras palabras, Daisy agradeció que su hermano se encontrara bien, se despidió y colgó.

Jayson y Astrid cruzaron una mirada pálida.

—Pero, ¿las niñas no podían haber pedido ayuda? Eso es como un rapto forzado, ¿no? —preguntó la cantante.

El periodista meditó concienzudamente.

—Bueno, quizá forzaran a las niñas a fingir que todo iba bien.

—¡Pero no dejan de ser niñas! Cuando a alguien le pasa algo así, queda traumatado y suele dejar huella en él.

—Ya, pero existe algo que es manipulación psicológica —informó el periodista leyendo directamente de su pantalla de ordenador—. En delitos como éste, suelen usarla. Y es sorprendente los resultados que puede llegar a tener: desde olvidar el trauma de la situación hasta realmente creer que eres otra persona...

Lo cierto era que Jayson había sopesado esa teoría largo tiempo. Desde ese <<no sé quién soy>> que le confesó Astrid, el periodista había dudado mucho de la veracidad de sus palabras hasta que directamente empezó a buscar información sobre la manipulación psicológica y los efectos que tiene sobre una persona. Sin embargo, no añadió nada más, puesto que no quería alborotar más la mente de aquella joven.

Astrid rumió un instante lo que dijo el joven, pero siguió pasando las hojas que tenía en la mano hasta que se paró en una.

—¡Mira esto!

Le mostró la información acerca de Kristiana Warie, desaparecida en 1970, y el cadáver de su padre había sido encontrado con signos de violencia en su cuerpo y arañazos como si lo hubiera atacado un animal.

—¿Crees que quien se llevó a esa niña tenía un oso bajo su custodia?

Jayson se encogió de hombros.

—Sería algo difícil conseguir un oso domesticado. A no ser que quien la secuestrara fuera alguien rico con autorizaciones especiales.

Astrid se puso un mechón de pelo tras la oreja, frunciendo los labios.

—Todo esto es muy raro. ¿cómo y por qué le hicieron esos arañazos al padre?

Jayson se cruzó de brazos.

—Corrígeme si digo algo disparatado. Estas cuatro famosas tienen algo en común. A parte de que todas han sido apartadas de su familia y sus casas quemadas, convertidas en famosas y retiradas después, tal y como has dicho, todas tienen algo que ver con lo de las ovejas y lobos. Y es difícil conseguir un animal violento como mascota... pero no un guante de lobo. Por tanto, todas estas niñas tienen algo que ver con el campamento del que te he hablado... y tú también.

Una dura decisión

No dijo absolutamente nada. De todos modos, le parecía lógico. Se sintió desnuda, desprotegida, como si le hubieran arrebatado una manta que la protegía de los monstruos de la oscuridad y ahora tuviera que hacerles frente.

Tenía miedo. Todo aquello tenía sentido y lo peor de todo era que le afectaba.

Astrid se frotó las manos con urgencia, como en busca de calor. Jayson vio que le temblaban los labios y las rodillas. Se la veía nerviosa, dubitativa y confusa. Pero sobre todo nerviosa. La abrazó por la espalda para darle calor y la besó en la coronilla. Astrid no reaccionó.

—¿Por qué? —se preguntó a sí misma finalmente—. ¿Por qué tengo algo que ver con esas chicas y ese campamento?

El joven periodista le frotó la espalda suavemente con la mano. Luego, la besó en el pelo.

—Eso es lo que vamos a averiguar.

Astrid volvió a centrar su atención en las hojas que les habían permitido llegar a una conclusión en común.

—¿Te has dado cuenta de una cosa?

—¿De cuál?

Astrid necesitó unos segundos para calmarse completamente.

—Sarah Whiver desapareció en el 1960.

—¿Y?

—Paula Harrisson apareció en el 1963. Luego desapareció en el 1971 y en ese mismo año apareció Joséphine.

Jayson la dejó continuar mientras él pensaba a toda velocidad.

—Finalmente llegó al estrellato Sandra Frenny, al 1986, mientras que cuatro años atrás había desaparecido Joséphine.

El chico inclinó un poco la cabeza.

—Las cuatro siguen un orden cronológico.

Astrid asintió con la cabeza.

—Que se detiene al 1990. Por lo tanto, nos hemos olvidado de una niña: Lilian.

—¿Lilian? ¿La que cantaba pop?

—Sí, la que apareció con siete años en esa década y se retiró con trece, en el 1996.

—¿Y qué más?

—Ella no fue... raptada. O, al menos, no lo fue como las demás. No se sabe de dónde salió —confirmó tras ver que en la hoja que relacionaba a las cuatro cantantes con las cuatro niñas desaparecidas, la cantante aludida no figuraba entre ellas—, pero desapareció como las demás y si todas fueron a parar a un lugar tras retirarse, entonces ella debe de estar con las demás.

Jayson se tensó ante aquella posibilidad. Creía que Astrid iba demasiado rápido, pero todo empezaba a tomar forma lógicamente, así que no dijo nada. Astrid tragó saliva.

—Y después voy yo.

El periodista la miró sin comprender. Pero dejó que hablara.

—Según la edad que tengo, nací en 1996. Yo no lo recuerdo, pero igualmente soy la siguiente de esa cadena.

Jayson frunció el ceño. Una reveladora idea cruzó su mente.

—¿Te vas a retirar?

Astrid giró la cabeza para besarle en la mejilla.

—No me lo había planteado, pero creo que no. O, al menos, todavía no.

El periodista miró seriamente a la cantante con gesto preocupado.

—Me refiero a que... si te retiraras..., ¿qué crees que te sucedería?

—No lo sé...

Jayson frunció los labios.

—Pues cuando lo sepas, sabremos qué les ha pasado a las demás cantantes y si están vivas todavía. Aunque creo que Sarah Whiver ya debería de tener alguna que otra arruguita.

Astrid rio ante el comentario. Se aferró a la idea de que todas estuvieran juntas para rescatarlas a todas y devolverlas a sus familias... o lo que quedara de ellas. Sin embargo, en ese momento temió estar siguiendo una pista falsa y

que todo aquello no fuera verdad. Que las cantantes no tuvieran nada en común y que ella estuviera a salvo. Aunque quería agarrarse a esa posibilidad, la oscuridad de su pasado y las pistas que había visto todos aquellos días le obligaban a seguir inmersa en esa pesadilla para llegar al fondo del asunto.

—¿Y cómo crees que puedo llegar a saberlo? Tal vez tengas alguna técnica periodística que pueda ayudarme.

Jayson se rascó la barbilla, pensativo.

—¿Por qué crees que se retiraron las demás?

Astrid se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez pueda ser por eso de los lobos y las ovejas. Sarah Whiver recibió muchos moratones y arañazos. Tal vez se retiró por eso.

—No sé yo. Si alguien se retira es por algo relacionado con su carrera profesional. Quizás se retirara por eso, porque ya estaba cansada, ¿no crees?

—Pero entonces, ¿por qué desapareció?

Jayson la miró tiernamente.

—Y acabamos de volver al punto de partida. ¿Qué tal si nos tomamos un descanso y volvemos al hotel? Estoy algo cansado, ¿tú no?

Astrid se dio cuenta de lo agotada que estaba tras apagar el ordenador. Una sensación de pesadez se apoderó de ella y se le cerraron los ojos. Había absorbido demasiada información, y su cuerpo había estado demasiado tiempo en tensión.

—Sí —opinó tras sacudirse la comisura repleta de migas—, vámonos.

Hacia media hora que tocaba el piano. Normalmente era una gran actividad para despejar la mente y calmarse, pero en ese momento no podía. Por eso se equivocaba de notas muy a menudo.

Trató de calmarse y empezar de nuevo la melodía, pero por más que lo hacía, su mente estaba pendiente de la investigación que habían llevado a cabo en el cibercafé.

<<Soy la siguiente, soy la siguiente>>, pensaba a todas horas, notando cómo le temblaban las manos. Pero debía tranquilizarse, porque, como le

había dicho Jayson, no le pasaría nada si no renunciaba a su carrera. Por lo tanto, todavía estaba a salvo. Pero, ¿por qué debía pasarle algo si se retiraba? ¿Qué les pasó a las demás? ¿Por qué, sobre todo, las raptaron y las convirtieron en estrellas? Alargó la mano para alcanzar su bolso, donde todavía tenía su inseparable vieja carpeta. Fue pasando las hojas sin saber qué buscaba. ¿Las respuestas, tal vez? Imposible, había leído esa compilación cientos de veces y no había visto nada relacionado con las respuestas a sus actuales preguntas. Pero sí hablaban todo el tiempo del lobo, las ovejas, del dolor... <<¿Por qué?>> se dijo a sí misma, como hablándoles a las hojas, <<¿por qué os retirasteis?>>.

Se acordó de la nota de Sandra Frenny dedicada a aquel chico. <<Me retiraré por ti>>, rezaba en su interior. Pero, ¿y las demás?

Dejó el libro en su sitio y siguió tocando. Su mente estaba alborotada. Sus pensamientos eran muy veloces, pasaba de un tema a otro. Pensaba en los conciertos, pero luego se desviaba a las investigaciones. Pensaba en sus amigas, pero luego se desviaba a las cantantes desaparecidas. Pensaba en sus canciones, pero en su mente aparecía un tumulto de preocupaciones relacionadas con su borroso pasado.

Sentía un impulso que le obligaba a bajar al primer piso y dejar el piano. ¿Qué había en el primer piso que necesitara su inmediata atención? Sin embargo, se dejó hacer. Se levantó del asiento y bajó lentamente las escaleras.

Jayson estaba dormido en el sofá, así que intentó no hacer ruido. Se paseó por la habitación con parsimonia, sintiendo cómo su impulso crecía o decrecía. <<Como el juego de “frío” y “caliente”>>. Sin embargo, no se rio de su pensamiento. Estaba demasiado tensa para reír en ese momento. Toda su vida podría empezar a cobrar sentido si encontraba cuál era la relación entre ella misma y aquellas cantantes. Necesitaba respuestas. No unas simples pistas o informaciones de internet.

Le dolía el fondo de la garganta de la angustia que sentía en aquellos momentos. Todo aquello parecía sacado de una película de terror. ¿Habría alguien que le vigilaba sin descanso para hacerle daño? ¿Iban a ir a por ella en cualquier momento? Se sentía impotente e indefensa. Las mismas sensaciones que sintió en aquella habitación oscura, hacía años.

Entonces, su corazón palpó con fuerza. Ya sabía a qué se debía aquel impulso que había sentido.

Debía leer la carta de Sarah Whiver.

Regresó al salón acompañada de una manta con la que taparse, y se sentó en un sillón, frente a Jayson. Cuando se hubo acomodado en él, abrió de nuevo el sobre, extrayendo la carta. La desplegó y empezó a leerla:

Querido Cedric:

Hace mucho tiempo que sigo pensando en ti, tal y como te prometí el día en que tuve que irme de gira por Europa. Al parecer estos europeos siguen sin cansarse de mí, lo que es una suerte para mi carrera, pero no para mi interior. Cada vez estoy más cansada y dolorida. Tengo el cuerpo hecho un desastre, tal y como te mostré hace tiempo. Todavía no sé de dónde salen todos esos moratones y heridas. Ni siquiera esas zarpas marcadas en mi piel. Ahora no es más que una cicatriz, pero debido a la constancia de mis heridas y la falta de ayuda, me he visto obligada a investigar por mi cuenta toda esta situación.

Y creo que he encontrado algo.

Cuando nos conocimos te conté que había sido adoptada a los cinco años, y que entonces mi madre era una amante del arte y música y, junto a mi padre me hicieron toda una estrella, haciéndome cantar desde que llegué a la familia, ensayando siete u ocho horas al día. Ahora ya no les tengo a ellos, estoy rodeada de bandas y orquestas con las que tengo que cantar, y me acompaña mi agente discográfico. De hecho, él es mi representante legítimo de cara al público, y el que recibe su parte de los beneficios. Mis padres fueron muy generosos en ese aspecto y quisieron dejarnos el resultado de la fama sólo para mí y él.

Últimamente estoy teniendo sueños, revelaciones, premoniciones, no sé muy bien cómo explicártelo. Son imágenes nítidas de mi pasado, como episodios que tenía escondidos en mi cerebro. Han empezado a aparecer. Y es aquí donde empieza lo que quiero contarte. No fui realmente adoptada. Me acuerdo de mi madre de verdad y de mis padres adoptivos... y de la primera vez que los vi.

Tenían las manos manchadas de sangre.

Alguien había matado a toda mi familia. Yo estaba en mi habitación, debajo de mi cama mientras escuchaba los gritos por toda la casa. Yo estaba

muy asustada, así que no pude moverme. Luego ellos dos entraron en mi habitación y me sacaron con cariño de debajo de la cama. Me contaron que alguien había matado a mis seres queridos, que ellos habían escuchado los gritos y habían llegado a la casa demasiado tarde. Pero encararon a los asesinos y me rescataron. Me trataron como a una reina, abrazándome, besándome... Justo en ese momento me dijeron que me llamaba Sarah Whiver y que ellos dos eran mis nuevos padres, que iría a vivir con ellos y que sería toda una artista y me darían todo lo que yo quisiera.

Yo estaba muy afectada y traumatizada, por lo que no pude decir nada, y, además, el miedo me perturbaba.

Fueron amables, cariñosos... fueron mis nuevos padres. Alguna vez les pregunté sobre mis padres y mis hermanos, y entonces ellos decían que debía olvidarlo. Ahora era Sarah Whiver y no Miriam Summer. Decían que, si pensaba en mis padres, estaría triste y que debía olvidarlo para siempre. Todo.

Me porté lo mejor que pude con ellos. Me dieron todo lo que yo necesitaba. Era una niña que había pasado un trauma y ellos fueron el punto de apoyo que más necesitaba. Me convertí en su princesa, su estrella.

Pero todo el cariño terminó y se volvieron muy exigentes conmigo. Mi madre había cantado varias veces en la radio y en la iglesia, pero jamás había podido triunfar como quería. Así que deseaba que yo sí lo consiguiera. Se volcó completamente en mí, era muy exigente. Me pedía que lo hiciera todo perfecto a la primera, y si no lo hacía bien, me reñía justificando que ella lo daba todo por mí y yo por ella no.

Entonces tenía sólo doce años y solamente había vivido el principio.

Después llegaron días en que me levantaba con dolores por todo el cuerpo. Creí que el trabajo excesivo causaba estragos en mi salud, pero entonces empecé a ver moratones y zarpazos en mi piel cuyo origen desconocía completamente.

Traté de hablar con mis padres, de pedirles ayuda, pero ellos respondían con evasivas y decían que, si continuaba así, me llevarían al psiquiátrico. Ya no eran mis padres de antes.

Y entonces fue cuando te conocí a ti.

Recuerdo que tenía apenas trece años cuando mis padres me presentaron a los tuyos... y luego a ti. Recuerdo tu mirada posada en mis ojos, y luego en mis labios. Recuerdo la atención que me prestabas cuando cantaba y hablaba sólo para ti. Y también recuerdo la ternura que empleaste en nuestro

primer beso. Fuiste un gran chico para mí, y siempre lo serás.

Aceptaste ayudarme al contarte mi misterioso problema, y cuando empezamos a investigarlo todo... el trabajo me separó de ti. Eran más y más los conciertos que debía dar, y mi voz no daba a más. Por eso un día contrataron a una corista que cantara por mí detrás del telón mientras yo movía los labios. El trabajo me había dejado hecha polvo. Y mi separación de ti, también.

Ahora estoy en la casa de veraneo de mis padres, en Montana, descansando durante estos tres días que tengo de vacaciones. Estoy intentando escribir algunas canciones para ti, pero no sé si podré cantarlas. Tratan sobre nuestra historia. Quizá cuando nos veamos, te haga un concierto privado.

Sobre todo, lo que te he contado, no te lo dije en un momento por miedo. Mis padres me obligaron a olvidarlo y siempre que lo recordaba, tenían razón, sentía mucha pena y mucho dolor. Pero es un alivio poder contárselo a alguien por fin.

He pensado que para mi décimo quinto aniversario podríamos prometernos. Debo mantenerme pura hasta mi matrimonio y deseo que sea contigo.

Hasta pronto, amor mío. Cuídate.

Sarah Whiver

P.D. Creo que las ovejas tienen perdida esta batalla. O eso es lo que me cuentan mis padres. Un cuento extraño, el que me narran todas las noches... En fin, te he dejado escrita la dirección de mi casa en Montana por si quieres venir a visitarnos.

Astrid levantó la mirada hacia el techo, suspirando. Había sido una lectura un tanto reveladora, que le había llevado a confirmar algunas sospechas, como que Miriam y Sarah eran la misma persona. Pero había muchas preguntas que seguían sin obtener respuesta. ¿Quién había matado a la familia de Sarah? ¿Y quién había quemado su casa?

Frunció los labios unos momentos. Recordó la información que había leído anteriormente sobre la pequeña Miriam Summer. Decía que se habían encontrado los restos de sus familiares. Pero, ¿y los restos de los asesinos? La carta explicaba que los padres adoptivos de Sarah Whiver habían matado a

los asesinos, así que sus cuerpos estarían en la casa, ¿no? ¿O quizá quien hubiera quemado la casa habría retirado sus cuerpos y dejado casualmente los de sus familiares?

Aquello no tenía sentido. ¿Cómo una pareja había podido matar a unos asesinos que se habían cargado a toda una familia? Aunque la carta no decía nada de que los padres adoptivos tuvieran armas en el momento en que entraron en la casa, le sorprendía que se hubieran deshecho tan fácilmente de los asesinos. Porque la carta había dicho “asesinos”, así que hubo más de uno...

La joven dejó caer la carta al suelo, sintiendo que todo aquello no había servido de nada. Se sentía cada vez más exhausta ante la cantidad de preguntas que aparecían en su mente cada vez que intentaba responder algunas. Tiró la carta al suelo y entonces se dio cuenta de que Jayson se había retrepado en el sofá y la miraba sonriente.

—¿Estás bien?

Astrid asintió con la cabeza, pero no le devolvió la sonrisa. No pudo.

—No estás bien. Dime, ¿qué es eso que leías?

—¿El qué?

—Eso que has tirado al suelo. ¿Puedo verlo?

La muchacha lo agarró de nuevo y se lo tendió.

—Míralo, si quieres.

Tan sólo le bastaron cinco minutos para leer la carta de arriba abajo y rumiar un poco sobre su contenido.

—Es de Miriam. Cuenta su punto de vista acerca de lo que le ocurrió a su familia y lo que le hicieron. Pero ella sigue sin saber quién le hizo todas esas heridas. Como tú.

Astrid golpeó el brazo del sillón con el puño, nerviosa.

—¡Pues bueno, vale! ¡No sé quién me hace esto ni lo sabré nunca, porque ese alguien no da la cara y no quiere que lo descubra! Punto y final. Cuando eso o ése quiera que averigüe que es él quien me hace todo esto, te lo diré. Pero por el momento no lo sé. Tendrás que conformarte con esto.

Jayson la miró tranquilo. Observaba temblar a aquella joven, y se sentía impotente. Quería ayudarla y darle respuestas, pero tenía la mente en blanco. Aunque ella no lo supiera, ella siempre seguiría teniendo más información por haber formado parte de todo aquello, por su pasado y por todo lo que la rodeaba. Parecía que tuviera las respuestas al alcance de su mano, pero estaban escondidas, tapadas para que ella no pudiera acceder a ellas. ¿Cómo

si no, siempre que tenía una pesadilla, un rostro lo recordaba borroso, pero todo lo demás lo veía a la perfección? No sabía mucho de psicología de los recuerdos, pero por lo que le había explicado su hermana siempre que hacía ruedas de reconocimiento, las víctimas solían recordar aspectos como el color del cabello, vestimenta, color de los ojos, incluso a veces determinaban la edad. Astrid, por el contrario, todos esos recuerdos los tenía borrados de su memoria. Como si su cerebro los hubiera eliminado. O... como si alguien hubiera pulsado alguna tecla en su memoria para que, precisamente, esa información desapareciera de sus recuerdos. Como algún tipo de manipulación psicológica... Pero, ¿de verdad aquello tenía sentido? ¿Acaso no estaba haciendo acusaciones a tientas? Era probable. O tal vez no. Lo único que sabía era que sentía una auténtica impotencia por no poder dar respuesta a la ayuda de Astrid. Como le había pasado a Miriam Summer cuando descubrió sus heridas. Nadie la ayudó. Estaba sola.

—¿Por qué me hacen daño? ¿Qué les he hecho yo? —se echó a llorar Astrid.

El chico la abrazó y se mantuvo en silencio. La estrechó contra su cuerpo segundos, minutos... Cuando miró el reloj, vio que había pasado una hora y media en silencio junto a Astrid, pero ella parecía más calmada. Sentía el calor que emanaba el cuerpo de Astrid, la cual respiraba ruidosamente a causa del desespero. Cuando apenas le quedaban lágrimas, la joven se separó, inspiró hondo y empezó a hablar.

—No sé quién es que me hace todo esto y sé que será demasiado difícil tanto para ti como para mí descubrirlo por nosotros mismos; así que acabo de tener una idea. No sé si es la mejor del mundo, pero creo que, tal vez nos ayudará a descubrir algo por fin.

Jayson le cogió con delicadeza la barbilla.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que pretendes?

Astrid cerró los ojos, respirando hondo. Cuando estuvo preparada, no tuvo el menos problema en soltarlo:

—Voy a retirarme.

Interludio

En aquel momento ya no había silencio. Sólo sentía voces lejanas, vigilantes. Pero no podía rendirse tan fácilmente. No cuando tenía una oportunidad.

Recordaba la llave que le había dado esa chica hacía ya tiempo, que, por suerte, seguía en su habitación, pero tuvo que hacer un gran esfuerzo para encontrarla palpando el suelo. La había dejado en un rincón del fondo, lo suficientemente lejos de la puerta para que, cuando ésta se abriera, la luz no la iluminara y el lobo no la viera.

Allí seguía, así que la cogió.

Con los dedos rozó la parte dentada de la llave. Hasta ese momento no se había decidido a usarla, por temor a que volvieran a hacerle daño ese hombre y esa mujer. Se acercó a la puerta, rozó con los dedos la cerradura y metió la llave como pudo. A la primera no pasó nada, así que la sacó, le dio la vuelta y la volvió a meter. Notó que era más fácil, así que giró la muñeca lentamente, mientras notaba que la cerradura cedía. Aquel clic sonó a gloria para ella. Empujó la puerta y ésta se abrió.

Cuando salió, reconoció el pasillo que había visto tiempo atrás. Recordó a aquella chica, la cual debió de huir en la dirección contraria por la que aparecieron esas dos personas, así que decidió seguir recto hasta que tuvo que elegir una dirección concreta. Vio que una de ellas llevaba a otro pasillo, mientras que la otra bajaba unas pequeñas escaleras hasta una puerta abierta, por la que se filtraba un débil rayo de luz.

La niña decidió bajar las escaleras y abrir del todo la puerta. Había llegado a lo que parecía ser una habitación oscura, iluminada sólo por la luz de una vela, algo alejada de su posición, que brillaba al lado de un sofá, girado, por lo que la niña no podía ver sus asientos.

Escuchó un gemido que congeló su cuerpo. No podía moverse. Estaba desprotegida y ya le habían hecho daño por intentar huir. Cualquier grito o gemido significaba que ocurría algo malo, y ella estaba en un punto caliente.

Caminó lentamente hasta rodear el sofá. Vio unas piernas pálidas, descubiertas, repletas de cicatrices y heridas abiertas. Una chica lloraba sin emitir sonido alguno. Le sangraba un ojo. Abrió mucho los ojos al ver a la niña ante ella y alzó los brazos hacia ella. Por alguna razón desconocida, no podía moverse del sofá.

—¡Ayúdame... a... ayúdame, por favor! ¡El lobo... ya viene!

Ella no podía moverse del pánico que sentía. Sin embargo, escuchó unos pasos provenientes de arriba. Se acercaban a toda velocidad. Cada vez estaban más cerca.

La niña no tuvo tiempo de esconderse. Se pegó fuerte a la pared, intentado esconderse en la oscuridad que inundaba aquel lugar, alejada de la luz de la vela, pero dos figuras entraron veloces en la estancia y la encontraron. Una la agarró con rudeza, pero esta vez no forcejeó. No si así evitaba que le hicieran daño. La otra se dirigió a la joven del sofá. Ella emitía sonidos agudos parecidos a chillidos, pero no podía asegurarlo. Su voz parecía tan quebrada... que no era posible escucharla. La persona que la tenía cogida la sacó de la estancia. Entonces decidió darle la vuelta, le agarró con fuerza la cara para que mirara a la chica que intentaba morder a su agresor. Él tenía mucha más fuerza. No parecía demacrado en absoluto. Así que no tuvo problemas en acercar un cañón de una pistola a su boca y disparar.

Pum.

Apenas un segundo después de aquel ruido escabroso, el sofá se había teñido de gotas de sangre. En un segundo, el cuerpo de aquella chica cayó al suelo como un saco.

La niña no temblaba. Sólo sentía rabia e impotencia. No podía hacer nada. Aquellas personas siempre hacían lo que querían. Las encerraban. Les hacían daño. Las mataban... Ella jamás podría defenderse. Estaba sola.

Ni siquiera se inmutó cuando una voz susurró a su oído algo parecido a <<no seas una mala ovejita, o me obligarás a hacer lo mismo contigo>>.

Acto seguido, algo duro y grueso cayó sobre ella, sobre su cabeza, tapándole la visión y haciéndole respirar algo que la hizo entrar en aquel mundo de sueños que tanto temía.

El mundo en el que los lobos siempre ganan.

Garras y Sangre

Astrid abrió sus ojos llorosos. A veces odiaba todas aquellas pesadillas que no dejaban de perseguirla, que rememoraban una y otra vez el dolor del pasado. Sabía que nunca cesarían, la seguirían hasta, probablemente, su muerte.

La mano le temblaba. No podía controlarla. La agarraba con fuerza con la otra extremidad, la apretaba y la soltaba. Pero ésta volvía a temblar. Simplemente, no podía ejercer ningún tipo de control sobre ella. Se llevó una mano al vientre para controlar su respiración y tranquilizarse.

En seguida sintió el cálido abrazo de Jayson, lo cual la reconfortó bastante. Habían sido unas horas muy estresantes.

Tras tomar aquella impulsiva decisión, hizo un ligero equipaje de mano, dejó una nota a su madre sobre su cama anunciando su fuga y salió junto al periodista del hotel, sin avisar a nadie de su retiro. Tuvo miedo todo el tiempo. No dejaba de pensar en las cantantes, habían anunciado su rotundo retiro y, de repente, todas desaparecieron. Justo después de retirarse. No pudo evitar mirar a todas partes, en todos los rincones todo el tiempo, en busca de alguien sospechoso o que le inspirara temor para estar, de alguna manera, preparada y concienciada de a quién tenía que derrotar. También se aferraba con fuerza a Astrid. Se ponía delante de él y lo abrazaba con fuerza, como si él fuera en todo momento aquella manta que la tapaba en la oscuridad, fuera de la vista de los monstruos que la acechaban en sus pesadillas.

Volvió a respirar hondo, esta vez tragando saliva. Era cierto que había decidido todo aquello sin nada de antelación, de forma fugaz y repentina, pero en el fondo esperaba poder volver a actuar, aunque fuera sólo en su ciudad. Cantar era su pasión. Sin embargo, quiso olvidar lo de su retiro, diciéndose a sí misma que era una trampa para pillar al lobo.

El lobo.

No sabía quién ni cómo era, pero no quería volver a encontrarse con él. No quería volver a aquel sitio oscuro, remoto y alejado de todo lo conocido. No quería dejar de vivir.

Automáticamente, apoyó la cabeza en el hombro de Jayson buscando consuelo.

Ambos estaban a bordo de un avión cualquiera, rodeados de gente cualquiera, pero con la suerte de que casi todos eran ancianos o adultos y que parecían ignorar o simplemente no ser conscientes de la presencia de la famosa cantante en el transporte.

Observó el cielo nebuloso de Nueva York. Estaban en su período de frío matinal, y a veces una fina capa de niebla cubría la ciudad, aunque no era muy común.

Astrid desvió la mirada con tristeza, temerosa de que los hechos que más la asustaban sucedieran a continuación. Tenía el móvil cogido fuertemente en la mano. Estaba apagado, así que no servía de nada que lo tuviera a su lado todo el tiempo, pero por alguna causa desconocida, la joven cantante creía que la pantalla se iluminaría, mostrando la imagen viva de su madre y el tono musical que le había añadido cuando la mujer la llamaba, para reprocharle su huida. Se disgustaría mucho.

Había tratado de llamar a sus amigas para explicarles que ya no estaba en el hotel, pero no respondieron, ya que probablemente seguirían durmiendo, y al final, la cantante agradeció que no hubieran respondido, ya que, en caso contrario, la hubieran avasallado a preguntas que habrían sido imposibles de esquivar.

Por un momento, quería alejarse de todo lo que hasta ese momento había sido su vida hasta que todo terminara y estuviera realmente a salvo.

Así pues, se puso cómoda, cogiendo con fuerza la mano de Jayson y se abandonó al cálido sueño por unos largos instantes.

Jayson observó a la joven, acariciándole el largo cabello castaño. Durante la estancia en Nueva York había podido comprobar que sus heridas habían comenzado a sanar y que no eran tan vistosas como lo habían sido hacía ya semanas.

El sólo recuerdo de todo lo que había podido sufrir Astrid hizo que se le formara un nudo en la garganta. Si alguien le hacía daño, él lo mataría. Estaba convencido de ello. Aunque fuera algo más fuerte que él.

Aunque fuera un lobo de verdad.

Besó tierna y delicadamente la frente de la cantante. Eso es lo que hacía su madre cuando él era pequeño para que sólo tuviera sueños bonitos. Le deseaba lo mismo a Astrid.

El viaje de vuelta a su casa fue largo y silencioso. La joven cantante notaba la mirada de Jayson puesta en ella, llena de preocupación, pero evitaba mirarle a la cara. Desde luego ya no quería hablar con él sobre sus sueños. No quería revivirlos.

En cuanto bajó del coche y observó su casa, un sentimiento de paz se apoderó de ella, haciendo que sus labios esbozaran una auténtica sonrisa de felicidad.

—¿Quieres que me quede contigo? —inquirió el joven antes de marcharse a su respectiva casa.

Astrid cerró los ojos, apoyando su cabeza en el pecho del hombre. Le necesitaba desesperadamente, pero prefería permanecer sola esa noche.

—No —sonrió mirándole a los ojos—, pero nos veremos mañana.

Tras un beso de despedida, la joven abrió las puertas de su hogar, que durante tantos días habían permanecido selladas, y se permitió aspirar el aroma a nostalgia que invadía las habitaciones.

Se paseó por cada una de ellas, como hablando con su propia casa, anunciando que había vuelto para siempre, que no volvería a marcharse, y se detuvo en su salón de ensayos. Se sentó ante el piano y deslizó un dedo por cada una de las teclas, notando el suave tacto de su instrumento favorito. Tras tocar varias notas aleatorias para comprobar el sonido, sus dos manos se posaron sobre varias teclas, creando una improvisada melodía que logró evadirla de esa casa, de ese país, de ese mundo.

No sabía qué melodía sonaba, pero era una bonita y desconocida música que la llenó de paz por unos segundos, olvidándose de todo aquello que la

preocupaba y corroía por dentro. Dejó de ser una cantante retirada, una oveja vigilada por lobos, para ser una mujer adulta, dependiente de sí misma.

<<No os tengo miedo>>, apretó los dientes con fuerza, repitiéndolo para sí misma. <<No os tengo miedo>>.

Apretó las teclas con fuerzas, llena de rabia. Por un momento dejó de temer a sus pesadillas y su causa. Pero duró poco. La sola imagen de unos lobos desgarrando su carne, devorándola, matándola... le provocaba escalofríos. ¿Sería eso lo que la esperaba ahora? Había decidido marcharse para convertirse en el cebo de los lobos y, cuando éstos aparecieran, matarlos, pero no quería morir en sus manos, o peor aún... en sus garras.

Regresó a su habitación y apagó las luces, quedándose a oscuras en aquel territorio solamente suyo.

En cuanto cerró los ojos le pareció escuchar unos ruidos, pero, presa de aquel sueño pesado, decidió no prestar más atención.

El joven abrió las pesadas puertas de su casa. Otra vez olía a moho y suciedad. Hacía semanas que tocaba limpieza general, pero con tanto trabajo no había tenido tiempo. Laura, su mejor amiga, le propuso contratar a un jornalero que se encargara de eso una vez por semana, y había hojeado unos cuantos anuncios de encargados de la limpieza casera, pero no había contactado con ninguno de ellos por el momento.

Sin embargo, era demasiado tarde como para ponerse a limpiar, así que decidió dejarlo para el día siguiente.

En cuanto subió a su habitación, sonó su móvil. Era su hermana.

—¡Hola, Dais! —saludó con voz dormida, tras acercarse el auricular al oído.

—Hola... ¿te has enterado?

La voz de su hermana sonaba tranquila, demasiado calmada, lo que despertó el interés del joven.

—¿Enterarme de qué?

—Papá está en el hospital.

Fue como una losa cayéndole encima.

—¿¡En el hospital!?! ¿Qué le ha ocurrido?

Daisy carraspeó.

—Tuvo una hemorragia interna hace dos días. Le operaron de urgencias, pero los médicos no le dan demasiadas esperanzas.

Jayson tragó saliva.

—Entiendo... ¿Cómo está mamá?

—En el hospital con él. No quiere descansar ni un segundo.

Se produjo un silencio entre ambos que se hizo eterno.

—Lo siento, debo ir a arropar a los niños. Ya nos veremos.

Y colgó, dejando a Jayson patidifuso con la nueva noticia.

Probablemente su padre estaba a punto de morir. No sabía cómo reaccionar a eso. Sabía que era su obligación ir a verle y cuidar de su madre. Pero en el fondo quería quedarse allí, haciéndole ver que aquel hombre que yacía en la camilla moribundo era el hombre que la esclavizó desde que se casaron. Estaba allí por sus malos hábitos; por su culpa.

Apagó las luces de su habitación, tratando de dormir sin éxito.

Pero su mente seguía pendiente de Astrid.

Ahora que ella había hecho su gran paso, ¿cuál sería el siguiente de los lobos?

Los intensos rayos de sol atravesaron las persianas de su ventana e iluminaron su rostro. Abrió los ojos forzosamente y sonrió. Por una vez, veía una parte buena a todo ese rollo de retirarse. No más conciertos. No más levantarse pronto para trabajar, acudir a convenciones, comprar urgentes, ensayos exigentes... Ya no había nada de eso. Podía tomarse el verdadero lujo de permanecer en la cama más tiempo.

Observó que tenía el móvil en la mesita de noche. Lo agarró y tras encenderlo vio que tenía varias llamadas de sus amigas pero que, por haberlo apagado el día anterior, no se había dado cuenta. Durante un momento se sintió culpable, pues sabía que debían sentirse escandalizadas al saber que de la noche a la mañana Astrid había desaparecido de Nueva York, pero aquel sentimiento de libertad podía con ella, y decidió esperar al día siguiente para

llamarlas y ponerlas al tanto de todo. También debía llamar a su representante e informarle de su retiro.

La joven respiró hondo antes de salir de la cama. Sin embargo, cuando trató de incorporarse sintió un dolor agudo en su espalda, como si algo se le hubiera roto. Con gran esfuerzo, se levantó y se quitó la camiseta del pijama. Se llevó la mano a la espalda para darse un masaje y ver qué ocurría exactamente, cuando notó que había algo fuera de lugar. Se volvió hacia su cama, apartó las sábanas alarmada y se asustó al ver manchas de sangre.

Corrió como pudo al cuarto de baño. Se volvió ante el espejo para poder visualizar la espalda con claridad.

En la espalda tenía cuatro sangrientas rayas rectas paralelas que iban desde sus omóplatos hasta el final de sus costillas, como si un animal le hubiera desgarrado la piel en algún momento.

Cerró los ojos, acobardada. Sólo se le ocurría una explicación.

El lobo había estado en su casa.

Resoluciones

En la cocina reinaba un ambiente tranquilo y silencioso. Los niños todavía no se habían despertado, por lo que tenía un rato libre antes de que llegaran correteando en busca del desayuno. Ese día entraba a trabajar más tarde, así que se encargaba ella por la mañana y por la tarde, su marido tomaba los mandos de la casa, niños incluidos.

Daisy era una mujer calmada, le encantaba la tranquilidad y el revoloteo solía causarle duras migrañas. Por eso había enseñado bien a sus hijos, aunque su corta edad a veces iba en su contra y debía soportar leves chillidos durante horas.

Se dirigió al sofá y encendió la televisión para poder ojear alguno de sus programas favoritos. En realidad, no le gustaban, más bien la sacaban del aburrimiento que suponía para ella esperar que llegara la hora de irse a trabajar.

Tras haber pasado todos los canales sin encontrar nada interesante, puso las noticias. En ese momento el presentador hablaba de la economía de los países europeos.

Daisy cogió el periódico, mientras vagamente prestaba atención a lo que anunciaba el presentador de las noticias.

Justo en ese preciso instante, el teléfono fijó sonó estridentemente, y la mujer dio un respingo. Maldiciendo entre dientes, lo descolgó.

—¡Daisy! ¡Daisy!

Era su hermano, Jayson. La mujer se alarmó, ya que él nunca estaba tan exaltado.

—Jay, ¿qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

El chico carraspeó.

—¿Te acuerdas de Astrid? —la mujer asintió—. Necesita tu ayuda. ¿Crees que podrías venir un segundo?

Daisy respiró hondo. Admitió que, tras saber que no era su hermano quien tenía problemas, estaba más tranquila y eso la hizo sentir egoísta.

—¿A dónde quieres que vaya?

—Estamos en casa de Laura; Astrid no quería quedarse en la suya por... bueno, una marea de gente que no paraba de gritar su nombre.

—Está bien, estaré allí en diez minutos máximo —la mujer carraspeó antes de preguntar—: Jayson..., ¿es muy grave?

El chico se concienció antes de responder.

—Un poco... Bastante... Sí, lo es.

—Voy para allá.

Tras colgar y mientras cogía todo lo preciso para lo que le podría estar aguardando en casa de la amiga de su hermano, escuchó vagamente una última noticia en la televisión.

—Se ha confirmado en boca del representante el retiro de nuestra estrella mundial Astrid tras su repentina escapada al finalizar su concierto en Nueva York. Ya se han publicado varias páginas en honor a la cantante y decenas de sus fans se han congregado a la salida de su casa para declarar su descontento. Seguimos después de publicidad.

Jayson cerró las cortinas. No soportaba todos esos gritos y flashes de las cámaras.

Antes, Astrid le había llamado y le había contado lo ocurrido. El chico sabía que le había costado mucho tomar la decisión de contarle lo de su agresión, ya que apenas le había revelado al principio que alguien llamado <<lobo>> por ella la estaba torturando lenta y moderadamente.

Llegó justo cuando toda una marea de paparazzi y jóvenes se alzaban con cámaras y pancartas exigiendo su retorno al estrellato. Tras sacarla de su casa como pudo, corrieron a casa de Laura. Su amiga tenía un gran sentido de la empatía y esperaba que pudiera ayudarle a curarle esa sangrienta y purulenta herida de la espalda.

Jayson se apoyó firmemente en el marco de la puerta, pensativo. Odiaba

lo que había allí a fuera. Parecía ser que, mientras corría con el coche camino a casa de Laura, varios adolescentes le habían seguido a toda prisa y, poco a poco, se les iban sumando muchos más. Por un momento pensó que parecían un grupo de muertos vivientes esperando a que salieran de esa casa para devorarles. Y esa comparación tan propia de él de cuando era joven le hizo sonreír.

Un grito de Astrid lo devolvió a la realidad.

Jayson corrió al salón, donde Laura le esparcía un líquido desinfectante en algodón por toda la herida. La joven cantante estaba estirada boca abajo en un enorme sofá, con la espalda descubierta.

—No te quejes tanto, que eso no es nada —le espetó la mujer.

Astrid apretó los dientes.

—¡Es que pica mucho!

Laura rio, al escuchar esa típica frase de los niños pequeños.

—Parece mentira que estés sufriendo tanto ahora —observó la joven—. Yo creía que era peor cuando te siguen los cámaras y fans, y te programan la agenda a tope, y siempre tienes que seguir un régimen para verte bien... Yo pensaba que esto no era nada para ti...

Jayson le lanzó una mirada desaprobadora que Laura alcanzó al instante. Cuando le pidió para acogerlos a los dos, ella se había puesto muy feliz, ya que la última vez que se vieron y le comentó que estaba medio saliendo con Astrid, la joven le sugirió quedar los tres un día para que las dos se conocieran, pero ahora, viendo a la cantante tan débil, había aprovechado para recriminarle todo lo que no le gustaba de los famosos.

—Pues ya ves que sí —sollozó Astrid.

Laura siguió con la cura en silencio, y la joven cantante se esforzó por no quejarse demasiado. Cuando terminó, la amiga de Jayson puso los brazos en jarra.

—Voy a tener que ponerte unas vendas y dentro de un rato lo desinfectaré de nuevo. Te daré un calmante para el dolor.

Astrid se mordió un mechón de pelo.

—¡Estoy lista!

Laura desapareció unos segundos, probablemente para ir a buscar lo necesario. Jayson la observó admirado. Sin duda su esfuerzo en su carrera como enfermera no había sido recompensado, pero su talento y determinación se veían perfectamente.

En ese momento, el teléfono de Jayson sonó con fuerza.

—¿Daisy? ¿Dónde estás?

La voz de su hermana sonaba enfadada, por lo que el chico tragó saliva.

—¿Dónde crees que estoy? ¡En el coche delante de la casa mientras un grupo de gente rara me está sacando fotos y eso me saca de mis casillas! ¡Fuera, imbéciles de mierda! —Jayson sonrió ante el tacto que su hermana mostraba a un par de jóvenes—. No me dejan entrar; deberás salir tú. ¿Tienes alguna manguera a mano o una motosierra para... ya sabes?

Jayson soltó una carcajada.

—No... Pero... estaba pensando en una cosa —Jayson se dirigió al baño y cerró la puerta para que nadie pudiera oírle—. Quiero ir a casa de Astrid. Con o sin ella, tanto me da, pero necesito saber cómo han podido entrar para hacerle daño.

Esperó a la respuesta de su hermana, quien se quedó pensativa unos segundos que para él resultaron eternos.

—¿Ella está de acuerdo?

Jayson soltó un bufido.

—¿Necesitas una orden judicial para entrar sin permiso en su casa?

La mujer soltó una risa nerviosa.

—Algo así.

Jayson carraspeó.

—¿Y si la propietaria está drogada debido a un analgésico y no me puede confirmar si puedo ir a su casa para salvarle la vida?

—Pues... que... ¡qué mala suerte! Nos vemos en mi coche en tres segundos. Tres... Dos...

Jayson colgó, saliendo del baño a toda prisa. Vio que Laura debía haberla dormido ya, porque la cara de la joven se mostraba fatigada y somnolienta.

<<Esto es por ti, Astrid>>, pensó antes de salir de la casa, tapándose con una gorra de béisbol y unas gafas de sol.

—¿Has oído lo de tu hija? —vociferó el hombre contra la mujer. No hacía ni un día que había vuelto a toda prisa desde Nueva York y ya se enfrentaba a la ira de su marido. Jamás lo había visto así por un tema de Astrid, pero ahora que, al parecer, lo había defraudado, estaba mostrando su verdadera cara controladora—. ¡Y además ha desaparecido, no me contesta al

teléfono!

—¡Cálmate! Ha tomado una decisión que creía era la mejor para ella en este momento, pero hablaremos con ella y le diremos que debe hablar con la prensa y decirle que ha sido todo un impulso nervioso, que volverá a cantar y actuar en cuanto se recupere de la baja improvisada por alguna enfermedad que ya pensaremos.

—¡Todo esto ha sido culpa tuya! Las has mimado demasiado como a una rica malcriada y ahora ha cogido la costumbre de salirse con la suya —bramó el hombre.

La mujer apretó los puños y frunció los labios. El corazón le bombeaba con fuerza. Cuando alguien la incriminaba por algo injusto solía defenderse a sí misma con convicción, fuese quien fuese.

—¡Te recuerdo que he sido yo quien ha conducido a nuestra hija hasta el lugar de fama en el que se encuentra ahora mismo! Yo le he concertado cada concierto, cada cita con la discográfica, cada contrato... ¡Yo he creado a la estrella que ves en ella! Así que ni se te ocurra decirme que he vagueado con ella y menos que la he malcriado —siseó mostrándole un dedo índice largo y afilado—. Tú siempre te has mantenido apartado de ella, jamás te ha importado demasiado su carrera. ¡Así que ahora no me vengas con éstas!

El hombre se ruborizó de la rabia, parecía a punto de explotar de ira, pero se contuvo. A medida que el color desaparecía de su rostro, la mujer pudo notar el esfuerzo desmesurado que hacía para relajar su maltrecho corazón.

—Tienes razón —asumió con desgana. Seguía manteniendo su mueca de enfado—. Pero lo que ahora debemos pensar es qué hacemos ahora que ella ha tomado una decisión por nosotros.

La mujer aspiró con fuerza.

—Déjame hablar con ella. Si no la convengo hablarás tú con ella después.

>>>Pero deja que primero esté con su madre.

Se toparon con que la puerta de la casa de Astrid estaba cerrada. Por lo que Daisy prosiguió a forzarla con tecnología policial. En cuanto estuvieron dentro, la policía admiró el interior de aquella mansión mientras Jayson se paseaba por todas las habitaciones para observar rápidamente si había algo que fuera de lo común que le diera alguna pista. Pero todo parecía estar en su

sitio indicado, así como que no había ninguna muestra de cristales rotos ni puertas forzadas que delataran que allí había entrado alguien esa noche.

—¿Has pensado en la posibilidad de que ella misma se inflige esos daños a sí misma para atraer tu atención? —soltó la mujer, pero Jayson no se molestó.

—Eso no es posible. Su carácter era sincero cuando me lo contó y según sus amigas, lleva con esos moratones desde hace mucho tiempo. Y si nadie lo sabía antes de descubrirlo yo, ¿cómo quieres que lo haga para atraer la atención de los *demás*?

Daisy se quedó pensativa, por lo que el periodista aprovechó para ir hasta la habitación de Astrid. No había entrado allí en ninguna ocasión, además, recordaba que la cantante había omitido mostrársela durante su paseo por su casa con la excusa de que había un gran desorden, pero en cuanto vio la puerta de la que habían pasado de largo, supo que era ésa su habitación.

Así que empujó la puerta con dos dedos y ésta se abrió sin proveer ningún ruido fuera de lugar.

Por lo que vio, Astrid era en realidad una joven madura con una habitación repleta de colores claros, con algún que otro póster suyo colgado en la pared y la fotografía de su primer disco enmarcado en la pared. Por otra parte, tenía fotografías de ella con sus amigas y padres en la mesita de noche y sobre los distintos muebles que conformaban su espacio personal.

Jayson vio que no había nada que le resultara extraño, salvo las manchas de sangre de las sábanas que explicaban lo que había sucedido aquella noche.

Se acercó más a la cama y palpó la almohada. Había algo duro debajo. La levantó de prisa, esperando encontrar un tesoro que le diera la solución a todas sus cuestiones, pero en su lugar encontró un cuaderno de colores oscuros y de tapa rugosa. Lo cogió y lo abrió. Sabía que estaría violando la intimidad de Astrid, pero todo aquello era por ella. Sólo quería ayudarla.

Vio que el cuaderno estaba repleto de canciones. Algunas las reconocía, como la de *Light Fire*, la cual había escuchado infinidad de veces en la radio. Otras no las reconocía, así que suponía que eran borradores que jamás habían salido a la luz. Reconoció, por algunas estrofas, las últimas tres canciones que cantó en su último concierto de Nueva York y que resultaron ser un éxito.

Cerró el cuaderno y se dispuso a dejarlo de nuevo bajo la almohada, cuando se dio cuenta de una cosa. Lo agarró de nuevo sin abrirlo, pensando. Le había parecido notar algo extraño... Lo abrió y fue pasando las páginas a

toda velocidad, comparando unas con otras. Hasta que se paró en una. Era una sospecha un poco alocada... Pero cuanto más lo pensaba, más sentido tenía todo eso. Esa página mostraba una canción que Astrid había presentado al mundo con quince años, después de un año sabático, según había informado la prensa en su momento.

Miró las páginas anteriores. Y luego volvió a aquella. Se veía muy claro. El estilo de letra cambiaba.

Entonces... Hasta la mitad del cuaderno, todas las composiciones escritas a mano mostraban una letra desgarbada, mientras que la otra mitad, era redondeada y muy cuidada. Parecía...

...como si allí hubieran escrito dos personas.

Se sentó en un extremo de la cama, pensativo. Astrid le había contado aquellos sueños en que recordaba haber estado en un sitio oscuro, durante mucho tiempo. Pero entonces, si ella había estado encerrada, ¿quién era aquella niña prodigio que había surgido del montón para convertirse en un icono de la música? ¿Acaso esa niña y la joven que él conocía ahora... habían sido de verdad personas distintas? ¿Acaso había habido dos Astrid?

—¡Jayson! —escuchó un grito proveniente del piso de abajo.

El aludido se levantó como un rayo y bajó hasta llegar al lugar de donde provenían los gritos.

—¡Dais! ¿Dónde estás?

La llamó sin gritar, con temor a ser oído por cualquiera que pudiera estar paseando por el lado de la casa de Astrid en ese mismo momento.

Se movió por el largo pasillo, esperando a que su hermana le respondiera, aunque la respuesta no llegó.

Poco después, la figura de Daisy acudió rápidamente a su encuentro, visiblemente excitada.

—¿Tú sabías que Astrid tiene un sótano muy grande?

Jayson pestañeó varias veces, asimilando su pregunta.

—¿Un sótano? ¿Dónde?

Su hermana, como si de una niña pequeña se tratara, lo agarró con fuerza de la muñeca y lo arrastró pasillo abajo, hasta llegar a una puerta que, al parecer, Astrid había omitido también de su visita. Daisy la abrió, pero para sorpresa de Jayson, era una simple sala de estar, con un sofá, una televisión y una chimenea independiente de la verdadera y enorme sala de estar en la que ya había estado. Pero el rostro de su hermana denotaba que aquello no era todo lo que debía enseñarle.

—¿Ves eso? —le señaló la forma de un cuadrado dibujado en el suelo cubierto de polvo.

Por la forma en la que estaba orientada el polvo supo que allí encima había estado colocado un objeto pesado, probablemente el sofá, que en ese momento habría sido arrastrado por Daisy hasta hallar aquella misteriosa trampilla que, según ella, los llevaría hasta el sótano.

Tras abrirla y bajar la escalerilla dispuesta, Daisy encendió la linterna de su teléfono con tal de iluminar el espacio, pero Jayson encontró un interruptor para encender una luz ya instalada en aquel lúgubre espacio.

Pudieron observar que no era el típico sótano abarrotado de objetos innecesarios en la vida diaria de una familia. No había muebles viejos ni cajas repletas de álbumes de fotos rotos ni fotografías antiguas. Y sobre todo, ese sótano estaba asombrosamente limpio.

—Esto es muy extraño..., ¿verdad? —rumió en voz alta Daisy.

Jayson paseó las manos por la pared blanca, sin recoger ni una mota de polvo.

—¿Crees que suelen pasear mucho por aquí? —inquirió Jayson.

—Pues no sabría decirte. Pero si está tan vacío no sé de qué le sirve a tu amiga ocultarlo tanto.

Había una encimera. Y una nevera desconectada. Tras abrirla, comprobaron que había comida seguramente caducada de hacía bastante tiempo, pues el olor que desprendía no era agradable.

—¿Aquí abajo vive alguien? —preguntó Daisy.

Jayson se encogió de hombros. Siguió inspeccionando el lugar.

—Mira —observó Daisy, señalando el cable inalámbrico desconectado del enchufe—. ¿Crees que lo conecta de vez en cuando o ya se ha olvidado por completo del contenido de la refrigeradora?

Pero Jayson no la escuchaba, tenía la vista puesta en la nevera, aún abierta.

—Dais...

—¿Qué? —inquirió la mujer, irritada de no haber obtenido respuesta.

—He encontrado algo que creo que sé lo que es —respiró hondo y miró inquisitivo a su hermana—. Creo que no te he contado lo que descubrí hace poco.

>>>Me entrevisté con un hombre que había padecido torturas horribles en un campamento similares a las que sufre Astrid. Me contó que en ese campamento los tutores pretendían convertirlos en estrellas, más o menos, y

que a la mínima desobediencia o error los castigaban hiriéndolos de formas brutales y que a algunos les administraban anestesia para que les doliera menos —Daisy escuchaba atentamente la historia, tratando de entender todo lo que su hermano le relataba y ligarlo con el caso que tenían entre manos—. Pues bien, aquí hay anestesia. Unos cuantos botes.

La mujer aspiró con fuerza y se dirigió hasta donde estaba situado su hermano para observar con claridad aquello que señalaba. En un instante se olvidó de la insoportable pestilencia que desprendía el refrigerador para concentrarse en una serie de ampollas vacías junto a unas llenas de un líquido transparente. Daisy cogió uno y lo agitó. Además de la etiqueta, algunas de ellas medio raídas por el tiempo que deberían llevar allí metidas, tenían unos números pintados con rotulador negro, probablemente los números de administración del sedante. Aunque su hermano podía estar en lo cierto, cogió una ampolla para que su equipo la analizara en un laboratorio especializado. Al fin y al cabo, ésa era su labor de policía.

De pronto, a Jayson lo recorrió un sudor frío. Si allí estaba la anestesia, como bien había relatado el señor Cooper,... la terrible arma de tortura debía esconderse cerca. Se dedicó a abrir todos los cajones y armarios dispuestos en esa vasta encimera, observando rápidamente que allí no había nada de interés.

Hasta que abrió uno que contenía algunas manchas de sangre y un bulto tapado por un paño de cocina.

Lo cogió, temblando al pensar lo que se escondía bajo la gruesa tela.

Y, al destaparlo, vio que sus temores habían sido acertados en todo momento...

...porque allí vio un guante de hierro que contenía cuatro garras terriblemente afiladas.

Una idea escalofriante cruzó la mente del chico. Todo su vello se erizó y tragó saliva. No podía ni pensar en la posibilidad de que...

...el lobo viviera allí...

...justo debajo de la casa de Astrid.

De pronto recibió un mensaje aún más inquietante.

El rostro del lobo

Un viento extrañamente helado le golpeó en la cara, agradeciendo aquel frescor después de haber corrido tanto.

Astrid, tras haber despertado del sueño provocado por las medicinas de Laura, recibió una llamada telefónica de su madre, notablemente preocupada por ella. La cantante jamás había oído aquel tono melancólico de su madre, por lo que pensó debía estar realmente asustada al no haberla localizado.

Habían quedado en el puente de la ciudad, el que atravesaba el río Cheyenne. Ya cuando le faltaban unos metros para llegar, divisó una figura alta y elegantemente vestida con un sombrero y unas gafas de sol. Astrid, al igual que su madre, también había pensado en ocultar su identidad con tales artefactos.

—Hola, mamá —la saludó en cuanto llegó.

La mujer se bajó las gafas de sol y articuló lo que Astrid llamaba una falsa sonrisa.

—¿Dónde estabas, querida?

Aquellas palabras removieron el estómago de Astrid. Su madre jamás la trataba con tanta cortesía.

—Estaba...en casa de unos amigos.

—Cariño, deberíamos hablar sobre ese periodista.

Aquella frase le bastó a Astrid para temerse lo peor. Así que se mantuvo silenciosa y con la cabeza gacha, esperando al discurso de su madre.

—Creo que ha sido una mala idea recomendarte que hicieras esa entrevista. Te ha mantenido distraída de su trabajo y de tus padres, y... —le dirigió una sonrisa fría y gélida, impropia de ella— respecto a tu...retiro...

Esta noche emitirás un comunicado en la prensa pidiendo disculpas por tu decisión a causa de... el efecto secundario de una droga que te administró ese novio tuyo, al que por cierto, no volverás a ver jamás. Y ahora volvamos a casa.

La visión de Astrid se tornó borrosa en cuanto su madre terminó de hablar. Un dolor agudo acudió a su garganta, las lágrimas se acumularon en sus ojos. En cuanto sintió la fuerte mano de su madre agarrándole con fuerza de la muñeca, una furia interna explotó.

—¡No puedes hacer esto! —bramó oponiendo fuerza al tirón de la mujer, que se volvió irritada.

—¡Claro que puedo! ¡Ya está hecho! Que sepas que he llamado a tu representante para que vaya a hablar con el jefe de tu querido periodista. Pero una orden mía y no volverá a pisar este país nunca más. ¿¡Es eso lo que quieres!?

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Astrid como manantiales. La mujer le quitó las gafas y el sombrero y la abrazó, pero su hija no le respondió. Le castañeaban los dientes de la rabia que sentía hacia esa mujer en ese momento, tan grande era que no podía hablar, ni oír, ni ver ni percibir nada. Todo para ella se había vuelto negro.

Tras abrir los ojos vio que estaban rodeadas por muchos espectadores y periodistas, que fotografiaban la escena.

—¿Qué ocurre? —preguntó un periodista acercándose con un micrófono en la mano.

La mujer se apartó de su hija con una amable y melancólica sonrisa, demostrando que su amor por su hija era infinito.

—Mi hija se acaba de dar cuenta del error que cometió al fiarse de un chico que le administró una droga muy potente que hizo que perdiera la cabeza por él y anunciara su retiro, pero no se preocupen. Pronto mandaré a la policía que busque a ese criminal y lo meta entre rejas. En cuanto a Astrid —se volvió para besar la frente de su hija. Muchos espectadores se emocionaron ante tal escena— la veréis de nuevo en los escenarios muy pronto, en cuanto se recupere del shock.

—¿El culpable es el chico con el que se besó en su último concierto? —preguntó otro periodista.

La mujer se apartó un mechón de la frente. Por supuesto que recordaba las miles de fotografías y vídeos virales que la prensa dispuso por todos los medios de esa pareja feliz, abrazada y manteniendo contacto íntimo en frente

del escenario en el que había cantado anteriormente Astrid, en Nueva York. Tan sólo sintió repugnancia al ver esa escena y se prometió que liberaría a su hija de esa mala influencia.

—Sí, lo es. Si alguien lo viera, agradecería que llamara a la prensa y emitieran un comunicado de que el criminal ha sido encontrado. La policía trabajará menos si sólo tiene que encerrarlo.

El pelo de Astrid le cubría el rostro. Sabía que en ese momento todos mantenían la vista en ella, pero no le importaba. Se concentraba en escribir un mensaje de texto a Jayson.

<<Huye de todo y de todos. Mi madre te quiere muerto.>>

Jayson cerró la puerta de su casa, respirando agitadamente. Su hermana le había dicho que no se preocupara por aquel mensaje, que ella se encargaría de protegerle. Pero en aquel momento su vida no le importaba. Tan sólo temía por la seguridad de Astrid... por el hecho de estar con esa mala madre.

Se sentó en su sofá y lloró, dejando salir todas las preocupaciones que había reprimido tanto tiempo. Su padre solía pegarle si lloraba, diciendo que debía ser más fuerte y afrontar las cosas con valentía. Decía que las lágrimas eran propias de los débiles, y que por eso sólo las mujeres lloraban. De hecho, siempre solía pegarle con tal de corregir sus “errores” o lo que él consideraba, eran errores. Sin embargo, siempre se justificaba diciendo que quería que él fuera mejor que lo que su padre fue a su edad. Aunque tuviera que aprender a palos.

<<Maldito cabrón>>, pensó. Por un momento se alegró de saber que se estaba muriendo. Pero eso habría resultado muy egoísta de su parte. Sobre todo, cuando su madre estaba sufriendo mucho esa situación. Debía llamar a su madre. Al menos a ella sí debía apoyarla.

Cogió el teléfono, marcó el número de su madre y habló con ella media hora. Ella, como había supuesto, estaba destrozada por lo que había sufrido su padre y sólo quería que se pusiera bien. A Jayson se le partió el corazón al imaginársela con la cara pálida y ojeras de tanto llorar. En cuanto pudiera, le dijo, iría al hospital a hacerle compañía. Ella, tan cordial como siempre incluso en ese momento, le dijo que no se preocupara, que, si tenía trabajo, lo primero era eso. Tenía que ir a verla, no podía dejar a su madre sola y sin

apoyo, se dijo a sí mismo.

En cuanto colgó, se levantó, cogió un papel en blanco, un bolígrafo y empezó a escribir.

1. *Astrid tiene moratones y heridas infligidas por un tercero. Sarah Whiver también (vid. Carta e instantánea).*
2. *Ambas son famosas. Tienen la misma clase de heridas. La primera desapareció.*

Y, si Astrid hubiera mantenido su retiro, ¿hubiera desaparecido también? Después se le ocurrió una idea.

3. *Algunos padres pegan a sus hijos para corregir sus errores. Los padres de Sarah eran muy exigentes con su carrera. Los padres de Astrid son muy controladores y quieren que se mantenga en la fama ¿por siempre? Después del retiro de Whiver, desaparece. Después del retiro de Astrid, la ataca el Lobo y los padres se enfadan con ella. El retiro es un error, ¿se debe castigar? ¿Los padres de Astrid la castigan por retirarse?*

Sabía que era una idea un poco alocada, pero la subrayó varias veces para que quedara claro como un apunte.

4. *En Talents Camp sólo sobrevivieron los tutores y unos cuantos alumnos. Cooper dice que algunos de sus amigos supervivientes han muerto. Dos alumnos mayores también sobrevivieron (deben estar muertos o ser muy viejos). El guante de hierro está en el sótano de Astrid. ¿Sabe que tiene un sótano que parece una segunda casa? En Talents Camp, los lobos estaban en el sótano. Fuerte relación.*

Acto seguido, cogió su teléfono para llamar a su hermana, pero en ese momento unos fuertes golpes sonaron a su puerta.

La tensión se percibía en el ambiente. Astrid se mantenía rígidamente sentada en el sofá, mientras sus padres se paseaban ante ella murmurando palabras ininteligibles. Acto seguido, sus padres se sentaron a cada lado de su hija, hablando entre ellos como si ella no estuviera presente.

—Seguro que la policía ya lo está buscando —dijo su padre.

—Se lo he dejado bien claro a la prensa. Si ponemos una denuncia más voraz, no saldrá vivo de la cárcel —comentó su madre.

Astrid no dijo nada. No se atrevía a decir nada. Por primera vez se sentía completamente indefensa ante sus padres.

Percibió cómo sus padres cruzaban miradas sin cesar y eso la puso aún más incómoda.

—Y ahora..., hablemos sobre tus heridas de esta noche —sentenció su madre de pronto.

Astrid alzó la mirada hacia ella, asustada.

—¿Quién... quién os lo ha dicho?

—Cariño, yo lo sé todo.

—Pero primero —la paró su padre—, hagamos un paseo en coche.

Ambos miraron sonrientes a su hija. Astrid sintió miedo. ¿Quiénes eran esas personas?

—Cuidado, que viene el lobo —canturreó su padre, riendo

sarcásticamente.

—Y te comerá... —le pellizcó su madre en el brazo.

Un dolor de cabeza muy fuerte sacudió la mente de Astrid, que tuvo que poner ambas manos en las sienes para no marearse. El dolor pasó de pronto, pero mil imágenes cruzaron su mente, imágenes que ya había visto antes, pero ahora eran mucho más detalladas. Imágenes que había tenido ocultas en su cerebro y que ahora, por alguna razón, se habían desbloqueado y acudían a su memoria.

Todos los recuerdos con los que había soñado, aquellas personas que la habían agredido en aquel lugar oscuro años atrás... Aquel velo oscuro que tenían por rostro se destapó... y aparecieron la cara de su madre y su padre. El lobo, el monstruo al que tanto había temido, estaba personificado en esas dos personas que ahora la rodeaban como si estuvieran a punto de atacar.

El Lobo siempre había estado presente, junto a ella, vigilante, día y noche, como la canción. <<*Obedece y serás duradera*>>. Todos los versos de aquella espeluznante canción acompañada de la melodía que había rondado su cabeza día y noche, ahora aparecían claramente ligados a su vida, a su familia.

El Lobo eran sus padres.

Aquellas dos personas a las que había abrazado, besado, hablado y cantado, que la habían arropado, mimado, dado de comer... su rostro se había descompuesto drásticamente. No reconocía su expresión. Aquella expresión sólo la había visto en un lugar y momento concretos. En aquel lugar oscuro.

Astrid no lo dudó ni un momento y se levantó corriendo y corrió hasta el teléfono fijo. Lo descolgó, tecleó el 911:

—911, ¿en qué puedo ayudarle?

—¡Socorro! ¡Me van a matar!

—Dígame la dirección, por favor...

No alcanzó a escuchar nada más. Cuatro brazos fuertes y firmes la alcanzaron rápidamente, despegándola del teléfono y colgando a toda velocidad.

—Eres una ovejita muy traviesa —le susurró su madre al oído.

—Ahora no te moverás más.

Notó un pinchazo en el brazo. Alcanzó a ver una jeringuilla vacía. En pocos instantes, tan sólo alcanzó a escuchar los fuertes latidos de su corazón, su visión se oscurecía por momentos y le pitaban los oídos. Se sentía mareada. En un instante, la realidad se evadió para ella.

Sin embargo, alcanzó a oír unas últimas palabras.

—¡Trae el coche a la entrada! Creo que hoy Anna va a recibir una visita muy especial.

Se sentía humillado. Abandonado. Encarcelado.

Jayson observaba la celda que le habían dispuesto, hasta que lo llamaran para dictarle su sentencia.

No podía creer que unos policías hubieran acudido a su casa rápidamente y lo hubieran tomado sin él apenas asimilar que se lo estaban llevando a un lugar que no le gustaría nada.

Deseó que su hermana estuviera allí para ayudarle, pero por la llamada que había recibido, estaba luchando como una loca con el fiscal para conseguir que admitiera que todo aquello era un error. Todos le pedían explicaciones de por qué creía que era inocente, y a Daisy no se le ocurría nada más válido que la pura verdad. Pero ella sabía que la verdad sólo empeoraría las cosas para su hermano y para ella misma. No podía arriesgarse, le había dicho con el corazón roto.

Estaba seguro de que la noticia se esparciría como la pólvora. Ya podía leer los titulares: <<Periodista que mantuvo contacto físico con Astrid está ahora en la cárcel>>. ¿Contacto físico?, se repitió a sí mismo. ¿Era así como le llamarían los fríos reporteros a un simple beso?

La rabia lo invadió por completo, pero se obligó a apagarla como mejor pudo.

De repente, vio la figura de su cuñado entrar en la comisaría y acercarse a su celda.

—He venido a sacarte. No hay tiempo de explicaciones, pero debes venir con nosotros de inmediato.

Vio cómo a su lado se agitaba un policía regordete y más bajo que la alta y corpulenta figura de su cuñado, que se negaba a dejarlo libre.

—Es el único que sabe acerca del caso de Astrid, y tiene que ayudar al FBI a resolverlo. Además, en cuanto coopere con nosotros, el fiscal firmará un acuerdo para dejarlo en libertad y usted no puede hacer nada ya para impedirlo —le gritó al sargento, quien se calmó y asintió apáticamente.

Abrió la celda de Jayson y dejó que éste saliera, visiblemente confuso. El

agente Eric lo tomó del brazo y lo arrastró hasta el exterior, donde lo esperaba un pequeño coche negro con los cristales tintados, sabiendo que era uno de los coches de los agentes del FBI. Tan rápido como el agente lo sacó de la cárcel, lo metió en el asiento trasero del coche y cerró las puertas con pestillo. Tras ponerse en marcha, explicó:

—Hemos recibido una llamada de socorro de parte de Astrid. La operadora supo que era ella porque localizó el lugar en el que estaba: la casa de sus padres. El caso es que necesitamos que nos ayudes a investigar qué le ha podido pasar, si alguien quiere hacerle daño o deshacerse de ella, ya que tú has mantenido... bastante contacto con ella estos últimos días. Daisy ya me ha contado todo lo que sabes, por cierto.

Jayson sintió cómo las lágrimas acudían a sus ojos. ¿Astrid, en apuros? ¿En casa de sus padres? Pensó en la desaparición de todas las famosas... y por un momento temió por el futuro de su chica. No quería ni imaginarse lo que le iba a pasar.

—¿Dónde vas ahora? —preguntó el periodista.

—Tengo una patrulla delante de la casa de los padres de Astrid. No han localizado a ninguno de los tres ni a nadie más, así que vamos a investigar el escenario antes de proceder.

—¡No! —le detuvo Jayson y sintió que el hombre pisó los frenos de tal manera que las ruedas traseras del coche policial dieron un brinco que, de no llevar el cinturón, podría haber salido disparado hacia el techo—. Creo que sé cómo encontrarla. ¿Dónde está Daisy?

—En la oficina. Está con mi equipo intentando rastrear su móvil.

Esperaron unos segundos infinitos hasta que el móvil de Eric sonó con fuerza. El propietario echó un vistazo y frunció el ceño.

—¿Qué hace Astrid en Montana?

Jayson lo miró, frunciendo los labios.

De pronto, una imagen acudió a su mente. La carta de Sarah Whiver.

<<Ahora estoy en la casa de veraneo de mis padres, en Montana...>>.

También recordaba la dirección de la casa escrita en el sobre que le entregó Astrid. La corazonada que sintió de pronto le petrificó el corazón. Y

decidió seguirla.

—Eric, quiero que ahora me escuches con atención y programes tu GPS para que nos lleve a una dirección concreta, ¿de acuerdo? —se la dio y tomó rumbo hacia ésta, aunque no sabía cuánto tiempo estarían dentro del coche, Eric supuso en voz alta que un par de horas. Las suficientes para matar a una persona, pensó ahogándose Jayson, pero se obligó a calmarse y a proseguir —. Desde hace tiempo, en 1948 concretamente, ha habido una serie de cantantes que triunfaron principalmente en Estados Unidos y luego anunciaron su retiro, desapareciendo una a una sin dejar rastro. Astrid y yo investigamos sobre estas cantantes y descubrimos que llevan un orden cronológico. La siguiente y... última hasta ahora es Astrid, pero ahora volveré a ella. También investigué sobre el caso de un campamento, el Talents Camp, donde una serie de tutores maltrataban a sus alumnos si no obedecían en su camino hasta la fama que controlaban ellos mismos. Un testigo me contó que sufrían las mismas torturas que he encontrado en Astrid...

—Sí, eso ya me lo ha contado Daisy.

—... y tengo la sospecha de que sus padres están detrás de esto. Aún no sé por qué ni qué relación concreta tienen con los monitores de ese campamento, ya que se incendió y pocos sobrevivieron, según mi testigo.

—¿Sabes que ésa es una acusación muy grave? —le espetó el agente.

—¡Pero tiene sentido! Los alumnos de Talents Camp sufrían abusos de sus tutores, querían lograr fama y los controlaban en todo momento. A Astrid le ocurre igual. Y si ha llamado desde casa de sus padres para emitir un socorro será que... sus padres quieren hacerle daño. Escucha, todas esas cantantes desaparecieron. La primera de ellas sufrió las mismas agresiones que Astrid y, tras anunciar su retiro, desapareció. Estaba en la casa de Montana a la que vamos ahora. ¡Tenemos que ir a por Astrid y alejarla de sus padres...!

Eric frunció el ceño, visiblemente nervioso por el testimonio de su cuñado. Pero decidió continuar con su ruta, sin perderse ni aminorar la marcha. Al fin y al cabo, en ese mundo de crímenes, él había visto de todo y sabía que todo era posible, por tanto, cerró la boca y decidió ir a verlo por él mismo. Pero si resultaba que su cuñado estaba equivocado y había gastado su tiempo en un impulso amoroso se encargaría de mandarlo de nuevo a la cárcel sin dudarlo, a pesar del vínculo familiar que había entre ellos dos.

Mientras tanto, Jayson, por primera vez, rezó porque Astrid estuviera

todavía viva. Esperaba que ese Dios al que tanto clamaban sus afiliados, afligidos, pensando que les escucharía, pudiera ayudar a que Astrid se mantuviera con vida tan sólo unas horas.

Al menos hasta que ellos dos llegaran a la casa de Montana y detuvieran la masacre que él percibía que estaba por llegar.

“Tu verdadera identidad”

Otra vez esa caja de música tan tenebrosa.

Quería que esa pesadilla terminara pronto y pudiera despertarse felizmente en su cama, saludando al nuevo día y a los nuevos conciertos y firmas que debería dar, estando después con su querida familia y amigos. Ya no había nadie llamado Jayson. Ni tampoco unos lobos y unas ovejas. Ella se llamaba Astrid y era una cantante famosa, por una parte, y por la otra, una feliz ciudadana de Cheyenne con unos padres maravillosos y unas amigas excepcionales que harían por ella lo que fuera porque estuviera bien. Todo lo ocurrido había sido tan sólo una pesadilla larga y pesada, que desaparecería con su despertar.

Abrió los ojos y pensó qué hora debía ser, puesto que todo estaba muy oscuro. Se levantó para encontrar el interruptor. No sintió su mesita de noche. Ni su cómoda, ni siquiera su cama. Las paredes estaban muy húmedas y sentía un frío recorriéndole la espina dorsal.

Gritó cuando supo que había vuelto a la habitación oscura.

Mientras, a su alrededor, seguía sonando la melodía de la caja de música.

El lobo se acercaba.

Escuchó cómo la puerta se abría y una leve luz iluminaba la habitación de pronto. Alcanzó a ver los arañazos propinados a las paredes, sucias de la sangre de sus dedos. Ahí fue cuando aprendió a no destrozarse las uñas rasgando la pared. También vio tres marcas de sangre en un rincón de la pared, de cuando la estrellaron contra la pared por huir la primera vez y quiso dejar constancia, por si algún día moría en esa habitación y era habitada por un nuevo inquilino, facilitarle la información de que ahí lo torturarían.

También vio unas marcas en la superficie lisa de la mesita de noche de cuando se le ocurrió la idea de contar el tiempo que pasaba allí metida, pero se le rompió el diente de leche que había estado usando. Se tumbó en el suelo haciendo un ovillo, temblaba de terror y lloraba de pánico. Todos los sentimientos negativos habían vuelto. Ahora muchas cosas tenían sentido. Ella no había obedecido, así que éste era el lugar donde desaparecería para siempre. La iban a matar si no obedecía, o moriría de alguna otra forma.

—¿Qué tal tu descanso, pequeña ovejita? —susurró la voz perturbadora de su madre.

Astrid cerró los ojos con fuerza mientras respiraba a toda velocidad. <<¡Despierta, despierta ya!>>, se decía a sí misma. Un brazo arropador la rodeó y una mano fuerte la agarró del cuello, obligándola a volverse hacia la mirada de su madre. Aquellos ojos vacíos, la sonrisa sádica, el pelo revuelto...

—Tú no eres mi madre... —susurró Astrid.

Para sorpresa suya, la mujer inclinó la cabeza hacia ella y carcajeó hasta dejarla helada.

—¿Quieres ver a tu madre, ratita? Ven conmigo.

Por alguna razón, su tono de voz había cambiado completamente. Ya no era cálido ni reconfortante, sino altanero. La trataba con asco, como si Astrid no significara nada para ella. La mujer desapareció por la puerta y su sombra se perdió pasillo abajo.

La cantante se mantuvo temblorosa unos instantes hasta que se armó de valor, se incorporó y siguió la oscura sombra de aquella mujer. <<¿Quieres ver a tu madre?>>, se repitió para sí misma. Por un momento pensó en si estaba preparada para conocer su verdadera identidad. ¿Quería dejar de ser quien fuera para convertirse en otra? ¿O la mataría sin dudarlo? En ese caso, ¿qué hacía <<su madre>> en ese lugar? <<Demasiadas preguntas, Astrid>>, se dijo a sí misma. Se mordió el labio, obligándose a continuar su camino, pasillo abajo. La figura de la mujer estaba detenida ante una puerta, sonriendo maliciosamente, esperando a que Astrid la alcanzara. En cuanto la joven se situó a su lado, la mujer abrió la puerta con una llave, encendió el interruptor y esperó a que la luz iluminara el salón.

Pero Astrid no estaba preparada para lo que estaba a punto de presenciar.

Una figura grisácea estaba sentada, aferrada a la pared del fondo de la estancia. Estaba escuálida, tenía las piernas abiertas y una gran mancha de sangre reseca salía de su entrepierna hasta esparcirse por el suelo, dejando

entrever que allí había ocurrido algo grave. Pero lo más horrendo era su rostro... Sus ojos, vacíos, negros... Estaban abiertos de par en par, como si hubiera muerto presenciando una atrocidad como la que estaba observando Astrid. Su boca, por otra parte, también estaba abierta en señal de pedir auxilio en voz alta, y de ella salían moscas sin cesar.

Las náuseas se apoderaron de Astrid. Se retorció hasta vomitar y escupir bilis al suelo de la estancia. La mujer ni se inmutó. La pestilencia de esa habitación no la molestaba.

Astrid se recompuso como pudo y gimió, sintiendo cómo le ardían las lágrimas en los ojos. Cayó de rodillas al suelo, sin saber qué hacer o decir.

—Se llamaba Lilian... —empezó la mujer. Astrid abrió mucho los ojos al reconocer ese nombre—. Como tú, fue la cantante del momento. La adoptamos con cinco años, la criamos como nuestra hija y le dimos la mejor educación musical posible. Pero a los trece nos falló. Se olvidó de la fama, del dinero... y de la música. Lo quiso dejar todo por un chico del que se encaprichó. Por supuesto, ella anunció su retiro y nosotros la trajimos aquí para convencerla de que volviera. Pero ella ya estaba decidida.

>>Discutimos —la mujer ni se inmutaba, no sentía remordimiento ni sentimiento alguno al recordar lo ocurrido, pero tenía los ojos fijos en la nada, concentrada en su historia—. Fue entonces cuando nos dijo que estaba embarazada. De ti. Y de tu hermana gemela. Cuando os parió en esta habitación... nos encargamos de que muriera de la infección que la mugre de esta habitación le iba a causar —finalizó serrando los dientes y cerrando los puños. Astrid cerró los ojos y lloró en silencio. No podía imaginar lo que aquella sádica le estaba relatando, no podía imaginar que esa atrocidad se hubiera llevado a cabo y que ahora la que en un día fue su madre y la llevó en su vientre estuviera muerta por culpa de esa asesina—. La siguiente en aparecer al estrellato fue tu hermana. Por supuesto, tú te quedaste aquí. Te dimos una televisión para que aprendieras a cantar y tener una base, por si te necesitábamos.

>>Tu hermana eligió el nombre artístico de Astrid. Nosotros la ayudamos a forjar su carrera, se lo dimos todo. Pero también nos falló. ¡Por un chico! Por eso acudimos a ti, para que restablecieras el orden en la carrera de Astrid. Pero tú también nos has fallado. ¿Quieres saber lo que te espera ahora, querida ovejita?

Astrid apretó los dientes.

—¿Quién eres tú..., ¡monstruo!? ¿Qué has hecho con Sarah Whiver? ¿Y

con Paula Harrisson? ¿Y con Joséphine? ¿Dónde está mi hermana?

La mujer soltó una risa sádica.

—¿Yo? Permíteme que te cuente una historia:

>>Hace muchos años, en una época en que la Segunda Guerra Mundial había empezado y los Estados Unidos discutían qué debía hacer para afrontarlo, había un campamento muy especial, llamado Talents Camp —al oír ese nombre, Astrid recordó lo que le contó Jayson sobre ese lugar—. Allí unos hijos de puta que se llamaban a sí mismos profesores acogieron a decenas de huérfanos para convertirlos en estrellas. Pero tenían un modo muy peculiar de enseñar, ya que les propinaban heridas graves si ellos cometían errores dignos de castigar. En ese campamento estuvieron mis padres, ¿sabes? Hubo un incendio, creado por ellos dos para acabar con la vida de los tutores, pero la mayoría de ellos huyeron. Así que, tras realizar varias investigaciones, decidieron castigarlos con la misma medicina.

>>¿Has nombrado a Sarah Whiver, verdad? Pues ahora te diré qué tiene a ver ella con eso. Su verdadero nombre era Miriam Summer. Y era la hija del director de ese campamento. Mis padres lo mataron a él y a toda su familia, y a ella se la llevaron, acogiéndola como una huérfana para convertirla en una estrella, propinándole los mismos castigos por cada error que cometiera, a cada decepción que les diera. Por supuesto ella los defraudó queriéndose retirar. Y entonces murió. La decepción había sido demasiado mayor. La siguiente, por supuesto, también era pariente de esos malditos tutores. Y también lo fue la siguiente. Hasta llegar a Lilian. Los tutores, sus abuelos, y sus padres murieron a manos de mis padres. Pero hacía poco habíamos nacido tu padre y yo..., es decir, mi hermano y yo. Nosotros nos encargamos de la educación y la carrera de Lilian, aprendiendo de la experiencia de nuestros padres, de lo que había que hacer en cada situación, en cada error, siempre había un castigo listo para ella.

>>Su historia ya la sabes. Y la de tu hermana, Astrid, o Anna, como la llamó Lilian, también. Y tú, Helena, dime, ¿quieres conocer ahora a tu hermana? Con un poco de suerte, aún estará con vida...

>>Y ahora dime, ¿qué sientes al conocer por fin tu verdadera identidad?

La siguiente puerta era igual que la anterior, sólo que el metal estaba menos oxidado y no se notaba ninguna pestilencia a podredumbre en su interior. Por lo que Astrid tuvo alguna esperanza de encontrar un cuerpo vivo, uno que pudiera recordar o sentirse ligado a él.

El de su hermana.

Aquella que pudiera contarle cómo había vivido la vida antes de que ella apareciera y la ocupara totalmente a ciegas.

La mujer abrió la puerta. Un chirrido escalofriante se escuchó de fondo. Pero en la habitación, en cuanto la mujer la alumbró con un interruptor externo también, no había nadie. Astrid pudo ver que el semblante de la mujer empalidecía, y su cara de sorpresa pasó a adueñarse de la mayor ira que había contemplado jamás.

Aquella a la que una vez llamó madre empezó a correr pasillo abajo, desapareciendo en una curva. Astrid esperó, ya más calmada. La historia que le había contado esa mujer antes la había impactado mucho, le había restregado la realidad y su identidad por la cara, obligándola y forzándola a asimilar muchas barbaridades en pocos minutos, pero ahora ya lo estaba asimilando todo. Había visto muerta a la que realmente había sido su madre biológica y la adoptiva le había contado su historia de principio a fin, ligándola con las investigaciones que había llevado a cabo junto a Jayson.

<<Jayson>>, pensó. ¿Estaría bien? Tan sólo esperaba que no hubieran ido a por él, que hubiera huido como le había advertido. Que se hubiera mudado, probablemente a Canadá o a México. Que se hubiera cambiado de nombre y de identidad y que hubiera iniciado una nueva vida lejos de ella y del peligro que su ser emanaba para todos los de su entorno. Aquella idea le provocó un escalofrío, pero se convenció de que era la mejor solución para su seguridad propia. Y sólo sintiendo que Jayson estaba a salvo pudo ser feliz hasta que “su madre” volvió.

Traía consigo a una criatura larguirucha y pálida, arrastrándola del brazo como si quisiera arrancárselo. La criatura, probablemente sintiéndose vencida y humillada por aquel gigante monstruoso, tenía la cabeza gacha y los cabellos castaños enmarañados le tapaban el rostro completamente. Astrid pensó en si se había negado a seguir viviendo.

—Esta mocosa no es la primera vez que se escapa. Gracias a esta llave — dijo remarcando la palabra <<esta>> y arrancándole un minúsculo objeto de color platino de las manos— que no sé cómo ha caído en su poder. Pero tendrás un castigo por ser tan desobediente. Pero primero, saluda a tu

hermana, Helena.

La mujer se cruzó de brazos, dejando que las dos jóvenes se observaran. La criatura alzó la cabeza, mirándola a través de sus mechones despeinados. Se los apartó lentamente, clavando sus ojos castaños en los de Astrid. La joven sintió un escalofrío en su interior que la hizo sentirse indefensa. ¡Entonces era verdad! Aquella muchacha era exactamente idéntica a ella: el cabello, los ojos, los rasgos del rostro... A pesar del color pálido de su piel, seguramente debido a las malas condiciones de ese lugar, Astrid se reconoció en el rostro de esa chica. Además, pudo reconocer en ella, aunque algo más delgada y demacrada, a la niña que le tendió la llave, años atrás, para abrir “todas las puertas”. ¿Estarían en las demás puertas las demás cantantes?

No fue capaz de articular ningún sonido. Se sintió una cobarde insultante, humillada por la mirada huraña de desafío de esa chica. Anna...

Entonces oyeron un estruendo encima de sus cabezas. Las tres alzaron el rostro hacia arriba, aguardando un segundo suceso.

La figura de “su padre” apareció de pronto, como si hubiera bajado unas escaleras que conducían adonde estaban ellas y se agitó alarmado.

—¡Es la policía! ¡Hay por lo menos tres coches de policía ahí afuera!

La mujer lo fulminó con la mirada.

—¡Pues sal a ver qué quieren!

—¡No puedo! Saben que soy el padre de Astrid y sospecharían de mí si me vieran aquí. ¿Por qué crees que han encontrado este lugar si no es para encarcelarnos? ¡Te dije que no debíamos mostrarnos al público como sus padres, así ahora nadie nos relacionaría con ella!

—¡Calla y ve arriba!

El hombre mostró una mueca apática. Dio media vuelta y volvió sobre sus pasos, pero no avanzó ni un metro cuando se oyó un estruendo mucho mayor.

Los dos hermanos se miraron alarmados. Habían tirado la puerta abajo.

Las dos hermanas, como si de repente el vínculo fraternal se creara entre ellas, se miraron triunfantes.

¡Eran libres!

El fin de los lobos

Se oyeron pasos en el piso superior. De varias personas. Astrid calculó que debían ser al menos diez personas las que habían irrumpido esa casa, mientras un sentimiento de gloria se apoderaba de ella. Percibió que los dos asesinos, tras ella, estaban pálidos, inmóviles, sin saber qué hacer. Habían perdido ese juego y, pensando en positivo, ni ella ni su hermana habían muerto. Aún.

Los pasos seguían avanzando por todo el piso superior. Parecía que habían encontrado la escalera, ya que todos se dirigieron hacia una sola dirección cercana a su posición, por lo que Astrid esperaba que llegaran a ellos en pocos minutos.

La mujer perdió los nervios. Sintió que las lágrimas acudían a sus ojos y le escocían. No quería echar a perder la venganza que iniciaron sus padres. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pistola. Acto seguido, agarró a Astrid con fuerza y apuntó con el arma a su sien. El hombre hizo lo mismo con Anna, aunque carecía de arma, por lo que se limitó a apretarle el cuello con ambas manos.

Los pasos descendieron las escaleras. Un poco más y verían aparecer las figuras de esos policías. Astrid reconoció al cabecilla del grupo. Era el marido de Daisy, lo conoció cuando fue a su casa a comer junto a Jayson aquel día. Llevaba una pistola en la mano, apuntando a los dos criminales.

—¡Baje el arma! —ordenó Eric.

—¡Bájela usted! —le contestó la mujer, algo que enfadó al agente.

En pocos minutos, la sala se llenó de agentes policiales. Todos ellos con un arma, apuntando al hombre y a la mujer, quienes no querían soltar a las

rehenes. Éstas sentían que estaban a un paso de la libertad. Astrid sentía la fría boca del arma apretada contra su cabeza. No lloraba, no tenía miedo, no temblaba. Creía que había visto tanta crueldad en tan pocos minutos que morir ya no le daba miedo.

El paso siguiente fue una lucha de miradas asesinas entre ambos bandos. Los dos criminales se negaban a soltar a las víctimas y los policías temían por sus vidas, pero permanecían amenazando a los asesinos con la fiereza de sus armas y el temor a que eran un mayor número.

—¡Fuera de mi casa! ¡O disparo! —amenazó la mujer, apretando con más fuerza el arma contra la sien de Astrid.

—¡Baje el arma o disparamos nosotros! —respondió Eric.

Entonces todo fue muy rápido. Astrid oyó cómo un arma se disparaba. Por el dolor agudo que sintió de pronto en el hombro supo que había sido el arma de la mujer. Su cara se retorció en un gesto de dolor, se agachó al suelo para apretar los dientes y taparse la herida con la otra mano. Los policías aprovecharon ese momento para disparar todos a la vez. Ocho, nueve, diez disparos contó Astrid mientras la visión se le volvía borrosa.

Poco después, el cuerpo de la mujer yacía a menos de un metro de ella, con los ojos abiertos y la mano puesta sobre el corazón, el lugar donde le había alcanzado la primera bala, justo después de atacar a su hija adoptiva. Astrid alcanzó a cerrarle los ojos. Aquella sería la última vez que se enfrentaría a la mirada vacía de aquella psicópata.

Acto seguido, los policías apuntaron al hombre, quien se acobardó tras ver el cuerpo de su hermana muerto a su lado. Soltó a su hija adoptiva y alzó los brazos, asustado. Anna se mantuvo inmóvil. Luego observó a Astrid, se agachó a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

El silencio en la sala de interrogatorios era sepulcral. Varios policías se alzaban majestuosos ante la figura de un hombre encadenado que tan sólo les sonreía escalofriantemente.

—¿Quiere un vaso de agua? —preguntó Eric. A su lado se encontraba Daisy, su esposa, quien se mantenía rígida e inmóvil, con su posado

profesional serio. El hombre no respondió—. Entenderé eso como un no. Bien, ¿puede contarnos cómo planeó las muertes de tantas... jóvenes? Según el informe redactado tenemos entendido que se le acusa del homicidio de primer grado de sus familiares más cercanos y la adopción ilegal de esas niñas. Después se le acusa de haberles infligido daños irreversibles en sus... cuerpos, y finalmente se le acusa de todos y cada uno de sus homicidios. ¿Puede contarnos su versión o nos quedamos con la nuestra?

El hombre se mantuvo imperturbable todo el tiempo. Eric frunció el ceño y dejó caer el puño sobre la mesa que los separaba a ambos, furioso.

—¿Quiere hablar de una vez, cojones? ¿De verdad han llegado hasta este punto por venganza?

Daisy le puso una mano en el hombro, pero el hombre se zafó de ella rápidamente, omitiendo ese gesto de cariño y amistad que le ofrecía su mujer y compañera.

—Quiero un abogado —alcanzó a decir.

Eric cruzó una mirada con Daisy, quien parecía nerviosa en su sitio. Se adelantó. Acto seguido, un policía salió disparado de la sala de interrogatorios, en busca de algún letrado de oficio que quisiera representar a ese hombre.

—Tenga el abogado que tenga..., pienso estar en primera fila cuando le administren la inyección letal.

Acto seguido, todos los policías recogieron sus cosas y salieron de la sala de interrogatorios. Finalmente, los encargados del reo lo cogieron y se lo llevaron a la cárcel judicial, a la espera del juicio.

Renacer

Unos días después, Helena despertó en el hospital. Lo supo porque estaba rodeada de paredes blancas y muebles que olían agradablemente a limpio. Giró un poco el cuello y vio unos ropajes color crema que rodeaban su hombro maltrecho. Eran vendas. Sacó un brazo de la cama y la rozó con los dedos. Sintió un dolor agudo, pero no le importó. Siguió tocando hasta que sintió que se estaba mareando.

<<Mis dos madres han muerto>>, se dijo a sí misma. <<Despierta, despierta, despierta ya>>.

Cerró los ojos e inspiró profundamente. Quería volver a la realidad, pero no era capaz de asimilar que fuera ésa.

De pronto, escuchó cómo una puerta se abría, y dos figuras conocidas entraron en la habitación. Tuvo que entrecerrar los ojos para distinguir las a las dos. Vio a su hermana gemela,... ¡Anna!, quien sujetaba un enorme ramo de flores, y a su lado se erguía la figura de un hombre rubio y alto, con cara de preocupación. ¡Jayson! Sintió unas ganas terribles de gritarle que debía ponerse a salvo de todo aquello y de ella, sintió unas ganas irrefrenables de llorar y abrazarse a él, pero dejó que él se acercara a su cama y le acariciara la mejilla. La caricia la estremeció de placer. ¡Cuánto le había echado de menos!

—Por fin te has despertado, As... Helena.

La aludida sonrió. Y lloró, sentía que iba a explotar de emoción. Permitted que el joven se sentara a su lado, le besara la frente y los labios. <<¿Realidad o imaginación?>>, se preguntó a sí misma. Realmente no sabía si estaba dentro de un sueño, pero prefería pasar mil veces lo que creía que había

pasado con sus padres en Montana con tal de sentir las caricias de Jayson una vez más.

—Veo... —trató de hablar Helena. Tras mucho tiempo en la cama y la administración de muchos calmantes le costaba vocalizar—, veo que... ya conoces... a mi hermana.

Anna, algo apartada de ellos dos, asintió con la cabeza, sonriente. Ya no llevaba el pelo tan alborotado como la había conocido ni tenía la piel tan pálida. Al parecer había tenido tiempo que arreglarse y restablecer su salud mientras ella estaba en cama.

—Sí, ha sido una historia terrible la que habéis pasado las dos. Pero tengo algo que enseñarte —bajó la mano y escuchó un ruido sordo de papel, una bolsa de papel, y vio que la volvía a subir con un libro en la mano, no, una revista. Tras leer el título, supo a qué revista se refería. Leyó el titular de la portada: “La verdadera historia de Astrid de principio a fin y sus predecesoras”—. A Jonathan le ha encantado. Las ventas se han disparado por completo. El presupuesto de la revista se ha estabilizado en beneficio nuestro.

Helena sonrió.

—Entonces ya ha terminado todo.

Anna y Jayson cruzaron una mirada de alivio.

Se oyeron unos golpes en la puerta. Jayson miró a Helena como preguntándole si esperaba a alguien, pero la aludida parecía tan confusa como él. La puerta se abrió y apareció la figura despreocupada de Adam. Pero en ese momento parecía encogido por la sorpresa..., al ver a dos Astrid iguales.

Observó a Helena, abrazada a Jayson y volvió su mirada hacia Anna. Se mantuvo unos segundos inmóvil. La joven lo reconoció, lo supieron por la mueca de sorpresa y nostalgia que mostró de pronto. Adam dio el primer paso.

—Astrid —dijo, acariciándole la mejilla.

—Adam —respondió emocionada la joven.

Acto seguido, el joven la besó. Fue el acto más sincero, delicado y tierno que Jayson le había visto realizar a su amigo el desordenado y desarreglado. La abrazó y escuchó cómo lloraba en su hombro. De emoción por haber encontrado por fin a su amante, a la que conoció cuando quiso hacerle una entrevista para presentar un trabajo de la universidad. Desde hacía cinco años sorprendentemente había dejado de reconocerle y llamarle y buscarle... y encima se había enamorado de otro, ¡de su mejor amigo! Pero ahora veía la

explicación a todo aquello. ¡Eran dos!

Mientras, Jayson cruzó una mirada cómplice con Helena que la hizo reír.

Si alguien preguntaba, su vida no había sido normal, de hecho, había sido opaca hasta hacía poco. Había vivido poco, realmente, pero había sufrido mucho. Hasta hacía unos días, estaba completamente segura de que empezó a vivir plenamente, a tener consciencia de una vida exterior hacía cinco años. Pero ahora se daba cuenta de la vida de verdad empezaba ahora, en este momento. Miró a Adam, a su hermana gemela Anna, con la que seguramente tendría mucho que hablar, y finalmente volvió a perderse en los ojos azules de Jayson, que le sonreía. Había llegado como un salvavidas a su vida y había sido su máximo apoyo en ese periodo de oscuridad. No lo conocía a fondo, pero sabía que... tenía toda la vida por delante para hacerlo.

Porque sin duda, ésa era la realidad en la que quería vivir por el resto de su vida.

Epílogo

Cinco años antes...

Tamborileaba con los dedos sobre el volante al son de la música. Ahora mismo no recordaba el nombre de aquel grupo, pero lo acordes de country lo pusieron en contexto una vez la señal que rezaba <<Montana>> se hizo visible a los pocos kilómetros de entrar en el estado. Mientras, el cuerpo descansaba en la parte trasera, tapado con una manta. Por suerte, no había dado problemas durante el trayecto.

En seguida vislumbró el tejado de aquella casa que se había mantenido en pie muchos años. Por fuera, parecía una casa rural vieja que escondía una historia familiar. Sin embargo, la historia se encontraba dentro, fuera del alcance del exterior.

En cuanto abrió la puerta, todos los recuerdos lo inundaron de nuevo. Torció la comisura de sus labios en una sonrisa. Aspiró con fuerza, cerró los ojos y los volvió a abrir. Sintió cómo la esencia de aquella casa y su historia se amoldaba en cada parte de su ser. Pudo sentir cómo se le erizaba el pelo, cómo sus dientes se afilaban y cómo su figura aumentaba de tamaño hasta transformarse en un lobo de pelaje oscuro, hambriento.

Al entrar a la casa, pasó por delante del espejo de la entrada. Observó su cara pálida, su boca, su cabello castaño. No obstante, la furia del Lobo se encontraba en sus ojos. Sonrió. Tenía hambre.

Bajó las escaleras hasta el sótano silbando con alegría. Entre sus brazos cargaba un bulto enrollado en una manta. No se movía.

Con el pie, abrió una puerta que daba a una habitación. Catre, retrete,

televisión... ¿Qué más se podía pedir?

Dejó caer el bulto sobre la cama. Bajó la manta hasta descubrir un rostro pálido y ojeroso de una niña, dormida, que había sido la luz de sus ojos toda aquella temporada. Recordaba cómo le había acariciado el cabello todas las noches hasta que se quedara dormida, cómo le había relatado cuentos, cómo la había animado a subirse a escenarios para perseguir ese sueño profesional. Cogió un mechón de su cabeza, se lo acercó y lo olisqueó como si fuera un animal. La niña no se movió.

—No has obedecido... —canturreó el hombre, alejándose poco a poco.

Cerró la puerta con llave tras salir de la habitación.

Caminó unos pasos hasta detenerse ante otra puerta idéntica a la anterior. Con deleite, pegó el oído a ella. No escuchó nada. Dio unos golpecitos, como queriendo jugar con el insignificante animalillo que se encontraba encerrado ahí dentro, pero siguió sin oír nada.

Metió la llave en la cerradura, giró y, tras proferir un ruido sordo, la puerta se abrió.

La luz iluminó la estancia. Era tan pequeña, que todos los rincones se bañaron de aquella débil luminiscencia. Aspiró con fuerza, como el animal que había en su interior, al ver aquel cuerpo sentado en el suelo y con la cabeza protegida por sus brazos. Entró lentamente, pisando fuerte con sus botas sólo para divertirse viendo cómo aquel ser temblaba ante su llegada inminente.

Antes de que la niña pudiera darse la vuelta, le tapó la boca con un pañuelo y su aroma la ayudó a caer en un sueño profundo.

La puerta de casa se abrió. La mujer se levantó orgullosa del sofá y fue a recibir a aquella débil adolescente que se mecía sobre sus pasos, observando todo su alrededor sin rastro de emoción alguna. Tras ella, la figura del feliz padre le indicaba dónde estaba cada sitio.

—¡Mi amor! ¡Mi vida! —la mujer se agachó ante aquella niña y la abrazó con fuerza por largos instantes. El padre la imitó y la abrazó por detrás. La niña no respondió—. ¡Qué alegría que estés en casa por fin, Astrid!

Llevaba horas observando la pantalla de aquella televisión. Era mucho más grande que la que había dejado atrás, en aquel cuarto oscuro. En su interior, una jovencita idéntica a ella cantaba al son de la música.

Aquellas dos personas que se habían definido como sus padres no paraban de repetirle que era ella y que era increíble que no recordara aquel concierto. Ella no recordaba haber dado ningún concierto... ¿Lo había dado?

Cuando intentaba explicarles que ella sólo recordaba haber vivido en una habitación oscura, ellos torcían la cabeza, reían y decían no saber nada de lo que estaba contándoles, que ella era su hija y que había vivido en aquella casa toda la vida. Y entonces empezaban a relatarle los días más importantes, lo que más le gustaba a ella, le enseñaban las canciones que había compuesto, los conciertos que había dado, y volvían a repetirle, una y otra vez, que debía esforzarse en recordar, ya que, si no, deberían llevarla a un médico para que examinara su memoria.

Así fue como esa niña, Astrid, se despertaba cada mañana en una cama enorme con sábanas extremadamente suaves, con un gran ventanal a través del cual veía todo su jardín, en una habitación luminosa... Y empezó a pensar que quizá ellos tenían razón, que quizá aquellas vivencias en aquella habitación oscura habían sido imaginaciones suyas, que quizá ella estaba loca. Siguió visualizando todos los vídeos que sus padres le enseñaban, en los que ella cantaba, y empezó a recordar. <<Sí, fue ese día>>, se convenció a sí misma.

<<¿Seguro?>>, le repetía su subconsciente.

<<Sí, seguro>>, determinó Astrid.

Era de noche. La casa no profería ningún ruido. El hombre y la mujer movieron el sofá hasta situarlo sobre una gran alfombra, la cual escondía la trampilla que daba directamente al sótano.

Aún podían escuchar los gritos de dolor de la anterior chica, en el sótano, cuando el Lobo fue a por ella.

Sin embargo, debían ocultar su identidad de la joven que descansaba plácidamente en su habitación. Tras ocultar su particular refugio, la mujer se mordió el labio.

—¿Y si lo encuentra? ¿Y si encuentra lo que tenemos ahí abajo?

—No sabe que la casa tiene sótano. Ella sola no puede mover estos muebles —resopló por la fatiga y se sentó sobre el mullido asiento—. ¿Has quemado las pruebas?

La mujer recordó a lo que se refería. Aquella carpeta repleta de los documentos que asociaban a todas las predecesoras con aquella casa. En realidad, no la había quemado; estaba oculta en el fondo de una caja polvorienta del desván. Pero no iba a decírselo.

—Sí —mintió.

—Entonces ya está todo. ¿Crees que todo irá bien?

La mujer le cogió la mano al hombre, confiada. La cara angelical de aquella niña sugería que todo iba a ir bien.

Ambos se levantaron y se fundieron en un abrazo, deseosos de que así fuera. En el fondo de la estancia, un espejo reflejaba la figura de dos personas que, de pronto, cambiaron su forma humana hasta convertirse en un animal de pelaje oscuro y dientes afilados. Tras proferir un aullido, se marchó de ese lugar.

Todo iba a ir bien.

El Lobo no debía atacar... aún.

Mientras, a unos kilómetros de allí, en una casa fría, en un sótano lúgubre, en una habitación oscura, la niña abrió los ojos. Miró dónde estaba. Tanteó las paredes, en busca de la puerta. Aporreó la fría superficie. Gritó el nombre de sus padres. Pidió ayuda. Y en cuanto se le apagó la voz, oyó aquella melodía que, en los últimos días, la había perseguido tantas veces, torturándola, recordándole, sin ella saberlo, que debía seguir un camino del que se había desviado. Unos pasos le hicieron saber que no estaba sola, que había alguien al otro lado de la puerta que había disfrutado todo el tiempo que ella luchaba por sobrevivir, encerrada en esa habitación.

Ese monstruo cantó:

<< *No te muevas, no te muevas.*

Vigilia diaria, vigilia nocturna,

obedece y serás duradera.>>

Y entonces, lo hizo.

Gritó con todas sus fuerzas mientras un manto de dolor se cernía sobre ella despiadadamente.

SOBRE LA AUTORA



Clara Barceló nació el 1999 en Mallorca. Desde siempre le ha gustado leer e imaginar historias, y a los nueve años se atrevió a escribir su primera novela. Desde entonces no ha dejado de escribir y desear un próspero futuro como escritora.

Actualmente está estudiando Derecho y Criminología en la Universidad de Valencia.

Para más información, entrar en www.clarabarcelo.es